



66 ENE / FEBR 2011

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

DONACIÓN
sin valor comercial

NEW LEFT REVIEW

Richard Walker *California a la deriva*

Gopal Balakrishnan *La contradicción futura*

Hung Ho-fung *Incertidumbre en Hong Kong*

Michael Denning *La vida sin salario*

Asef Bayat *Teherán, ciudad de
las paradojas*

Sven Lütticken *Tiempo de jugar*

Tariq Ali *Sobre las contradicciones
de Mao*

Alberto Toscano *El espectro de la analogía*

Artículos

- 5 *Richard Walker* California a la deriva
 33 *Gopal Balakrishnan* La contradicción futura
 55 *Hung Ho-fung* Incertidumbre en Hong Kong
 77 *Michael Denning* La vida sin salario
 97 *Asef Bayat* Teherán, ciudad de las paradojas
 121 *Sven Lütticken* Tiempo de jugar

Crítica

- 137 *Tariq Ali* Sobre las contradicciones de Mao
 149 *Alberto Toscano* El espectro de la analogía

Editor de la edición en castellano
Traducción

Carlos Prieto del Campo
 Iria Álvarez Moreno, José María Amoroto Salido, Irene Montero Sabín, Cristina Piña Aldao

Editor
Editorial Committee

Susan Watkins
 Tariq Ali, Perry Anderson, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Alexander Cockburn, Mike Davis, Peter Gowan, Tom Mertes, Francis Mulhern, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Tony Wood, JoAnn Wypijewski
 Tony Wood
 Emilie Bickerton
 Kheya Bag
 Johanna Zhang

Deputy Editor
Assistant Editor
Publishing Director
Online Publisher
& Subscriptions Director
Assistant Publisher
Assistant Online Publisher

Kenta Tsuda
 Rob Lucas

© New Left Review Ltd., 2011
 © Ediciones Akal, S. A., 2011
 para lengua española
 Sector Foresta, 1
 28760 Tres Cantos
 Madrid - España
 Tel.: 918 061 996
 Fax: 918 044 028
www.akal.com
 ISSN: 1575-9776-66
 Depósito legal: M-2599-2000
 Impreso en Publidisa



GOBIERNO
 DE ESPAÑA

MINISTERIO
 DE CULTURA

Esta revista ha recibido una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2010.

CONTENIDOS

ARTÍCULOS

RICHARD WALKER: California a la deriva

Durante mucho tiempo a la cabeza del capitalismo estadounidense, el Estado dorado se halla en el ojo del huracán. Richard Walker sopesa las dimensiones del malestar californiano –burbuja inmobiliaria, dificultades presupuestarias, creciente desigualdad– así como los cambios demográficos y económicos subyacentes al mismo.

GOPAL BALAKRISHNAN: La contradicción futura

Reflexiones sobre *Valences of the Dialectic* de Fredric Jameson y su discusión sobre la historicidad, la narrativa y el tiempo. Categorías y conceptos de Hegel, Marx, Sartre y Ricoeur utilizadas para interrogar los puntos ciegos del presente y vislumbrar lo por venir.

HUNG HO-FUNG: Incertidumbre en el enclave

Descripción de la disputada escena política de Hong Kong. Bloqueadas las reformas democráticas por la sólida alianza del Partido Comunista de China con los magnates locales, parece que una población cada vez más radical intenta romper la situación de parálisis política de la ex colonia. ¿Podría la región hipercapitalista de la República Popular China ser su eslabón más débil?

MICHAEL DENNING: La vida sin salario

Genealogía de los orígenes de los conceptos de desempleo y sector informal y reflexiones sobre su inadecuación para comprender las formas actuales de trabajo no mediadas por el salario. Michael Denning extrae lecciones de Marx, de Fanon y de las calles de Ahmedabad.

ASEF BAYAT: Teherán, ciudad de las paradojas

Ciudadela de los *sabs*, eje logístico de la petromodernidad, metrópoli postislamista: Asef Bayat escribe sobre la historia de las luchas libradas para definir la capital y los sucesivos enfrentamientos entre los proyectos de la elite y la resistencia popular que han remodelado su estructura espacial.

SVEN LÜTTICKEN: Tiempo de jugar

Antaño considerado extinguido, el instinto de juego empapa ahora los mundos del trabajo y del ocio. ¿Podría reorientarse el juego para alcanzar fines radicales? Sven Lütticken se adentra en Schiller y Debord, en Neuschwanstein y los juegos de ordenador.

TARIQ ALI: Sobre las contradicciones de Mao

Tariq Ali reseña el libro de Rebecca E. Karl, *Mao Zedong and China in the Twentieth-Century World*. Equilibrada exploración de la vida y legado del Gran Timonel.

ALBERTO TOSCANO: El espectro de la analogía

Alberto Toscano reseña el libro de Luciano Canfora, *L'uso politico dei paradigmi storici*. Disección de los usos de la analogía histórica, de Tucídides a Furet.

AUTORES

ASEF BAYAT: experto en Oriente Próximo enseña sociología en la Universidad de Illinois; autor de *Making Islam Democratic* (2007) y *Life as Politics* (2010).

MICHAEL DENNING: dirige la Initiative on Labor and Culture en Yale; autor de *Culture in the Age of Three Worlds* (2004).

HUNG HO-FUNG: enseña sociología en la Universidad de Indiana; *Protest with Chinese Characteristics* aparecerá en 2011; véase también *NLR* 60.

SVEN LÜTTICKEN: enseña en la Universidad de Vrije, Ámsterdam; autor de *Idols of the Market* (2009); véase también *NLR* 6, 10, 13, 17, 20, 25, 30, 36, 40, 44, 45 y 54.

ALBERTO TOSCANO: enseña sociología en Goldsmiths, Londres; su libro más reciente es *Fanaticism* (2010); véase también la *NLR* 50.

RICHARD WALKER: enseña en la Universidad de Berkeley; entre sus libros se cuentan *The Country in the City* (2007) y *The Conquest of Bread* (2004); véase también la *NLR* 46 y *NLR* I/209

CALIFORNIA A LA DERIVA

Ante el telón de fondo del apabullante avance de los republicanos en las elecciones de mitad de mandato de 2010 –un incremento de 64 escaños con el que lograron hacerse con la Cámara de Representantes, seis senadores más y once nuevos gobernadores estatales–, California se desmarca¹. El Estado dorado confirmó su posición como bastión demócrata del país, proporcionando victorias contundentes a los candidatos del partido en las elecciones a gobernador y al Senado. Los demócratas mantuvieron una sólida mayoría de dos tercios –32 de 53– en la delegación estatal para la Cámara de Representantes y conservaron mayorías contundentes en el Senado estatal (25-15) y en la Asamblea (52-28).

Que este noviembre California diese un vuelco a la tendencia dominante de oposición al gobierno resulta chocante, máxime cuando el estado ha padecido el azote de la Gran Recesión y ostenta la tercera tasa de paro más alta del país, ya que con un 12 por 100 de desempleo, sólo los niveles de paro de Nevada y de Michigan la superan. De hecho, California desempeñó un papel destacado en el desencadenamiento de la debacle que sufrió la economía de Estados Unidos tras 2007, lo que supone una inversión funesta de su tradicional papel histórico. Desde la fiebre del oro de la década de 1840 al *boom* de las nuevas tecnologías en la de 1990, el estado representó un centro mundial de inventiva y de producción de fantasía. Crisol en el que se gestó buena parte del carácter económico, político y tecnológico propio del siglo americano, ha sido el motor principal de la economía de Estados Unidos durante la mayor parte de los últimos cincuenta años. Pero en estos momentos se encuentra con grandes dificultades. ¿Cómo se explica este alarmante giro de los acontecimientos?

Desde la glorificación Ronald Reagan, hijo predilecto del estado, California ha estado al frente del giro neoliberal hacia el capitalismo global². La

¹ Gracias a Juan Delara, Matt Williams, Ken Jacobs, Alex Schafran, Anthony Panarresse, Wendy Brown, Joe Matthews y Fred Glass por sus aportaciones; mi especial agradecimiento a Ashok Bardhan.

² Sobre la revolución de Reagan, véase mi «California Rages against the Dying of the Light», *NLR* 1/209, enero-febrero de 1995.

historia de sus tribulaciones sonará familiar a los observadores de toda Europa, Norteamérica y Japón, que padecen a consecuencia de los mismos rasgos registrados bajo la marca del neoliberalismo: euforia financiera, deterioro de los servicios públicos, congelación de sueldos y aumento creciente de las desigualdades en razón de clase y de raza. Pero, dado el estatus de vanguardia del que presumía anteriormente, el Estado Dorado no debería tomarse meramente como otro caso más de un malestar generalizado. La situación de desesperación por la que atraviesa, no sólo proporciona una triste crónica del lodazal económico y político en el que han naufragado las democracias liberales, sino que constituye una advertencia sobre lo que el futuro puede deparar al resto del norte global.

Derrumbe hipotecario

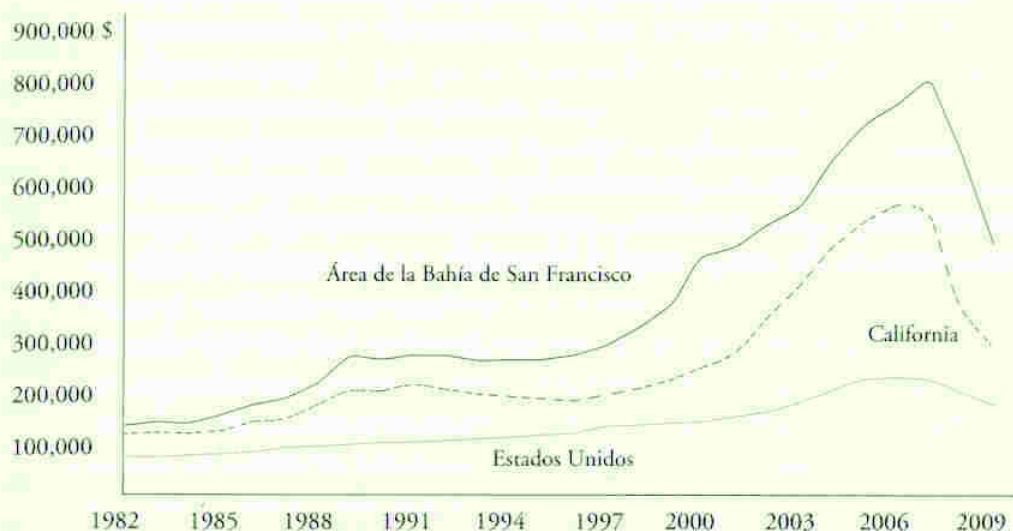
Más que cualquier otro lugar a excepción de Wall Street, California fue responsable de la burbuja económica de la década de 2000 y del desastre que se produjo a continuación³. La burbuja financiera que estalló en 2008, y que provocó el desplome de los bancos de inversión de Nueva York, se había concentrado en el crédito hipotecario vinculado al mercado inmobiliario de Estados Unidos. Mientras la alquimia mediante la cual hipotecas basura se transformaban en derivados crediticios y en vehículos de inversión tenía lugar en Wall Street, el crédito propiamente dicho se concentraban en los denominados «estados de arena»: Florida, California, Arizona y Nevada. La principal fuente de origen de hipotecas fue California, que actuó a modo de equivalente estadounidense de España, como la frontera especulativa de todo un continente. Aun siendo alrededor del 15 por 100 menor que España en términos de superficie y un 20 por 100 menor en términos de población, el PIB de California es un tercio más grande que el español, lo que la sitúa entre las diez mayores economías del mundo.

Entre 2000 y 2008, las entidades crediticias del estado emitieron 6 millones de hipotecas originales y 10 millones de préstamos refinanciados por un valor estimado de entre 3 y 4 billones de dólares, lo que representaba casi el 20 por 100 del crédito hipotecario global de Estados Unidos. California, asimismo, fue responsable de un espectacular 56 por 100 de los 1,38 billones de dólares emitidos en forma de hipotecas *subprime* entre 2005 y 2007 a escala nacional. El estado sirvió de hogar a cinco de los mayores prestatarios de hipotecas basura: Countrywide Financial, Ameriquest Mortgage Bank, New Century Financial, First Franklin Bank y Long Beach Mortgage Bank. La hiperactividad financiera no pillaba de nuevas a California: en la década de 1980 sirvió de escenario a la obsesión por los bonos basura de Michael Milken y a la implosión de las Saving & Loans [cajas de aho-

³ Este epígrafe y siguientes están basados en Ashok Bardhan y Richard Walker, «California, the Pivot of the Great Recession», *Working Paper 220-10*, Institute for Research on Labor and Employment, Universidad de California, Berkeley.

ros], y en la década de 1990 fue el corazón de la mayor burbuja bursátil de la historia a medida que la inversión en las maravillas de Silicon Valley propulsaban el NASDAQ hasta cotas desconocidas.

Gráfico 1. *Mediana de los precios de la vivienda*



Fuente: California Association of Realtors; National Association of Realtors

El floreciente negocio hipotecario característico del nuevo siglo produjo, sin embargo, una significativa expansión del sector financiero. Entre 1996 y 2006, el número de empleos asociados al ramo de las finanzas, los seguros y la propiedad inmobiliaria aumentó un 27 por 100 hasta rozar el millón de puestos de trabajo. Ningún estado tenía tantos agentes inmobiliarios, brokers y vendedores de hipotecas: 60.000 en 2008. Ellos y sus promotores en los bancos se complacían canalizando los miles de millones de dólares que les llovían en forma de inversiones desde Wall Street a manos de compradores de vivienda desprevenidos. A razón de cientos de miles, los californianos se dejaron engatusar por hipotecas basura que no exigían entrada, ofrecían tipos incentivados, de interés variable y solicitaban escasa documentación.

Exacerbada por el furor hipotecario, la burbuja inmobiliaria estalló en California con mayor fuerza que en cualquier otro lugar de Estados Unidos. Ya en la década de 1970 los precios de la vivienda eclipsaban a los del resto del país, y se dispararon aun más durante los *booms* de las décadas de 1980 y antes de alza 1990 en la de 2000. Cuando en 2006 la burbuja alcanzó su punto álgido, la mediana del precio de la vivienda llegó a 594.000 dólares, más de dos veces y media por encima del promedio nacional que estaba situada en 221.000 dólares (véase gráfico 1). El área de la Bahía de San Francisco ostentaba los precios más elevados de cualquier región metropolitana del país, cuadruplicando casi la media nacional. En ningún estado, a excepción de Hawai, resulta la vivienda tan poco asequible. En 2006, con un precio medio de la vivienda más de diez veces la renta me-

diana estimada en 57.000 dólares –un ratio comparable a los de Londres o de Tokio–, California era terreno abonado para los mercachifles de los créditos basura, mientras los jóvenes hacían malabarismos para adquirir viviendas por encima de su valor real y la gente mayor refinanciaba sus hogares para ayudar a sus hijos, todos actuando bajo la premisa de que los precios de la vivienda nunca dejarían de aumentar.

La conjunción de dinero fácil y precios estratosféricos impulsó una gigantesca oleada de construcción inmobiliaria. En 2006, la venta de vivienda nueva alcanzó su punto álgido, al situarse en una tasa cercana a 200.000 al año, aproximadamente el 16 por 100 del total de la venta nacional, eso en un estado que apenas comprende el 12 por 100 de la población de Estados Unidos. La construcción y el sector inmobiliario fueron los mayores generadores de empleo de la década. Los altos precios se tradujeron en beneficios formidables para los constructores, como demuestran los casos de las compañías asentadas en el estado como KB, Shappell y Shea, así como los de los gigantes nacionales como Lennar, Centex y Horton. La inmensa mayoría del nuevo desarrollo inmobiliario tuvo lugar en los extrarradios residenciales de las grandes ciudades, aunque también se produjo un volumen importante de construcción interior y de torres de apartamentos. De hecho, California posee ahora una de las densidades urbanas más elevadas del país, especialmente en Los Ángeles y en el área de la Bahía.

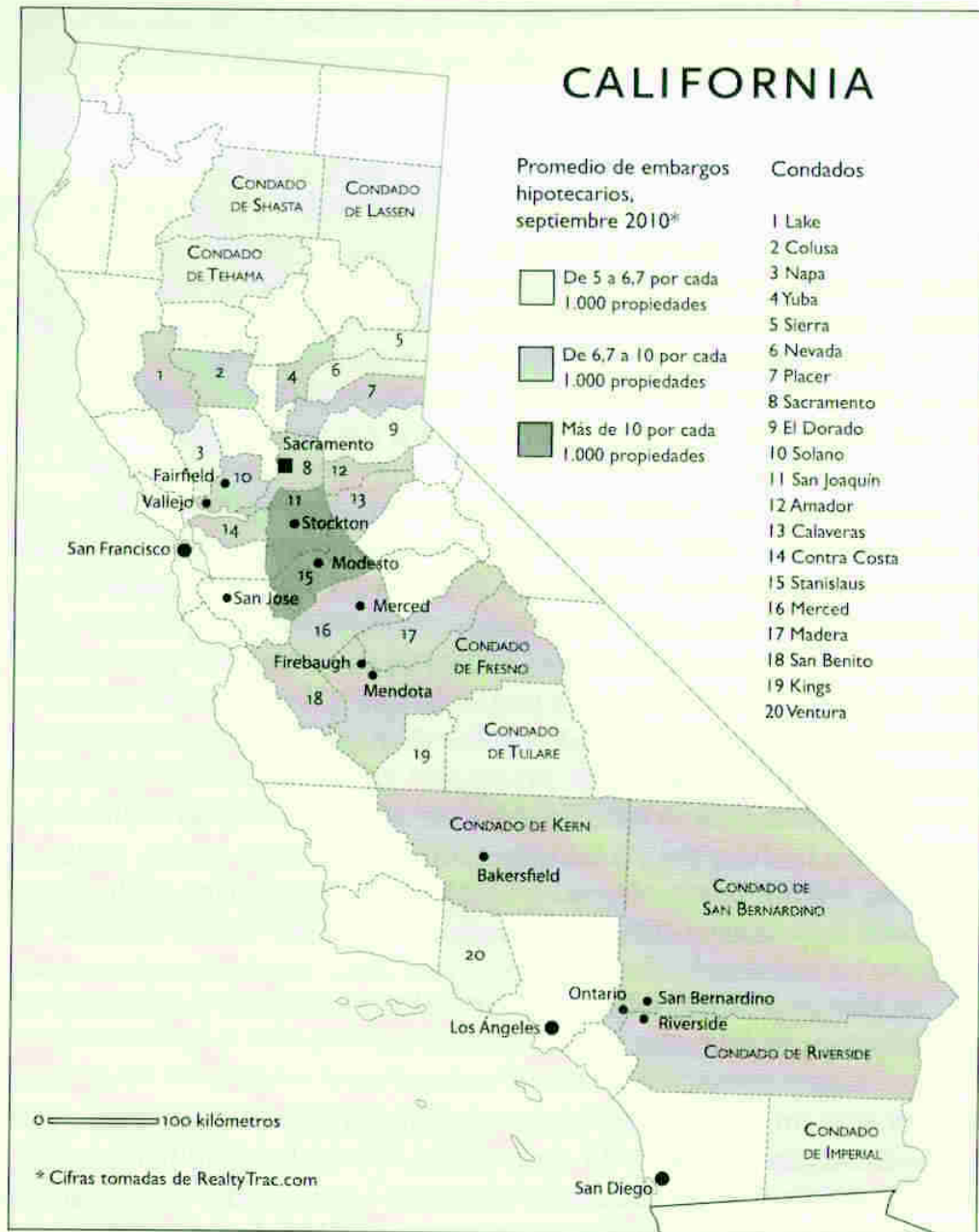
El crack inmobiliario

Cuando estalló la burbuja inmobiliaria, California acabó con más créditos de dudoso cobro y más embargos hipotecarios que cualquier otro lugar, y la quiebra de sus bancos hipotecarios figuró entre las más sonadas del derrumbe financiero. En 2007, New Century se declaró en bancarrota y un debilitado Ameriquest fue a parar a manos de Citicorp; a principios de 2008, la Federal Deposit Insurance Corporation intervino IndyMac y Merrill Lynch echó el cierre al First Franklin, con el que se había hecho dos años antes; a mediados de 2008 Washington Mutual clausuró Long Beach Mortgage, que había adquirido hacía diez años, y un debilitado Countrywide fue absorbido por el Bank of America (de lo que más adelante habría de arrepentirse). El Washington Mutual, asentado en Seattle, se había inflado hasta convertirse en el sexto mayor banco de la nación y, en su ansia por realizar múltiples adquisiciones en el sur de California, llegó a situarse como el tercer mayor banco de los que operaban en el Estado Dorado. Su desplome a finales de 2008 representó el mayor hundimiento bancario registrado en la historia estadounidense hasta la fecha, sólo superado por el de Lehman Brother un mes más tarde. Mientras tanto, Wachovia Bank adquirió en 2006 el Golden West Savings de Oakland, el mayor emisor de hipotecas de interés variable del país, lo que le ayudó a alzarse con la cuarta posición de los bancos de Estados Unidos. A finales de 2008, el coletazo de los créditos incobrables de Golden West arrastró a Wachovia, que fue fagocitado por el Wells Fargo de San Francisco.

Tras la tormenta financiera llegó una oleada de embargos hipotecarios, mientras el mercado inmobiliario de California se desplomaba y cientos de miles de propietarios de viviendas dejaban de poder responder al pago de sus hipotecas. A finales de 2009 se habían producido cerca de 500.000 embargos hipotecarios en el estado, un quinto del total de los 2,5 millones que tuvieron lugar a escala nacional, y a mediados de 2010 en torno a 360.000 viviendas seguían estando sujetas a embargo. La sobre exposición de los hogares fue mayor en las ciudades interiores del sur de California, como Riverside, Ontario y San Bernardino, así como en las del Valle Central del norte de California, incluidas Stockton, Merced y Bakersfield. Aquí, tasas mensuales de embargos por encima de 50 de cada 1.000 viviendas se convirtieron en algo habitual, situándose entre las peores del país (véase el mapa).

Al mismo tiempo, en California la mediana del precio de la vivienda se precipitó entre el 35 y el 40 por 100, partiendo de los niveles de la burbuja, al tiempo que los bancos se deshacían de las viviendas recuperadas en mitad del pánico. En el verano de 2010 había 2,3 millones de hipotecas «sumergidas» (aquellas en las que el precio de la vivienda se sitúa por debajo del valor del préstamo pendiente de pago), lo que afectaba a una tercera parte de los titulares de hipotecas de California, frente al índice del 23 por 100 registrado a escala nacional. La pérdida de patrimonio total fue como mínimo de 2 billones de dólares respecto a un valor máximo 6 billones, un duro golpe a las finanzas y a las expectativas de la clase media. En los condados del interior como Merced o San Joaquín, la mediana de los precios descendió entre 2006 y 2010 un impresionante 60 por 100. El valor de la vivienda se ha mantenido con mejor pie en la costa, con la importante excepción de los barrios del centro de las ciudades habitados por la vieja clase trabajadora y por minorías.

La implosión inmobiliaria ha tenido otros resultados visibles: las zonas residenciales están jalonadas de casas vacías, y aquellos que han perdido la vivienda se han dispersado como el viento. La causa del desplazamiento inmobiliario ha sido asumida por los organizadores comunitarios. Los dos grupos más importantes son la organización eclesiástica PICO National Network, que cuenta con dos docenas de afiliados locales en California, y ACCE (Association of Californians for Community Empowerment, antigua ramificación californiana de ACORN), con una docena de oficinas en todo el estado. La Community Reinvestment Coalition de San Francisco, que agrupa a 250 agencias públicas y organizaciones sin ánimo de lucro, ha combatido las malas prácticas de los bancos en los barrios pobres durante treinta años. Las organizaciones activistas por los derechos de los inquilinos de los centros urbanos como Strategic Action for a Just Economy (SAJE) en Los Ángeles y Just Cause/Causa Justa en el área de la Bahía (ambas organizaciones son miembros de una coalición que trabaja a escala nacional, The Right to the City), también han estado combatiendo los desahucios ocasionados por los embargos hipotecarios.



El objetivo principal de la ira, no es de sorprender, son los bancos. Desde 2008 la ley estatal exige que los inquilinos de las propiedades embargadas reciban una notificación, y permite a las autoridades locales multar a los bancos por falta de mantenimiento de las propiedades vacías; pero los activistas tendrán que seguir presionando a los funcionarios municipales para que impongan leyes más severas. La mayor parte de los municipios no tiene ni idea del número de viviendas vacías que contienen ni de quiénes son sus propietarios, así que la ACCE ha llevado a cabo inspecciones puerta a puerta. Conseguir que los bancos renegocien los créditos para que la gente pueda permanecer en sus viviendas ha demostrado ser algo difícil de realizar, a pesar de la legislación estatal y federal. Los organizadores de base han intentado ejercer presión por otros medios: en abril de 2010, una coalición formada por grupos comunitarios, organizaciones religiosas y sindicatos mantuvo una protesta en San Francisco durante la junta de accio-

nistas del West Fargo Bank. Al margen de este tipo de acciones desarrolladas en el plano local, ningún movimiento unificado en contra de los bancos y de los embargos hipotecarios ha emergido a escala estatal⁴.

El valle de la desolación

El prolongado *boom* inmobiliario reconfiguró la geografía de clase y racial del estado. Las clases altas, constituidas por blancos en su mayor parte, se apresuraron a trasladarse hacia la costa. Silicon Valley y la zona oeste de Los Ángeles quedan prácticamente fuera del alcance de cualquier persona que carezca de unos ingresos de seis dígitos, lo cual incluye a la mayor parte de los trabajadores administrativos, del sector de servicios y del comercio minorista, por no mencionar a la mano de obra industrial del estado. San Francisco, en particular, se ha vuelto drásticamente más rico, más viejo y más blanco. Entre tanto, la clase trabajadora, especialmente jóvenes familias de color, se han desplazado al extrarradio de las principales conurbaciones en un intento por encontrar a un tiempo trabajo y vivienda al alcance de su bolsillo. El área urbana de Los Ángeles, con cerca de veinte millones de habitantes, continúa expandiéndose por el Inland Empire, constituido por los condados de San Bernardino y de Riverside, cuyas poblaciones se duplicaron entre 1990 y 2010. El área de la Bahía ha desarrollado su propio inland empire en el Valle Central, donde colisiona con el área urbana de Sacramento y de Stockton, formando una megalópolis de alrededor de 10 millones de habitantes en el norte de California.

Incluso antes de la última recesión, California figuraba entre los 5 o 10 estados con mayor índice de desigualdad de la renta y al crecimiento de aquella, dependiendo del tipo de medida empleada. El Estado Dorado se encuentra a la cabeza del país en cuanto a proliferación de millonarios y de multimillonarios: sirve de hogar a 81 de los 400 hombres más ricos de Estados Unidos incluidos en la lista Forbes, frente a los 76 de Nueva York y los 25 de Florida. Mientras tanto, los empresarios no han cesado de contener el salario de los trabajadores corrientes, empleando como instrumento de presión la inmigración, el desempleo y las normas flexibles de contratación; el salario real de los trabajadores manuales apenas se ha movido un ápice desde hace cuarenta años, y los salarios que se sitúan en la parte más baja del escalafón han perdido terreno. La clase trabajadora de California lleva impreso un claro cuño racial, ya que está constituida por una abrumadora mayoría de inmigrantes e hijos de inmigrantes⁵.

⁴ Por lo general, los activistas mantienen las distancias con sindicatos y demócratas, cuya implicación sería necesaria para ganar terreno a escala estatal, aunque el Service Employees International Union (SEIU) ha colaborado con la ACCE en las campañas contra los bancos.

⁵ Jared Bernstein, Elizabeth McNichol y Andrew Nicolás, *Pulling Apart. A State-by-State Analysis of Income Trends*, Washington DC, 2008; Ruth Milkman, *LA Story*, Nueva York, 2006; véanse también los informes del Public Policy Institute of California, www.ppic.org, y del California Budget Project, www.cbpp.org.

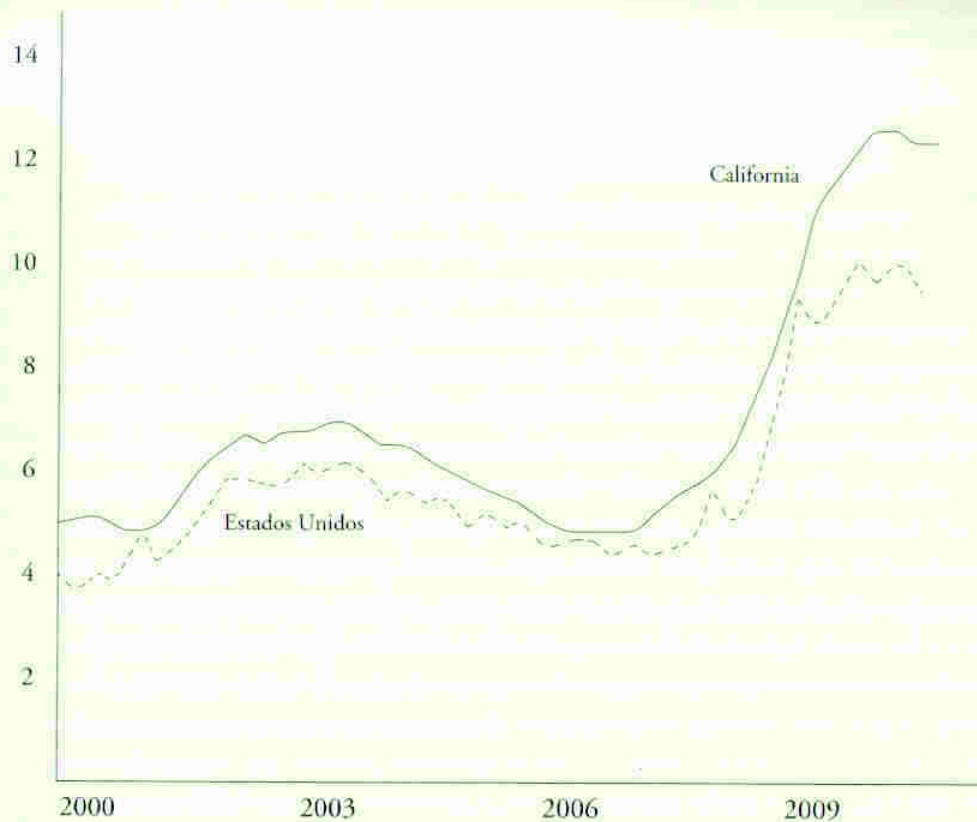
Cuando el azote de la Gran Recesión llegó a California, los trabajadores se llevaron la peor parte. A finales de 2009 estaban en paro 2,3 millones de personas o el 12,4 por 100 de la población activa, lo que suponía un 3 por 100 por encima de la media nacional. El subempleo, contando trabajadores a tiempo parcial y trabajadores desatentado, alcanzó un espectacular 24 por 100. La destrucción de empleo durante la presente recesión ha demostrado ser más severa que en las anteriores: mientras que el estallido de las empresas *punto.com* en 2001 se tradujo en un descenso del 2 por 100, y el crack de principios de la década de 1990 supuso una caída del 4 por 100, la actual recesión ha llevado la tasa de destrucción de empleo hasta el 9 por 100⁶. A pesar de una pálida recuperación de los beneficios y del comercio, se han llevado a cabo pocas contrataciones nuevas, y las perspectivas para el futuro del mercado laboral siguen siendo funestas.

Los trabajadores de las zonas del interior han salido especialmente malparados. Han sufrido una tasa de destrucción de empleo dos veces superior a la de la costa, con el paro rozando el 30 por 100 y más en las poblaciones agrícolas situadas en el Valle Central como Firebaugh y Mendota. Se han producido despidos masivos en los sectores del almacenamiento, el transporte y la agricultura, pero los perjuicios mayores fueron ocasionados por el desplome inmobiliario: al sufrir la edificación de viviendas un descenso del 75 por 100, se perdió medio millón de puestos de trabajo en la construcción e industrias auxiliares, el sector inmobiliario y las finanzas hipotecarias.

La desigualdad flagrante, la orgía financiera y la inaccesibilidad de la vivienda no son meros excesos que coronen la por lo demás boyante economía californiana, sino que los signos del declive se aprecian por todas partes. El trabajo cualificado ha sido la base de la industria innovadora del estado –la producción aeroespacial y cinematográfica de posguerra de Los Ángeles, la electrónica de Silicon Valley– y, gracias a las nuevas tecnologías y a los sectores creativos, California consiguió librarse de la desindustrialización que asoló la zona industrial del noreste del país en la década de 1980. En realidad, durante décadas California ha sido el mayor estado manufacturero de la Unión, y todavía sigue proporcionando empleo a cerca de un millón de trabajadores en ese sector a día de hoy. Pero desde 1990 el volumen de producción ha descendido, y la mitad de los puestos de trabajo relacionados con la industria manufacturera ha desaparecido, situando la cuota de empleo del sector por debajo del 8 por 100. En el sur de California, el crecimiento más importante ha venido dado por el comercio internacional, a través de los puertos de Los Ángeles y Long Beach, que juntos conforman el mayor centro portuario de Norteamérica, alimentando un enorme corredor de almacenamiento, transporte y logística que discurre a través del Inland Empire. Así, pues, la región ha prosperado en parte gracias a las importaciones que han socavado la industria manufacturera estadounidense.

⁶ Sylvia Allegretto, «The Severe Crisis of Jobs in the United States and California», Center on Wage and Employment Dynamics, Berkeley, agosto de 2010.

Gráfico 2. Tasa de paro (%)



Fuente: Current Population Survey, Bureau of Labor Statistics.

Entre tanto, las ocupaciones que requieren una baja cualificación –por lo general trabajos mal pagados, inseguros y a tiempo parcial– han aumentado drásticamente. Las mayores oportunidades de empleo se han dado en la educación, la sanidad y los servicios sociales, así como en el sector hotelero y en el de los servicios alimentarios. El sur de California, en particular, ha progresado gracias a un crecimiento desbordante de mano de obra inmigrante mal pagada, al igual que el Valle Central, durante largo tiempo el corazón de la industria agropecuaria de California (y todavía con creces la mayor zona de producción alimentaria), lo cual ha provocado que los sueldos de los trabajadores manuales caigan todavía más bajo. De hecho, entre 1980 y 2000, la renta media del California creció únicamente la mitad de lo que marcaba la tasa del resto del país. La industria electrónica de Silicon Valley, entre tanto, ha estado a la cabeza del país en cuanto a la exportación de empleo, despachando los trabajos administrativos de rango medio y los trabajos manuales relacionados con la electrónica a India, China y otros lugares.

Los inversores continuaron depositando capital excedente en el Estado Dorado durante la década de 2000, como habían venido haciendo durante las dos décadas de *boom* anteriores. Pero el caudal económico procedente de las hipotecas hizo poco por estimular el tejido industrial subyacente, más allá de inflar la construcción de viviendas durante los tiempos de la burbuja. La creación de empleo, que durante décadas rebasó a la del resto del país, se ha vis-

to nivelada a partir de 2000, y existen pocas razones para considerar que cualquier recuperación eventual pueda llegar a alterar este patrón, lo cual nos enfrenta a una cuestión problemática: si California se encuentra en tan baja forma, ¿qué augura esto para el conjunto de Estados Unidos?

Disparates presupuestarios

El gobierno de California está hecho un completo desbarajuste. La causa inmediata es la peor crisis presupuestaria vivida en Estados Unidos, que remeda en cierto modo la que experimentó Nueva York en la década de 1970. Tras el caos presupuestario subyace una parálisis política en la que la mayoría ya no gobierna, el poder legislativo ya no legisla y los cargos políticos están en venta. En un plano más profundo, la debacle deriva del prolongado dominio de la política por parte de la elite adinerada y una minoría blanca cada vez más envejecida, con pocos deseos de responder a las necesidades de una población drásticamente reconstituida.

El Estado Dorado está ahora en permanente crisis presupuestaria. Posee el mayor presupuesto del país después del que atesora el gobierno federal —unos 100 millardos de dólares anuales, cuando alcanzó su punto máximo en 2006—, y presume del mayor déficit presupuestario de cualquier estado: 35 millardos de dólares en el ejercicio de 2009-2010 y 20 millardos de dólares en el de 2010-2011. El déficit del estado supone una quinta parte de los 100 millardos de dólares a los que asciende el déficit de los cincuenta estados al completo⁷. Estas penurias presupuestarias no son una novedad. Derivan en gran medida de un lamentablemente injusto sistema tributario, en el que los impuestos sobre la propiedad están reducidos al mínimo —tributan al 1 por 100 de su valor monetario— y las empresas soportan una carga insignificante, disfrutando de un tipo impositivo del 10 por 100 como máximo. Hasta finales de la década de 1970, California poseía uno de los sistemas tributarios más progresivos del país, pero desde entonces se ha verificado una continuada disminución de la carga tributaria. En la década de 1970, era uno de los cuatro estados a la cabeza en cuanto a tributación y gasto respecto a la renta, mientras que ahora se encuentra en el medio del pelotón.

El ariete de la ofensiva antitributaria fue la Proposición 13, aprobada mediante referéndum estatal en 1978, la cual congeló los impuestos municipales sobre la propiedad e impuso el requisito de una mayoría de dos tercios en la asamblea legislativa del estado para llevar a cabo *cualquier* subida de impuestos posterior, una barrera desalentadora en caso de existir una oposición organizada. La Proposición 13 fue creación de Howard Jarvis, miembro del grupo de presión en favor de la Apartment Owners' Association de Los Ángeles. El apoyo no le llegó tanto de los votantes sublevados contra

⁷ Promedio de los ejercicios presupuestarios 2008-2012, informe de la National Association of State Budget Officers, junio de 2010.

la presencia y la injerencia del Estado, como del descontento provocado por el creciente aumento de los costes de la vivienda y de las cargas fiscales soportadas por la propiedad inmueble. Ello, sin emargo, demostraría ser una cabeza de puente para el progreso del neoliberalismo estadounidense, que triunfó dos años más tarde con el ascenso de Reagan a la presidencia⁸.

El impacto de la Proposición 13 se dejó sentir de forma inmediata al perder los gobiernos municipales la mitad de sus ingresos. Sacramento tuvo que pagar el pato, mientras las autoridades condales y municipales sufrían una drástica pérdida de autonomía. Para empeorar las cosas, la Administración de Reagan recortó las ayudas federales. A largo plazo, la rebaja de impuestos hizo que el crecimiento de la recaudación fuese insuficiente con respecto a las necesidades y todavía más con respecto al aumento desaforado de la fortuna de los súper ricos que comenzó en la década de 1980. Con el repunte económico de aquella década, regresó la prosperidad, pero el entonces gobernador republicano del estado, George Deukmejian, empleó la afluencia de fondos para lanzar el mayor programa de construcción de prisiones de la historia de Estados Unidos, por lo que las cárceles consumen ahora una proporción casi tan grande del presupuesto estatal como la educación universitaria. Cuando el gran *boom* del sur de California se desplomó, el gobierno del estado se vio golpeado por un déficit respecto a los ingresos previstos de 14 millardos de dólares sobre un presupuesto de 50 millardos de dólares para el ejercicio de 1991-1992⁹.

El gasto se incrementó nuevamente durante el *boom* de finales de la década de 1990, pormor de una asamblea legislativa dominada por los demócratas que elevaba los tipos impositivos del impuesto sobre la renta y sobre las ganancias de capital, a fin de recaudar una pequeña porción de la riqueza que manaba de Silicon Valley¹⁰. El gobernador demócrata Gray Davis decidió recortar los impuestos sobre las ventas y para proporcionar otras formas de alivio fiscal por valor de 5,1 millardos de dólares durante el tiempo que duró su mandato. En el cambio de siglo, el estado estaba registrando superavits; pero el estallido de la burbuja de la Nueva Economía en 2000 se saldó con un déficit de 24 millardos de dólares sobre un presupuesto de 100 millardos de dólares para el ejercicio de 2002-2003. A estas alturas, la oposición al aumento de los impuestos se había endurecido, especialmente, entre los republicanos que seguían la estela de la segunda ola de neoconservadurismo de Newt Gingrich. Pero la Constitución de California, como la de cualquier otro estado de la Unión a excepción de Ver-

⁸ Lenny Goldberg, «Proposition 13: Tarnish on the Golden Dream», en R. Jeffrey Lustig (ed.), *Remaking California: Reclaiming the Public Good*, Berkeley, 2010, pp. 42-59.

⁹ Mike Davis, «Who Killed Los Angeles?», NLR 1/197, enero-febrero de 1993 y 1/199, mayo-junio de 1993; Ruth Gilmore, *The Golden Gulag*, Berkeley, 2007.

¹⁰ Los ricos se quejan de que los tipos del impuesto sobre la renta de California son altas, pero la debilidad de los impuestos sobre la propiedad y sobre las ventas hace que el sistema en su conjunto a duras penas se pueda considerar progresista. L. Goldberg, «Proposition 13: Tarnish on The Golden Drian», cit.

mont, exige que los presupuestos estén equilibrados para que puedan ser aprobados por el gobernador y por los legisladores. La solución de Davis consistió en rebajar drásticamente el gasto y reducir el endeudamiento, lo que acarreó unos recortes estimados en 21 millardos de dólares y la destrucción de 2.000 empleos públicos en 2003.

Durante la vorágine económica desarrollada entre 2001 y 2003, la popularidad de Davis cayó en picado, habiéndose visto ya severamente deteriorada como consecuencia de su gestión de la crisis de la electricidad entre 2000 y 2001, cuando la desregulación de los mercados energéticos trajo como resultado apagones en todo el estado, mientras los beneficios de Enron batían todos los récords. Reelegido en 2002, Davis fue destituido mediante referéndum en 2003 y expulsado de su cargo en beneficio de Arnold Schwarzenegger, el último de los héroes hollywoodienses en catapultarse al ruedo público. Republicano liberal, firme defensor de la empresa, pero exento del moralismo típico de la derecha, y casado con una Kennedy, el «Gobernator» iba a enderezar el rumbo del estado. Pero la fama y la bravuconería no le bastaron, de manera que seis años más tarde salió de escena con los peores índices de popularidad que se recuerden, por debajo del 20 por 100. Ha sido un firme representante del conservadurismo empresarial, oponiéndose a cualquier incremento de los impuestos o reforma fiscal significativa, y echando la culpa del creciente déficit presupuestario a la asamblea legislativa y a los sindicatos.

La Gran Recesión hizo el agujero todavía más profundo. Para cerrarlo, el estado se ayudó de una inyección de miles de millones procedentes de la recaudación de los gobiernos municipales, en un momento en que el desplome de los valores de los bienes inmuebles socavaba todavía más las finanzas de las autoridades locales. La ciudad de Vallejo se ha declarado en bancarrota, Maywood se ha visto obligada a despedir a la totalidad de sus trabajadores, y otras localidades se tambalean ante el abismo. Las autoridades estatales han implementado su propio plan de austeridad: en 2009 recortaron el gasto en un drástico 20 por 100, con una reducción de 6 millardos de dólares en el presupuesto escolar, 3 millardos en el universitario y 4 millardos en el de sanidad¹¹.

La crisis presupuestaria de California pone de manifiesto un profundo fracaso político y gubernativo. Los orígenes de esta parálisis residen en el declive de la asamblea legislativa, cuyos índices de popularidad son todavía más bajos que los de Schwarzenegger. Liderada por el Presidente de la Asamblea

¹¹ Para contrarrestar los recortes de Schwarzenegger, la California Labor Federation convenció al Presidente de la Asamblea John Pérez de que redactara un «Presupuesto de los Puestos de Trabajo», argumentando que los recortes no sólo resultan perjudiciales para aquellos que necesitan de los servicios, sino que contribuyen al continuo déficit de puestos de trabajo de California. En contra de la opinión popular, el número de funcionarios estatales es de los más bajos del país con respecto al ratio *per capita*, y el salario de los funcionarios del estado es ligeramente inferior al de los trabajadores del mismo nivel pertenecientes al sector privado. Véase Larry Gerston, «Are State Workers Overpaid?», blog *Prop Zero* del sitio web de la NBC de Los Ángeles, 17 de noviembre de 2010.

Jesse Unruh en la década de 1960, la asamblea legislativa de California despertaba admiración en todo el estado por su profesionalidad. Pero en la de 1980, bajo el mando de Willie Brown, en buena medida se había convertido en un sistema clientelista para favorecer al Partido Demócrata, el cual ha controlado el poder legislativo de forma continuada desde 1959. En 1990, los republicanos fueron a por Brown y atacaron al partido mayoritario mediante una proposición electoral que impuso límites a la reelección de los cargos electos. Los límites a la reelección neutralizaron la acción del poder legislativo, llevándose consigo el conocimiento colectivo, la experiencia profesional y los representantes más cualificados, junto con gran parte de la plantilla, cuya existencia resulta vital para que haya una legislación bien sopesada. Vendidos como un medio de poner freno a la injerencia de «intereses particulares», los límites a la reelección han consolidado el dominio de los grupos de presión de la industria sobre los legisladores¹².

La capacidad de maniobra de la asamblea legislativa se ha visto todavía más limitada en virtud de lo que se ha convertido en un ritual anual de imponer cortapisas al presupuesto, a causa de la mayoría de dos tercios que se requiere para su aprobación (una norma introducida mediante proposición de ley en 1934). Pese a la concatenación de mayorías que los demócratas han mantenido sin cesar en la asamblea legislativa, desde la década de 1990 la minoría republicana se ha negado a ceder un ápice de terreno al aumento de impuestos, y en 2009 llegó a solicitar incluso un recorte de estos sobre la actividad empresarial estimado en 2,5 millardos de dólares antes de aprobar el presupuesto. Este noviembre los sindicatos del sector público –liderados por la California Federation of Teachers (CFT), la California Teacher Association (CTA), la California Nurses Association (CNA) y el SEIU, y respaldados por la State Federation of Labour– presentaron la Proposición 25 para permitir que el presupuesto fuese aceptado mediante el voto de la mayoría simple de la asamblea legislativa. Su aprobación por un margen del 55 frente al 45 por 100 de los votos fue uno de los resultados más significativos de las recientes elecciones. Desafortunadamente, la norma de la mayoría de dos tercios todavía está vigente en el caso del aumento de impuestos y la Proposición 26, aprobada este año, en la práctica hace que las cosas empeoren todavía más al extender la norma de la supermayoría a todo un abanico de tasas estatales y municipales. Esta última proposición, financiada por la Cámara de Comercio del estado y por Chevron, pone de manifiesto una vez más los efectos nocivos que tiene gobernar mediante proposiciones de ley: en cada una de las elecciones los votantes se ven asaltados por oleadas de medidas sujetas a la compraventa de las grandes empresas¹³.

¹² Christopher Witko, «The California Legislature and the Decline of Majority Rule», R. J. Lustig, *Remaking California*, cit., pp. 60-77.

¹³ Otras proposiciones electorales que también han tenido éxito son la de redibujar las líneas de los distritos del Congreso y la interpuesta por los gobiernos municipales para impedir que el estado se apodere de sus fondos. Las propuestas para legalizar la marihuana y para dar un vuelco a los recortes de impuestos del año pasado se contaron entre algunas de las que fra-

Los esfuerzos por desterrar la Proposición 13, como el que llevaron a cabo los sindicatos del sector público en 2004, no han sido coronados por el éxito debido a que la cúpula del Partido Demócrata se niega a tocar la «tercera vía» de la política de California¹⁴. La mayor parte de los comentaristas de la izquierda liberal atribuyen esta parálisis a la existencia de un electorado contrario a los impuestos y de una oposición organizada por parte de la derecha, pero esto no encaja con los hechos. Electoralmente, los demócratas han dominado con facilidad durante las últimas cuatro décadas: sendas cámaras de la asamblea legislativa, uno o sendos escaños del Senado de Estados Unidos, la mayoría en la delegación de la Cámara, y las alcaldías de Los Ángeles, San José, Oakland y San Francisco; y, de Clinton en adelante, cada uno de los candidatos demócratas a la presidencia ha liderado el estado al menos con el 10 por 100 de los votos de ventaja.

Más que la vulnerabilidad electoral, es la identificación básica de los demócratas con el programa de Silicon Valley, Hollywood y los financieros –y su dependencia del dinero procedente de estas fuentes– lo que explica su falta de voluntad a la hora de tocar el sistema existente. Entre los demócratas más importantes del estado, pocos se identificaban de una forma tan cercana con la promoción de los intereses de las empresas de California en Washington como lo hacía la antigua Presidenta de la Cámara de Representantes Nancy Pelosi, residente de la lujosa zona de Pacific Heights de San Francisco y multimillonaria, gracias a una enorme cartera de inversiones en propiedades inmobiliarias y nuevas tecnologías. La senadora Dianne Feinstein, también residente en el área de la Bahía y casada con el gestor de un fondo de capital de inversión, el multimillonario Richard Blum, fue apodada en una ocasión «la mejor senadora que el dinero pueda comprar», y la declaración de su situación financiera ante el Congreso fue descrita en una ocasión como «del tamaño de una guía telefónica». Ellas forman parte del grupo de millonarios recientemente convertidos en congresistas demócratas –Tom Lantos, Ellen Tauscher, Pete Stark–, quienes han amasado fortunas gracias a las finanzas, las propiedades inmobiliarias y la electrónica¹⁵.

La elección al Senado de 2010 enfrentó a otra millonaria en el gobierno, Barbara Boxer, contra la inmensa fortuna de Carly Fiorina, antigua presidenta de Hewlett Packard. Como en cualquier otro lugar, la campaña se centró

casaron. Más detalles sobre las medidas electorales de California, en www.ballotpedia.org. Sobre los peligros de gobernar mediante proposiciones, véase Peter Schrag, *Paradise Lost. California's Experience. America's Future*, Nueva York, 1998.

¹⁴ La iniciativa para revocar la norma de la mayoría de dos tercios en 2004 fracasó por 66 frente al 34 por 100. Algunos de los sindicatos que apoyaban de la Proposición 25 de 2010 se han impuesto como prioridad educar a la gente sobre la política fiscal. Pero las acciones para alterar el sistema existente –por ejemplo, gravando de nuevo la propiedad comercial, una de las principales lagunas tributarias– todavía tienen que despegar.

¹⁵ Larry Benske, «The Best Senator Money Can Buy», *East Bay Express*, 18 de noviembre de 1994; Zachary Coile, «Bay Lawmakers among Wealthiest», *San Francisco Chronicle*, 26 de junio 2004.

esencialmente en asuntos económicos, con Fiorina haciendo valer el recorte de impuestos y la austeridad presupuestaria, mientras Boxer defendía el estímulo de Obama, así como su propio plan para atraer la financiación de Washington con el fin de impulsar la todavía en ciernes «economía verde» de California. Respaldada por los grandes despachos de abogados, por Hollywood y por los jubilados, los 22 millones de dólares gastados por Boxer superaron con creces a los 17 de Fiorina, y le facilitaron el 52 por 100 de los votos frente al 43 por 100 obtenido por Fiorina. Los sondeos a pie de urna otorgaron a Boxer el voto del 80 por 100 de los negros, el 65 por 100 de los latinos, y el 68 por 100 de los residentes de las grandes ciudades, un patrón que se ha repetido en otras contiendas que han tendido lugar durante este año.

Camino de Sacramento

En una nueva reafirmación del control demócrata, Jerry Brown ganó la carrera a gobernador de este año por un contundente margen del 54 frente al 41 por 100. Del lado republicano, fue la multimillonaria Meg Whitman, antigua directora ejecutiva de eBay, quien gastó 160 millones de dólares de su fortuna personal para saturar las ondas con su mensaje y empapelar el estado con su imagen –aproximadamente tres veces la cantidad dispensada por ambos candidatos en la última carrera–, haciendo de ésta la campaña electoral a gobernador más cara de la historia de Estados Unidos. Su programa incluía los típicos remedios neoliberales basados en el recorte de impuestos para atraer a las empresas, la eficacia en el gobierno, y el freno de la regulación, todo ello aderezado con ataques contra los sindicatos del sector público¹⁶.

Whitman tenía poca experiencia política –incluso admitió votar sólo ocasionalmente– y carecía de grandes conexiones formales con el Partido Republicano, a pesar de haber codirigido la campaña de McCain en 2008. La derecha del Grand Old Party [Partido Republicano] la consideraba demasiado liberal en materia de homosexualidad, cambio climático e inmigración. Este último asunto contribuyó de manera decisiva al fracaso que sufrió en noviembre: tras haber defendido una línea dura contra el empleo de los inmigrantes sin papeles, se descubrió que había tenido contratada a una empleada del hogar mexicana ilegalmente durante nueve años; cuando el escándalo salió a la luz, Whitman abjuró de la mujer en cuestión, sosteniendo que debía ser deportada. Si bien esto contribuyó a distanciar a muchos latinos, –los sondeos a pie de urna sugieren que sólo obtuvo el 32 por 100 de sus votos– fueron sus conexiones con Goldman Sachs –miembro de su junta directiva entre 2001 y 2002, mantuvo carteras millonarias en varios fondos de inversión– lo que con toda probabilidad

¹⁶ Michael Reich, «Can Californians Trust What Meg Whitman is Selling?», Center for American Progress Action Fund, agosto de 2010.

disuadió a los votantes con bajos ingresos sin importar su condición: tan sólo obtuvo el respaldo del 34 por 100 de los votantes con ingresos inferiores a 30.000 dólares anuales.

El vencedor, el demócrata septuagenario Jerry Brown, fue gobernador del estado entre 1975 y 1983 y alcalde de Oakland de 1999 a 2007; su puesto más reciente fue el de Fiscal General del estado. Una vez considerado como caballero andante de la izquierda liberal, fueron sus meteduras de pata a la hora de gestionar un excedente presupuestario las que lograron allanar el camino a la Proposición 13, y su constante mención del tema de una «era de límites» le convirtió en precursor retórico del neoliberalismo. En Oakland, su aportación más destacada consistió en revivificar la zona centro mediante el desarrollo masivo de condominios en medio del *boom* inmobiliario; también desempeñó un papel clave en la promoción de los colegios concertados. La campaña en clave moderada de Brown no mantuvo ningún compromiso concreto, pero en líneas generales se adhirió al programa neoliberal: promesa de reducción del gasto público, recorte de las pensiones de los funcionarios públicos, y presión a los sindicatos para «alcanzar un consenso». Posee buen olfato para los asuntos políticos, pero carece de un sólido apoyo de base social.

Brown venció por una cómoda diferencia, teniendo especial éxito entre los negros, los latinos y los habitantes de las grandes ciudades: los sondeos a pie de urna le otorgaron respectivamente el 77, el 63 y el 66 por 100 de los votos en estas categorías. Entre las personas con ingresos inferiores a 30.000 dólares anuales, su puntuación fue de un 58 por 100 y, entre aquellas con ingresos entre los 30.000 y los 50.000 dólares anuales, de un 63 por 100. Gran parte del mérito de su victoria le corresponde a los sindicatos del sector público, que constituyeron la columna vertebral de su campaña. El sindicato de enfermeras, el que poseía mayor disciplina y motivación, atacó a Whitman directamente, burlándose de sus anuncios, lanzando un juicio de accionistas contra eBay, y organizando piquetes en la casa que ésta posee en el enclave millonario de Atherton, al sur de San Francisco. Otros sindicatos, actuando bajo el paraguas de la California Labor Federation, prefirieron trabajar haciendo llamadas telefónicas o mediante visitas puerta a puerta. Pero no ha sido exclusivamente el continuado dominio de los demócratas sobre el movimiento obrero organizado lo que ha contribuido a que California mantuviera el predominio demócrata durante el futuro previsible; la situación demográfica también ha estado jugando a su favor.

¿Fin de la República blanca?

Por debajo de las agitadas aguas en que se mueve la política californiana contemporánea discurren corrientes más profundas sacudidas por el cambio demográfico. Una causa fundamental del estancamiento político y gubernamental en que se halla el estado viene dada por la persistente «crisis

de representación¹⁷. Parafraseando a Gramsci, podría decirse que la vieja República blanca está agonizando y que la zona transfronteriza latina todavía no ha visto la luz. La gente de origen europeo representa ahora una minoría en California —42 por 100— y la gente de color es mayoría: los latinos constituyen una tercera parte de los 37 millones de personas que conforman la población del estado, los asiáticos una octava parte y los afroamericanos una doceava parte. Unos 10 millones de personas nacidas en el extranjero residen ahora en el estado, lo que representa más del 25 por 100 de su población, y un 25 por 100 del total de los inmigrantes residente en Estados Unidos. La inmigración ha disminuido y se ha desplazado hacia otras zonas del país, al tiempo que la demanda de mano de obra ha descendido y la militarización de la frontera se ha incrementado bajo la Operación Gatekeeper. Sin embargo, los hijos de los inmigrantes todavía continúan engrosando las cifras de residentes no blancos, trabajadores y estudiantes.

Pero los blancos continúan dominando la política electoral, al constituir todavía dos terceras partes de los votantes regulares. La mayoría de color está enormemente subrepresentada, ya que muchos no poseen la ciudadanía (60 por 100) o bien no están censados (45 por 100). Las tasas de participación entre los latinos que reúnen los requisitos para votar son de un abismal 30 por 100, y el número de representantes latinos en los ayuntamientos, en la asamblea legislativa y en el Congreso continúa estando muy por debajo de lo que cabría considerar proporcionado; Antonio Villaraigosa es el primer alcalde latino de Los Ángeles desde el siglo XIX¹⁸. La mayoría relativa de blancos, ahora en franco retroceso, continúa ejerciendo una influencia desproporcionada en el estado. Marcadamente más viejo, más rico y dueño de más propiedades, al electorado blanco le corresponden puntos de vista conservadores: para muchos de ellos, los inmigrantes son un problema, el español una amenaza, y la ley y el orden el grito de guerra. Incluso los votantes blancos de centro tienden a considerar los impuestos como una carga, los colegios como algo de escaso interés, y el futuro colectivo como algo que no le incumbe.

Por el contrario, aunque los latinos y los asiáticos son a menudo conservadores en materias como el aborto o el matrimonio entre personas del mismo sexo, están firmemente alineados en favor de la mejora de la escuela pública y de los servicios sociales. Las cifras en alza de nuevos votantes registrados están constituidas por una abrumadora mayoría de jóvenes, inmigrantes de primera o segunda generación y seguidores del Partido Demócrata¹⁹. Si las últimas elecciones pueden tomarse como un indicador, California habría experimentado un desplazamiento tectónico: el apoyo de la gente de co-

¹⁷ J. Lustig, «Voting, Elections and the Failure of Representation in California», *Remaking California*, cit., pp. 99-120.

¹⁸ Cifras tomadas del Public Policy Institute of California [Instituto de Políticas Públicas de California], www.ppic.org.

¹⁹ Jane Junn, «Why California Will Stay Blue», *San Francisco Chronicle*, 8 de noviembre de 2010.

lor fue una de las razones principales de que los demócratas mantuvieran un éxito continuado, a pesar del avance nacional de los republicanos. Que estos votantes se negaran a apoyar la legalización de la marihuana no es de sorprender, pero hay signos de que sus opiniones sobre la espinosa cuestión del matrimonio homosexual están cambiando, en el contexto de la batalla que aspira a revocar la prohibición aprobada como Proposición 8 en 2008.

Durante treinta años, los derechos de los inmigrantes han representado un asunto altamente controvertido, provocando oscilaciones importantes en el paisaje político. La atención se ha concentrado sobre las proposiciones electorales de corte nativista, las cuales han dado lugar a contramovilizaciónes entre las comunidades de color. Una proposición de 1986 convirtió el inglés en lengua oficial del estado, mientras en 1994 la Proposición 187, respaldada por el gobernador republicano Pete Wilson, trató de impedir a los inmigrantes ilegales el acceso a la escuela y a los servicios sociales; a pesar de haber sido anulada por los tribunales, empujó a millones de nuevos ciudadanos del estado a censarse y a votar, en su mayor parte en favor de los demócratas. En 1996 la Proposición 209 acabó con los programas de discriminación positiva de California. Más recientemente el foco de atención se ha desplazado hacia las leyes contra la inmigración de Arizona; las protestas de las comunidades latinas han barrido California²⁰.

De la mano de la nueva demografía ha llegado una nueva geografía política. La vieja división separaba el norte y el sur, con un siglo de dominación sobre el gobierno estatal por el área de la Bahía, seguida por la contrarrevolución animada por el estallido de la Nueva Derecha en el populoso sur de California en la década de 1980. Ahora, la división geográfica discurre entre el este y el oeste, separando la costa de los valles del interior. En líneas generales, podría decirse que la costa es rica, urbana, políglota y liberal; el interior vive al día, es pobre, cristiano, rural (o urbanizado desde hace poco) y conservador. Aunque la población del interior está cada vez más conformada por latinos y gente de la clase trabajadora, la política continúa estando dominada por una élite blanca local, bien procedente de las filas del antiguo régimen agrícola, o bien de las de un nuevo grupo de propietarios de inmuebles, y respaldada por un electorado blanco tan reaccionario como el de cualquier estado en mano de los republicanos²¹.

En el sur de California, los sindicatos han llevado a cabo tentativas, con el fin de organizar las operaciones de almacenamiento o la industria de la construcción en el Inland Empire. En el norte, la CFT ha aunado esfuerzos con la Alliance for a Better California, agrupando a organizadores comunitarios del Valle Central, a organizaciones eclesíásticas y a activistas latinos y afroameri-

²⁰ Arizona reedita la experiencia de California en la década de 1990: posee proporcionalmente el peor déficit presupuestario de la actualidad y el mayor tráfico de inmigrantes clandestinos ahora que California ha vallado su frontera.

²¹ Véanse Lisa McGirr, *Suburban Warriors. The Origins of the New American Right*, Princeton, 2001, y Frédérick Douzet *et al.* (eds.), *The New Political Geography of California*, Berkeley, 2008.

canos, al tiempo que la Labor Federation ha logrado consolidar los consejos de trabajadores en el Valle Central, con el fin de promover campañas de censo de votantes. Los organizadores comunitarios de PICO y ACCE están bien asentados en las poblaciones del interior, procurando impulsar movilizaciones en materia de reforma fiscal, escuela pública, sanidad e inmigración. Sin embargo, el activismo de las ciudades costeras se mantiene muy por debajo de estos niveles.

Engañando a los niños

Las crisis económica y presupuestaria actuales no son más que los últimos síntomas del lento retroceso del bienestar social que se impuso en California durante la posguerra. Aquí, como en cualquier otro lugar, la edad de oro del capitalismo estadounidense se cimentó sobre una sólida base, que combinó inversión pública con una administración competente. Aquí, de igual modo, el firme avance del neoliberalismo ha debilitado el sector público y amenaza con envenenar asimismo las fuentes del capitalismo emprendedor. Esto se muestra de forma especialmente evidente en el campo de la educación, de los niveles de primaria a la universidad. La una vez gloriosa escuela pública del estado ha caído de rodillas. La educación primaria y la secundaria (K-12: de la guardería a los doce años de edad) se han precipitado de los primeros a los últimos puestos del ranking nacional, en virtud de un rango de medidas que van de las pruebas oficiales a la tasa de abandono escolar, estando ésta última situada actualmente en un 25 por 100. Hay muchas razones que justifican esta debacle, pero el corazón del problema reside en la miseria, tanto de los alumnos como de las propias escuelas, a medida que las desigualdades económicas y los recortes presupuestarios se ciernen sobre las cabezas de los niños californianos.

En California la pobreza infantil ha alcanzado niveles sin precedentes, situándose en torno al 20 por 100. El estado alberga la sexta parte de los niños sumidos en la pobreza de Estados Unidos, frente a la décima parte de treinta años atrás. Los niños pobres tienen un rendimiento escolar más bajo que el de sus compañeros pudientes, no siendo de extrañar, por consiguiente, que las calificaciones en las pruebas oficiales mantengan una estrecha correspondencia con la clase (y, por consiguiente, con la raza) de las comunidades en las que viven²². Al mismo tiempo, desde 1970, el gasto escolar por alumno ha disminuido drásticamente, y California ha pasado de ocupar uno de los cinco primeros puestos a ocupar uno de los cinco últimos, en la misma liga que Mississippi. Antes de que se aprobara la Proposición 13, el 75 por 100 de la financiación de los distritos escolares procedía de los impuestos municipales sobre la propiedad local; ahora, esta proporción ha quedado reducida a una tercera parte, y Sacramento se

²² Para obtener más datos, véase la página web del National Center for Children in Poverty, www.nccp.org.

ha visto obligado a hacerse cargo de la diferencia. Con cada nueva recesión, han sobrevenido nuevos recortes del gasto, hasta dejar los programas escolares en los huesos; música, arte y otras optativas son lo primero en desaparecer. Miles de profesores han sido despedidos, y el número de alumnos por aula ha aumentado hasta cifras inmanejables.

En 1988 se produjo un intento de contener la hemorragia en los fondos educativos mediante la Proposición 98, que obligaba a destinar el 40 por 100 del presupuesto anual del estado a la educación K-12. Sin embargo, la Proposición no puede garantizar niveles de financiación absolutos y resulta superflua cuando el estado no tiene dinero para gastar. Con cada nueva recesión, una nueva oleada de bancarrotas se ha extendido por los distritos escolares de California, afectando siempre a los lugares más pobres, como Richmond en el área de la Bahía o Lynwood en el Condado de Los Ángeles. En los casos más complicados, como el de Okland en 2003, el estado envió a un equipo de profesionales para reducir el presupuesto y meter en cintura las expectativas de la gente. Hoy en la lista de distritos escolares afectados por graves apuros financieros el estado contabiliza 175 de los 1.050 existentes. Los colegios concertados son el remedio favorito de los neoliberales; aunque controlados nominalmente por los distritos escolares, su gestión se lleva a cabo mediante proveedores externos, generalmente con ánimo de lucro. No hay pruebas de que sus resultados sean mejores que los de las escuelas públicas en promedio; lo esencial es que no están cubiertos por los convenios sindicales que permitirían a los profesores asegurarse una paga digna y reclamar otra serie de protecciones laborales.

Si la opinión prevaleciente reza que las escuelas son las responsables de la quiebra del estado, otra idea todavía más perniciosa en circulación es que los propios niños son un fracaso. No saben leer, obtienen malos resultados en las pruebas oficiales, son impacientes, se comportan con insolencia, y no son capaces de acabar el bachillerato. La solución: expulsar a los alborotadores, acordonar los patios de las escuelas e introducir a las patrullas de policía en los colegios; obligar a los alumnos a malgastar horas haciendo deberes tediosos y repetitivos, de manera que los angustiados padres se convenzan de que sus hijos están recibiendo una educación estricta; y, por encima de todo, conseguir que permanezcan sentados, someténdolos a una prueba tras otra.

Todo esto ha sucedido ante el telón de fondo de las transformaciones en la composición de la población escolar que han tenido lugar en California, con la incorporación a las aulas de millones de hijos de inmigrantes. Los latinos representan la mitad de los niños en edad escolar del estado, mientras que la otra mitad procede de hogares en los que se hablan aproximadamente 100 lenguas maternas diferentes. Aprobada en 1998, la Proposición 227 eliminó la mayor parte de las clases bilingües, fortaleciendo la enseñanza del inglés y restringiendo la enseñanza en otras lenguas. Los nativistas sostienen que el sistema escolar está desbordado por culpa de la inmigración masiva; pero teniendo en cuenta que la afluencia de inmigran-

tes entre 1975 y 2000 no superó los niveles registrados entre 1950 y 1975, es evidente de que la falta de inversión en las escuelas posee un tinte racial: mientras la oleada de inmigración de posguerra atrajo a personas blancas de origen estadounidense, la segunda oleada atrajo a personas no blancas de padres extranjeros.

El declive de las escuelas pone de manifiesto «cuarenta años de inclusión fallida»²³. Tras la aprobación de la Ley de Derechos Civiles en 1964, se desataron batallas feroces en las ciudades de todo el país a propósito de la integración escolar. A principios de la década de 1970, el fallo de los tribunales obligó a las ciudades a transportar a los alumnos de un distrito a otro en autobús (aunque no entre las ciudades y las zonas residenciales), con el fin de combatir de forma más eficaz la segregación en la educación. Los Ángeles y otras innumerables zonas fueron desgarradas por los disturbios provocados por el transporte escolar. Otro hito se produjo en 1971, cuando el Tribunal Supremo de California adoptó la resolución Serrano, la cual obligaba a las autoridades estatales a redistribuir los ingresos procedentes de la recaudación fiscal para contrapesar las flagrantes desigualdades de recursos y financiación existentes entre los distintos distritos escolares. Pero pese a los esfuerzos realizados para igualar la financiación, los desequilibrios entre distritos son ahora más acusados que nunca. La clase media alta se ha protegido sacando a sus hijos del sistema escolar público y enviándolos a instituciones privadas; ocasionales en el pasado, tales retiradas se han convertido en algo habitual, junto con otro tipo de alternativas al alcance de los más pudientes, como mudarse a zonas residenciales más prósperas y blancas, donde la base imponible es más alta. Si los fondos públicos resultan insuficientes, los padres donan dinero de su propio bolsillo para aumentar las arcas de las escuelas. En julio de este año, una combinación de grupos de la sociedad civil presentaron una demanda judicial contra la injusticia en la financiación escolar, con la esperanza de producir una sentencia «hija de Serrano».

La principal oposición a la situación actual de la educación procede de los sindicatos de profesores. El CTA lideró una batalla para imponer la Proposición 98 y constituye una fuerza con la que es obligado contar en Sacramento. Las secciones municipales del CTA han tratado de mantener una postura firme en contra de los colegios concertados y de los despidos, y los profesores han recibido el respaldo constante de los padres y de los organizadores comunitarios. El CFT también se ha mantenido activo; puso en contacto a la California Schools Coalition con el SEIU y al sindicato de trabajadores de la función pública con el de los sanitarios, el AFSCME. Entre marzo y abril de 2010, la Coalición participó en una marcha que durante todo un mes viajó de Los Ángeles a Sacramento con el fin de defender la educación y los servicios públicos, haciendo campaña a favor de las refor-

²³ Ronald Schmidt, «Immigration, Diversity and the Challenge of Democratic Inclusion», J. Lustig, *Remaking California*, cit., pp. 121-39.

mas de la financiación escolar y del sistema tributario. Los grupos comunitarios, por su parte, también han establecido una coalición –Parents and Students for Great Schools– con el fin de impulsar una financiación mejor y más equitativa. Pero inmersas como están en la vorágine de la Gran Recesión, las escuelas continúan su debacle arrastradas por el torbellino²⁴.

¿La educación superior?

El sistema de tres niveles sobre el que se asienta la universidad pública de California es con mucho el mayor de Estados Unidos y fue considerado uno de los mejores del mundo en el pasado. La Universidad de California, que dispone de nueve campus, con Berkeley como buque insignia, es reconocida en todas partes como la mejor universidad pública del país. El acceso libre a los *community colleges* de California, con su programa universitario de dos años de duración, atienden anualmente a cerca de tres millones de alumnos distribuidos en 110 campus diferentes, mientras que los 23 campus de la Universidad Estatal de California acogen a cerca de medio millón de estudiantes cada año. Estas dos últimas universidades atienden al grueso de los estudiantes de color, procedentes de la clase trabajadora de California, mientras tratan de abrirse camino en el hostil mercado laboral.

La educación superior ha padecido las frías rachas del declive presupuestario durante veinte años. Los sistemas de la Universidad Estatal de California y de los *community colleges* californianos se han llevado la peor parte. Han sufrido los recortes más severos en los períodos de recesión y han recibido una compensación pequeña durante los tiempos del *boom* económico. Al menos la mitad de la plantilla de profesores de la Universidad Estatal de California y dos terceras partes de la de los *community colleges* del Estado son ahora profesores adjuntos, en lugar de titulares en línea con lo que marca la tendencia nacional²⁵. La Gran Recesión se ha abierto camino en todos los presupuestos universitarios. En el verano de 2009, las autoridades de la Universidad de California impusieron un recorte del 20 por 100 en el presupuesto corriente, una reducción de entre un 5 y un 10 por 100 en los salarios, y una subida del 32 por 100 en las tasas de matrícula. La contratación de profesorado sufrió una brusca interrupción y cientos de miembros de la plantilla fueron despedidos. Los sistemas de la Universidad Estatal de California y de los *community colleges* californianos, enfrentados a recortes similares, han eliminado cientos de asignaturas, prescindido de profesores asistentes y titulares, e interrumpido obras que estaban en construcción, mientras subían las tasas de matrícula alejando a cientos de miles de estudiantes.

²⁴ David Bacon, «California's Perfect Storm», *Rethinking Schools*, otoño de 2010.

²⁵ Sobre los cambios en la educación en sentido más amplio, véanse Frank Donoghue, *The Last Professors*, Nueva York, 2008, y Christopher Newfield, *Unmaking the Public University*, Cambridge, (MA), 2008.

Dentro de las universidades, se está produciendo una creciente división de clase. Los administradores y los profesores titulares de primera línea de la Universidad de California se han llenado los bolsillos a base de inflar enormemente sus sueldos, mientras que los profesores titulares, los profesores más jóvenes y el profesorado de la Universidad Estatal de California y de los *community colleges* se ven en graves apuros para pagar el alquiler. Un estudio demuestra que, durante la última década, se ha duplicado la contratación de cargos administrativos de la Universidad de California, mientras que otro tipo de empleos se ha incrementado únicamente en una tercera parte. En Berkeley, el informe de un consultor señala que decenas de millones de dólares se están empleando de forma ineficiente en gastos relacionados con adquisiciones y niveles adicionales de gestión; pero todavía no ha rodado la cabeza de ningún directivo, cayendo el peso de la crisis sobre las espaldas de los empleados de categoría más baja mediante despidos y reestructuraciones de personal²⁶. Los recortes en los departamentos universitarios dejan al profesorado poco tiempo para investigar y a los estudiantes menos apoyo para adentrarse en la vida universitaria. Al mismo tiempo, la subida de las tasas de matrícula se ha convertido en un ritual habitual; aunque la Universidad de California ha mantenido un decente sistema de becas para los estudiantes que lo necesitan, la imposición de tasas de matrícula de más de 11.000 dólares anuales –que con toda probabilidad seguirán aumentando de manera irremediable– está haciendo que muchos otros estudiantes, especialmente los de color, salgan huyendo.

La administración de la Universidad de California está ansiosa por reestructurar la universidad con el fin de incrementar sus ingresos. Entre las propuestas que se barajan está la creación de un diploma de tres años de duración para que los estudiantes concluyan más rápido su ciclo formativo y para atraer a un mayor número de alumnos extranjeros, quienes como poco pagan el doble que los alumnos estadounidenses. Otra idea consiste en ofrecer más cursos y diplomas *online*, como un medio de vender la marca de la Universidad de California en el mundo entero. Mientras tanto, las escuelas profesionales ubicadas en el sistema de la Universidad de California –medicina, derecho, sanidad pública y demás– están recibiendo autorización para poner a su «producto» precios tan altos como estimen oportuno. Todas estas iniciativas socavan los ideales de la universidad pública. La noción de la educación como inversión social, cuyo impulso contribuye al avance del conocimiento humano, es sustituida por una actividad encaminada a hacer dinero en la que los académicos producen inventos que pueden ser patentados y los estudiantes realizan una inversión en su propio «capital humano», financiándose mediante la solicitud masiva de

²⁶ Charles Schwartz, «Who Pays the Hidden Cost of University Research?», blog *Minding the Campus*, 9 de agosto de 2010. Para más información sobre la reestructuración de Berkeley y las críticas del profesorado, véase la sección «Reforming the University» del sitio web de la Faculty Association [Asociación del Profesorado] de la Universidad de California Berkeley, ucbfa.org.

créditos. Si continúa la tendencia actual, podremos estar asistiendo al fin de la educación humanista para todos a excepción de la elite²⁷.

El año pasado los estudiantes procedentes de uno y otro lado del estado se alzaron con furia en contra de los recortes y el aumento de las tasas de matrícula bajo el eslogan de «al infierno las subidas, no al aumento de los costes». De Santa Cruz a Berkeley y de a Los Ángeles, promovieron debates públicos, mantuvieron protestas y ocuparon edificios, en una demostración de fuerza que no se recordaba desde la década de 1960. Miembros de la plantilla y estudiantes se manifestaron masivamente a lo largo del sistema de la Universidad de California desde finales de septiembre de 2009, y un grupo de estudiantes de Santa Cruz inició una oleada de ocupaciones, que se extendió por UCLA, Berkeley y la Universidad de California Davis en el mes de noviembre²⁸. Los administradores de la Universidad de California respondieron llamando repetidamente a la policía –tanto a las fuerzas de la Universidad como a la policía municipal– para disolver las protestas y poner fin a las ocupaciones. Los directivos de la Universidad de California siguieron adelante con la subida de las tasas de matrícula de todos modos.

En enero de 2010, en respuesta a la agitación generada por las protestas, el gobernador concedió una mayor porción del presupuesto del estado a la educación superior. Entonces, el 4 de marzo, decenas de miles de estudiantes y profesores procedentes de todo el estado, de la escuela primaria a la universidad, protagonizaron una huelga masiva y convocaron manifestaciones en defensa de la educación pública; éstas se extendieron a continuación a lo largo de los campus de todo el país. Lo cierto es que la asignación de fondos estatales aumentó un tanto en el presupuesto aprobado a principios de otoño, pero la junta de gobierno se agresuró a subir las tasas de matrícula otro 8 por 100 rápidamente, pese a la nueva ronda de protestas que tuvo lugar el 5 de octubre y a las confrontaciones violentas entre la policía y los manifestantes producidas durante el mitin convocado el 17 de noviembre en San Francisco. Pero los estudiantes tienen por delante una tarea de Sísifo, al tratar de hacer frente simultáneamente a un gobierno y a una administración recalcitrantes. También existen divisiones en el seno del propio movimiento estudiantil, en torno a de tres líneas fundamentales; entre la masa inerte y las organizaciones estudiantiles que promueven un mayor activismo; entre éstas últimas y los «okupas» más radicales; y entre la izquierda blanca y los estudiantes radicales de color. Aunque no se trata de diferencias verdaderamente profundas, llevan tiempo jugando en su contra.

²⁷ Aunque la gente prefiere la idea de aumentar los impuestos antes que incrementar las tasas estudiantiles, de acuerdo con un sondeo de opinión conducido recientemente por el Public Policy Institute of California; véase Mark Baldassare *et al.*, «Californians and Higher Education», noviembre de 2010, disponible en www.ppic.org.

²⁸ Para más información sobre las protestas y los cambios en la universidad, véanse los blogs *Occupy California* y *Remaking the University*.

En el seno del profesorado, la oposición más fuerte al recorte presupuestario procede de la California Faculty Association del sistema de la Universidad Estatal de California y de la CFT, que representa una amalgama compuesta por profesorado de la Universidad Estatal de California y de los *community colleges* californianos, por profesores adjuntos de la Universidad de California y por maestros de enseñanza K-12. Una minoría de los profesores de la Universidad de California todavía está sinceramente preocupada por los objetivos de la universidad pública y se ha concentrado a favor de la causa, especialmente bajo la bandera de SAVE UC en Berkeley y del Faculty Organizing Group en Santa Cruz²⁹. Pero la elite del profesorado reniega de todo esto, acomodándose en sus laboratorios, amparándose en la buena fe de los administradores, persiguiendo becas para sus grupos de investigación y ganando dinero a cambio de sus servicios como consultores.

¿El declive del Estado Dorado?

California ha estado viviendo de las rentas del pasado. El *New Deal* y los períodos de posguerra transmitieron al país un inmenso legado de inversiones en infraestructuras. Escuelas y universidades dieron buena cuenta de ello, junto con las redes de carreteras, las presas hidráulicas y los sistemas de conducción de agua; y los parques naturales más avanzados del mundo. Durante los últimos treinta años, la recaudación tributaria ha sido escasa y se ha producido muy poca inversión. Para que las cosas siguieran en marcha, Sacramento ha ido endeudándose cada vez más a través de una gigantesca emisión de obligaciones, con el fin de mantener las prisiones, los parques y las plantas de tratamiento de aguas. Mediante un juego de prestidigitación, los californianos se han convencido de que es posible al mismo tiempo pagar pocos impuestos y disponer de infraestructuras públicas de alta calidad. El truco se repitió una y otra vez, en claro paralelismo con la excesiva acumulación de deuda hipotecaria que se produjo a escala nacional. En consecuencia, la calificación de títulos de California es peor que la de cualquier otro estado.

Los ejemplos de la falta de inversión abundan. Las autopistas de California están consideradas como las segundas peores del país. Sus prisiones están tan abarrotadas que han pasado a manos del gobierno federal. Y los fondos para las pensiones de los profesores y de la plantilla de la Universidad de California se encuentran todos en un estado calamitoso, ya que el gobierno estatal dejó de aportar sus contribuciones durante la recesión de principios de la década de 1990, dejando los fondos acumulados en manos de los mercados bursátiles. Con unas obligaciones sin financiación prevista que alcanzan los 500 millardos de dólares, ahora todo el mundo se está rompiendo la cabeza para encontrar la solución al problema; reducir bene-

²⁹ Véase www.saveuc.org y el blog *The New Universidad de California* para estar al tanto de las noticias.

ficios, incrementar las contribuciones, aumentar la edad de jubilación y optar por planes de pensiones privados³⁰. La construcción de un tren de alta velocidad entre el área de la Bahía y Los Ángeles debería considerarse como una muestra de visión de futuro, aunque éste llega con cerca de treinta años de retraso. Hace una generación el corredor aéreo entre Los Ángeles y San Francisco era uno de los más transitados del mundo, los precios del suelo se mantenían en niveles razonables, y una línea férrea habría situado a California al frente de la tecnología del transporte. Ahora queda irrisoriamente rebasada por las europeas y asiáticas. Además, a pesar de las nuevas ayudas federales y de la enorme emisión de obligaciones aprobada por los votantes, puede que el estado no sea capaz de hacer frente a un precio desproporcionado, mientras el proyecto está viéndose obstaculizado por objeciones locales al trazado, en particular por las de los prósperos residentes de la península de San Francisco.

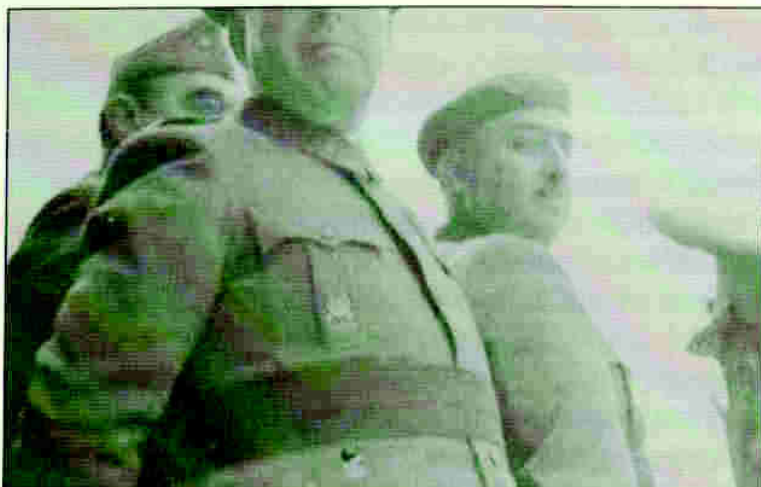
Uno de los asuntos en los que la capacidad para pensar a largo plazo ha quedado en evidencia es la respuesta dada al cambio climático. El historial de la política de conservación energética de California data de la década de 1970, lo que ha determinado que la tasa de gasto energético per cápita del estado sea una de las más bajas de Estados Unidos. En 2006 la asamblea legislativa aprobó la AB32, una ley que obligaba a reducir las emisiones de gases contaminantes en un 25 por 100 para 2020. El gobernador Schwarzenegger se apuntó al carro medioambiental y los capitalistas de Silicon Valley vieron la posibilidad de ampliar sus ganancias gracias a las nuevas tecnologías requeridas. Cuando, en noviembre de 2010, dos compañías petrolíferas de Texas trataron de utilizar la actual recesión como excusa para rescindir la AB32 por medio de una proposición electoral, los votantes rechazaron decididamente la iniciativa por un porcentaje del 61 frente al 39 por 100. La oposición no sólo procedió de los defensores del medioambiente, sino del grupo de presión vinculados al TechNet de Silicon Valley –lo que comprende a empresas tales como Google, Yahoo y Apple– y a las entidades de capital riesgo. Los capitalistas del Valle se cuentan entre los pocos de Estados Unidos que todavía sienten un interés mayor por la producción y la innovación que por la especulación, y que comprenden hasta qué punto dependen de los planes gubernamentales³¹. Pese al intento fallido de la Administración de Obama por impulsar el frente climático, California todavía tiene posibilidades de liderar la transición a una economía verde.

Durante el período de posguerra, la prosperidad de California estuvo garantizada por la inversión masiva del gobierno y contó con la supervisión de una Administración reformada según los parámetros del *New Deal*. Al mismo tiempo, esa prosperidad descansaba sobre la base de una mano de obra

³⁰ «A Gold-Plated Burden», *The Economist*, 14 de octubre de 2010.

³¹ Tom Abate, «Why Silicon Valley Faces Fresh Threats», *San Francisco Chronicle*, 11 de febrero 2010.

cualificada, compuesta por trabajadores generosamente remunerados, que contaban con el apoyo de los sindicatos y estaban orgullosos de ver a sus hijos avanzar gracias a la educación pública. California ha vivido de ese legado durante muchos años, incluso cuando se introdujo en la era de la competencia global y del neoliberalismo; de hecho, la continuidad de su éxito parecía reivindicar las bondades de la Nueva Economía, incluso cuando el resto del país naufragaba en un estupor postindustrial. Pero el Estado Dorado navegaba sobre el capital invertido. Hoy, California ha encallado en los arrecifes de la desigualdad y la división racial, de la educación deficiente y de un gobierno sin recursos, mientras que aquellos que se llenaron los bolsillos durante los tiempos del *boom* se han negado a compartir sus nutridas fortunas con los recién llegados. Sin el dinamismo de California, Estados Unidos perderá el motor principal de su crecimiento y continuará su largo declive. La nueva clase trabajadora de California tendrá que superar las barreras raciales e ideológicas, y demandar escuelas de calidad, un gobierno democráticamente responsable y acuerdos económicos más igualitarios, si queremos que exista alguna esperanza de revertir esta trayectoria funesta.



FOCA

MEMORIA DEL FRANQUISMO

RAMÓN COTARELO



www.foca.es

ISBN: 978-84-96797-53-6
160 páginas

MEMORIA DEL FRANQUISMO

Memoria del Franquismo dibuja la memoria de un pasado siniestro que es preciso encarar si queremos convivir. Para ello, hay que identificar a los responsables de la ignominia, a sus herederos y beneficiarios actuales, encontrar a las víctimas y reparar en la medida de lo posible sus padecimientos.

El autor, Ramón Cotarelo García, es catedrático de Ciencia política y de la Administración en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) y miembro del Consejo Editorial del diario *Público*. Mantiene, asimismo, un blog diario centrado en análisis político y cuestiones literarias o artísticas (<http://cotarelo.blogspot.com/>).

LA CONTRADICCIÓN FUTURA

Acerca de *Valences of the Dialectic*

de Fredric Jameson

Tras tantas variaciones innovadoras sobre el tema, quizá no sorprenda que el nuevo material de Fredric Jameson nos ofrezca una ocasión más para pensar qué significa historizar¹. Concebido como la nueva entrega de una serie titulada *The Poetics of Social Forms*, esta recopilación de artículos más reciente explica con mayor detalle un complejo de problemas reunidos por primera vez en *The Political Unconscious*, que fue la fuente de todo un corpus de trabajo sobre las ideologías de la forma narrativa. Basándose en su anterior resumen de la crítica literaria marxista de entreguerras, *Marxism and Form*, Jameson abordaba aquí las formaciones intelectuales de posguerra que durante mucho tiempo se habían mantenido distanciadas de esta tradición, incluso opuestas a ella: el estructuralismo, el formalismo y la hermenéutica, por nombrar solo algunas. En el momento culminante de la Teoría, Jameson pasó por encima de la polémica que en otro tiempo dividió a sus múltiples escuelas, reuniendo patrones ideológicos paradójicos que, en su opinión, solo un historicismo absoluto estaba en posición de reconocer.

Mientras que *The Political Unconscious* seguía siendo un ejercicio de crítica literaria –análisis semióticos de las ideologías narrativas de Balzac, Gissing y Conrad– el horizonte de la obra de Jameson había girado ya hacia la lógica cultural de un sistema-mundo repentinamente en expansión cuyos instrumentos emblemáticos eran con más frecuencia arquitectónicos y cinematográficos que textuales. La novela conservaba parte de su anterior importancia, pero cada vez más en forma de escrito muy alejado de los cánones de los Estudios Franceses y la Literatura Comparada. Este giro hacia las nuevas formaciones culturales estaba guiado por un ambicioso intento de teorizar sobre la importancia histórica de una nueva y extraña estética que parecía confundir una oposición más antigua entre movimientos modernos y realismo, las alternativas otrora imponentes en el debate entre Lukács y Brecht. En un clima de creciente suspicacia hacia la «totalización», puede considerarse que Jameson consiguió dar un inesperado golpe intelectual, estableciendo una interpretación en general hegeliano-marxista de un pos-

¹ Fredric Jameson, *Valences of the Dialectic*, Londres y Nueva York, 2009.

modernismo experimentado ampliamente, aunque de manera desorganizada, al tiempo que unía esta mutación de la superestructura con una nueva fase de expansión e intensificación capitalista. Las formas más antiguas de imitación narrativa y sus negaciones vanguardistas se estaban desvaneciendo, revelando un centro sensorial de la simultaneidad y la yuxtaposición en apariencia ilimitado y global. Desde este punto de vista históricamente decisivo, podríamos considerar que *The Poetics of Social Forms* propone una variación del adagio historicista de Hegel —«La filosofía es su propio tiempo elevado a pensamiento»— para nuestra condición posmoderna: la teoría son los límites irrepresentables del sistema-mundo elevado al nivel de un problema de forma.

¿Qué es la dialéctica?

La oposición entre forma y contenido preocupaba a una generación anterior de críticos literarios. Entre ellos, los marxistas tendían a concebir ambos a través de dos de los conceptos fundamentales del materialismo histórico, esto es, en último término en función de la elusiva relación de la conciencia —más precisamente, las categorías de pensamiento y experiencia— con las dificultades irresolubles planteadas por diferentes modos de ser social. Jameson nunca ha dejado de explorar las posibilidades interpretativas de la intersección entre el marxismo y el formalismo que su propia crítica ha llegado a definir: el mundo proyectado por una novela, la presencia virtual dentro de ella de una situación definida por el sistema mundo, los esquemas narrativos que median en esta relación interior-exterior, y las ideologías que rigen los momentos esenciales de incoherencia y fracaso de esta mediación. Pero mientras que otros artículos de Jameson trazan la topología de este mundo exterior —la intercalación en el mismo de zonas metropolitanas, provinciales y coloniales, la articulación jerárquica de modos de producción sincrónicos— los de *Valences of the Dialectic* se inclinan más a observar el tiempo profundo del sistema-mundo: sus orígenes y el tránsito último hacia otra forma de sociedad todavía inimaginable. Si pudiera decirse que la recopilación más reciente tiene una preocupación literaria, podría ser la de cómo un análisis de la narrativa que ordena sucesión y simultaneidad, futuridad y retroactividad, principio y cierre partes y todos consigue penetrar en nuevos modos de pensamiento sobre qué fue en otro tiempo lo histórico, y cuales son sus formas de erradicación y circunvolución contemporáneas.

La historicidad sigue siendo el *locus classicus* de los problemas dialécticos. En la última nota a pie de página de un largo capítulo introductorio que explora algunas de las diversas formas de entender el término «dialéctico», Jameson presenta una útil sinopsis del contenido de todo el volumen:

Los capítulos sobre Hegel intentan establecer una defensa de la actualidad del filósofo distinta a la que normalmente se ofrece (o rechaza). El segundo de esos capítulos, y los siguientes, examina parte de los clásicos filosóficos con-

temporáneos desde una perspectiva dialéctica, y también defiende el renovado interés por Lukács y Sartre en la actualidad. A continuación, diversos análisis más breves intentan aclarar varios temas de la tradición marxista, desde la revolución cultural al concepto de ideología; seguidos por una serie de análisis políticos que, si bien documentan mis opiniones personales sobre temas tan variados como el hundimiento de la Unión Soviética o la globalización, también pretenden demostrar la importancia de la dialéctica para la política práctica. En un largo capítulo final, que afronta el monumental estudio de Ricoeur sobre la historia y la narrativa, complemento esta obra aportando las categorías dialéctica y marxiana de las que carece, sin las que hoy en día difícilmente puede experimentarse la Historia².

En esta diversidad de temas, la dialéctica emerge como el nombre para las diversas maneras en las que podemos pensar y experimentar lo que nuestras categorías parecen situar fuera de alcance, pero que a veces se nos aparecen de nuevo en forma de oscuros objetos de enunciación contradictoria. Hay un ejemplo especialmente ilustrativo de las operaciones míticas de *pensée sauvage* contemporáneo. La globalización ha hecho el mundo cada vez más homogéneo; al contrario, es una situación de diferenciación e hibridación inauditas. Nuestra actual interpretación espontánea del mundo nos compele a aceptar afirmaciones que parecerían excluirse mutuamente. En el sentido más amplio en el que Jameson usa el término, la dialéctica constituye entonces una forma de pensamiento que concede importancia privilegiada a situaciones en las que el patrón lógico de nuestras explicaciones del mundo genera aporías, antinomias y, por último, absolutas contradicciones. El axioma aristotélico de la no contradicción articula la premisa fundamental de la automismidad en la experiencia ordinaria de aquello que es, tal y como se encuentra en contextos de experiencia particulares de acuerdo con direcciones de interés particulares. Su necesidad lógica está, por lo tanto, sometida de este modo justo y coherente a las condiciones agotadoras de la existencia humana en su modo justo y coherente³. Esto podría ayudarnos a percibir mejor por qué Marx pensaba que una explicación libre de contradicciones sobre las premisas reales, las condiciones de posibilidad de un cierto modo de existencia, no podría ser articulada por aquellos obligados a reproducir esas premisas en sus continuos intentos de resolver los problemas interpretativos y prácticos que de esta forma plantea invariablemente la vida. Por eso las crisis del patrón lógico de relación entre las palabras y las cosas pueden revelar la forma específicamente histórica de los problemas irresolubles que se dan en el fondo de un determinado modo de vida. La experiencia de estas situaciones límite podría incluso permitirnos prefigurar ciertas formas teóricas determinadas de aquello que radica fuera de nuestro inmediato horizonte prácti-

² *Ibid.*, pp. 69-70.

³ Aristóteles, *Metafísica*, IV, 4. Heidegger comenta: «Aristóteles expresa esto brevemente como sigue: si lo que se dice en el axioma no se sostuviese, los seres humanos se hundirían al nivel de una planta, es decir, no podrían existir en absoluto en el lenguaje y en la comprensión del Ser», Martin Heidegger, *Being and Truth*, Bloomington, 2010, p. 46.

co, generacional o incluso de época. Para Jameson, por lo tanto, la dialéctica es una orientación que traduce continuamente esta experiencia de finitud en brotes de trascendencia, no adoptando la forma de solución de los problemas ya existentes, sino por el contrario la de generación de problemas nuevos a partir de la neutralización parcial de los antiguos.

La reanimación de Hegel

El idealismo de Hegel fue un intento de problematizar las categorías tradicionales de conocimiento, heredadas de Aristóteles y tomadas por Kant como algo simplemente dado, pensando acerca de sus condiciones de posibilidad.

En Aristóteles y Kant, las categorías son inventariadas y asignadas de acuerdo con diversos esquemas de clasificación, pero no puede decirse que fuesen interpretadas, exactamente, porque no tienen significado en sí mismas ni por sí mismas sino que por el contrario rigen y organizan significados y en esa medida se sitúan fuera del significado propiamente dicho⁴.

Hegel intentaba demostrar que los modos y las formas de pensamiento tienen una lógica propia de la que caemos víctimas si no somos conscientes de su existencia y de la influencia informativa que ejercen sobre nosotros. De ahí se deducía que los fallos de una categoría dada –la forma en que se enreda, por ejemplo, en un dualismo manifiestamente insatisfactorio o en una circularidad definitoria– ya son indicativos de una situación histórica concreta. Como en una ocasión observó Lukács, la transformación hegeliana de los problemas categóricos en problemas históricos abrió la puerta al marxismo. Desde luego, podría parecer que esta concepción del tránsito de Hegel a Marx excluye de inmediato la interpretación de la dialéctica popularizada por Friedrich Engels: una visión monista de una historia humana desplegada en un flujo de la naturaleza ilimitado y regido por el conflicto. Esta visión planteaba una identidad no problemática entre pensamiento y ser, como si nuestras formas de pensamiento reflejasen meramente, de maneras más o menos adecuadas, las férreas leyes de desarrollo antagónico de la realidad. A partir de Lukács, el marxismo occidental rehuyó esta concepción del materialismo, que considera el pensamiento como espejo de la naturaleza, insistiendo en la no identidad, la fisura entre las categorías y el ser, y las transformaciones estructurales que harían falta para alcanzar alguna forma de reconciliación entre ellas. Desde esta perspectiva, tanto el realismo ingenuo (identidad) como, en una reversión a Kant, las múltiples formas de asumir una inconmensurabilidad absoluta (no identidad) entre nuestras formas de pensamiento y el mundo, impiden reconocer los problemas inevitablemente históricos de la oposición y la unidad de estos términos.

⁴ F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 283.

Las principales corrientes antidialécticas del pensamiento francés de posguerra llegaron a considerar las nociones hegelianas de totalidad, mediación y sujeto como una especie de camisa de fuerza filosófica. Contra ellas, surgió el deseo de conceptualidades liberadas de las constricciones del sentido común y la certeza metafísica, de acuerdo con las líneas indicadas por las matemáticas o alguna variante del ultramodernismo literario: la formalización de estructuras sin sujeto, la infinita deconstrucción de la retórica fundacional de la filosofía, diversas genealogías de rupturas epistemológicas, síntesis disyuntivas de lo empírico y lo trascendental, etcétera. Pero todas esas orientaciones en apariencia antidialécticas eran intentos de huir de la circularidad ideológica de las cosificaciones metafísicas; es decir, conseguir lo que Hegel en su propio tiempo había intentado poner en cuestión pero después supuso de manera muy apresurada haberlos resuelto mediante afirmaciones de identidad especulativa. Pero la terminología de la filosofía hegeliana —o la de cualquier otro sistema filosófico— no es en sí dialéctica. Para reanimar este potencial de la filosofía de Hegel, debemos abandonar sus síntesis supremas y sus culminaciones estériles, y adoptar las tendencias en sí misma debilitadoras del espíritu de contradicción.

¿Cómo, entonces, deberíamos distinguir entre esa asistemática dialéctica de fracasos por un lado, y operaciones fundamentales y hermenéuticas sobre problemas ideológicos contingentes, de una concepción anterior sobre la dialéctica negativa, por otro; o incluso entre esa dialéctica y la propia deconstrucción? Las tres, sugiere Jameson, podrían considerarse variantes de la *equipolencia*: el antiguo arte escéptico de plantear proposiciones o argumentos igualmente firmes en ambos lados de un asunto, con el objetivo de poner de manifiesto la incertidumbre de cualquier síntesis o conclusión propuesta. La implacable negatividad de la autocritica del pensamiento se convierte a veces para Jameson, al igual que para Adorno y Derrida, en marcador de diversas figuras de lo absoluto, que aparecen como traza de una perspectiva de reconciliación utópica ahora excluida. Si la deconstrucción y la dialéctica son formas de escenificar la incoherencia estructural de posibles afirmaciones y definiciones fundacionales, «la dialéctica hace una pausa, esperando una nueva solución para congelarse y convertirse en una idea y en una ideología a las que pueda aplicarse nuevamente la dialéctica, mientras que la deconstrucción se apresura asimismo a avanzar para descifrar el nuevo resultado»⁵.

La dialéctica, por lo tanto, no es simplemente negativa o crítica, sino también una hermenéutica más afirmativa de las ideologías, los proyectos y los mundos que luchan por superar su finitud específica y constitutiva. Uno sospecha que la razón por la que Heidegger ha asumido un lugar cada vez más destacado en la obra de Jameson es que tanto su fenomenología como su posterior arqueología de la metafísica avanzaron en anticipación a un inminente progreso hacia nuevas formas de pensamiento, cuyas som-

⁵ *Ibid.*, p. 27.

brías intimaciones podrían detectarse ya en las suposiciones originales captadas nuevamente tras las palabras y los fragmentos filosóficos clave. Esta apertura al lado más controvertido del pensamiento de Heidegger deriva de un interés historizador por las formas ideológicas de distintas políticas de la verdad –quizá en especial, el decisionismo al que todos los nuevos movimientos radicales parecen haber dado lugar– unido a una interpretación completamente impasible y deflacionaria de la verdad en sí misma. De hecho, sobre la cuestión de *Das Wesen der Wahrheit*, Jameson parece adoptar una posición diametralmente opuesta a la de Alain Badiou, al mantener en una obra anterior que «en esta historia, todas las verdades son también al mismo tiempo ideológicas, y deberían celebrarse con la mayor suspicacia y la mayor vigilancia»⁶. La concepción más elevada que Badiou tiene de la Filosofía constituye un ilustrativo contraste con aquello a lo que Jameson denomina Teoría:

La Teoría [...] no tiene intereses creados en la medida en la que nunca reclama un sistema absoluto, una formulación no ideológica de sí misma y de sus «verdades»; de hecho, siempre cómplice en el ser del lenguaje actual, solo tiene una tarea y una vocación infinitas e inacabadas de debilitar la filosofía propiamente dicha, de desplegar todo tipo de declaraciones y proposiciones afirmativas⁷.

Pero si esta formulación se inclina fuertemente hacia una concepción puramente crítica e incluso deconstructiva de la teoría, su sentido está complementado por otros que consideran que el marxismo está fundamentado en «la convicción de que los conceptos genuinamente nuevos no serán posibles hasta que la situación concreta, el sistema en sí, en la que deben pensarse haya sido radicalmente modificada»⁸. La premisa básica que sustenta esta concepción de la teoría es que nuestras categorías filosóficas heredadas están esencialmente muertas, pero pueden reescribirse en el presente con una cierta inmortalidad efectiva, como los términos de su propio posible reemplazo. La relación entre la «Teoría», el «marxismo» y la «Dialéctica» no llega a establecerse definitivamente en estos artículos, lo cual sugiere que no son nombres correctos para las diversas formas de inventariar y sondear más allá de los puntos muertos del pensamiento y la praxis, en medio de una larga era de transición hacia otro modo de vida.

Genealogías

El gran descubrimiento de Kant fue que la mente humana está limitada en cuanto a lo que es capaz de pensar. En el contexto de los temas de *Valences of the Dialectic*, es de suponer que el intento de demostrar la imposibi-

⁶ F. Jameson, *The Seeds of Time*, Nueva York, 1994, p. 77.

⁷ F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 59.

⁸ *Ibid.*, p. 135.

lidad de pensar adecuadamente acerca de los orígenes y el fin del mundo asumí una importancia especial. Más en concreto, Rousseau planteaba el mismo problema para cualquier explicación sobre los orígenes del lenguaje: mientras que era imposible pensar que el lenguaje alcanzaba su existencia de repente, parecía apenas concebible que hubiera evolucionado de manera gradual. Lo que estaba en juego, por supuesto, no era el hecho evidente de dichos cambios, sino nuestra capacidad para pensar acerca de ellos con suficiente claridad. Antes de Nietzsche, por lo tanto, puede decirse que Rousseau había sido pionero del planteamiento genealógico sobre el enigma de la aparición de completos órdenes de cosas que explicaciones implícitamente teleológicas sobre el origen no pueden dilucidar adecuadamente.

La genealogía, de acuerdo con Jameson, «debía poner en su lugar los diversos prerrequisitos lógicos para la aparición de un fenómeno dado, sin dar a entender en modo alguno que constituyesen las causas de éste, y mucho menos sus antecedentes o fases iniciales»⁹. El argumento no es que la explicación debiera ser sustituida por las genealogías en este sentido, sino por el contrario que éstas pueden aportar las operaciones conceptuales que la forma narrativa de la historia –con su suposición de una lógica continua y envolvente de un mundo dentro del cual se sostiene que se despliegan los acontecimientos– no solo no puede abordar plenamente sino que de hecho tiene que ocultar. El problema interno de cualquier explicación sobre cómo llegan a ser las nuevas lógicas o los nuevos mundos no desplegados –los orígenes del lenguaje, del Estado o del capitalismo– es la necesidad de establecer en qué medida estaban presentes de algún modo esos orígenes en la situación anterior, generando el problema añadido del retroceso incontrolable (las condiciones de esas condiciones, etc.), al que solo la cuasiteleología de un periodo transitorio postulado, por lo general sin nombre, consigue proporcionar una solución. En otras partes Jameson ha señalado que esto es:

un enigma que solo el concepto de «postular» logra solucionar con eficacia: porque al igual que siempre postulamos la anterioridad de un objeto sin nombre junto con el nombre o la idea que acabamos de articular, también en la cuestión de la temporalidad histórica postulamos siempre la existencia previa de un objeto informe que es la materia prima de nuestra emergente situación social o histórica¹⁰.

Apartándose de estas aporías, Lévi-Strauss sostenía que lo diacrónico (el cambio y la historia) no es ni significativo ni pensable, sino resultado de una serie de accidentes, lo cual era su forma de decir que los cambios cualitativos de los estados sincrónicos –sus orígenes, fines y momentos de transición– son los escollos de nuestras concepciones ordinarias del tiempo como una secuencia homogénea de ahora. Para Jameson, estos pro-

⁹ *Ibid.*, p. 434.

¹⁰ F. Jameson, *The Hegel Variations*, Londres y Nueva York, 2010, pp. 85-86.

blemas subrayan la imposibilidad de articular una explicación homogénea –ya sea naturalista o fenomenológica– del tiempo, porque señalan la existencia de condiciones de experiencia cuasi trascendentales, sometidas en sí mismas al envejecimiento y al cambio histórico, que no aparecen en el mundo vital de esa experiencia, o lo hacen en forma de contradicción. Se podría decir, por consiguiente, que esta concepción de la «genealogía» permanece excesivamente centrada en el problema de la génesis estructural como para entender de qué modo la decadencia y el fin de ciertos mundos desafían también la representación.

Podría sorprender que una figura tan imbuida de Marx como Jameson pasara por alto, en el contexto de las reflexiones sobre la disyunción entre las dimensiones sincrónica y diacrónica de la temporalidad, la propia investigación de Marx sobre el proceso social de mediación entre las condiciones estructurales reproducidas cíclicamente y la experiencia empírica de una cierta forma de contar el tiempo, es decir, la propia forma valor. Después de todo, en el volumen I de *El capital*, Marx demuestra que esta forma se manifiesta como una división dentro de las jornadas laborales socialmente estandarizadas entre el tiempo de trabajo necesario y el excedente, la cual aparece finalmente como una contradicción en la experiencia por parte de la sociedad de los límites históricamente decisivos del crecimiento capitalista. Si bien el último capítulo, antes inédito, de *Valences of the Dialectic* se abalanza sobre este problema tan contemporáneo, lo hace tras una larga y vertiginosa digresión por reflexiones literarias y filosóficas sobre cómo se han concebido el Tiempo y la Historia en diversas tradiciones muy alejadas del marxismo.

¿Era la guerra die Zeit?

El penúltimo artículo de *Valences of the Dialectic* ofrece un amplio comentario sobre *Tiempo, memoria y olvido* de Paul Ricoeur, que comienza con un análisis sobre la oposición de las concepciones aristotélica y agustina del tiempo; es decir, en términos generales, la interpretación naturalista y subjetiva del mismo. Esta oposición entre el filósofo clásico y el teólogo de finales del imperio romano ha formado un punto de partida para numerosos discursos sobre el fenómeno del tiempo, y coincide con la oposición entre *temps* y *durée* introducida por Bergson:

SAN AGUSTÍN: ¿Qué es el tiempo, entonces? Si nadie me pregunta al respecto, lo sé; si se supone que debo explicarlo a alguien que lo pregunte, no lo sé.¹¹

ARISTÓTELES: El tiempo es el número del movimiento según el antes y el después.¹²

¹¹ San Agustín, *Confesiones*, L. 11, cap. 14.

¹² Aristóteles, *Física*, L. 4, Pt. 11.

Por asombrosa que parezca la evidente oposición entre lo subjetivo y lo objetivo de estas formulaciones, Heidegger nos recuerda que esta puede en sí ser anacrónica. La definición más concisa de Aristóteles resulta no ser tan directa, porque al referir el tiempo al movimiento, el primero acaba finalmente indexado a lo que en opinión del filósofo era la forma de movimiento más pura y autónoma, la del alma propiamente dicha, calculando con el tiempo. Para Jameson, el intento de definición de Aristóteles demuestra de hecho la imposibilidad de definir el tiempo, excepto circularmente, y por lo tanto la necesidad de mostrarlo de algún modo. Un fragmento de Heidegger transmite una interpretación similar sobre el propósito de la definición aristotélica del tiempo, la cual ve «no como una definición en el sentido académico. Caracteriza el tiempo definiendo cómo se vuelve accesible lo que denominamos tiempo. Es una *definición de acceso o caracterización de acceso*»¹³.

A lo que da acceso, cuando se entiende adecuadamente, es a nuestro comportamiento habitual respecto al tiempo, la compulsión de guiarnos de acuerdo con él: «nos dirigimos hacia lo que nos ocupa, lo que nos presiona con fuerza, aquello para lo que va siendo hora, aquello para lo que deseamos tener tiempo»¹⁴. Acercarnos, retroceder, quedarnos: la temporalidad es precisamente este comportamiento de exteriorización, de proyección, creador de horizontes. Para Heidegger, la etimología de términos filosóficos clave en las lenguas clásicas prometía revelar redes ocultas e historias de pensamiento silentes que de otro modo podrían no salir a la luz. Aunque esta suposición se ha vuelto menos convincente en la actualidad, quizá podría ser aceptada —con la licencia que la especulación dialéctica parece permitirse— como forma de indicar las posibles implicaciones entre términos que de lo contrario permanecerían en mudo aislamiento, en este caso la relación entre la temporalidad, la existencia, la aparición o, alternativamente, los mundos. En griego, *ekstatikon* significa salir de sí mismo, en latín, *existere* significa aparecer. La temporalidad, sugiere Heidegger, puede entenderse como esta exterioridad intrínseca de la existencia. Esta mismidad exterior es un modo de aparecer en un mundo dado de antemano, implícitamente significativo, cuyos trabajos y operaciones están orientados hacia diversos sentidos de temporalidad comunes. Aunque celebraba la *Retórica* de Aristóteles como «la primera hermenéutica sistemática sobre la cotidianidad del ser colectivo», Heidegger la consignaba en consecuencia a ser una fenomenología de la inautenticidad, es decir, de las rutinas ordinarias de repudiar nuestras posibilidades más auténticas, o abstenernos de una misión histórica inespecífica. Esta caracterización de la textura irresoluta e indirecta de la vida cotidiana planteaba inevitablemente expectativas de que hubiera, por el contrario, otros momentos en los que la finitud de las cosas aparecía de manera transparente, a la luz del propio Tiempo inadulterado: el espejismo de la *parusia*.

¹³ Martin Heidegger, *Basic Problems of Phenomenology*, Bloomington, 1988, p. 257.

¹⁴ *Ibid.*, p. 259.

Para Jameson, el escepticismo deconstructivo hacia esos excesos nunca descarta una hermenéutica comprensiva sobre lo que tales figuraciones de lo Absoluto podrían revelar acerca de nuestra situación histórica. Heidegger proporciona una forma de pensar sobre cómo el cambio en nuestro modo de existencia –la condición misma del modo en que aparecen las cosas– puede en sí hacerse aparecer en términos fenomenológicos cotidianos, con la debida consideración al necesario cociente de fantasía y reconocimiento erróneo implicado en esta mediación de planos trascendentales y empíricos –alternativamente, históricos y existenciales– difícilmente conmensurables.

Abordando la incapacidad del marxismo oficial de la década de 1950 para aprehender la experiencia vivida todavía irreductible, de los contemporáneos dentro de los dogmas agotados de la teoría de la historia que dicho marxismo propugnaba, Sartre proponía que el «conocimiento dialéctico del hombre, de acuerdo con Hegel y Marx, exige una nueva racionalidad dentro de la «experiencia» en ausencia de la cual la situación histórica se ha vuelto completamente opaca tanto en el Este como en el Oeste. ¿Cuáles son las condiciones de esta transparencia de la experiencia dentro de las cuales podría manifestarse la *historicidad* propiamente dicha? Adelantándose a la crítica que más tarde le haría Kierkegaard, Hegel sostuvo en una ocasión que nuestra situación «es radicalmente distinta a la de los griegos, porque ellos tenían ante todo que generar abstracciones utilizables a partir de la inmanencia de la vida cotidiana empírica; nosotros, sin embargo [...] estamos inundados de abstracciones, tenemos que encontrar un modo de salir de ellas»¹⁵. Esta salida es improbable que la encontremos en la autenticidad fetichizada de la vida solitaria –la solución propuesta por Kierkegaard– pero debe ahora, bajo condiciones de socialización cada vez más intensiva de la experiencia, perseguirse en una dirección opuesta, marxista, hacia la conciencia de que incluso nuestros estados afectivos y nuestros compromisos apasionados «dependen del trabajo de otras personas y de una diferenciación social de la producción dentro de la cual esas posibilidades humanas particulares están disponibles o, por el contrario, excluidas»¹⁶.

El corolario de esta concepción es que lo experimental ya no es aquello que radica en un horizonte fenomenológico circunscrito que nos rodea, sino que está cada vez más mezclado con espacios distantes e incluso ausentes, dentro de un sistema-mundo capitalista abierto a posibilidades de experiencia virtuales que no están directamente presentes en nuestros entornos cotidianos. Pero este modo de producción, que se despliega con violencia desde una prehistoria remota, también se dirige hacia un destino desconocido, y en cada fase de su expansión este hundimiento de todo lo que era sólido abre fronteras de experiencia en las que estas posibilidades virtuales asumen una forma cultural específica que enigmáticamente

¹⁵ Citado en F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 283.

¹⁶ *Ibid.*, p. 206.

marca sus contradicciones estructurales y sus límites exteriores: el posmodernismo como la lógica cultural del capitalismo *tardío*.

Categorías y conceptos

Recordando el proyecto original de *The Poetics of Social Forms*, llegamos a la cuestión de las categorías narrativas a través de las cuales la propia Historia podría ponerse de manifiesto en la experiencia, es decir, la forma narrativa a través de la cual pueden subjetivarse los orígenes y la universalización auto-negadora del capitalismo. Este problema lukacsiano de la subjetivación de lo que los althusserianos denominaban «procesos naturales e históricos sin sujeto» puede considerarse la contradicción suprema de la dialéctica. A finales de la década de 1970, Jameson había llegado a la opinión de que las antiguas formas realistas de la novela histórica ya no podían mediar en algo que se había convertido en una resquebrajadura irrepresentable –lo cual no quiere decir imposible de teorizar– entre la contradicción que se manifiesta en las condiciones sociohistóricas y el medio cada vez menos terrenal de la *Dasein* contemporánea. Sostenía que las formas narrativas de la novela realista presuponian una corriente de fondo de desarrollo histórico continuo a partir de orígenes reconocibles, «una experiencia vital única para las naciones industrializadas del capitalismo decimonónico, de la disolución gradual de las antiguas *Gemeinschaften* de la vida aldeana tradicional y su sustitución, dentro de la unidad de una sola vida y una sola experiencia biográfica, por la naciente ciudad industrial»¹⁷.

En contra de la concepción errónea habitual, la propia interpretación que Jameson hacía de la historicidad aceptaba con calma las críticas estructuralistas y postestructuralistas a las grandes narraciones aun cuando se afe-raba con firmeza al compromiso de «historizar siempre». ¿Pero qué significaba entonces el término, si ya no podía tomarse como forma de entendimiento hermenéutica que pone los acontecimientos en una historia de desarrollo significativa o devuelve los instrumentos a sus contextos culturales pasados? Aunque las referencias a Nietzsche han desaparecido de sus escritos desde la década de 1980, en un texto de comienzos de la década de 1990 Jameson ofrecía una reinterpretación nueva sobre la náusea que aquél sentía por el historicismo de su época: «por la manera en la que un modo daba lugar a otro, cómo se descomponía una “civilización”, cómo fue la decadencia de Roma, cómo otra forma social acabará por ocupar el lugar de la actual»¹⁸. Proponía que la repulsa hacia el epígono a la que Nietzsche daba expresión podía ahora considerarse una entre una serie de afectos capaces concebiblemente de galvanizar un modo específico de contacto hermenéutico con el pasado cultural, llegando a sugerir que

¹⁷ F. Jameson, «Marxism and Historicism» [1979], en *The Ideologies of Theory*, Londres y Nueva York, 1988, p. 459.

¹⁸ F. Jameson, «Benjamin's Readings» [1992], en *The Ideologies of Theory*, cit., p. 240.

este conocimiento tal vez proporcionase el modelo para un historicismo desconocido y alternativo, alejado de las desacreditadas ideologías orgánicas de los orígenes, el progreso y la decadencia.

Lo que parece interesar a Jameson de la última obra de Ricoeur sobre la fenomenología narrativa del tiempo es el uso que éste hacía de las descripciones aristotélicas de la tragedia como una exposición de las formas esenciales de todos los relatos. Pero se podría decir que la importancia de la *Poética* de Aristóteles para Jameson no es la misma que para Ricoeur, que la concebía como un marco versátil para dar sentido a la experiencia del lector sobre la «seguibilidad» de las narraciones, incluso aquellas que, en su complejidad laberíntica y en su multiplicidad de niveles, parecen desafiar la unificación en forma de argumento. Lo que Jameson, por el contrario, ha tomado de la *Poética* es algo completamente distinto, a saber, la posibilidad de que la explicación que Aristóteles ofrece de los elementos de la tragedia pudiera de algún modo sacarnos del mundo de los puntos de vista individualistas inscritos en las convenciones narrativas de la novela contemporánea basados en medios sociohistóricos familiares. Jameson sugiere que el problema con unos puntos de vista tan asentados es que establecen un cosmos moral imaginario de protagonista y adversario que no puede sernos útil cuando nos dispongamos a descubrir nuevos «sujetos de la historia» no antropomorfos. La suposición del último artículo incluido en *Valences of the Dialectic* es que una interpretación clásica de un arcaico y preindividualista mundo del destino, un tiempo previo a la instalación de las articulaciones ideológicas modernas de lo histórico en sus moldes familiares, nos podría permitir captar parte de las formas contemporáneas y postindividualistas de su aparición. «Los conceptos preindividualistas o postindividualistas —escribe Jameson— son más apropiados para contemplar los múltiples pasados de la historia humana», un proceso sin sujeto que «ningún testigo y ningún Espíritu Absoluto podrían abarcar»¹⁹.

Los tres «conceptos» aristotélicos que Jameson adopta de Ricoeur —*peripeiteia*, *anagnorisis* y *pathos*: inversión, revelación y, como él lo interpreta, lo absoluto— son al menos suficientemente rudimentarios como para tener una apariencia de universalidad. El proceso de «inversión» evidencia el modo en que las personas caen bajo el poder del destino y capta la unidad dialéctica de la victoria y la derrota, que conforman los términos más primitivos a través de los cuales se hace legible algo que podríamos denominar historia, o prototipo de la historia. Se basa en *Epic and Empire*, el estudio publicado en 1993 por David Quint sobre la *Eneida* de Virgilio, para plantear que tras el triunfalismo augusto del poema épico funcionaba una identidad de estos opuestos, estableciendo la plantilla para posteriores variaciones e inversiones. El sentido implícito o la reflexión de la épica imperialista resulta ser algo así como: «¡Vosotros, vencedores romanos, no olvidéis nunca que también sois los desgraciados perdedores y los re-

¹⁹ E. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 551.

fugiados de la derrota y de la pérdida de vuestra ciudad y vuestro país!». Dentro de esta identidad inversa y dialéctica de la victoria y la derrota radica un concepto trágico del destino, una figura de la necesidad unificadora que se expresa implacablemente en la lucha de facciones y las mareas fluctuantes de la guerra. La articulación clásica de este espectáculo del destino fue *La Guerra del Peloponeso* de Tucídides. A través de la distancia que separa este micromundo ático de nuestro universo posmoderno, «esta concepción de la historicidad como necesidad debe seguir siendo nuestra, por mucho que deba captarse en función de oposiciones todavía no disponibles para el historiador griego, como el potencial o el agotamiento de los modos de producción»²⁰.

La inversión dentro de una implacable y unificadora lógica de la necesidad es, por supuesto, la forma narrativa asumida por la explicación estructural que Marx ofrece de un capitalismo tendente a superar sus límites, que finalmente generará otro orden social imprevisto o, con menos anticipación de cualquier resultado particular, del capitalismo como la situación simultáneamente más emancipadora y más desastrosa que les ha ocurrido a los seres humanos, planteamiento que expresa una especie de ambivalencia primordial de lo Bueno y lo Malo sin aparente resolución práctica. Para Jameson, el marxismo no es solo una explicación de la génesis y los límites estructurales del capitalismo, ambiguamente situada dentro de un esbozo milenarista más amplio sobre la variedad y la sucesión de diferentes modos de producción, ni una simple teoría crítica sobre los inalcanzables límites y las contradicciones de pensamiento y experiencia determinados por estos modos, sino también una hermenéutica de las mitologías en las que todos los colectivos se basan para interpretar el sentido del sufrimiento y las posibilidades de trascendencia del mismo.

En los dos artículos de *Valences of the Dialectic* dedicados a Sartre, Jameson observa que, «al igual que la teología necesita explicar el mal y el sufrimiento en un mundo por lo demás atribuido a Dios, también cualquier “filosofía de la Historia” conceptualmente satisfactoria necesita explicar la violencia y el fracaso de un modo significativo, y no como una serie de accidentes ajenos al significado»²¹. En esta nueva «época humana» de la modernidad que empieza con el capitalismo, la explicación y la crítica siguen inextricablemente unidas en el mito, dentro de una dialéctica más amplia de la Ilustración. Las filosofías de la historia no deberían entenderse, por lo tanto, como teorías explicativas o críticas, sino por el contrario como fantasías laicizadas de los destinos opuestos hacia los que la historia parecía dirigirse desde los albores de la sociedad burguesa: emancipación o una nueva forma de barbarie; utopía o extinción. En consecuencia, el significado de la historia desde los inicios de la modernidad hasta la posmodernidad se ha experimentado en las valencias opuestas del Entusiasmo y el Horror, como adaptaciones a

²⁰ *Ibid.*, p. 590.

²¹ *Ibid.*, p. 232.

estos destinos completamente opuestos, donde la intensificación de uno u otro de estos dos afectos señala el tránsito de las experiencias empíricas a las trascendentales; es decir, a una percepción de las permanentes posibilidades o restricciones sobre lo que los seres humanos pueden transformar y crear mediante sus propios esfuerzos colectivos.

En el remoto Königsberg, Kant ponderaba la importancia de la Revolución francesa en función del entusiasmo que esta evocaba entre todos aquellos que se mostraban al menos abiertos a la idea de que la servidumbre no era el destino natural de la humanidad. «Un fenómeno así en la historia humana no debe olvidarse», escribió, registrando la repentina aparición de un ámbito de autonomía vasto e inexplorado que pronto causaría horror oscurantista. Pero la histeria contrarrevolucionaria de De Maistre era meramente derivativa y no consiguió dar lugar a una visión trascendental de la historia. Las posibilidades dialécticas del horror como adaptación a la barbarie situada a las puertas de la civilización solo llegan con la aparición impactante y dilatada de una nueva situación de la clase obrera en fábricas y arrabales. Jameson ofrece una memorable descripción de la *peripeteia* desde el entusiasmo revolucionario burgués de finales del siglo XVIII al punto de vista proletario del mundo naciente del capital dentro del cual todavía se despliega otra inversión dialéctica:

A medida que nos aproximamos, en el siglo XVIII, a esa épica más democrática que el capitalismo empezó a abrir en Occidente, una nueva preocupación por el encarcelamiento, la tiranía y el despotismo, el castigo arbitrario, el fanatismo y la superstición, comienza a conjugar la pasión política, y a preparar el derrocamiento de los viejos regímenes. Pero la instalación de los sistemas parlamentarios y una relativa igualdad política solo sirve para cambiar el horror y revelar la perspectiva más profunda del trabajo propiamente dicho, de la fábrica como cárcel, como esfuerzo de toda una vida, que después ilumina retroactivamente el tiempo del cuerpo trabajador en una perspectiva nueva y quizá más salvadora²².

Revelaciones

El segundo de los tres términos en la dramaturgia aristotélica de Ricoeur es la *anagnorisis*, el reconocimiento del otro como el mismo, una forma-acontecimiento de un tiempo arcaico que precedió a los cimientos de la *polis*, cuando el enemigo jurado que había resultado ser el propio pariente de uno componía el material de la leyenda. Para Jameson, esta concepción de la revelación indica otro modo por el cual podría considerarse que la Historia efectúa una aparición, a modo de *mise-en-scène* alienante de multitudes no incorporadas y suprimidas del campo de visión ordinario. La razón por la que ahora nos vemos obligados a afrontar este problema de la historicidad en forma de aparición de oscuras multitudes es que, al con-

²² *Ibid.*, p. 590.

trario que en la época del marxismo clásico, las actuales dinámicas del capitalismo no parecen transformar espontáneamente dichas poblaciones en la figura reconocible de un proletariado iluminado sobre el telón de fondo de una «cuestión social» reconocida. «Marx nombró e identificó una clase obrera ya en proceso de hacerse visible en el primer modo de producción de estructura puramente económica, y que en ese sentido no necesitaba ya ser descubierta»²³.

El decisivo descenso del empleo industrial —en parte contrarrestado por décadas de acumulación de deuda y traslado a periferias con salarios más bajos— ha hecho que al capitalismo le resulte cada vez más difícil absorber las consecuencias de las enormes transformaciones demográficas en diferentes sectores del sistema-mundo: poblaciones envejecidas en la zona rica, poblaciones cada vez más jóvenes en las zonas de empobrecimiento económico, negación de cualesquiera tendencias que en algún momento pudieran haber existido dentro del capitalismo a homogeneizar el mundo del trabajo mediante procedimientos de modernización clásicos. *Anagnorisis* es un término que reabre el problema de qué significa la crítica de la ideología en esta era más reciente de capitalismo global, alternativamente neoliberal o posmoderno. En cierto sentido, la experiencia contemporánea de omnipresencia del mercado convierte la crítica de la ideología en algo superfluo, «puesto que ya no hay una conciencia falsa, ya no hace falta disfrazar el funcionamiento del sistema ni sus diversos programas con racionalizaciones idealistas o altruistas; de modo tal que desenmascarar esas racionalizaciones, el gesto primordial de ridiculizar y revelar, ya no parece necesario»²⁴. La ideología dominante en este momento es simplemente una razón cínica inserta en las rutinas vitales, saturadas de medios de comunicación, de la actual forma de capitalismo, dulcificada por brotes de filantropía para ciertas categorías designadas de víctimas.

La complacencia de este universo moral no puede ser alterada por las revelaciones de explotación fabril, de abuso de los derechos humanos o de condiciones míseras en el interior de la nación o en el exterior. Lo que se necesita en este contexto, sostiene Jameson, es demostrar la transitoriedad histórica de este modo de vida, adoptando la forma de lógica implacable de la inversión que llega a poner de manifiesto las enormes multitudes no incorporadas cuya sola existencia hace palpable la fuerza de algunos de sus límites estructurales imposibles de trascender. *Anagnorisis* es «eliminar capas de disimulación y ocultación ideológicas para ofrecer una aterradora visión de lo históricamente Real»²⁵.

En una brillante relectura contemporánea de *El capital* de Marx, Jameson afirma que el objetivo último de esta obra es demostrar como puede una

²³ *Ibid.*, p. 568.

²⁴ *Ibid.*, p. 413.

²⁵ *Ibid.*, p. 568.

sociedad organizada en torno a un proceso de trabajo creador de valor tambalearse finalmente en una condición de desempleo y subempleo masivos y permanentes, que reproduce un inframundo de humanidad excedente cada vez más profundo: «otra unión de los opuestos descubiertos por Marx no menos asombrosa y no menos terrible es esa función indispensable del capitalismo para crear lo que de manera amorfa se denomina el ejército de reserva del proletariado»²⁶. Por supuesto que el capitalismo siempre ha dependido de que haya una población excedente, más personas que la cantidad de empleo disponible. Como afirmaba el economista italiano Ferdinando Galiani: «Dios ha decretado que los hombres que desempeñan las tareas más útiles nazcan en cantidad abundante».

Aunque los marxistas posteriores pasaron por alto esta parte de su obra, el propio Marx situó los prerequisites demográficos del capitalismo en el centro de su crítica de la economía política. En el volumen I de *El capital*, sostenía que el proceso de acumulación de plusvalor debilitaba sus propias condiciones de expansión debido a la tendencia a sustituir la fuerza de trabajo por capital, generando a largo plazo un descenso irreversible en la demanda de trabajadores²⁷. Marx presentó el esbozo de una tendencia que se desplegaba desde una contradicción estructural de la forma de valor, manifestándose en una interrelación errática de tendencias y contratendencias: «Esa contradicción autodestructiva no puede enunciarse ni siquiera formularse en modo alguno como ley», una proposición, afirma Jameson, «que trastorna seriamente lo fundamental de toda representación y de todos los sistemas filosóficos»²⁸. La no representabilidad del capitalismo contemporáneo a la que Jameson ha hecho referencia a menudo no deriva, como se piensa comúnmente, de la enorme escala y de la complejidad interconectada del sistema-mundo, ni del traslado del proceso de producción fuera del mundo vital de consumo. Ésta es la contradicción irrepresentable de acuerdo con la experiencia ordinaria: no parece tener sentido que una sociedad en la que casi todos se ven obligados a ganarse la vida creando valor para el mercado acabe continuamente con menos empleo disponible, salarios estancados y una deuda cada vez mayor, cuando todos saben que esta es la única forma racional de organizar una tal economía.

Esta situación podría permitirnos revisitarse qué quería decir Lukács en *Historia y conciencia de clase* cuando hablaba de punto de vista privilegiado del proletariado. Quizá solo ahora, en medio de la disolución de todas las formas de praxis colectiva fácilmente articulables, podemos afrontar el complicado problema dialéctico causado por la prolongada depresión contemporánea del capitalismo. La incapacidad de este sistema para emplear de nuevo a las fuerzas de trabajo que ha expulsado y expulsa del circuito

²⁶ *Ibid.*, p. 576.

²⁷ En este punto me baso en el planteamiento de Aaron Ben-Ner sobre la interpretación del empleo en Marx: véase «Misery and Debt. On the Logic and History of Surplus Populations and Surplus Capital», *Endnotes* 2, abril de 2010.

²⁸ F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 63; y K. Marx, *Capital*, vol. I, p. 676.

productivo a lo largo de un dilatado proceso está asimismo reduciendo la capacidad de esas poblaciones para responder colectivamente y por lo tanto de experimentar esta contradicción autodestructiva como un proceso histórico coherente. La subjetivización política de esta contradicción autodestructiva –el empleo capaz de producir plusvalor se convierte en su opuesto, esto es, una humanidad excedentaria no empleable– forma el quid lukacsiano de la situación histórica contemporánea.

Jameson señala que desde hace mucho tiempo es obvio que los trabajadores industriales ya no podían ser el sujeto central de la política radical, porque su cantidad ha disminuido constantemente con la creciente productividad del trabajo, al hilo de un proceso que en último término converge con la larga decadencia del campesinado mundial. Los lectores de Marx estarán familiarizados con la idea de que el capitalismo se expande erosionando los modos de subsistencia no capitalista, pero quizá hasta ahora no se había puesto de manifiesto que está derivando hacia una situación de permanente desempleo masivo y que en los países de bajos salarios fomenta el crecimiento explosivo de las ciudades miserias, con pocas perspectivas de que se den nuevas fases de acumulación y creación de puestos de trabajo. Incluso antes de la década de 1970, cuando la fuerza de esta tendencia empezaba a manifestarse con vigor contra los efectos de la producción masiva fordista y el desarrollismo estatista que durante mucho tiempo la había contrarrestado, estaba cada vez más claro que la vieja clase obrera estaba siendo políticamente eclipsada como sujeto central de la política radical por los nuevos movimientos sociales y, en el Tercer Mundo, por las luchas guerrilleras de base rural. La noción de *bors-classe* introducida por Deleuze y Guattari se basaba en las teorizaciones italianas contemporáneas sobre este temprano eclipse subjetivo a medida que se fusionaba explosivamente con la experiencia de permanente marginación estructural de la clase obrera que se verificó en la década de 1970. El término clase obrera, así como el posterior de «multitud», articula la fantasía de un movimiento revolucionario anarco-comunista situado por completo fuera del Estado, y desatado por la continua disolución del mundo del trabajo.

Éste es el punto en el que adquirimos la sensación más vívida del valor empírico de esa terminología deleuziana que de lo contrario podría parecer meramente poética o especulativa: «decodificación», «desterritorialización», la sustitución de los códigos más viejos por la nueva axiomática que activa y libera «fluxiones» de todo tipo²⁹.

Si bien Jameson mostraba su simpatía por especulaciones tan exuberantes, seguía mostrándose escéptico ante la opinión negriana y posfordista de que estos cambios eran manifestaciones de una fase nueva y dinámica de la acumulación capitalista alimentada por nuevas formas de trabajo productivo. En sus propios términos, llegó a la conclusión de la depresión irresoluble del

²⁹ F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 188.

capitalismo, hecho que genera una huida hacia la financiarización, lo cual converge con la explicación del periodo ofrecida por Robert Brenner:

Sería un error considerar este estancamiento universal (acompañado por asombrosas cantidades de riquezas incontroladas e improductivas) como una cuestión cíclica por virtud de la cual la década política de 1960 fue seguida por un periodo de especulación desatada, que presumiblemente sería a su vez sustituida por una u otra vuelta de la responsabilidad gubernativa y la intervención estatal³⁰.

Recordando por el momento el concepto aristotélico de *peripeteia* o reversión, de victoria convertida en derrota, podríamos reflexionar sobre cómo se adaptan a este patrón las pasadas décadas del capitalismo: «Vertiginosa especulación monetaria, por una parte, y nuevas formas de «pauperización», por otra, que redundan en desempleo estructural y en el abocamiento de enormes porciones del Tercer Mundo a la improductividad permanente»³¹. Pero lo importante ahora es cómo pensar que esto conduce al segundo momento de *anagnorisis*, la comprensión alienante de lo que nuestras ideologías no nos habían permitido reconocer hasta ahora, del otro como lo mismo, y de que nosotros nos estamos convirtiendo en este otro.

Aristóteles en las ciudades miseria

La estructura de una ideología, de acuerdo con Jameson, debería analizarse teniendo en cuenta sus posibilidades de generar «el acto o la operación de la *anagnorisis*»: la «identificación de agentes que aún no son plenamente visibles»³². Una forma característicamente jamesoniana de análisis de la ideología es el cuadrado semiótico, cuya importancia heurística muchos han cuestionado, pero que se emplea con enorme efecto dialéctico en el último artículo de *Valences of the Dialectic*. El estancamiento estructural del capitalismo nos permite analizar nuestro mapa ideológico de las diferentes regiones del sistema-mundo a lo largo de este periodo como un cuadrado semiótico que revela un desconcertante patrón de identidades que toma forma a través de las más extremas oposiciones del destino. En opinión de Jameson, esto nos permite ponderar la ambigüación dialéctica del espacio y el tiempo del sistema-mundo en forma de figura que superpone la narración del capitalismo y el ascenso y caída del empleo sobre los espacios geográficos de aquél: Estados Unidos-Europa en la esquina superior izquierda (los empleados); China en la parte superior derecha (el ejército de reserva de trabajadores empleables); África en el extremo inferior derecho (los no empleables) y la cuarta posición inferior izquierda, que incorpora una dimensión temporal a la matriz de regiones geográficas opuestas y contrastadas. El término que ocupa esta cuarta posición (los anteriormen-

³⁰ *Ibid.*, p. 401.

³¹ *Ibid.*, p. 375.

³² *Ibid.*, p. 579.

te empleados) revela el destino común del sistema, a medida que el capitalismo tardío avanza hacia una condición situada fuera del límite de lo actualmente concebible. La prolongada crisis estructural del capitalismo, «el crecimiento de la ciudad miseria, de la obsolescencia permanente, de la superpoblación en otras palabras», supone un cambio en las condiciones trascendentales de la aparición del Otro, desde la categoría de calidad a la de cantidad, lo cual da lugar a la aparición de lo sublime demográfico como representación de la extinción o la utopía.

Antes de Jameson pocos marxistas se habían tomado en serio la importancia histórica del hecho de que la vida comenzada en 1945 llegaría a los 90 años contemplando una cuadruplicación de la población mundial. El apresurado avance hacia este límite absoluto, no solo del capitalismo sino de la propia naturaleza como su opuesto ecológico, nos devuelve a la llegada de la civilización rousseauniana, convirtiéndose en la condición para que aparezca la historicidad propiamente dicha. Porque los habitantes de las ciudades miseria «no son meramente el personal de las visitas periódicas a los bajos fondos de las grandes ciudades modernas y los vislumbres de los pobres londinenses o de los «misterios de París»; abren una ventana trascendente a la propia historia humana, de la que los vislumbres nostálgicos de utopías tribales no resultan muy útiles como alivio o remedio»³³. Un fragmento de la reciente obra de Mike Davis sobre el tema transmite una percepción de la historia revelada por «esta nueva y completa ausencia de seguridad y refugio» que ninguna filología agambeniana consigue transmitir adecuadamente.

Las ciudades del futuro, en lugar de estar hechas de cristal y acero como prevenían anteriores generaciones de urbanistas, están por el contrario construidas en gran medida con ladrillo crudo, paja, plástico reciclado, bloques de cemento y madera sobrante [...] Buena parte del mundo urbano del siglo XXI se asienta en la sordidez, rodeado de contaminación, excremento y decadencia. De hecho, los mil millones de habitantes que habitan las áreas urbanas hiperdegradadas posmodernas bien podrían mirar con envidia las ruinas de las sólidas casas de adobe de Çatal Hüyük, erigidas en Anatolia en los albores de la vida urbana, hace 9.000 años³⁴.

Esto nos lleva al tercer y último término de este análisis en clave aristotélica de la ideología de la forma narrativa: *pathos*, la experiencia de la sangrienta escena final de la tragedia. Jameson concibe la *mise-en-scène* de la Historia en lenguaje enfáticamente heideggeriano, «como un aumento o una intensificación en los que la resistencia se ve empujada hasta sus límites», cuando «el propio Ser aparece de alguna forma a través de seres individuales y más allá de los mismos, y el presente se expande para incluir pasado

³³ *Ibid.*, p. 569.

³⁴ Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres y Nueva York, 2006, p. 19 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].

y futuro al mismo tiempo». Plenamente consciente del bagaje cuasi teológico que acarrea toda invocación del Absoluto, Jameson sugiere, al hilo de reflexiones sobre Malraux, que tal vez haya veces en las que lo Real aterrador de lo que es una representación figurativa solo puede hacerse visible en esta forma de solemnidades portentosas³⁵. La perspectiva althusseriana, que afirma que toda nuestra experiencia está estructurada, contaminada de hecho por la ideología, nos lleva a concluir que dichas figuras podrían ser útiles y de hecho, en ocasiones, indispensables. Pero una cita anterior de Lukács transmite una inevitable deducción a partir de esta conceptualización de las extravagancias que surgen cuando afrontamos los límites de aquello que puede pensarse y experimentarse: «El absoluto no es sino la fijación del pensamiento, es la proyección en el mito de la incapacidad intelectual para entender la realidad concretamente como un proceso histórico»³⁶.

El concepto aristotélico original de *pathos* representaba el momento culminante del destino en forma de escena, adaptado a las proporciones del mundo de la ciudad Estado en la tragedia antigua. Implícita en esta interpretación del *pathos* se encuentra una ideología problemática de visualización transparente de lo histórico, y Jameson se apresura a recordarnos que en el universo del espectáculo, saturado de imágenes, no hay oportunidad para que la contradicción estructural o la causa ausente de nuestra situación general, captada en términos de capitalismo, civilización y de la propia naturaleza, pudiera sencillamente dejarse ver. Y sin embargo no hay una forma propiamente figurativa de pensar que pueda superar con facilidad este problema de la reificación visual de la experiencia, lo que una traducción contemporánea de Hegel denominaría «pensamiento-imagen». Para Jameson, ésta no es primero y ante todo una cuestión epistemológica o metafísica sobre la correspondencia de pensamiento y ser, sino un problema sobre los límites contemporáneos de la praxis. Todas nuestras nociones de cambio histórico están embrolladas en imágenes anacrónicas de agencia colectiva de una obsoleta era de política revolucionaria, adaptada a las proporciones de los espacios nacionales e internacionales en los que se desplegaron las anteriores fases de la modernización. Estos estáticos espectáculos de agencia colectiva parecen estar excluidos por el momento, y mientras tanto debe cultivarse un nuevo ajuste al tiempo y a la historia.

¿Qué función tiene el marxismo en la articulación de las formas de esta nueva situación existencial? Jameson sostiene que en el contexto de destrucción implacable de todos los mundos locales y nacionales parcialmente aislados, y de su unificación en la temporalidad única del sistema-mundo, el problema otrora profundo de la relatividad de la experiencia de lo histórico queda en sí mismo relativizado; como resultado, «es necesario que otros modos de pensamiento encuentren sus posiciones y desarrollen

³⁵ F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., pp. 604, 506.

³⁶ G. Lukács, *History and Class Consciousness*, pp. 374, 187; citado en F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 209.

sus posibilidades dentro del marxismo. Éste no ha sido aún el caso de las pasiones y los absolutos modernos, que todavía disponían de otras líneas de fuga en una situación planetaria que no parecía aún definitivamente sellada y garantizada por la lógica del capital»³⁷.

Jameson suscribe la opinión sartreana de que el marxismo no puede ser cierto si la historia se descompone en una irreducible pluralidad de modos de vida autónomos, pero dilucida el modo en el que la unificación capitalista de la historia hace estos pasados múltiples, sobre los que no había perspectiva subjetiva unificadora, también inteligibles. Esto arroja nueva luz sobre el significado del término «posmodernismo» y su relación con otro término situado en el centro de la obra de Jameson desde la década de 1980: «globalización». A pesar de todas las mitologías que la rodeaban, y del problema subyacente de estancamiento del capitalismo que los diversos procesos que nombró no podían superar, la globalización posmoderna puede ahora considerarse como el largo proceso de decadencia de las diferentes culturas nacionales, de modernizaciones capitalistas alternativas e incluso anticapitalistas, en último término de la historia moderna entendida como dinámica de desarrollo combinado y desigual.

Afilando la forma dialéctica de la cuestión que organiza el último artículo incluido en *Valences of the Dialectic*, podríamos preguntarnos cuáles son las formas potencialmente políticas en las que esta situación posthistórica podría experimentarse históricamente. Alternativamente podríamos reformular el problema en la terminología literaria de su adición más reciente a *The Poetics of Social Forms*: ¿cuál es el género en el que se puede hacer aparecer lo histórico en este paradójico sentido poshistórico? Jameson descarta sencillamente la tragedia por estar en el pasado demasiado cobijada a la sombra de las ideologías de la clase dominante y ahora disponible solo en la forma estetizada del anacronismo reaccionario. Pero también la comedia, el modo en el que podríamos imaginar una providencial emancipación de un orden social que todo lo abarca, aun siendo todavía un momento indispensable de cualquier visión galvanizante del cambio político podría parecer hoy demasiado inverosímil como articulación genérica de la forma de aquello que se avecina.

En el contexto de la neutralización de ambas formas literarias es donde Jameson ofrece ideas concluyentes sobre el tema más perdurable de toda su obra: la utopía, la negación absoluta del capital convertido en absoluto, nuestro mundo alternativo, un mundo que solo captamos en esbozo y en indicios del más allá. En este aspecto, ello va ligado a la idea de dialéctica espacial; las últimas palabras de *Valences of the Dialectic* sostienen que «la Utopía existe y que otros sistemas, otros espacios, siguen siendo posibles»³⁸. Esta amplia noción blochiana de la utopía ha sido criticada por su

³⁷ F. Jameson, *Valences of the Dialectic*, cit., p. 607.

³⁸ *Ibid.*, p. 612; respecto a la dialéctica espacial, véanse en especial pp. 68-70.

tendencia a la extensión excesiva y por su alejamiento de cualquier cálculo práctico y político. Durante las últimas décadas, a medida que una forma u otra de política antisistémica e incluso clásicamente reformista se hundía o retiraba ante el ataque creciente de la financiarización del capitalismo tardío y la atmósfera ideológica que la rodeaba, se podría decir que esta crítica ha perdido buena parte de su fuerza. En todo caso, estamos entrando ahora en una nueva fase de la larga y prolongada recesión del capitalismo tardío, contrarrestada y ocultada durante décadas por una enorme acumulación de deuda y especulación insostenibles. Las predicciones sobre las posibles formas de las sociedades que pudieran emerger de la disolución del neoliberalismo están obviamente en estado incipiente, limitadas por cuestiones todavía imposibles de responder acerca de las diversas modalidades de respuesta colectiva y de los sujetos del próximo periodo político. Pero en ausencia de cualquier posible escenario de renovación económica a escala sistémica, tal vez pronto podría no ser cierto que el final del capitalismo es menos concebible que el fin literal del mundo: el límite extremo al pensamiento y a la experiencia que en una ocasión Jameson identificó memorablemente como el estatuto trascendental de la condición posmoderna. A medida que formas de negación más contundentes luchan por afirmarse –sean cuales fueran sus perspectivas últimas de éxito– quizá pronto se haga evidente la necesidad un nuevo periodo de totalización.

INCERTIDUMBRE EN HONG KONG

En 1989 se produjeron en la entonces colonia británica de Hong Kong movilizaciones masivas en apoyo de los manifestantes de la plaza de Tiananmen. Desde entonces, el Partido Comunista de China (PCCh) ha estado preocupado por la posibilidad de que Hong Kong, que en 1997 regresó a la soberanía china bajo el acuerdo de «un país, dos sistemas», se pudiera convertir en un eslabón débil de su gobierno autoritario. Desde la década de 1980, cuando empezaron las negociaciones para la transferencia de la soberanía, Pekín ha prometido repetidamente que el jefe del gobierno y el Consejo Legislativo (CL) de la Región Administrativa Especial de Hong Kong (RAEHK) serían finalmente elegidos localmente por medio de sufragio universal. Pero en la práctica, Pekín ha buscado inflexiblemente perpetuar la oligárquica estructura política dejada por los británicos, para lo cual, ha encontrado aliados dispuestos entre la elite empresarial de Hong Kong que, desde los tiempos coloniales, ha disfrutado de un acceso privilegiado al poder político.

A principios del verano de 2010, Pekín y el Partido Democrático de Hong Kong (PD) –la organización líder del movimiento democrático local desde la década de 1990 y a la que el PCCh todavía considera oficialmente una organización subversiva por el activo papel de sus dirigentes en 1989– alcanzaron un sorprendente acuerdo que, aparentemente, por primera vez iba a aumentar a más del 50 por 100 la proporción de escaños asignados por votación popular en las elecciones al Consejo Legislativo de 2012. Se suscitó una gran confusión y se produjeron innumerables especulaciones sobre las razones de Pekín para hacer semejante concesión, y sobre si se trataba realmente de una concesión. Para entender esta desconcertante evolución y para dilucidar sus implicaciones para el futuro del sistema político de Hong Kong necesitamos tomar en consideración las crecientes tensiones de clase que se han producido desde la transferencia de la soberanía en 1997 y la concomitante radicalización del movimiento democrático en la ex colonia. Desde esta perspectiva, el gesto de Pekín parece un intento pragmático de contener la lucha de clase y de generaciones que se están incubando; sabe que cualquier agitación política a gran escala en Hong Kong podría desbordarse para desestabilizar el orden político en la China continental. Semejante agitación también pondría en peligro los planes de Pekín de convertir a Hong Kong en una muestra de lo que espera

a Taiwán y en un paraíso estable del mercado financiero que facilite la internacionalización del renminbi.

El colonialismo y sus antinomias

El área urbana central del actual Hong Kong fue cedida por el emperador Qing a los británicos en 1842 bajo el Tratado de Nanjing; los británicos añadieron la península de Kowloon de la que se apoderaron en 1860, y posteriormente en 1898 obtuvieron un arrendamiento por 99 años de lo que se convirtieron en los Nuevos Territorios, que constituyen el área continental de Hong Kong. Después del establecimiento del enclave como puerto franco colonial, su elite dirigente estaba formada por administradores coloniales y capitalistas europeos que ejercían su autoridad mediante los Consejos Legislativo y de Gobierno. La coincidencia de miembros entre estos dos órganos incluía a funcionarios del gobierno y representantes empresariales nombrados por el Gobernador. Los británicos también incorporaron a la élite empresarial china dentro de la estructura del poder colonial, permitiendo que estos dirigentes de la comunidad ayudaran a mantener la ley y el orden, así como a ofrecer ayuda filantrópica entre la creciente clase obrera emigrada china¹. Para obtener sus ingresos el Estado colonial se apoyaba en la elite empresarial china y británica. Aunque las autoridades proporcionaban rutinariamente a la elite el acceso privilegiado a la tierra, a los mercados y a la información –convirtiéndola en titular de monopolios en un abanico de sectores clave–, los dirigentes coloniales también estaban condicionados por ella, ya que ésta sistemáticamente bloqueaba cualquier intento de elevar el gasto o los impuestos, forzando de hecho al gobierno colonial a que se convirtiera en un Estado de *laissez-faire*².

El dominio británico fue interrumpido por la ocupación japonesa de 1941-1945 pero con el fin de la Guerra del Pacífico, Londres se apresuró en reafirmar su control sobre Hong Kong. En 1946, Mao aseguró a los británicos que el PCCh «no estaba interesado en Hong Kong», y no haría campaña por su devolución en un futuro próximo. Cuando en 1949 se produce la fundación de la República Popular, el PCCh decidió prolongar el *statu quo*, permitiendo que Hong Kong permaneciera siendo una colonia: los funcionarios del Partido estaban deseosos de mantener a Hong Kong como una ventana diplomática y comercial abierta al mundo. Al ofrecer a las autoridades coloniales el reconocimiento de hecho, Pekín se aseguraba que los británicos tolerarían las actividades clandestinas del PCCh en el territorio; por otra parte, la presencia del Partido también disuadía a Londres para introducir reformas democráticas, como habían hecho al preparar la descolonización en muchos de sus otros territorios.

¹ Law Wing Sang, *Collaborative Colonial Power. The Making of the Hong Kong Chinese*. Hong Kong, 2009.

² Stephen Chiu, «Unravelling Hong Kong's Exceptionalism: The Politics of Laissez-faire in the Industrial Takeoff», *Political Power and Social Theory*, Vol. X, 1996, pp. 229-256.

El embargo comercial estadounidense a la RPCh, decretado en 1950, desbarató la utilidad de Hong Kong como puerto franco comercial, por lo que sus capitalistas se trasladaron hacia la producción industrial. El empleo en la industria pasó del 5 por 100 de la fuerza de trabajo en 1950 al 10 por 100 en 1960, aumentando hasta el 25 por 100 en 1970³. Al mismo tiempo, la colonia recibió una afluencia de refugiados del continente que contribuyó a un enorme aumento de la población: de 600.000 habitantes en 1945 pasó a 2,5 millones en 1955. Los recién llegados incluían a pequeños empresarios de Guangdong o magnates textiles de Shanghai que ayudaron a alimentar el despegue industrial de Hong Kong, pero la mayoría de los refugiados eran campesinos y obreros que proporcionaron a las emergentes industrias una mano de obra barata. Se establecieron en zonas urbanas hiperdegradadas que se convirtieron en terreno fértil para las organizaciones afiliadas al PCCh, incluyendo una miríada de grupos sindicales agrupados en la Federación de Sindicatos, así como escuelas, agencias de noticias y cineastas.

En las décadas de 1950 y 1960 estas organizaciones crecieron con el telón de fondo de la desenfrenada corrupción gubernamental, la brutalidad policial, la polarización de clases y la discriminación institucionalizada contra los chinos. Los sindicatos izquierdistas frecuentemente mostraron su fuerza organizando huelgas. Sus compañías cinematográficas –Southern Film, Great Wall, Phoenix, Longma– obtuvieron grandes éxitos de taquilla retratando la miseria de la clase obrera, y contribuyeron a esparcir la propaganda sobre la nueva China socialista. Las organizaciones comunitarias de izquierda, repletas de suministros de la RPCh, a menudo eran más eficaces que la Administración colonial en proporcionar ayuda tras los desastres provocados por incendios, movimientos de tierra y tifones que amenazaban constantemente a los barrios de la clase obrera, normalmente formados por cabañas de madera encaramadas sobre el accidentado terreno de Hong Kong.

En la primavera de 1967, el Comité de trabajadores del Hong Kong y Macao, afiliado al PCCh, bajo la influencia de la Revolución cultural, utilizaba cualquier disputa laboral sin importancia para desencadenar una ofensiva total contra las autoridades coloniales, uniendo y dirigiendo a otras fuerzas de la izquierda de la colonia. Esta ofensiva pretendía generar una crisis revolucionaria que inflamara todas las contradicciones políticas y sociales a la vez, allanando el camino para una toma del poder por el PCCh, o por lo menos, para un gobierno conjunto de la colonia por los británicos y la izquierda, como el que había alcanzado la insurgencia contra los portugueses en Macao a finales de 1966. En la fase inicial de los levantamientos en Hong Kong, las concentraciones y manifestaciones de masas organizadas por la izquierda obtuvieron un amplio y espontáneo apoyo entre la población china. Sin embargo, la marea retrocedió a finales del verano cuando el primer ministro chino Zhou Enlai reafirmó a los británi-

³ David Meyer, *Hong Kong as a Global Metropolis*, Cambridge, 2000, p. 159.

cos la política del PCCh de mantener el estatus colonial de Hong Kong. Envalentonadas por la no interferencia de Pekín, las autoridades coloniales movilizaron a las fuerzas de seguridad para eliminar a la izquierda, cerrando sus sindicatos, escuelas y periódicos y deportando a la RPCCh a dirigentes clave. Arrinconada, la izquierda recurrió a tácticas terroristas como bombas en carreteras dirigidas tanto a instalaciones gubernamentales como civiles. Este giro violento distanció a la amplia comunidad china haciendo perder a los insurgentes el apoyo popular⁴.

A principios de 1968 la insurgencia se había apagado. Aunque muchas organizaciones de izquierda retomaron sus actividades bajo la atenta mirada de las autoridades coloniales, durante la década de 1970 se volvió cada vez más marginal y desmoralizada. Con un renovado sentido de la urgencia, el gobierno colonial se dispuso a reforzar su legitimidad. Logró romper la habitual resistencia de sus aliados empresariales y, bajo la influencia de las corrientes socialistas fabianas en Gran Bretaña, a comienzos de esa década emprendió una serie de reformas sociales y administrativas. Estas reformas incluían la asistencia para los pobres, la educación gratuita universal durante nueve años, los servicios sociales patrocinados por el gobierno y una señalada e internacionalmente aclamada agencia anticorrupción. Las autoridades también levantaron el sistema de vivienda pública más grande del mundo, que alojó a más de la mitad de una población que en 1970 alcanzaba los 4 millones de habitantes y en 1980 había crecido hasta los 5 millones.

Conjuntamente con estas reformas vino el auge del movimiento estudiantil. A principios de la década de 1970, el recuerdo de la sublevación de 1967 todavía estaba vivo entre los estudiantes radicales, influenciados también por las revueltas estudiantiles que se produjeron por todo el mundo en 1968 y que simpatizaban con el PCCh. Con una temática unificadora de «anticolonialismo y anticapitalismo», en 1971 el movimiento se levantó en protesta por el traspaso estadounidense a Japón de las islas Diaoyu/Senkaku, que China reclamaba como parte de su territorio. El movimiento pronto se dividió en dos corrientes principales: una facción maoísta que se centraba en propagar los logros de la China socialista y prestaba poca atención a las luchas en Hong Kong, y una «facción social», que se mostraba crítica con el régimen autoritario del PCCh y dirigía sus esfuerzos a apoyar los movimientos sociales locales. Muchos de los estudiantes maoístas fueron más tarde reclutados por organizaciones afines al PCCh, mientras algunos miembros de la facción social se unieron a una colección de movimientos sociales y organizaciones políticas que surgieron en la década de 1980. A partir de 1982, cuando quedó claro que Pekín se proponía reclamar en 1997 la soberanía de todo Hong Kong —no solamente de los Nuevos Territorios sobre los que expiraba el plazo de arrendamiento— algunas de estas nuevas organizaciones sociales se reunieron en un movimiento democrático que por una parte apoyaba la

⁴ Lui Tai-lok y Stephen Chiu, «Social Movements and Public Discourse on Politics», Ngo Tak-wing, ed., *Hong Kong's History: State and Society under Colonial Rule*. Nueva York, 1999, pp. 101-118.

devolución de Hong Kong a la RPCh y por otra perseguía reformas políticas y sociales durante el proceso de descolonización.

Este movimiento se situó cada vez más como el representante político no solo de las clases trabajadoras sino también de la creciente «nueva clase media»⁵. A partir de la década de 1970, la base de la economía de Hong Kong empezó a diversificarse, alejándose de la producción industrial y trasladándose hacia la banca, las finanzas y las inversiones inmobiliarias, y propiciando el crecimiento de una clase de profesionales formada por directivos del sector privado. Paralelamente a esta transformación, surgió en el sector público una capa de administradores del creciente número de escuelas, hospitales y organizaciones de trabajo social financiadas mediante los crecientes ingresos públicos generales durante el largo *boom* económico, el cual se vio profundamente favorecido por el levantamiento en 1972 del embargo en vigor desde 1950, después de la visita de Nixon a China. Hong Kong pudo de nuevo recuperar su estatus de puerto franco, pero esta vez como nexo financiero global. También se convertiría en una decisiva fuente de capital y en un punto de entrada de inversores extranjeros para el propio despegue de la RPCh, después del cambio de rumbo económico de Deng Xiaoping. Por ejemplo, la primera Zona Económica Especial se estableció en Shenzhen en 1979 debido a su proximidad a Hong Kong, y los capitalistas de la colonia posteriormente desempeñaron un papel dirigente en el rápido desarrollo del delta del río Perla.

Modelando la transición

La transformación de Hong Kong en un eje empresarial del Este de Asia se produjo de forma paralela a las negociaciones sobre la devolución de la colonia a China. En 1979, Deng había comunicado a los británicos su posición: el PCCh consideraba el territorio como parte de China, pero permitiría que «continuara practicando su sistema capitalista» durante un «periodo de tiempo considerable»⁶. En 1981, esta posición se formalizó en el concepto de «un país, dos sistemas», y la recuperación en 1997 de la soberanía sobre la totalidad de Hong Kong se convirtió en política oficial. En 1982 el comienzo de las negociaciones chino-británicas provocó el pánico entre las clases altas y medias de la colonia que temían una inminente apropiación socialista de la propiedad privada, y que se reflejó en el éxodo de los ricos y en los descensos de la Bolsa y de los mercados inmobiliario y monetario. Para disipar este miedo, Pekín manifestó públicamente que permitiría a Hong Kong convertirse en una Región Administrativa Especial (RAE), ejercer el autogobierno democrático bajo la soberanía china, y perpetuar su sistema capitalista después de su devolución a China.

⁵ Ma Kwok-ming (ed.), *Jieji fenxi yu xianggang*, Hong Kong, 1988.

⁶ Citado en Steve Tsang, *A Modern History of Hong Kong*, Londres, 2004, p. 214.

De acuerdo con uno de los pocos sondeos de opinión del momento dignos de crédito, la mayoría de los encuestados se mostraban a favor de la continuación del mandato británico: el 95 por 100 manifestó que apoyaría el gobierno colonial, el 64 por 100 respaldaba el mandato británico bajo soberanía china, mientras que solamente el 26 por 100 apoyaba la devolución a China de la colonia; el porcentaje de encuestados que apoyaban la independencia de Hong Kong no era insignificante, alcanzando el 37 por 100⁷. Solamente los grupos de izquierda afines al PCCh, que desde 1967 habían quedado marginados de la sociedad de Hong Kong, apoyaban una devolución sin condiciones a China. Tanto las elites empresariales británicas como las chinas defendían la perpetuación del mandato colonial. El puñado de grupos que componían el naciente movimiento democrático apoyaban la devolución de Hong Kong a China, pero solamente bajo las condiciones de autogobierno democrático y de reformas sociales progresistas. Algunos dirigentes de estos grupos más tarde formaron en 1990 el partido demócrata del territorio, los Demócratas Unidos de Hong Kong⁸.

Las negociaciones chino-británicas concluyeron en 1984 con la firma de una Declaración Conjunta que acordaba la transferencia de la soberanía en 1997; por supuesto, la población de Hong Kong no fue consultada en ninguna etapa. Deseando una transición libre de agitaciones, el PCCh buscó construir un amplio frente unido dentro de la comunidad china de la colonia. Para obtener el apoyo de los demócratas, Pekín repitió su promesa de asegurar un autogobierno democrático para la futura Región Autónoma Especial de Hong Kong, en todas las áreas exceptuando los temas militares y de política exterior. Por otra parte, Pekín estaba ansioso de ganarse la lealtad de la clase empresarial china y prometió perpetuar el orden capitalista y el mantenimiento del poder político de la élite.

En 1985 Pekín estableció un Comité de Redacción y un Comité Consultivo para la creación de la Ley Fundamental, la que sería la mini Constitución de la futura RAEHK; la Declaración Conjunta se comprometía a que la ley permanecería sin cambios durante cincuenta años. La función del Comité Consultivo era la de mantener bien informado al Comité de Redacción de lo que era la opinión pública e incluía a 180 representantes, todos nombrados por Pekín, de un amplio abanico de contextos sociales y orientaciones políticas. Como su nombre implica, no tenía ningún poder formal sobre las deliberaciones del Comité de Redacción, que era el único órgano autorizado para la elaboración de la Ley Fundamental y estaba presidido por Ji Pengfei, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de la RPCh y veterano de la Larga Marcha. De los 59 miembros del Comité, 36 eran funcionarios chinos y 23 residían en Hong Kong. Entre estos últimos predominaban los em-

⁷ Los encuestados podían apoyar más de una propuesta. Véase Hong Kong Observer, *Guan-cha Xianggang*, Hong Kong, 1982, pp. 70-81.

⁸ Más tarde el partido se fusionó con otro grupo para convertirse en 1994 en el Partido Democrático de Hong Kong, y desde entonces ha permanecido siendo el partido dirigente de los demócratas.

presarios: magnates millonarios como Pao Yue-kong y Li Ka-shing, el banquero David Li y empresarios como Ann Tse Kai, Henry Fok y Cha Chi Ming. Había dos representantes de sindicatos afines al PCCh y solamente dos de los demócratas, Martin Lee y Szeto Wah.

El interés de Pekín por mantener la vitalidad económica de Hong Kong durante todo el periodo de transición le hizo cultivar la buena voluntad de la elite empresarial dando una creciente prioridad a sus puntos de vista. La dependencia de la RPCh de la inversión extranjera directa de Hong Kong en la década de 1980 aumentó la sensibilidad del PCCh hacia los intereses empresariales, que temían que la introducción del sufragio universal trajera impuestos más elevados y medidas de redistribución. En consecuencia, durante la redacción de la Ley Fundamental, Pekín se puso del lado de la elite empresarial en prácticamente todos los temas conflictivos, vetando todas las propuestas de los demócratas a favor de artículos sobre derechos sociales –tales como conceder a los trabajadores el derecho constitucional a la negociación colectiva y a la huelga– y a favor de una profunda reforma política que supusiera la plena implantación del sufragio universal para la formación del primer gobierno de la RAEHK.

El impacto de 1989

El conflicto entre los demócratas y la elite empresarial se intensificó tras el fracasado movimiento democrático de 1989 en China. Esa primavera, los demócratas de Hong Kong apoyaron a los manifestantes de Tiananmen organizando manifestaciones masivas y campañas de recogidas de fondos. Después de la represión del 4 de junio, se rompió el frente unido del PCCh en Hong Kong. Los demócratas, que habían denunciado firmemente la represión, fueron acusados por Pekín de ser unos traidores y de colaboración con potencias extranjeras para socavar el régimen del PCCh; Lee y Szeto fueron excluidos del Comité de Redacción de la Ley Fundamental. Mientras, la elite empresarial de Hong Kong formó apresuradamente delegaciones que presentaran sus respetos a la dirección china, aislada después de Tiananmen; ahora, los aliados de mayor confianza del PCCh fueron elevados al estatus de genuinos patriotas.

La versión final de la Ley Fundamental, aprobada en 1990, incorporó dos medidas que daban una nueva muestra del endurecimiento de la posición de Pekín. En primer lugar, aunque la Ley contenía la promesa de la elección directa final del jefe del gobierno y de todos los escaños del CL, retrasaba indefinidamente esta implantación, estableciendo solamente que el cargo de jefe del gobierno no se sometería a la elección directa antes de 2007, y el CL no antes de 2008. En segundo lugar, a tenor del Artículo 23 se incluyeron precipitadamente toda una serie de draconianas leyes anti-subversivas que encomendaban al futuro gobierno de la RAEHK el «dictar leyes propias para prohibir cualquier acto de traición, secesión, sedición y subversión contra el Gobierno Popular Central»; estas leyes también tenían

que prohibir a organizaciones extranjeras actuar en Hong Kong e impedir que grupos de Hong Kong establecieran vínculos con organizaciones políticas del exterior. El ritmo de la democratización y la lucha sobre el Artículo 23 se convirtieron en los ejes de conflictivas movilizaciones políticas en la ex colonia durante el periodo colonial final y posteriormente, hasta el punto de que los movimientos sociales independientes fueron eclipsados o asimilados por la política del partido democrático.

Marginados durante la redacción de la Ley Fundamental, tras los acontecimientos de Tiananmen los demócratas se constituyeron oficialmente como partido. Sus reivindicaciones coincidían con la agenda adoptada por los británicos en su despedida, que pretendía mantener la legitimidad del gobierno colonial mediante una limitada democratización. En la década de 1980 se habían dado pequeños pasos en esta dirección: en 1982, se establecieron dieciocho Juntas de Distrito (rebautizadas Consejos de Distrito en 2000), compuestas por una mezcla de nombramientos y miembros directamente elegidos, para hacerse cargo de temas vecinales en todo Hong Kong. En 1985 algunos de los cincuenta escaños del Consejo Legislativo –previamente cubiertos por designación– empezaron a ser reemplazados por miembros de circunscripciones funcionales, elegidos no por votantes individuales sino por órganos corporativos como empresas y asociaciones profesionales, o por individuos con cualificaciones profesionales nombrados por el gobierno. Hay circunscripciones funcionales para contables, abogados, ingenieros, proveedores de servicios de catering, financieros, industriales, etc. En 1991 los británicos aumentaron a 60 el número de escaños en el CL y reservaron 18 de ellos para ser cubiertos mediante «sufragio universal», esto es, elección popular dentro de distritos geográficos. Los demócratas obtuvieron diecisiete de estos 18 escaños de elección directa del CL.

En 1992 la llegada de Chris Patten como último gobernador de la colonia trajo un nuevo, aunque todavía mínimo, grado de democratización: se permitió que fueran los individuos en vez de los órganos corporativos los que votaran en nueve nuevas circunscripciones funcionales que fueron creadas para incluir un abanico más amplio de ocupaciones. Dos nuevos escaños del CL se abrieron a la elección directa. En las primeras elecciones directas realizadas bajo el revisado sistema en 1995, los demócratas obtuvieron 17 de los 20 escaños de circunscripciones geográficas, y se desarrollaron bien en las nueve elecciones de las circunscripciones funcionales en las que se permitía votar a individuos. En vísperas de la transferencia de la soberanía, los demócratas habían salido abrumadoramente triunfantes en todas las contiendas directas, y habían obtenido una amplia atención de los medios así como considerables recursos financieros a través de organismos públicos. Pekín denunció a menudo las reformas democratizadoras realizadas desde la década de 1980 como un hipócrita complot británico para traspasar un Hong Kong que resultara difícil de controlar para el PCCh. Pero el PCCh tenía pocas opciones excepto aprobar tácitamente esas reformas, siempre que no fueran demasiado radicales, por el miedo a alimentar los sentimientos contrario a Pekín en Hong Kong. Después de todo, los

propios aliados y representantes del PCCh habían participado activamente en todas las elecciones directas que habían permitido los británicos.

Pekín y los empresarios

A partir de la década de 1980, muchas empresas británicas en Hong Kong, viendo el incierto futuro de la colonia empezaron a diversificar sus negocios en el extranjero. Al mismo tiempo, la elite empresarial china de Hong Kong creció agresivamente para hacerse con el control de sectores importantes, en primer lugar y sobre todo, las finanzas y la inversión inmobiliaria. En 1997 los capitalistas chinos habían desplazado con éxito a sus homólogos británicos para apoderarse de los sectores dominantes de la economía local. Con la apertura de la China continental a la inversión industrial, los fabricantes que utilizaban intensivamente la mano de obra, que siempre habían sido marginales dentro de la coalición colonial gobernante y que no disfrutaban de demasiado apoyo del Estado a diferencia de las empresas comerciales y financieras, emigraron en masa a las zonas francas en el sur de China. En vísperas de la transferencia de la soberanía, la sinización y la desindustrialización del capital monopolista en Hong Kong estaba casi terminada. De las veinte principales compañías (por capitalización de mercado) registradas en la Bolsa de Hong Kong, doce eran empresas locales de propiedad china, seis británicas y dos de la RPCh. Dominaban las finanzas y las inmobiliarias: la británica HSBC ocupaba el primer puesto, seguida por Sun Hung Kai Properties y el conglomerado Hutchison Whampoa de Li Ka-shing⁹.

Para asegurar su control sobre Hong Kong después del traspaso, Pekín conservó la fórmula del CL creada por los británicos y ungió a Tung Chee Hwa, hijo de un magnate del transporte marítimo, como jefe del gobierno. El tamaño del CL fue congelado en los 60 escaños, y el número de escaños de elección directa aumentó gradualmente, de 20 en 1998 a 24 en 2000 y a 30 en 2004. Pero la votación individual en las circunscripciones funcionales como había sido establecida con Patten, fue suprimida, realizándose una vez más a través de órganos corporativos y organizaciones profesionales. Los aliados empresariales del PCCh siempre han controlado una sólida mayoría de las circunscripciones funcionales. Mientras tanto, desde 1998 los demócratas siempre han conseguido la mayoría de los escaños de elección directa, aunque organizaciones afines a Pekín, como la Alianza Democrática por la Mejora y Progreso de Hong Kong sistemáticamente han obtenido alrededor del 40 por 100 del voto, gracias a la generosa financiación de la coalición entre el PCCh y el mundo empresarial. Estos grupos también han conseguido buenos resultados en las elecciones a los Consejos de Distrito, en las que un candidato puede vencer fácilmente con solamente un millar de votos; a esta escala más

⁹ Feng Bangyan, *Xianggang huazi caituan [Grupos empresariales chinos de Hong Kong]*, Hong Kong, 1997.

pequeña, ha tenido un papel decisivo la habilidad para establecer relaciones clientelistas con votantes que de otra manera se mostraban apáticos¹⁰. De forma conjunta, los escaños de las circunscripciones funcionales y los de elección directa obtenidos por grupos afines al PCCh siempre proporcionan al gobierno una segura mayoría en el CL.

La Ley Fundamental contenía una nueva disposición para impedir cualquier posibilidad de reformas sociales introducidas por una alianza de demócratas, organizaciones afines al PCCh y el puñado de miembros menos inclinados hacia el mundo empresarial, como las Circunscripciones Laboral y de Bienestar Social. Todas las mociones presentadas por miembros del Consejo tienen que ser votadas por separado por los consejeros de las circunscripciones funcionales y por los directamente elegidos; solamente se pueden aprobar si una mayoría de ambos grupos vota a favor. Por el contrario, las mociones presentadas por el gobierno solamente necesitan una mayoría simple del CL para ser aprobadas. Esto suponía dar a la coalición del PCCh y los empresarios el derecho de veto sobre cualquier legislación social potencialmente progresista, mientras negaba a los demócratas el mismo derecho sobre iniciativas propuestas por las autoridades. Abundan los ejemplos de medidas legislativas que podían haber sido aprobadas con una mayoría simple pero que fueron vetadas por consejeros de las circunscripciones funcionales; incluyen mociones para revertir la privatización de los servicios de vivienda pública, aumentar las prestaciones para los desempleados, medidas antimonopolistas que controlaran la cuota de mercado de las grandes corporaciones, etcétera.

El procedimiento para nominar y elegir al jefe del gobierno está igualmente dominado por la alianza entre el PCCh y el mundo empresarial, ya que el Comité de Elección responsable de nominar y elegir al candidato fue constituido bajo los mismos principios que los escaños de las circunscripciones funcionales en el CL. Tres cuartas partes de los 800 miembros del actual Comité están elegidos por órganos corporativos de 38 sectores que se corresponden estrechamente con las circunscripciones funcionales; cada sector aporta docenas de miembros al Comité. El resto de los miembros son elegidos entre Consejeros de distrito, representantes del CL y delegados de Hong Kong en el Congreso Nacional del Pueblo y en la Conferencia de Consulta Política del Pueblo. Fue este Comité quien ratificó sin cuestionamiento el nombramiento de Tung Chee Hwa en 1996 y le confirmó para un segundo mandato en 2002.

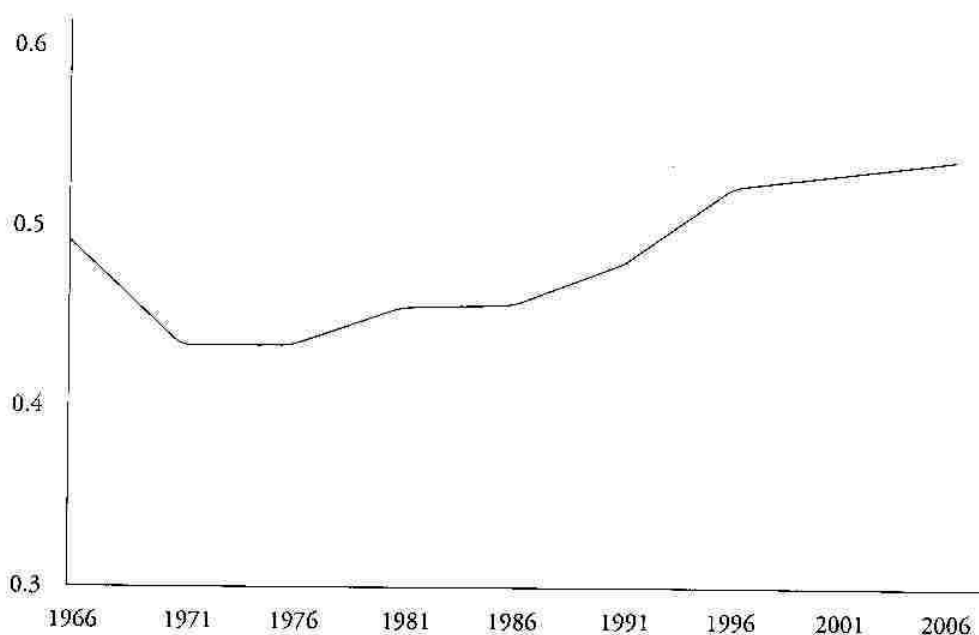
Polarizaciones

La disposición de la elite empresarial de Hong Kong hacia una alianza con Pekín aumentó con su creciente dependencia del mercado chino y con el

¹⁰ En Hong Kong hay 18 Consejos de Distrito; en cada uno los consejeros elegidos directamente representan a distritos pequeños que constan de alrededor de 17.000 ciudadanos.

descenso de la dependencia de China de la inversión procedente de Hong Kong. La desigualdad de esta relación se agudizó con la prolongada recesión económica que siguió a la crisis financiera asiática de 1997-1998. La subsiguiente restricción presupuestaria empujó a las autoridades a acelerar el giro neoliberal que había comenzado en los últimos días coloniales acompañando a la desindustrialización de la economía y al auge de las finanzas y del sector inmobiliario. Muchos de los programas sociales introducidos en la década de 1970 fueron eliminados o reducidos para recortar gastos. Disminuyeron los subsidios estatales a la vivienda pública y se privatizaron los servicios de las urbanizaciones públicas; se puso fin al programa de patrocinio estatal de apartamentos semiprivados para las clases medias-bajas; se evaporó la financiación de escuelas públicas con insuficientes matriculaciones; el sistema de hospitales públicos se llevó hacia la autosuficiencia financiera y con ello hacia la obtención de beneficios, etc.

Gráfico 1. Coeficiente de Gini para Hong Kong 1966-2006



Fuente: UN, *World Income Inequality Database*, 2008; Hong Kong Census & Statistics Department.

La recesión económica contribuyó a aumentar la desigualdad. En Hong Kong, la desigualdad de ingresos sufrió un descenso para después estabilizarse un tanto desde la década de 1960 hasta la de 1980, pero empezó a crecer en la de 1990 y continuó haciéndolo después de 1997 (véase el gráfico 1). El coeficiente de Gini era el 0,53 en 2006 comparado con el 0,47 en China y Estados Unidos. El 10 por 100 de la población con mayor riqueza dispone del 35 por 100 de los ingresos totales y el decil más bajo solamente del 2 por 100; Hong Kong tiene una de las mayores desigualdades de ingresos de todas las economías avanzadas¹¹.

¹¹ United Nations Development Programme, *Human Development Report 2007/2008*.

Cómo en otras partes del mundo capitalista avanzado, la desindustrialización en Hong Kong condujo a la sustitución del empleo industrial estable por empleos a corto plazo y con bajos salarios en el sector servicios. Debilitó el poder de las organizaciones de los trabajadores que ya era de por sí pequeño, habida cuenta la dominación del sector industrial de Hong Kong por parte de las pequeñas empresas y del aletargamiento de los sindicatos afiliados al PCCh a partir de 1967. Pero la expansión de la educación superior, unida al crecimiento del sector empresarial y de los servicios públicos durante el largo *boom* de las décadas de 1970 y 1980, ofreció vías de movilidad social ascendente para la juventud trabajadora. La estructura de clase de Hong Kong en vísperas de la transferencia estaba por ello compuesta por una elite empresarial china políticamente privilegiada en la cima, una clase trabajadora desorganizada en el fondo y entre ellas una amplia clase media, parte de la cual consideraba a los demócratas como su representación política¹².

La corriente mayoritaria demócrata, dirigidos por el PD, han eludido la actividad en los sectores populares y las movilizaciones conflictivas, considerando a su base de clase media como básicamente moderada si no conservadora. Su premisa es que esta base se alejaría del movimiento democrático si los demócratas pusieran en peligro la prosperidad económica y la estabilidad social. Las tácticas del PD se han limitado mayormente a expresiones rituales de descontento, plasmadas en peticiones y conferencias de prensa dadas por unos cuantos militantes del partido. La sensibilidad hacia su base de la clase media también ha llevado al PD a distanciarse cada vez más de las políticas redistributivas. Por ejemplo, en 1999 la dirección decidió no incluir en el programa del partido la reivindicación de una legislación a favor del salario mínimo, lo cual frustró a los miembros más ligados a las luchas populares e hizo que algunos de ellos abandonaran más tarde el partido en señal de protesta¹³.

La autolimitación de la corriente principal de los demócratas y la insuficiente representación política de las clases trabajadoras permitieron a la coalición gobernante del PCCh y los empresarios imponerse sin oposición durante los primeros años después de la transferencia de la soberanía. Pero las polarizaciones de clase y el cierre de las vías de ascenso social fomentaron el crecimiento del descontento entre los pobres y la juventud. Esto cristalizó en dos oleadas de movilización popular contra la coalición gobernante, la primera en 2003 y la segunda en 2010.

¹² Stephen Chiu y Lui Tai-lok, Hong Kong, *Becoming a Chinese Global City*, Nueva York, 2009, cap. 4.

¹³ El PD finalmente apoyó en 2010 la legislación sobre el salario mínimo, pero solamente después de que se presentara como una iniciativa del gobierno apoyada por la coalición entre Pekín y los empresarios. La legislación establece la creación de un comité para la fijación de un salario mínimo que está fuertemente dominado por los intereses empresariales y que es considerado como débil por los militantes sindicales.

Primer recrudecimiento

Entre 1997 y 2003, el gobierno de la RAEHK no consiguió generar una recuperación económica sostenible, a diferencia de muchos de sus vecinos asiáticos. Esto se debió en parte a que mientras los mercados inmobiliario y de valores permanecían anémicos, las autoridades no cumplieron su promesa de promover efervescentes nuevos sectores como el del software y la biotecnología. La corrupción empeoraba las cosas: en varias ocasiones las autoridades transfirieron abiertamente recursos públicos a sus aliados empresariales más cercanos, bajo la tapadera de un programa de recuperación. El caso más infame se produjo con los planes para crear en 2000 un parque de tecnologías de la información. Para facilitarlo, el gobierno ofreció una gran extensión de terreno, a un precio muy por debajo del valor de mercado y sin abrir un proceso de presentación de proyectos, a una empresa de tecnologías de la información propiedad de un hijo de Li Ka-shing. El gobierno incluso se hizo cargo de los costes de infraestructuras para el emplazamiento. La compañía entonces dedicó una gran parte del terreno a la construcción de apartamentos de lujo.

El descontento popular ante la corrupción y la incompetencia gubernamental para rejuvenecer la economía iba en aumento cuando las autoridades, bajo la presión de Pekín, empezaron a poner en práctica la legislación antisubversiva recogida en el Artículo 23 de la Ley Fundamental. En el otoño de 2002 muchos intelectuales, periodistas y editores que hasta entonces habían permanecido inactivos, empezaron a unirse a los demócratas para hacer frente a esa legislación, a la que consideraban una grave amenaza para la libertad de expresión que siempre había tenido Hong Kong, incluso bajo el mandato colonial. El estallido de la epidemia de neumonía a principios de 2003 y la caótica respuesta del gobierno, que precipitó una evitable crisis de salud pública, exacerbó aun más el descontento popular. Estas frustraciones se expresaron con claridad en la masiva manifestación del 1 de julio de 2003, el sexto aniversario de la transferencia de la soberanía, en la que tomaron parte más de medio millón de manifestantes, incluyendo a muchos que habían alcanzado la mayoría de edad después de 1997. Aunque el lema principal era la oposición al Artículo 23, los manifestantes exhibieron un amplio abanico de otros llamamientos espontáneos, incluyendo el sufragio universal en las elecciones de 2007-2008 para el jefe del gobierno y el CL, y los ataques a las empresas monopolistas.

La manifestación de julio de 2003 fue la mayor celebrada contra las autoridades de Hong Kong en toda la historia del territorio. Produjo una gran conmoción en Pekín que respondió emprendiendo una retirada estratégica: permitió que algunos de sus aliados del mundo empresarial retiraran su apoyo al Artículo 23 de la legislación, provocando la suspensión del proceso de redacción, pero no pasó mucho tiempo antes de que se lanzara de nuevo a la ofensiva. En 2004, justamente cuando el campo democrático había empezado a presionar a favor del sufragio universal para las elecciones de 2007-2008, el Congreso Nacional del Pueblo de la RPCh estableció que,

para esas elecciones, el sufragio universal quedaba descartado y reafirmó la división al 50 por 100 de los escaños del CL entre las circunscripciones funcionales con miembros designados y los de elección directa. Los funcionarios del PCCh remarcaron repetidamente que el camino para la reforma política en Hong Kong tenía que ser establecido únicamente por el gobierno central, y que cualquier reclamación que se opusiera a la política de Pekín sería equivalente a un llamamiento a favor de la independencia de Hong Kong. Muchos populares presentadores de programas de entrevistas en la radio, que habían desempeñado un papel vital en las movilizaciones del primero de julio, fueron despedidos por razones triviales o simplemente desaparecieron de las ondas uno tras otro. Sus despidos fueron vistos ampliamente como una purga entre bastidores orquestada por Pekín.

La confrontación política se enfrió después de esta serie de severas medidas, pero bajo las apariencias, las divisiones sociales que habían conducido a la movilización de 2003 continuaron profundizándose. El territorio estaba ahora experimentando una fuerte recuperación económica, en gran parte gracias al Acuerdo de Estrechamiento de las Relaciones Económicas (AERE) que Pekín había presentado para rectificar los repetidos fracasos del gobierno local para revitalizar la economía. Una integración más estrecha entre Hong Kong y la China continental aceleró la recolocación de las empresas y los servicios profesionales en China, poniendo en peligro los empleos de las clases medias y trabajadoras en Hong Kong. El AERE también abrió las compuertas para el flujo de capital desde la RPCh a Hong Kong, precipitando un alza instantánea del mercado financiero e inmobiliario. El efecto fue hinchar burbujas del precio de los activos y un nuevo incremento del coste de la vida. Por ello, el *boom* económico posterior a 2003 benefició sobre todo a la elite empresarial y a las viejas propietarias clases medias, mientras que trajo un deterioro relativo de los niveles de vida de las clases trabajadoras y de la joven clase media¹⁴.

Segunda coalescencia

En 2005, Pekín despidió a Tung como jefe del gobierno (la razón formal de su supuesta dimisión voluntaria fue «una enfermedad en la pierna de poca gravedad»), sustituyéndolo por Donald Tsang, un burócrata de alto rango en la última administración colonial. Aparentemente, la decisión estuvo motivada por un deseo de exonerar al gobierno de la RAEHK de cargos de colusión con grandes empresas; pero en cualquier caso, con Tsang la simbiosis entre el PCCh y la elite empresarial se intensificó. En 2005, el gobierno del RAEHK presentó una propuesta de reformas políticas que confirmaría el control de la coalición del PCCh con los empresarios. El

¹⁴ Sobre la relación entre el AERE y las burbujas del precio de los activos, véase Chan Man Hung, «CEPA y xianggang chanye jingji kongdong hua», *Taiwan guojia zhengce xuekan* III, 7, 2009, pp. 39-44.

punto clave de la discusión era el procedimiento para elegir en 2007-2008 al jefe del gobierno y al CL. En las propuestas gubernamentales, el número de escaños elegidos directamente se aumentaba en 5, al igual que los escaños para las circunscripciones funcionales. Estos cinco últimos se asignarían mediante una elección limitada a los miembros del Consejo de Distrito, que ha estado dominado por los grupos partidarios de Pekín. El procedimiento de votación dentro del propio CL, que daba poder de veto a la coalición del PCCh con el mundo empresarial pero no a los demócratas, permanecería sin cambios.

Considerando que la propuesta estaba muy alejada del sufragio universal, que previamente había esperado que llegara a materializarse en 2007-2008, el campo democrático reclamó un calendario concreto y un compromiso de dirigirse hacia el sufragio universal, concretamente la promesa de que el número de escaños de elección directa iría aumentando en las sucesivas elecciones. La falta de receptividad del gobierno a estas exigencias provocó que 24 de los 25 consejeros demócratas emitieran un voto negativo, echando abajo la propuesta del gobierno (de acuerdo con la Ley Fundamental, las propuestas para la reforma constitucional requieren una mayoría de dos tercios en el CL, a diferencia de la mayoría simple que requieren otras medidas gubernamentales). Como consecuencia de este rechazo, los sistemas para elegir al jefe del gobierno en 2007 y al CL en 2008 permanecieron sin cambios. Los demócratas encaminaron sus esfuerzos a exigir el sufragio universal para el siguiente ciclo electoral de 2012. Sin embargo, en 2007 cuando esta exigencia había empezado a ganar fuerza, Pekín resolvió que el sufragio universal quedaba descartado para 2012, que el CL que se formara para entonces mantendría la división al 50 por 100 entre los escaños de elección directa y los escaños asignados a las circunscripciones funcionales, y que los procedimientos de votación del CL no cambiarían; una vez más alejando indefinidamente la posibilidad de reforma democrática.

Mientras tanto, tras el enfrentamiento de 2003, habían aparecido dos nuevos grupos políticos dentro del campo democrático. El Partido Cívico (PC) estaba formado por abogados, profesionales e intelectuales críticos que se posicionaban como rotundos defensores del Estado de derecho, de la libertad de expresión y de la autonomía del territorio de Hong Kong en pie de igualdad con Pekín. Propugnando ideas económicas liberales, el PC era más radical que el PD en cuanto a reforma política se refería. El segundo grupo era la Liga de los Socialdemócratas (LSD), formada por una combinación de antiguos miembros del PD más orientados hacia las bases populares, trotskistas veteranos asociados a la Cuarta Internacional como «Cabello Largo» Leung Kwok-hung y Raymond Wong, uno de los activistas presentadores de programas de entrevistas purgado en 2004. La LSD defendía la redistribución de los ingresos mediante reformas sociales, así como el sufragio universal inmediato como el camino oportuno para reducir el privilegiado acceso del sector empresarial al poder político. También propugnaba una combinación de política electoral y movimientos sociales combativos como medios igualmente importantes de luchar por el cambio progresista.

Cuadro 1. Estructura del Consejo Legislativo elegido en 2008

Partido	Circunscripciones geográficas		Circunscripciones funcionales	Total en el CL
	% del voto	Encaños	Encaños	Encaños
<i>Campo Democrático</i>				
Partido Democrático	20,5	7	1	8
Partido Cívico	13,6	4	1	5
Liga de los Socialdemócratas	10,1	3	0	3
Otros	13,2	5	2	7
Total	57,4	19	4	23
<i>Grupos e individuos afines al PCCh</i>				
Mejora y Progreso	22,8	7	3	10
Partido Liberal	4,3	0	7	7
Otros	11	4	16	20
Total	38,1	11	26	37
<i>Votos nulos, etc</i>	4,5			
Total	100	30	30	60

Fuente: Comisión Electoral de Hong Kong.

Estos dos nuevos partidos obtuvieron unos resultados excelentes en 2008 en las elecciones al CL, mientras que el PD, ahora dirigido por Alberto Ho, perdió terreno. El PD obtuvo solamente el 20,5 por 100 de los votos en los escaños de elección directa, comparado con el 30,4 por 100 en 2004 y el 34,7 por 100 en 2000. A pesar de su corta trayectoria, el PC y la LSD obtuvieron el 13,6 y el 10,1 por 100 de los votos respectivamente. Destaca especialmente el auge de la LSD, con su política de redistribución y retórica de lucha de clases; su popularidad entre la juventud y las clases trabajadoras que anteriormente carecían de representación política es especialmente llamativa. El recuento final otorgó al campo democrático el 57,4 por 100 del voto popular, 19 de los 30 escaños de elección directa, pero solamente 4 de los correspondientes a las circunscripciones funcionales; con ello controlaba solamente el 38 por 100 de los escaños del CL. Los aliados del PCCh, por el contrario, obtuvieron cerca del 40 por 100 del voto popular, asegurándose 11 escaños de elección directa y retuvieron el control de 26 de los 30 escaños de las CF; con ello controlaban el 62 por 100 de los escaños totales del CL (véase el cuadro I).

Paralelamente al auge del Partido Cívico y de la LSD, a partir de 2003 surgió una avalancha de movimientos comunitarios en oposición a la demolición de edificios y barrios de la era colonial a manos del gobierno y promotores inmobiliarios. Estos movimientos, organizados por diversos grupos de estudiantes y de jóvenes intelectuales, manifestaron tener un fuerte sentido de la identidad cultural propia de Hong Kong, así como un resentimiento

miento contra el capital monopolista y la preferencia por la acción colectiva directa. Algunos dirigentes de estos movimientos afilaron sus habilidades organizativas y tácticas mediante su implicación en las protestas contra la OMC en 2005, luchando hombro con hombro con activistas obreros y grupos de agricultores de otros países, especialmente de Corea¹⁵.

En 2009-2010, estos movimientos comunitarios convergieron en una movilización contra la construcción de la sección Hong Kong-Guangzhou de la red nacional de alta velocidad. El proyecto arrasaría varias comunidades rurales y urbanas dentro de Hong Kong y su coste sería el mayor de todos los tramos de la red nacional. Además, sus principales defensores en el CL eran mayoritariamente consejeros de las circunscripciones funcionales que esperaban beneficiarse de una u otra manera por los grandes contratos relacionados con el proyecto. Durante las sesiones del CL del 15 y 16 de enero de 2010, cuando se debatía y votaba el presupuesto para la conexión ferroviaria, varios miles de manifestantes rodearon y bloquearon el edificio del CL, y estuvieron a punto de llegar a retener por la noche a los funcionarios del gobierno y a los legisladores que estaban a favor del mismo.

Aunque el movimiento fue incapaz de evitar que el proyecto siguiera adelante, su capacidad de movilización y su potencial para paralizar al gobierno alarmó a Pekín, ya trastornado por informes sobre un ataque por sorpresa contra la sede del PCCh durante el día de Año Nuevo. Esa noche, un grupo de jóvenes manifestantes que coincidía en parte con los militantes contra el proyecto de alta velocidad, lograron romper las barreras policiales y las vallas metálicas para realizar una sentada en la entrada trasera del edificio. En la primavera de 2010 estos grupos radicales emergentes, jóvenes y en proceso de crecimiento, unieron sus fuerzas al PC y a la LSD para empujar un movimiento a favor de un referéndum, en medio de un acalorado debate sobre la propuesta de reforma política de las elecciones del jefe del gobierno y del CL en 2012.

Un referéndum disputado

En otoño de 2009, el gobierno del RAEHK presentó otra propuesta de reforma política para las elecciones de 2012. Era prácticamente idéntica a la que habían bloqueado los demócratas en 2005. Aunque la resurrección de la propuesta se consideraba como una humillación deliberada, el campo democrático estaba dividido en cuanto cómo responder. La LSD propuso movilizaciones de masas para redoblar la presión sobre Pekín, instándole a que ofreciera otra nueva propuesta con un programa y un calendario para el sufragio universal. Recordando el éxito de las manifestaciones de 2003 para detener el Artículo 23 de la legislación y paralizar la administra-

¹⁵ Sobre las protestas, véase Au Loong-Yu, «Alter-Globo in Hong Kong», *NLR* 42, (2006) [ed. cast.: «Los alterglobalización en Hong Kong», *NLR* 42 (2006)].

ción de Tung, señalaban que Pekín no llegaría a un compromiso si no se producía una presión a gran escala de los ciudadanos. Más en concreto, la LSD propuso un mecanismo para celebrar un referéndum *de facto* que galvanizara la voluntad popular.

El referéndum vendría provocado por las dimisiones de cinco consejeros directamente elegidos del CL pertenecientes al campo democrático, cada uno de ellos representando a una de las circunscripciones geográficas de Hong Kong. Estos legisladores harían campaña por la reelección dentro de una plataforma unitaria en la que se pediría el sufragio universal y la abolición de las circunscripciones funcionales tan pronto como fuera posible. Cualquier voto para cada uno de los cinco candidatos sería equivalente a un voto de apoyo para la plataforma, convirtiendo las elecciones extraordinarias en un referéndum. El proceso sentaría un precedente para que en el futuro el pueblo de Hong Kong pudiera expresar su voluntad colectiva sobre temas significativos, aunque a diferencia de Taiwán y de otros países democráticos, el territorio no tiene formalmente una ley que autorice los referéndums.

Después de una inicial vacilación, el PD se opuso categóricamente a la estrategia del referéndum argumentando cuestiones técnicas y señalando la dificultad de explicar el concepto de referéndum *de facto* a los votantes. También temía que cualquier intento de celebrar un plebiscito provocaría la irritación de Pekín —especialmente habida cuenta de su reacción a los referéndums en Taiwán de 2004 y 2008— y le llevarían a adoptar una posición más conservadora. En vez de ello, el PD propuso una estrategia de razonamiento paciente con el PCCh, para persuadirle de que revisara el paquete de reformas a cambio del apoyo del campo democrático en el CL. Por otra parte, el Partido Cívico apoyó la estrategia del referéndum y a finales de 2009 se formó una alianza LSD-PC. En enero de 2010, dos legisladores del PC y tres de la LSD presentaron su dimisión, y el gobierno estableció la fecha de las elecciones extraordinarias para el 16 de mayo.

Preocupado por el precedente que podía establecer el referéndum, Pekín ordenó a los grupos que le representaban que boicotearan las elecciones extraordinarias, esperando que al menos algunos de los legisladores dimitidos triunfaran por falta de oposición, saboteando así el plan del referéndum. Todos los grupos afines al PCCh acataron la disciplina, declarando que no participarían. El 15 de enero, el gobierno central llegó incluso a hacer una declaración expresando su «grave preocupación» sobre el movimiento a favor del referéndum, denunciándolo como un «abierto desafío a la Ley Fundamental y las importantes decisiones del Congreso Nacional Popular». Políticos y comentaristas afines al PCCh inundaron los medios de comunicación con acusaciones que equiparaban el referéndum a una reclamación de independencia para Hong Kong.

A la vista de la vehemente oposición de Pekín, el PD se distanció aún más de la alianza LSD-PC. En el verano de 2009, Szeto Wah, para entonces un

patriarca retirado del PD, apoyó inicialmente la estrategia del referéndum contribuyendo a que se le prestara seria atención. Pero en otoño repentinamente cambió su posición y se convirtió en un hiperactivo opositor al referéndum, indicando a sus seguidores que no votaran en las elecciones extraordinarias. Mientras tanto, la dirección del PD abrió negociaciones clandestinas con los niveles superiores del gobierno central, representados por un agente especial nombrado por el Politburó, como reveló el PD después de que en julio de 2010 se estabilizara la situación. El PD esperaba que su oposición al referéndum llevara a Pekín a apoyar sus reivindicaciones: un compromiso para abolir finalmente todas las circunscripciones funcionales, una firme promesa de sufragio universal para 2017-2020, y la adopción de sus propuestas para las elecciones del CL de 2012. Estas últimas solo mejoraban de manera marginal las propuestas de Pekín: los cinco nuevos escaños, que en el plan del gobierno serían adjudicados por Consejeros de distrito, en la versión del PD se convertirían en escaños de elección cuasi directa, ya que los candidatos serían nominado por el Consejo de distrito pero elegidos por todos los votantes registrados, exceptuando a aquellos que tuvieran derecho de voto en otras circunscripciones funcionales.

A pesar del declarado boicot del *establishment* y del implícito boicot del PD, la dimisión de los cinco concejales provocó un referéndum *de facto*, gracias a un grupo de dirigentes estudiantiles que se presentaron como candidatos en las cinco circunscripciones geográficas, asegurando que la elecciones extraordinarias fueran competitivas en todo Hong Kong. Los estudiantes adoptaron una posición incluso más radical que la de la alianza LSD-PC, exigiendo una cámara totalmente elegida para 2012. Un cierto número de candidatos independientes, que compartían el resentimiento del *establishment* por la radicalización de la política de Hong Kong pero que no estaban bajo las órdenes del PCCh, también se presentaron. Los activistas de los movimiento comunitarios contribuyeron a favorecer el voto.

Finalmente, los cinco demócratas que habían dimitido fueron reelegidos, obteniendo entre el 68 y el 93 por 100 de los votos en sus respectivos distritos. Pero la participación fue decepcionante quedándose en el 17 por 100, medio millón de papeletas de un total de más de tres millones de votantes registrados. Los comentaristas alineados con el *establishment* o con el PD trataron de presentar la baja participación como muestra del fracaso del referéndum. Por el otro lado, los defensores del referéndum señalaron que había que entender la participación en el contexto de un boicot declarado del *establishment*, incluyendo al PD. Medio millón de votantes desafiaron el boicot y las duras advertencias de Pekín para apoyar el referéndum. Considerando que en las elecciones de 2008 al CL, todos los candidatos combinados del campo demócrata habían obtenido 900.000 votos, el medio millón emitidos en las elecciones extraordinarias representaban de hecho una clara mayoría de votantes demócratas. Por ello, el voto confirmaba la radicalización del movimiento democrático. Además, la participación fue significativamente más elevada en barrios de clases trabajado-

ras y entre los jóvenes, ratificando las observaciones de muchos analistas tras las elecciones de 2008 sobre la creciente politización de estos grupos. La radicalización de los votantes demócratas, junto al descenso del voto hacia el PD en las citas electorales previas, muestra que la línea «moderada» del PD de buscar la democratización mediante el diálogo con el *establishment* está perdiendo su atractivo. No resulta difícil imaginarse que si Pekín hubiera insistido en la reforma que propuso originalmente, la radicalización del movimiento democrático solamente se hubiera acelerado, al margen de que la propuesta se hubiera aprobado o hubiera sido vetada en la sesión del CL de finales de junio. Para empeorar las cosas para Pekín, las encuestas de opinión mostraron que el apoyo popular para la propuesta del gobierno –de por sí no muy elevado– se debilitó después del referéndum. Si la propuesta tuviera que llevarse una vez más al CL, parecía posible que Tsang, el jefe del gobierno tuviera que dimitir o bien disolver el CL y convocar nuevas elecciones, un último recurso establecido por la Ley Fundamental para romper puntos muertos políticos. Más tarde ese mismo año empezaron a circular rumores de que Pekín ya había reunido un «equipo B» en la primavera, para hacerse cargo del gobierno de la RAEHK en el caso de que Tsang tuviera que dimitir. Esto hubiera envalentonado a los radicales demócratas y alentado movilizaciones conflictivas que hubieran hecho ingobernable el territorio.

Para evitar este escenario de escalada de la tensión política, a mediados de junio Pekín –después de haber estado durante meses negando la posibilidad de un compromiso– repentinamente manifestó que estaba dispuesto a aceptar la propuesta del PD para el procedimiento de elección del CL en 2012, menos de una semana antes de la prevista votación del CL sobre la propuesta del gobierno. Pero a cambio Pekín exigió que el PD renunciara al resto de sus demandas, es decir, obtener el compromiso del PCCh sobre la abolición final de las circunscripciones funcionales y la implantación del sufragio universal para 2017-2020. Acorralado por los demócratas radicales y temiendo su propia marginación si no conseguía alcanzar un acuerdo con Pekín, el PD aceptó todas las condiciones del gobierno central, y el 23 de junio todos sus consejeros votaron para aprobar un paquete modificado de reformas en el CL. El PD rápidamente presentó la concesión de Pekín de convertir los nuevos cinco escaños de las circunscripciones funcionales en escaños de elección cuasi directa como un triunfo de sus planteamientos. Pero resulta inconcebible que el PCCh hubiera aceptado esto si el referéndum no se hubiera celebrado y medio millón de votantes no hubieran desafiado los deseos de Pekín.

¿Un nuevo panorama?

Después de que se hubiera aprobado la propuesta de reforma del gobierno, el PD justificó su posición señalando el aumento del número de escaños de elección directa en el CL, escaños que serían ocupados por los demócratas en 2012. Mantuvo que la ampliación de la presencia de los

demócratas en el CL aumentaría su poder de negociación con Pekín, ayudando a facilitar la futura transición de Hong Kong hacia el sufragio universal. Muchos otros demócratas, por otra parte, criticaron el abandono del PD de la exigencia de abolición de las circunscripciones funcionales y de la implantación del sufragio universal, argumentando que esto proporcionaba cobertura para que Pekín perpetuara el sistema de las circunscripciones funcionales. Algunos personajes del *establishment* ya han empezado a avanzar más allá de la propuesta modificada de reforma que fue aprobada, según la cual los Consejos de distrito iban a ser convertidos en órganos de nominación que presentarían candidatos a las elecciones directas, insistiendo que todas las actuales circunscripciones funcionales podía coexistir con el sufragio universal si también ellas eran transformadas en comités de nominación para elecciones directas.

En otoño de 2010, el gobierno de la RAEHK presentó una proposición para establecer el procedimiento de asignación de los nuevos cinco escaños de elección cuasi directa. De acuerdo con el proyecto, un consejero de distrito necesita quince nominaciones de otros consejeros de distrito directamente elegidos para convertirse en candidato; los nominados harán campaña por todo Hong Kong como una sola gran circunscripción geográfica, con sus gastos limitados a seis millones de dólares locales cada uno. Este acuerdo favorece enormemente a las fuerzas establecidas, que mantienen aproximadamente 300 de los 405 escaños de elección directa del Consejo de Distrito –los 129 restantes del total de 534 consejeros son en su mayoría nombrados por el gobierno– y pueden disponer de ilimitados recursos financieros.

Habida cuenta de estos acuerdos, la concesión de Pekín no es probable que produzca un nuevo escenario político en 2012. Pero sí introduce un cierto grado de imprevisibilidad en las próximas elecciones para el CL, ya que nadie garantiza que los cinco nuevos escaños de asignación cuasi directa vayan a estar dominados por la coalición entre Pekín y el mundo empresarial. La introducción de la incertidumbre política –nunca del gusto del PCCh– significa que las revisadas reformas políticas para 2012 representan una concesión real por pequeña que sea. Por otra parte, la consecuencia inmediata del compromiso de junio es que Pekín ha desactivado, o por lo menos ha frenado temporalmente, la cada vez mayor movilización popular y la creciente influencia de los demócratas radicales. También ha creado una profunda grieta entre los demócratas radicales –que ven la concesión de Pekín demasiado pequeña para que resulte significativa y han denunciado las negociaciones y compromisos secretos del PD como una capitulación– y el PD, que ha tratado de presentar el acuerdo de junio como un paso adelante decisivo y de apropiarse de todo el mérito de ello.

No queda claro si Pekín desplegará finalmente sus abundantes recursos para neutralizar cualquier ventaja que puedan sacar los demócratas de la reforma, o si los demócratas radicales se reagruparán después de un breve paréntesis y presionarán con más fuerza para obtener más concesiones de Pe-

kín. El resultado tendrá importantes implicaciones para los acontecimientos políticos en la China continental. Los demócratas de Hong Kong, tanto moderados como radicales, son conscientes de que el movimiento democrático de Hong Kong es parte de China, ya que su antagonista local, la alianza PCCh con el mundo empresarial, es después de todo una prolongación de la elite burocrática capitalista gobernante en Pekín. En medio de todas las incertidumbres generadas por las luchas sobre la reforma política para 2012, lo que es seguro es que el movimiento democrático de Hong Kong ha superado con éxito su timidez política y ahora está dispuesto a utilizar tácticas de confrontación. El éxito de los radicales demócratas para obligar a Pekín a ofrecer inesperadas concesiones demuestra que la movilización popular contra la coalición gobernante en Hong Kong no es siempre inútil. Puede haber abierto una brecha en la armadura de un autoritario régimen capitalista que parece ser inexpugnable en otras partes.

VIDA SIN SALARIO

Bajo el capitalismo, la única cosa peor que estar explotado es no estar explotado. Desde los comienzos de la economía del trabajo asalariado, la vida sin salario ha sido una calamidad para aquellos desposeídos de tierra, de herramientas y de medios de subsistencia. Expulsados del trabajo, los que no tienen salarios también se volvieron invisibles para la ciencia: la economía política, como señaló Marx en las primeras formulaciones de su crítica de la disciplina, «no reconoce al trabajador desempleado». «El granuja, el estafador, el mendigo, el desempleado, el trabajador hambriento, desdichado y criminal, estas son figuras que no existen para la economía política, sino solamente ante los ojos de otros, del doctor, del juez, del sepulturero, de los oficiales del juzgado, etc.; esas figuras son espectros que quedan fuera de su reino»¹. Estos días, el marxismo –considerado más a menudo como un ejemplo de economía política en vez de su crítica– y otros análisis basados en el trabajo se enfrentan a la misma objeción. Se nos dice que las interpretaciones construidas sobre el trabajo asalariado no pueden explicar la realidad vivida por la parte más numerosa y desdichada de la población mundial: aquellos que no tienen salarios, aquellos incluso sin la esperanza de un salario. La vida desnuda, la vida perdida, la vida desechable, la vida precaria, la vida superflua: estos son términos que se utilizan para describir a los habitantes de un planeta de ciudades miseria. Nuestra figura más representativa no es la del niño en el taller de trabajo esclavo, sino la del niño en las calles, alternativamente cazador y presa.

A la vista de esta situación, ninguna de las designaciones marxistas clásicas para los que no tienen salario –el ejército industrial de reserva o el lumpenproletariado– parece adecuada. Para algunos, solamente una teoría de la ciudadanía y de la exclusión de ella, o de los derechos y su ausencia, puede capturar esta realidad: hablar de trabajo es hablar de los que ya tienen ese derecho. Los demás han girado hacia una biopolítica o necropolítica de

¹ Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works*, Nueva York, 1975, vol. III, p. 284. Este ensayo fue escrito originalmente como parte del Yale Working Group on Globalization and Culture. Me gustaría agradecer a los demás miembros sus sugerencias y críticas, y a Achille Mbembe su respuesta a un texto anterior en el Wits Institute for Social and Economic Research, University of the Witwatersrand, Sudáfrica, 22 de febrero de 2006.

la existencia desnuda. Ninguna de estas alternativas es convincente. Aunque la lucha por la inclusión social y cultural así como por la ciudadanía política es vital en un mundo de *sans-papiers*, demasiado a menudo las batallas teóricas sobre la ciudadanía y los derechos humanos permanecen atrapadas en fantasías de soberanía. Por otra parte, la retórica de la vida y de la muerte algunas veces tiene una falsa inmediatez, viendo un estado de excepción o de emergencia en lo que desafortunadamente es un estado de normalidad. Hablar repetidamente de la vida desnuda y de la vida superflua puede conducirnos a imaginar que realmente hay gente desechable, no simplemente que son desechables a los ojos del Estado y del mercado.

Por otra parte, la vida desnuda no carece de actividad práctica. Personalmente considero que bajo los imperativos capitalistas, una exposición crítica de la vida y de ganarse la vida debe empezar no desde la acumulación de capital, sino desde su otra cara, desde la acumulación de trabajo. Dialécticamente son lo mismo: como señaló Marx, «la acumulación de capital es por ello la multiplicación del proletariado»². Pero enfocar el tema desde el punto de vista del capital es, como podrían decir Hegel y Marx, un enfoque parcial. Algunos críticos contemporáneos de la economía política han notado este desequilibrio. Michael Lebowitz sostiene que la obra de Marx sobre el capital estaba pensada para ser acompañada por otra sobre el trabajo asalariado; en *The Limits to Capital*, David Harvey describe el «fracaso bastante sorprendente de Marx para emprender un estudio sistemático del proceso que gobierna la producción y reproducción de la propia fuerza de trabajo» como «una de las lagunas más graves de su propia teoría»³.

A continuación propongo que necesitamos una inversión similar respecto al trabajo asalariado. La vida sin salario casi siempre ha sido considerada como una situación de falta, el espacio de la exclusión: los *desempleados*, lo *informal*. No pretendo resolver este problema semántico: mi propio vocabulario de trabajo –los *sin salario*– es una construcción paralela. Sin embargo, quiero insistir en que descentramos el trabajo asalariado dentro de nuestra concepción de la vida bajo el capitalismo. El fetichismo del salario bien puede ser la fuente de las ideologías capitalistas de la libertad y la igualdad, pero el contrato de trabajo no es el momento fundacional. El capitalismo comienza no con la oferta de trabajo, sino con el imperativo de ganarse la vida. La desposesión y la expropiación, seguidas de la exacción de impuestos monetarios y rentas: esta es la narración bucólica del «trabajo libre». En esos raros momentos de emancipación moderna, los pueblos liberados –de la esclavitud, de la servidumbre y de otras formas de trabajo coaccionado– nunca han elegido ser trabajadores asalariados. Como señalaba Adam Smith, puede haber una «propensión a transportar, a hacer trueques y a intercambiar una cosa por otra», pero claramente no hay una propensión a obtener un empleo.

² K. Marx, *Capital*, vol. I, Harmondsworth, 1976, p. 764 [ed. cast.: *El Capital*, Madrid, Akal, 2002].

³ Michael Lebowitz, *Beyond Capital. Marx's Political Economy of the Working Class*, Nueva York, 2003 [ed. cast.: *Más allá de "El Capital". La economía política de la clase obrera en Marx*, Madrid, Akal, 2005]; David Harvey, *The Limits to Capital*, Chicago, 1982, p. 163.

Más que ver al obrero que se gana el pan en la fábrica como la base productiva sobre la cual se levanta una superestructura reproductiva, podemos imaginar al desposeído hogar proletario como una base sin salario de trabajo de subsistencia —el «trabajo de mujeres» de cocinar, lavar y cuidar del hogar— que soporta una superestructura de migrantes buscadores de salario que son embajadores o quizá rehenes de la economía del salario. Estas migraciones pueden ser cortas en distancia y en intervalos —los tranvías o autobuses diarios desde la vecindad hasta la factoría, desde el bloque de apartamentos hasta la oficina, que pasarán a llamarse «desplazamientos diarios»— o pueden extenderse hasta la anual trashumancia proletaria de trabajadores estacionales en barcos de vapor, ferrocarriles y automóviles, así como a la radical separación de la migración aérea, que mantiene sus vínculos mediante años de envíos de dinero y de llamadas telefónicas. El desempleo precede al empleo y la economía informal precede a la formal, tanto histórica como conceptualmente. Hay que insistir en que «proletario» no es un sinónimo de «trabajador asalariado» sino de desposeimiento, expropiación y dependencia radical del mercado. No se necesita un trabajo para ser un proletario: la vida sin salario, no el trabajo asalariado, es el punto de partida para entender el mercado libre.

Aparición del desempleo

En este ensayo quiero explorar las peculiaridades de la vida sin salario durante el siglo pasado por medio de una genealogía de dos representaciones clave que no solamente la nombran y buscan regularla, sino que trazan una dramática separación entre sus concepciones en las metrópolis imperiales del capitalismo y en su periferia: las figuras del desempleo y del sector informal. La primera fue el tropo fundacional de la democracia social del siglo xx, inventada en medio de las grandes crisis económicas que atenazaron los capitalismoes industriales del Atlántico Norte y repercutieron en sus territorios coloniales. Desplazó una gran cantidad de concepciones anteriores, el pobre, el holgazán y el peligroso, y se convirtió en una parte central del discurso tanto popular como del Estado durante el siglo siguiente, especialmente durante los momentos de desempleo masivo: la Gran Depresión de la década de 1930 y la Gran Recesión de la de 1970. Por otra parte, el término «sector informal» fue acuñado a principios de la década de 1970 para considerar a las masas de vida sin salario en el recién independizado Tercer Mundo, que parecían escapar tanto de la categoría de empleo como de la de desempleo. También desplazó concepciones anteriores —quizá la más destacada la del lumpenproletariado de la que se ocupó Frantz Fanon en su *Les damnés de la terre*— y continúa siendo parte del discurso tanto oficial como no oficial.

Una historia institucional más antigua podría decir que el Estado del bienestar fue creado en respuesta al desempleo: el espectro de los desempleados regresa con cada depresión y recesión, como muestran ilustradores y fotógrafos que tratan de representar la ausencia de trabajo en iconos que van desde «The Meeting of the Unemployed» del caricaturista victoriano Tom Merry al «White Angel Breadline» de Dorothea Lange. Pero una historia bio-

política más reciente propone que el emergente Estado social inventó el desempleo en el proceso de normalizar y regular el mercado en trabajo⁴. La propia palabra surgió justamente cuando el fenómeno se convirtió en objeto de la producción de conocimiento del Estado en el largo declive económico de las décadas de 1880 y 1890. El término fue utilizado en inglés por primera vez en 1877, cuando el director del Departamento de Estadísticas Laborales de Massachusetts, Carroll D. Wright, intentó hacer un recuento de los desempleados, provocando una práctica estadística que se convirtió en parte central del Estado moderno y que en la siguiente década se utilizaba corrientemente. El primer tratamiento teórico, el artículo de 1895 «The Meaning and Measure of "Unemployment"» del economista liberal J. A. Hobson (más conocido por su influyente análisis del imperialismo), estableció la agenda para un siglo de debates: ¿cómo se define y se mide el desempleo? La palabra francesa para desempleado, *chômeur*, data de la misma época, y el equivalente alemán, *Arbeitslosigkeit*, pocas veces se utilizaba antes de la década de 1890. Realmente, como señala John Garraty, el autor del todavía clásico *Unemployment in History*, el propio Marx no utilizó la expresión. En *El capital*, así como en el pasaje de los Manuscritos de 1844 citados anteriormente, Marx habla de *die Unbeschäftigten* –los no-ocupados, los desocupados en una traducción inglesa– en vez de *die Arbeitslosen*, el término contemporáneo para los desempleados⁵.

El concepto moderno de desempleo dependía de la normalización del empleo, el intrincado proceso por el cual la participación en los mercados de trabajo se convierte en lo corriente. A medida que los empleadores fijan las reglas, los trabajadores insisten en las prácticas consuetudinarias, mientras los juzgados, los parlamentos y los inspectores de las fábricas establecen los estándares. Marx sostenía que «la creación de una jornada normal de trabajo [*ein Normalarbeitstag*], es por ello el producto de una prolongada guerra civil, más o menos disimulada, entre la clase capitalista y la clase obrera». De hecho, Marx insistía en que «en lugar del pomposo catálogo de los "inalienables derechos del hombre" se otorgue la modesta Carta Magna de una jornada de trabajo legalmente limitada»⁶.

La normalización del empleo hizo posible la normalización del desempleo en tres sentidos por lo menos. En primer lugar, estar desempleado era perder el empleo habitual de cada uno, y de hecho las primeras formas de

⁴ Las lecturas biopolíticas del desempleo son en cierto modo el producto de la agitación intelectual provocada por la tercera oleada de desempleo masivo; dos textos de referencia datan de 1986: Robert Salais, *L'invention du chômage. Histoire et transformations d'une catégorie en France des années 1890 aux années 1980*, París, 1986, y Alexander Keyssar, *Out of Work. The First Century of Unemployment in Massachusetts*, Cambridge, 1986. Véase también Christian Topalov, *Naissance du chômeur. 1880–1910*, París, 1994. Un estudio más reciente que se basa en este trabajo es el de William Walters, *Unemployment and Government. Genealogies of the Social*, Cambridge, 2000.

⁵ John Garraty, *Unemployment in History*, Nueva York, 1978, pp. 109. 4; J. A. Hobson, «The Meaning and Measure of "Unemployment"», *Contemporary Review* 67, marzo de 1895.

⁶ K. Marx, *Capital*, cit., pp. 303, 307.

protección contra el desempleo llegaron de sindicatos que trataban de mantener el nivel retributivo en vigor ofreciendo beneficios para los miembros que se quedaban sin trabajo. En su discusión sobre desempleo y gobierno, William Walter propone que «el estatus de “sin trabajo” fue realmente inventado por el sindicalismo». La segunda forma de normalización surgió cuando los sin salario empezaron a reunirse y manifestarse como desempleados. El canónico punto de partida es el famoso motín de febrero de 1886 en Londres. La Liga del Comercio Justo dirigida por los *torys* había convocado una manifestación de desempleados en Trafalgar Square que congregó a 20.000 desempleados de la construcción y de los muelles; cuando la Federación Socialdemócrata condujo a parte de la multitud por Pall Mall, se destrozaron escaparates, saquearon tiendas y Londres, según *The Times*, cayó presa del pánico. Siguieron produciéndose manifestaciones similares que aumentaron en 1887 y que culminaron en noviembre en el Domingo Sangriento, la protesta contra las medidas de coacción en Irlanda en la que la policía atacó a los manifestantes y hubo tres muertos⁷.

Finalmente, durante el cambio de siglo el desempleo fue integrado en el trabajo de teóricos como Hobson y William Beveridge, quienes sostuvieron que no era una cuestión de depravación u holgazanería individual, sino un aspecto normal e inevitable de la sociedad industrial. «Sin duda las causas personales explican en gran medida quienes son los individuos que representarán al 10 por 100 de “desempleados”», sostenía Hobson, «pero de ninguna manera son causas que contribuyen al “desempleo”». Estos análisis construyeron la primera idea de que el capitalismo creaba un ejército industrial de reserva, un concepto a menudo tomado como claramente marxista ya que aparece en *El capital* en la discusión sobre el excedente relativo de población en el capitalismo. Sin embargo, Marx estaba simplemente adoptando la retórica del movimiento obrero británico. Los radicales, especialmente las asociaciones cartistas y fourieristas, imaginaban a los nuevos obreros de las fábricas como grandes ejércitos industriales, y este extendido tropo llevó al líder cartista Bronterre O'Brien a hablar en 1839, en el *Northern Star*, de un ejército industrial de reserva. El joven Engels recogió la imagen en *La condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844*, y Marx invocaría ocasionalmente la metáfora, diferenciando entre el ejército activo y el ejército de reserva de la clase obrera. A finales del siglo XIX era parte de la interpretación racional del desempleo: en 1911, incluso el Departamento de Estadísticas Laborales de Massachusetts podía concluir que «por muy prósperas que puedan ser las condiciones, siempre hay un “ejército de reserva” de desempleados»⁸.

⁷ W. Walters, *Unemployment*, cit., p. 18. Véase también Gareth Stedman Jones, *Outcast London*, Nueva York 1984, pp. 291-296. En sus cartas, Engels se mostraba muy crítico con las «sandeces de la PSD sobre la revolución social». Su caracterización de la manifestación como principalmente compuesta por «haraganes, espías de la policía y pícaros» es una de los clásicos pasajes sobre el lumpenproletariado; K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, cit., vol. XLVII, pp. 407, 408.

⁸ Hobson, citado por W. Walters, *Unemployment*, cit., p. 32. Véase también Stedman Jones, *Languages of Class*, Cambridge, 1983, p. 159. El Departamento de Massachusetts está citado por A. Keyssar, *Out of Work*, cit., p. 72.

Riesgo y alivio

Esta normalización del desempleo fue la base de las grandes técnicas socialdemócratas que buscaron contener el espectro de la vida sin salario. El primer momento se caracterizó por una conceptualización inicial del desempleo como un riesgo asegurable, un accidente como la enfermedad, el fuego, el robo o la muerte. Esta fue la base de la Ley Nacional de Seguros británica de 1911, el primer programa gubernamental de esta clase. Imitando al régimen de provisión de asistencia social de Bismarck, el gobierno de Herbert Asquith creó un fondo controlado por el Estado para asegurar a los trabajadores contra el desempleo. Sin embargo, la lógica del seguro fracasa en casos de desastres colectivos, cuando hay demasiados accidentes al mismo tiempo. Por ello, el desempleo masivo durante la Gran Depresión de la década de 1930 dejó claros los límites de semejantes redes de seguridad. Surgió una nueva generación de movimientos de desempleados, normalmente dirigidos por jóvenes militantes comunistas, como los Comité de Parados en Francia o los Consejos de Desempleados en Estados Unidos, donde una tercera parte de la población estaba sin trabajo. Las marchas y protestas contra el desahucio más famosas fueron en estos centros industriales –los disturbios de 1930 en Wall Street, la marcha del hambre de Ford dos años después, la marcha desde Lille hasta París a finales de 1933– pero hubo manifestaciones similares también en las colonias, como la marcha del hambre de 1933 en Jamaica.

La posterior reconceptualización keynesiana del desempleo como indicador económico sujeto al ajuste macroeconómico nacional se convirtió en la base de los Estados del bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial que imaginaron una economía de pleno empleo. Durante dos décadas, pareció como si el desempleo masivo fuera cosa del pasado. Sin embargo, la Gran Recesión de la década de 1970 en Europa y América del Norte marcó el regreso del espectro de la vida sin salario, ahora bajo el signo de la superfluidad; el cierre permanente de instalaciones a medida que regiones enteras atravesaban una contrarrevolución industrial. Surgió una nueva oleada de movimientos, especialmente en Francia en el invierno de 1997-1998. Como en la década de 1930, la desindustrialización a menudo se entiende como un fenómeno del Primer Mundo, pero como veremos dejó tras de sí innumerables áreas deprimidas en todo el planeta como atestiguan el caso de Ahmedabad, el Manchester de India.

Pero para algunos teóricos, la desindustrialización marcó el fin del desempleo como herramienta política y conceptual. Entre aquellos que sostenían que habíamos alcanzado el final del trabajo, estaba Ulrich Beck, el teórico alemán de la sociedad del riesgo del neoliberalismo, que apuntó al cambio desde un sistema uniforme de trabajo de jornada completa para toda la vida, organizado en una sola localización industrial, con la radical alternativa del desempleo, a un sistema lleno de riesgos de un subempleo flexible, pluralizado y descentralizado que, sin embargo, posiblemente no vuelva a plantear el problema de [...] estar completamente sin un empleo

remunerado⁹. Los economistas neoliberales insistieron en que la falta de trabajo involuntaria ni siquiera existía; el desempleo era o bien una elección producto de la utilidad marginal del ocio, o bien una obstrucción temporal del mercado de trabajo causada por salarios elevados, demasiado rígidos por el monopolio sindical y el salario mínimo estatal.

También cabe destacar la gran debilidad de la normalización socialdemócrata del empleo y del desempleo. Esta normalización formó un sujeto normal: el que gana un salario. En consecuencia, gran parte de la multitud del capitalismo era irreconocible para un movimiento obrero que había sido reconstituido por los aparatos del Estado en un movimiento del empleo, en el agente de los que ganaban salarios dividido en unidades de convenios colectivos. Por toda la sociedad, había muchos que vivían fuera del empleo y desempleo típicos, mujeres trabajando en sus propios hogares, comunidades desindustrializadas que habían sufrido la desinversión y carecían de salarios, los sometidos a códigos raciales, incluso asalariados en industrias y lugares de trabajo no reconocidos oficialmente (en Estados Unidos, por ejemplo, los trabajadores domésticos, agrícolas y los becarios e investigadores precarios que no están cubiertos por el Consejo Nacional de Relaciones Laborales). Como sostuvo una generación de feministas críticas con el Estado del bienestar, esto condujo a una injusta bifurcación de género en la seguridad social. Los hogares y los vecindarios de las clases trabajadoras fueron divididos entre los sujetos independientes, característicamente varones, sujetos a la seguridad social, y los sujetos dependientes, característicamente mujeres, sujetos a la ayuda social. Un brazo del aparato del Estado aseguraba y salvaguardaba al varón normativo que mantiene a la familia contra el riesgo del desempleo involuntario; otro brazo comprobaba los métodos y los medios de las mujeres que criaban hijos antes de repartir una ayuda estigmatizada. Si la concepción socialdemócrata del desempleo rompió con la retórica del siglo XIX de las Leyes de Pobres al entender la pobreza como sistémica en vez de individual, como un desperdicio de trabajo social en vez de un fingimiento de holgazanes y disolutos, también trazó una línea de separación rígida e ideológica en el seno de la multitud obrera.

Favelas y bidonvilles

Si el desempleo dominaba la imaginación de los Estados capitalistas occidentales, no iba a ser el concepto regulador en el discurso del desarrollo de los Estados poscoloniales. Aquí el espectro de la vida sin salario en las florecientes ciudades de chabolas y *favelas* de Asia, África y América Latina arrolló cualquier división clara entre empleados y desempleados. La vida sin salario no era un accidente temporal contra el que uno pudiera asegurarse, tampoco un fracaso macroeconómico de la demanda agregada; parecía ser el principal modo de existencia en una economía separada, casi autónoma.

⁹ Ulrich Beck, *Risk Society*, Londres, 1992, p. 143 [ed. cast.: *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós, 2002].

La idea del sector informal surgió después de dos décadas de una extraordinaria migración en el Tercer Mundo hacia las ciudades, donde la población trabajadora urbana se multiplicó por dos entre 1950 y 1970. Los regímenes coloniales y los asentamientos coloniales, así como las economías de las plantaciones de las Américas, habían restringido e incluso criminalizado la emigración a la ciudad; por lo tanto, muchas de las revueltas de mediados de siglo se basaron en la sublevación de campesinos y trabajadores agrícolas. Pero en la estela de la liberación nacional, «los pobres», como señala Mike Davis, «reivindicaron con entusiasmo su “derecho a la ciudad”, incluso si eso significaba solamente un tugurio en su periferia»¹⁰. En las grandes zonas urbanas ocupadas de la década de 1950 surgieron nuevas formas de subsistencia y lucha, e incluso antes de que los economistas y sociólogos del desarrollo pusieran nombre al sector informal, los cineastas representaron la vida sin salario de las nuevas ciudades de chabolas en películas que se convirtieron en paradigmas durante el resto del siglo: *Orfeo Negro* (1959) de Marcel Camus, lanzó la primera Música del Mundo –la *bossa nova*– a partir de una mítica representación romántica de las *favelas* de Río durante el carnaval; y *La Batalla de Argel* (1966) de Gillo Pontecorvo, hizo un imperecedero retrato de la revolución anticolonial argelina, no como la guerra campesina que era, sino mediante la épica metonimia de la derrotada insurrección urbana de 1956-1957.

El primer gran compromiso teórico con esta nueva forma de vida sin salario también surgió de una reflexión sobre la revolución argelina: en *Les damnés de la terre* Franz Fanon recuperaba el término marxista del siglo XIX «lumpenproletariado». Acuñado por Marx en la década de 1840 como uno más entre una familia de denominaciones –el lumpenproletariado, la turba, *i lazzaroni*, *la bohème*, los blancos pobres–, caracterizaba las formaciones de clase del París del Segundo Imperio, del Nápoles del *Risorgimento*, del Londres victoriano y de los Estados esclavistas de América del Norte. En la mayoría de los casos, Marx incluso utilizó el lenguaje original para sugerir la especificidad histórica de estas formaciones más que el alcance teórico del concepto. Para él, semejantes expresiones tenían dos connotaciones clave: por un lado, la de un estrato improductivo y parasitario de la sociedad, una escoria social o un desperdicio constituido por aquellos que se aprovechaban de otros; por otro, la de una fracción de los pobres que normalmente se alineaba con las fuerzas del orden, como en el relato del reclutamiento del lumpenproletariado por Louis Napoleon en *El Dieciocho Brumario*, o en su análisis de la alianza de los propietarios de esclavos con los blancos pobres en el sur de Estados Unidos.

En estas formulaciones, Marx tenía dos antagonistas. Primero estaba combatiendo el punto de vista imperante de que toda la clase obrera era un elemento peligroso e inmoral. Trazó una línea entre el proletariado y el lumpenpro-

¹⁰ Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres, 2006, p. 55 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].

letariado para defender el carácter moral de los primeros. En segundo lugar, estaba desafiando a aquellos –especialmente a su gran aliado y adversario anarquista Bakunin– que sostenían que los criminales y los bandidos eran una fuerza política revolucionaria¹¹. A mediados del siglo xx el concepto de lumpenproletariado había desaparecido prácticamente del discurso socialista y marxista. Sin embargo, su reinención en *Les damnés de la terre* para describir a las poblaciones urbanas totalmente nuevas del Tercer Mundo, lo convirtió en una de las apuestas clave en los debates teóricos de las décadas de 1960 y 1970. La discusión sobre el lumpenproletariado se produce principalmente en el segundo ensayo del libro, «Grandeur et faiblesse de la spontanéité», en el que Fanon traza las contradicciones de la coalición anticolonial a medida que los militantes nacionalistas urbanos se volvían hacia a las masas campesinas. Hace tres convincentes y controvertidas afirmaciones. La primera es una afirmación sociológica sobre la aparición de una nueva población de desposeídos, la gente de *les bidonvilles*: «abandonando el campo [...] los campesinos sin tierra, ahora un lumpenproletariado, son conducidos a las ciudades, hacinados en barriadas de chabolas mientras se esfuerzan por infiltrarse en los puertos y ciudades, las creaciones de la dominación colonial». «Estos hombres, separados a la fuerza de sus lugares de nacimiento por la creciente población del campo y por la expropiación colonial, rodean incesantemente las ciudades, esperando que algún día se les permitirá entrar en ellas». Fanon recurre a las metáforas biológicas: «la barriada de chabolas es la consagración de la biológica decisión de los colonizados de invadir las ciudades del enemigo a cualquier precio, y, si es necesario, por los canales más subterráneos». Es una «podredumbre irreversible», una «gangrena que devora el corazón de la dominación colonial». «Por muchas patadas que se le den o piedras que se le tiren, [este lumpenproletariado] continua corroyendo las raíces del árbol igual que una partida de ratas»¹².

En segundo lugar, Fanon, como Marx, sostiene que este lumpenproletariado es fácilmente manipulable por las fuerzas represivas del orden colonial; si no es «organizado por la insurrección, se unirán a las tropas coloniales como mercenarios», y pone ejemplos de Madagascar, Argelia, Angola y Congo. En tercer lugar, y en lo que hace más hincapié en contra de la opinión aceptada tanto por los movimientos nacionalista y comunista, Fanon insiste en que:

es entre estas masas, en la gente de las barriadas de chabolas y en el lumpenproletariado, donde la revolución encontrará su punta de lanza urbana. El lumpenproletariado, esta cohorte de hombres hambrientos, divorciada de la tribu y del clan, constituye una de las fuerzas más espontánea y radicalmente revolucionarias de los pueblos colonizados [...] Estos desempleados, esta especie de subhumanos, se redimen a sí mismos ante sus propios ojos y ante la historia¹³.

¹¹ Hal Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. II, Nueva York, 1978, capítulo 15 y apéndice G: «On the Origin of the Term Lumpenproletariat».

¹² Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, 2004, pp. 66, 81 [*Les damnés de la terre*, París, François Maspero, 1961; ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, varias ediciones].

¹³ *Ibid.*, pp. 81-82, 87.

Nacimiento de la informalidad

La apropiación de Fanon del término del siglo XIX alimentó debates políticos durante toda la década de 1960. Prácticamente todos los estudios pioneros del trabajo en el Tercer Mundo suscribían su formulación: Pierre Bourdieu sobre el trabajo y los trabajadores en Argelia; Ken Post sobre los levantamientos de trabajadores en Jamaica en la década de 1930; Charles van Onselen sobre la vida diaria en la Witwatersrand sudafricana. Los economistas y sociólogos del desarrollo lucharon para poner nombre a la nueva realidad que Fanon había identificado. En su clásica historia del desarrollo económico del Tercer Mundo, Paul Bairoch sostuvo que «los conceptos de desempleo y subempleo tal y como han sido formulados en Occidente no pueden aplicarse [...] excepto de manera muy basta y aproximada»¹⁴. Trabajando dentro de una tradición socialdemócrata, el economista jamaicano W. Arthur Lewis desarrolló a principios de la década de 1950 un influyente modelo de la «economía dual» colonial. A mediados de la siguiente, el concepto de masas marginales del marxista argentino José Nun había provocado un importante debate.

La locución que llegó a dominar el discurso oficial —el «sector informal»— fue acuñada a principios de la década de 1970 por un economista del desarrollo británico, Keith Hart, que estaba estudiando las comunidades de emigrantes frafa procedentes del norte de Ghana que vivían en la ciudad de chabolas de Nima, en el extrarradio norte de la antigua ciudad de Acra. Hart afirmaba que, «una gran parte de la mano de obra urbana no tiene contacto con el empleo salarial». Continuaba resumiendo las formas de «autoempleo» que proporcionaban los medios de subsistencia para los habitantes de la ciudad miseria de Nima: «la distinción entre oportunidades de ingresos formales e informales está esencialmente basada en la que se produce entre los asalariados y los autoempleados». El término fue rápidamente adoptado por la Organización Internacional del Trabajo en un estudio de 1972 sobre el empleo en Kenya. Veinte años más tarde la OIT había desarrollado los criterios para las mediciones estadísticas en el sector informal y hubo diferentes debates no solo en el África anglófona sino también en el Sur de Asia y América Latina. El «sector informal» se convirtió en el tropo dominante para representar la vida sin salario en ciudades de todo el mundo. De acuerdo con la OIT, el «empleo informal supone entre la mitad y las tres cuartas partes del empleo no agrícola en los países en vías de desarrollo»: el 48 por 100 en el norte de África, el 51 por 100 en América Latina, el 65 por 100 en Asia y el 72 por 100 en el África subsahariana. Por otra parte, «tres clases de trabajo no estándar y atípico —autoempleo, trabajo a tiempo parcial y trabajo temporal— suponen el 30 por 100 del empleo total en quince países europeos y el 25 por 100 en Estados Unidos». A finales del siglo, la economía informal (como había sido rebau-

¹⁴ Paul Bairoch, *The Economic Development of the Third World since 1900*, Berkeley, 1975, p. 165.

tizada) se había hecho visible no solo en Accra y Nairobi, sino también en Los Ángeles y Moscú¹⁵.

En su ensayo sobre Accra, Hart desencadenó un debate sobre el carácter informal de la vida sin salario que ha continuado desde entonces: «por lo general se considera que el creciente subempleo y desempleo residual en las ciudades de los países en vías de desarrollo es una “mala cosa”. Pero ¿por qué tiene que ser así? ¿En que sentido exactamente este fenómeno constituye un *problema*?». Su pregunta puede considerarse como el comienzo de la normalización del sector informal. Modelos anteriores de la economía dual lo habían tratado como el legado «negativo» de la incompleta modernización del colonialismo, un momento de transición en el camino hacia el empleo y desempleo formal. Estos Estados habían heredado aparatos laborales coloniales que habían tratado de disciplinar y regularizar el trabajo precario. Y, realmente, la era de industrialización por sustitución de importaciones de mediados de siglo asistió al crecimiento del empleo del sector formal en América Latina e incluso en algunas partes de Asia y África; la aparición de nuevos ejércitos de trabajadores industriales organizados dio origen a los grandes levantamientos laborales de Sudáfrica, Brasil y Corea del Sur. Sin embargo, en la década de 1970 el crecimiento de estos empleos se había detenido y el discurso que había bautizado al sector informal lo consideró como una esfera normal de la actividad económica –de hecho creciente con el neoliberalismo– que formaba parte de la lógica de la acumulación capitalista poscolonial¹⁶.

Igual que a finales del siglo XIX la definición de desempleo había dependido de una nueva interpretación de la economía, el descubrimiento del sector informal dependió en cierto sentido de los aparatos del trabajo formales del Estado, que establecieron salarios mínimos y horarios máximos y proporcionaban seguro de desempleo y seguridad social. Lo que caracterizaba al sector informal no era el tamaño de la empresa ni la forma del proceso de trabajo, sino su relación con el Estado. El tema central se convirtió entonces en la fortaleza o debilidad del Estado: para algunos, las economías informales se desarrollan cuando el Estado regula demasiado, llevando la actividad económica a un mundo subterráneo, no regulado y no sometido a impuestos; para otros, son el producto de Estados débiles o fallidos, incapaces de proporcionar protecciones sociales a sus ciudadanos y de imponer reglas o recaudar impuestos. Los críticos neoliberales de la regulación del Estado han tendido a festejar el entusiasmo empresarial por el sector informal, por sus microempresas que solamente necesi-

¹⁵ Keith Hart, «Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana», *Journal of Modern African Studies* XI, 1, marzo de 1973, pp. 62, 68; Paul E. Bangasser, *The ILO and the Informal Sector*, ILO Employment Paper 2000/9, p. 10; ILO, *Women and Men in the Informal Economy*, Ginebra 2002, p. 7.

¹⁶ K. Hart, «Informal Income Opportunities», cit., p. 81. Véase también Alejandro Portes y Kelly Hoffman, «Latin American Class Structures. Their Composition and Change during the Neoliberal Era», *Latin American Research Review* XXXVIII, 1, febrero de 2003.

tan microcréditos para prosperar. Los defensores de los Estados del bienestar socialdemócratas han defendido la formalización de lo informal: la extensión de las protecciones sociales y la representación en sindicatos.

Trabajo sindical en Ahmedabad

Al mismo tiempo que economistas del desarrollo como Hart estaban descubriendo el sector informal, tomaba forma la primera gran organización de trabajadores de este sector. En 1972, una activista de la Asociación Gandhiana de Trabajadores Textiles, Ela Bhatt, empezó a reunir en un sindicato, la Asociación de Mujeres Autoempleadas, a las mujeres que trabajaban en la carga y descarga y a vendedoras callejeras de la ciudad textil de Ahmedabad. Bhatt había sido designada para examinar la situación de las familias afectadas por el cierre de dos grandes fábricas textiles.

Mientras los hombres estaban ocupados haciendo campaña por la reapertura de las fábricas [...] eran las mujeres las que estaban ganando dinero y alimentando a la familia. Vendían fruta y vegetales en las calles; cosían en sus casas a destajo para intermediarios; trabajaban como obreras en mercados de comercio al por mayor, cargando y descargando mercancías; o recogían desechos reciclables de las calles de la ciudad [...] trabajos sin definición. Aprendí por primera vez lo que significa estar autoempleado. No se les aplicaba ninguna de las leyes laborales; en su caso mi formación legal no servía para nada.

«Irónicamente», recuerda tres décadas después, «fue trabajando en el sector formal como pude contemplar por primera vez la inmensidad del sector informal»¹⁷.

Durante los siguientes treinta años, la AMAE se convirtió en un racimo de tres tipos de organizaciones de los pobres a las que se afiliaban sus miembros. Primero, un sindicato —en 2004 el sindicato de base más grande de India— compuesto por una variedad de oficios informales —traperos, costureras de ropas y de *chindi*, enrolladores de *bidi* (los cigarrillos indios), vendedores de verduras— que regatean con compradores, contratistas y autoridades municipales sobre el destajo y el espacio en las calles. En segundo lugar, una coalición de docenas de cooperativas de productores que fabrican tejidos para camisetas, reciclan desperdicios de papel y limpian oficinas; y en tercer lugar, varias instituciones de asistencia y protección mutua, incluyendo un banco de la AMAE y cooperativas de salud organizadas alrededor de matronas que también eran parte del sector informal.

Una parte clave de su historia ha sido la lucha por la representación. Como dice Bhatt, «cuando alguien me pregunta cual ha sido la parte más difícil del viaje de la AMAE»,

¹⁷ Ela Bhatt, *We Are Poor but So Many: The Story of Self-Employed Women in India*, Oxford, 2006, p. 89.

puedo responder sin vacilación: suprimir bloqueos conceptuales. Algunas de nuestras mayores batallas han sido para refutar ideas y actitudes preestablecidas de funcionarios, burócratas, expertos y académicos. Las definiciones son parte de esa batalla. El Registro de Sindicatos no nos consideraba «trabajadores»; por ello no nos podíamos registrar como un «sindicato». Las esforzadas trabajadoras del *chindi*, bordadoras, tiradores de carretas, traperos, matronas y recolectores de productos de los bosques, pueden contribuir al producto interior bruto de la nación, ¡pero el cielo prohíbe que sean reconocidos como trabajadores! Sin un empleador, no puedes ser clasificado como trabajador, y ya que no eres un trabajador no puedes formar un sindicato. Nuestra lucha para ser reconocidos como un sindicato nacional continua¹⁸.

La AMAE rechazó la retórica del sector informal que dominaba el discurso oficial: «dividir la economía en sectores formal e informal es artificial». Bhatt sostiene que «puede hacer más fácil el análisis, o facilitar la administración, pero en última instancia lo que hace es perpetuar la pobreza»: «agrupar una fuerza de trabajo enorme en categorías como “marginal”, “informal”, “sin organizar”, “periférica”, “atípica”, o “economía sumergida” me parecía absurdo. Me preguntaba, marginal y periférica ¿respecto a qué? [...] A mis ojos eran simples “autoempleadas”. Realmente las vendedoras callejeras que estuvieron entre las primeras en construir la AMAE, se llamaban a sí mismas comerciantes¹⁹.

Esta retórica del autoempleo recurrió a las ideologías del ala gandhiana del sindicalismo indio de la que surgió la AMAE y ha sido adoptada por otras organizaciones de trabajadores no asalariados, particularmente por la Unión Sudafricana de Mujeres Autoempleadas, establecida en Durban y fundada a mediados de la década de 1990. Sin embargo, retrospectivamente, parece que se ha convertido en un nominal lugar común, ya que la AMAE adoptó como una de sus tareas clave la representación de un mundo de trabajo no asalariado que era invisible para los aparatos laborales del Estado. Cuando a finales de la década de 1970, la AMAE organizó a las mujeres que cosían *chindi* —pedazos de telas descartados por las fábricas textiles— para hacer *khols* (mantas-edredones), empezó por estudiarlas a pesar de su escepticismo:

para poder comprender mejor los problemas de las trabajadoras *chindi*, decidimos realizar una investigación en los siete *poles*, o calles, donde se cosía la mayoría de los *khols*. Karimaben [una de las activistas] no tenía paciencia para una investigación y se quejó diciéndome: «nosotras sabemos cual es exactamente el problema. Déjame decirte que me gasto en un *khol* más de lo que gano por hacerlo».

Sin embargo, la AMAE insistió en «proceder metódicamente y realizar una investigación», informando de las conclusiones a las trabajadoras del *chindi*, y utilizándolas para luchar por un aumento del precio del destajo tanto para

¹⁸ *Ibid.*, pp. 17-18.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 18, 10, 11.

los comerciantes de *khol* como para funcionarios del Ministerio de Trabajo. Bhatt sostiene que «en estos años los estudios han sido útiles para la AMAE. Nos ayudan a obtener un pormenorizado entendimiento de los temas antes de emprender ninguna acción, y el proceso nos ayuda a identificar líderes potenciales de la comunidad»²⁰. Estos estudios han proporcionado una visión mucho más compleja del mundo de los autoempleados. En 2004, la investigación de la AMAE había dividido a sus miembros en más de ochenta ocupaciones, dentro de cuatro categorías principales: vendedores en la calle y vendedores ambulantes, productores en sus casas, peones y suministradores de servicios, y productores rurales²¹. El cuadro 1 muestra el crecimiento de cada una de estas categorías desde la década de 1970. Hay que señalar que el grupo más visible –los vendedores en la calle que alcanzaban el 2 por 100 en la India urbana– constituían una parte fundamental de la primera AMAE, antes de sufrir un descenso proporcional.

Cuadro 1. Socios de la AMAE en Gujarat

Año	Total	Vendedores		Trabajadores en casa		Peones		Productores	
		% del total		% del total		% del total		% del total	
1975	3.850	825	21	950	25	2.075	54	-	-
1980	4.934	950	19	1.934	39	2.050	42	-	-
1985	15.741	2.472	16	8.464	54	4.805	31	-	-
1990	25.911	3.230	12	13.821	53	6.700	26	2.160	8
1995	158.152	11.515	7	55.114	35	73.768	47	17.755	11
2000	205.985	18.759	9	72.156	35	105.811	51	9.259	4
2002	535.674	39.460	7	141.458	26	314.245	59	40.511	8
2003	469.306	42.745	9	105.439	22	298.761	64	22.361	5
2004	468.445	28.575	6	85.976	18	313.814	67	40.080	9

Fuente: M. A. Chen, *Self-Employed Women*, cit., p. 14.

Después de comenzar por las ciudades, en la década de 1990 se puso en marcha la organización de productores rurales y trabajadores agrícolas. Dos terceras partes de sus miembros no son tanto autoempleados como lo que Jan Breman ha llamado «cazadores y recolectores de salarios», trabajadores ocasionales y suministradores de servicios que trabajan para otros bajo los intrincados disfraces de contratados y trabajadores a destajo²².

²⁰ *Ibid.*, pp. 63.

²¹ Martha Alter Chen, *Self-Employed Women. A Profile of SEWA's Membership*, Ahmedabad, 2006, p.12.

²² Jan Breman, *Wage Hunters and Gatherers. Search for Work in the Urban and Rural Economy of South Gujarat*, Delhi, 1994.

Cuadro 2. Socios de AMAE en Gujarat por ocupación, 2004.

Grupos de oficios		% del total de miembros
<i>Vendedores y vendedores ambulantes</i>	28.575	6
Frutas y verduras	21.553	5
Utensilios y ropa usada	2.252	<1
Otros	4.770	1
<i>Trabajadores en casa</i>	85.976	18
Bordadoras	26.782	6
Confección de ropa	20.878	4
Enrolladores de <i>bidi</i>	15.478	3
Enrolladores de agarbati	8.928	2
Fabricantes de cometas	2.576	1
Otros	11.334	2
<i>Peones y suministradores de servicios</i>	313.814	67
Peones agrícolas	227.345	49
Trabajadores del tabajo	20.421	4
Recogedores de desechos	20.165	4
Peones ocasionales	14.732	3
Trabajadores de la construcción	11.673	3
Limpiadores	6.741	1
Trabajadores contratados por fábricas	3.950	1
Trabajadores de carga y descarga	3.259	1
Otros	5.528	1
<i>Productores rurales</i>	40.080	9
Productores de leche	14.247	3
Criadores de animales	10.867	2
Pequeños agricultores	9.281	2
Recolectores de resina	1.425	<1
Productores de sal	3.288	1
Otros	972	<1
Total	468.445	

Fuente: M. A. Chen, *Self-Employed Women*, cit., p. 16.

En 2004 un desglose más preciso (cuadro 2) muestra no solo la variedad de oficios informales –desde vendedores de vegetales, recolectores de desperdicios hasta trabajadores de carga y descarga– sino también la abrumadora cifra de trabajadores agrícolas.

Por ello, las organizaciones de trabajadores del llamado sector informal han planificado su mundo no tanto a partir de su relación con una economía formal regulada por el Estado, sino en función de sus propios lugares de trabajo, especialmente la calle y la casa. Cuando la AMAE abanderó las alianzas transnacionales de asociaciones de trabajadores en la década de 1990, lo hizo creando los dominios StreetNet y HomeNet. Cada vez más, las dos representaciones clave de los trabajadores informalizados, tanto en el discurso oficial como en la cultura popular, son el vendedor en la calle y el trabajador en su domicilio.

Recorriendo el mercado

¿Cuál puede ser la conclusión de esta genealogía de representaciones de la vida sin salario? Parece claro que ninguno de los dos grandes términos del siglo xx —desempleo y sector informal— siguen siendo adecuados, sobre todo por su segregación a zonas específicas del sistema capitalista mundial; incluso los estudios académicos sobre cada uno de ellos apenas mencionan al otro. Esta sensación de agotamiento conceptual también se aplica a los términos análogos tradicionales del marxismo: la adopción socialista del «ejército industrial de reserva» de Marx y la adopción anticolonial de la reinterpretación de Fanon del lumpenproletariado. ¿Pero cuáles son las alternativas?

Como propuse anteriormente, nuestra imaginación contemporánea parece estar dominada por dos tipos de metáforas. La primera señala la inseguridad de muchas clases de trabajo contemporáneo: hablamos de precarización, informalización y de la proliferación de empleos temporales y precarios. En 1999, la OIT —desde hace tiempo un lugar de lucha sobre formas de representación del trabajo y cuya convención de 1996 sobre el trabajo basado en el domicilio fue el producto de una prolongada batalla conducida en parte por la AMAE— trató de romper con la división formal-informal mediante la caracterización de este último como trabajo vulnerable, en contra del cual hacían un llamamiento a favor del trabajo decente. Esta demanda es tanto una retirada, el reconocimiento de que la regulación del trabajo formal no alcanza a la mayoría, como un avance, un argumento a favor de protecciones sociales y derechos laborales para los vulnerables. A pesar de las muchas invocaciones grandilocuentes de los inalienables derechos humanos, se puede observar que todavía estamos esperando la modesta Carta Magna del trabajo decente.

Una segunda metáfora va más allá, proponiendo que hemos sobrepasado un hito histórico, el fin del trabajo tal y como lo hemos conocido. Se nos dice que el trabajo ha perdido su centralidad en la vida; la vida sin salario es una vida sin trabajo, desperdiciada. Señalando la dramática ruptura en el discurso popular entre la retórica del desempleo y la de la superfluidad, Zygmunt Bauman dice que «la superfluidad» comparte su espacio semántico con «rechazos», «gandules», «basura», «residuo»; con *desechos*. El destino de los *desempleados*, del «ejército industrial de reserva», era ser llamados de

vuelta al servicio activo. El destino del desecho es el depósito de desechos, el montón de residuos». «La producción de “desechos humanos» o más correctamente de humanos desechados [...] es un resultado inevitable de la modernización»; «los refugiados, los buscadores de asilo, los emigrantes» son «los productos de desecho de la globalización»²³.

La apocalíptica denuncia de Bauman de nuestra cultura del desecho es convincente pero equivoca el blanco por dos razones. En primer lugar por su vinculación demasiado simplista del desecho material con el desecho humano, que repite uno de los tropos más viejos respecto a los no asalariados: son equivalentes a basura, a residuos. Semejantes metáforas aparecen en todos estos estudios, desde la temprana caracterización que hace Hobson del desempleo como desperdicio. Marx tampoco se libró de ellas, refiriéndose en *El Dieciocho Brumario* al lumpenproletariado como un residuo. Y realmente hay una conexión: los que no tienen salarios han trabajado mucho tiempo rebuscando en la basura. Pero como he señalado anteriormente, los recogedores de desechos no solo son una parte significativa de la AMAE, muchos de los oficios que agrupa, como las mujeres tejedoras del *chindi*, surgieron a partir de subproductos de la industria textil. En marzo de 2008, se celebró en Bogotá la primera conferencia internacional de organizaciones de recolectores de desechos.

El hecho de que la globalización produce superfluidad se entendería mejor no mediante la imagen aparentemente concreta de vidas desechadas, sino mediante dos conceptos dialécticamente relacionados de Marx: el excedente relativo de población y el pobre virtual. El primero procede de *El capital*; el segundo de los *Grundrisse*. En el capítulo clave sobre «La ley general de la acumulación capitalista» de *El capital*, Marx considera el problema desde el punto de vista del capital: «la propia acumulación capitalista es la que produce constantemente –en relación directa con su propia energía y alcance– una población trabajadora relativamente superflua, es decir, una población que es superflua para las necesidades medias del capital en aras de su propia valorización, y que por ello es una población excedente». Marx continúa, «esta es una ley de población característica del modo de producción capitalista, y de hecho, históricamente cada modo concreto de producción tiene sus propias leyes especiales de población». Realmente, «el excedente relativo de población existe en toda clase de formas. Todo trabajador pertenece a él durante el tiempo que solo está parcialmente empleado o totalmente desempleado». El ejército industrial de reserva es por ello simplemente una de estas formas; de hecho, como se podía esperar, los ejemplos particulares de Marx sobre el excedente relativo de población, son la parte más anticuada de su análisis²⁴.

La metáfora fundamental en el análisis de Marx es la de las fuerzas opuestas: no se trata de que haya dos clases de trabajadores, empleados y de-

²³ Zygmunt Bauman, *Wasted Lives*, Cambridge, 2004, pp. 12, 5, 66.

²⁴ K. Marx, *Capital*, cit., pp. 782, 783-784, 794.

empleados, o dos sectores de la economía, formal e informal; más bien hay un proceso en el que «una mayor atracción de trabajadores por parte del capital está acompañada por su gran rechazo [...] algunas veces los trabajadores son repelidos, algunas veces son atraídos de nuevo en masas todavía mayores». «Cuanto mayor sea la productividad del trabajo, cuanto mayor sea la presión de los trabajadores sobre los medios de empleo, más precaria se vuelve la condición de su existencia, especialmente para la venta de su propia fuerza de trabajo». Curiosamente, prácticamente todo el vocabulario contemporáneo –redundante, superfluo, precario– puede encontrarse en este capítulo²⁵.

Si el pasaje de *El capital* cuenta la historia desde el punto de vista de la acumulación de capital, el pasaje paralelo en los *Grundrisse* comienza desde el punto de vista del trabajo vivo: «el concepto de *trabajador* libre ya significa que se trata de un *indigente*: un indigente virtual [...] Si el capitalista no tiene ningún uso para su trabajo excedente, entonces el trabajador no puede desempeñar su necesaria labor». Marx no está sosteniendo que todos los trabajadores se convertirán en mendigos, como sostiene la tesis de la pauperización que a menudo se le atribuye. Más bien, ésta es su explicación de la vida desnuda: ya que el intercambio requerido para los medios de vida –la venta de la fuerza de trabajo– es accidental e indiferente a su presencia orgánica, el trabajador es un indigente virtual²⁶. Indigentes virtuales: esta extraña figura –que combina una palabra casi perdida con una que ha tomado connotaciones enteramente nuevas– será mi lugar de reposo temporal. En una carta escrita cuando cumplió cincuenta años, Marx decía: «medio siglo sobre mis hombros y todavía un indigente». Siglo y medio después, de nuevo el espectro de la vida sin salario flota sobre nosotros.

²⁵ *Ibid.*, pp. 783, 794, 798.

²⁶ K. Marx, *Grundrisse*, Nueva York 1973, p. 604. Una versión intermedia de este pasaje se encuentra en los manuscritos de 1861-1863, véase K. Marx y F. Engels, cit., vol. XXX, p. 40.

Robin Blackburn, historiador británico, es profesor en la Graduate Faculty de la New School University de Nueva York en el Departamento de Sociología de la Universidad de Essex.

Libro de referencia para entender la coyuntura económica actual, centrado sobre todo en el sistema financiero y en el sistema de pensiones.

948-84-460-2767-6
448 páginas



En este ensayo Robin Blackburn realiza un crítico examen sobre la crisis fiscal y la corrupción empresarial de una sociedad en proceso de envejecimiento. Los acontecimientos de los últimos años (la burbuja de los fondos de inversión de EEUU, el sube y baja de los mercados de valores y una cadena de grandes escándalos empresariales, de Enron a Parmalat) han hecho que se esfumen miles de millones de dólares de los ahorros de los trabajadores a ambos lados del Atlántico, revelando la incapacidad de la industria de servicios financieros a la hora de desempeñar su papel como custodio de los ahorros y los fondos de pensiones.

Blackburn no se limita a exponer los problemas; también plantea soluciones al identificar nuevas fuentes de financiación (sobre todo la manera de garantizar que las empresas hagan una contribución real) y esboza lo que podría ser un nuevo régimen progresivo de fondos de pensiones, que abarque a todos los ciudadanos y en el que no se pueda diluir ni eludir la responsabilidad.



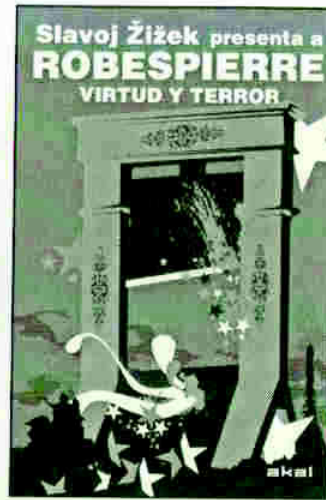
akal

www.akal.com

COLECCIÓN REVOLUCIONES

ROBESPIERRE VIRTUD Y TERROR

Slavoj Žižek subraya la extraordinaria resonancia de las palabras de Robespierre en un mundo obsesionado con el terrorismo.



ISBN: 978-84-460-2833-8
256 páginas



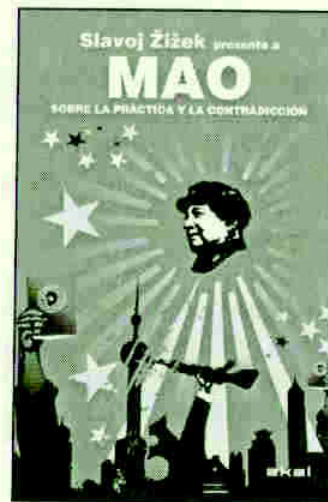
ISBN: 978-84-460-2886-4
336 páginas

HO CHI MINH ¡ABAJO EL COLONIALISMO!

El activista antiglobalización Walden Bello muestra por qué todavía los antiimperialistas de todo el mundo deben leer a Ho Chi Minh.

MAO SOBRE LA PRÁCTICA Y LA CONTRADICCIÓN

El filósofo Slavoj Žižek comenta el pensamiento de Mao y el lugar que ocupa en la doctrina revolucionaria.



ISBN: 978-84-460-2834-5.
272 páginas



akal

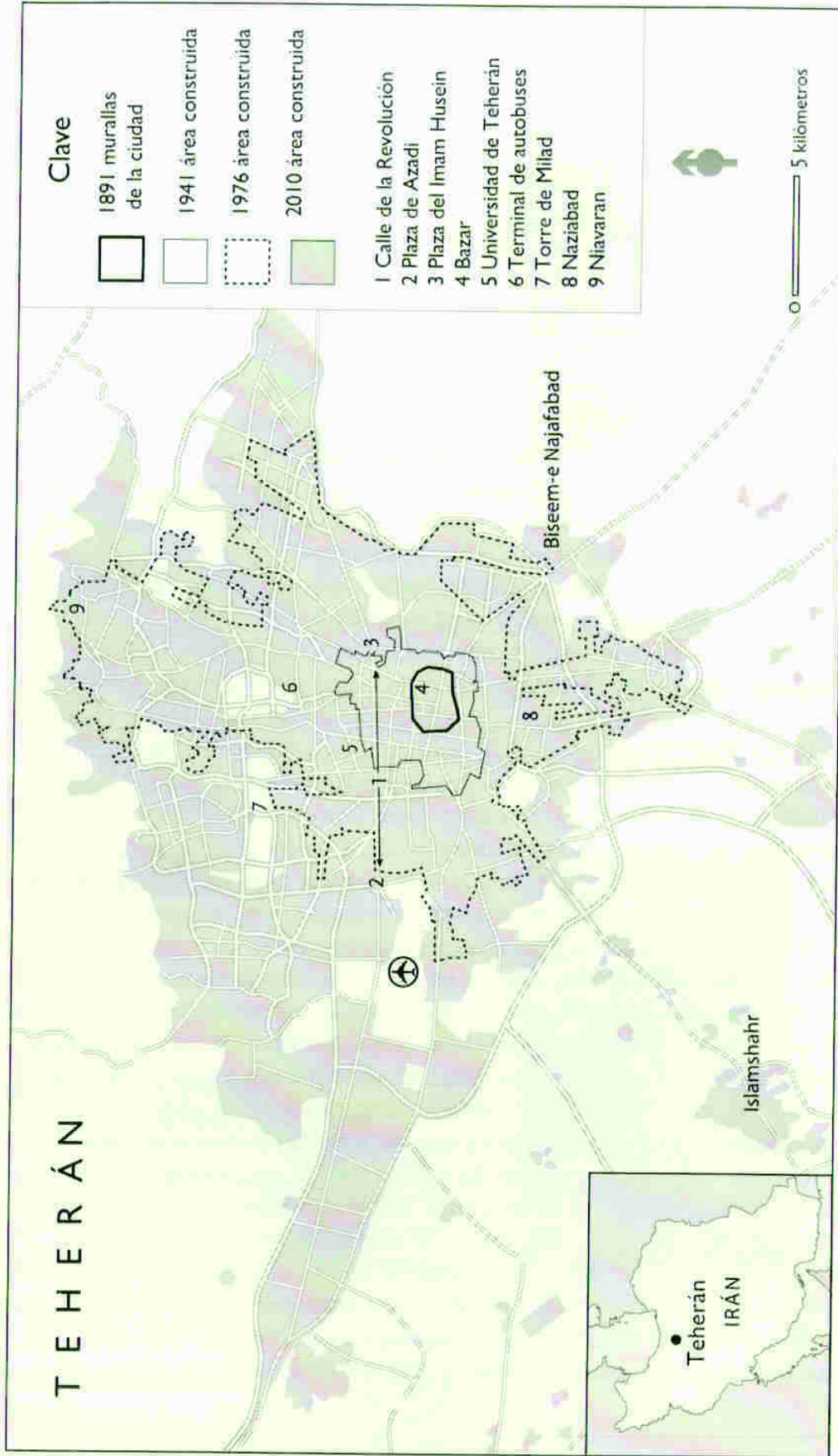
www.akal.com

TEHERÁN, LA CIUDAD DE LAS PARADOJAS

Teherán no es una ciudad «interesante». No es como sus homólogas regionales, Estambul o El Cairo, con larga historia imperial o colonial, localización geopolítica central, arquitectura memorable y encanto natural. Teherán sigue siendo una metrópoli provinciana con unos 12 millones de personas, calles asfixiadas por cuatro millones de vehículos y una contaminación atmosférica que mata a 3.600 habitantes al mes; factores que contribuyen a una calificación de «habitabilidad» que la sitúa entre las diez peores ciudades del mundo, entre Dakar y Karachi¹. Pero es una ciudad con una política extraordinaria, arraigada en una clara tensión entre lo que parece una «tradición» profundamente asentada y una modernidad desbocada.

En la imaginación occidental, Teherán se ve principalmente como ciudad de elevados minaretes, penetrantes llamadas al rezo, clérigos barbudos y mujeres cubiertas de la cabeza a los pies; una ciudad de adobe y estrechos callejones poblados por familias extensas. Esta es la Teherán de *No sin mi hija*. Los hechos acaecidos tras las elecciones presidenciales de junio de 2009 presentaron al mundo una visión muy distinta: durante las semanas en las que transcurrieron las manifestaciones masivas y después de ellas, miles de imágenes de la ciudad y sus jóvenes manifestantes circularon por los medios de comunicación internacionales, mostrando una ciudadanía laica con todos los marcadores de la sensibilidad contemporánea: antenas parabólicas, Twitter, blogs, etcétera. El movimiento verde reveló también la realidad más compleja de Teherán: una ciudad con una historia tumultuosa, atravesada por contradicciones manifiestas y marcada por un persistente desafío social y espacial. La población de esta ciudad se ha triplicado desde la Revolución islámica de 1979, mientras que su arquitectura y su patrón espacial han sido objeto de una modernización constante. A través de todo esto, la ciudad se mantiene como un ámbito urbano dividido y plural, porque Teherán se resiste a ser «islamizada». La resistencia laica, el mantenimiento de las desigualdades socioeconómicas y la exclusión política han convertido las principales plazas y las calles secundarias de la ciu-

¹ «Iran smog kills 3.600 in month», página digital de BBC News, 9 de enero de 2007; Economist Intelligence Unit, *The Global Liveability Report*, agosto de 2010.



dad en campos de batalla políticos. Transcurridas tres décadas de la Revolución islámica, Teherán sigue siendo un espectacular espacio de debate acerca del legado de 1979 y de las reivindicaciones de la ciudadanía.

La ciudad de los Sabs

Nadie sabe exactamente por qué, a finales del siglo XVIII, el Sah Aga Muhammad Kan, fundador de la dinastía kayar, estableció en un enclave remoto, a la sombra de los montes Elburz, la capital de un país que poco antes había tenido a Isfahán como su brillante metrópoli imperial. Probablemente hay mejores explicaciones para la elección de Ankara, otra ciudad «carente de interés» en la región, como capital de Turquía. Pero una vez escogida Teherán, los intereses de múltiples fuerzas –elites y burócratas; pobres; influencias extranjeras y capital internacional– se combinaron para crear y modelar una mezcla urbana destacable y controvertida. De ciudad amurallada con 19 kilómetros cuadrados y unos 230.000 habitantes en 1900, marcada por la importancia de tres instituciones nacionales –el bazar, la mezquita y el palacio real– Teherán se había convertido en 2010 en una ciudad que albergaba casi un sexto de la población del país.

El tejido social tradicional de la ciudad estaba definido por el sistema de *maballeh* o barrios, que no organizaba el espacio urbano de acuerdo con la clase, sino de acuerdo con divisiones étnicas y religiosas, agrupando a los ciudadanos de la misma filiación étnica o religiosa, ya fuesen ricos o pobres, en barrios determinados². Este patrón se mantuvo sin cambios, y la ciudad en sí muy estancada, hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando el Sah Naser Edin amplió la muralla y los fosos de la ciudad. La principal motivación fue la necesidad de integrar el creciente número de «forasteros» –no sólo pobres inmigrantes sino también persas y extranjeros de la elite– y de controlar las revueltas, que con frecuencia estallaban en protesta por la escasez de pan. Pero las obras estuvieron en parte inspiradas por el sueño de establecer una «ciudad moderna» derivado del barón Haussmann, cuyas ideas se extendieron en aquel momento de París a Oriente Próximo, y fueron adoptadas por Kediye Ismail en El Cairo y los gobernantes otomanos en Estambul. Sin embargo, la expansión no ayudó mucho a alterar el sistema de *maballeh* subyacente. La desigualdad social dentro de los diversos barrios persistió, y fue reforzada por un mercado especulativo del suelo a comienzos del siglo XX.

Desde principios de la década de 1920, el proyecto de modernización del Sah Reza engendró nuevas divisiones sociales y espaciales. Oficial de la Brigada de Cosacos, el shah Reza se hizo con el poder en condiciones de notable inestabilidad política e inseguridad social causadas por años de

² John Gurney, «The Transformations of Tehran in the Later 19th Century», en Chahryar Adle y Bernard Hourcade (eds.), *Teheran Capitale Bicentenaire*, Teherán, 1992.

guerra civil, ocupación extranjera y levantamientos de poblaciones nómadas. Tras un golpe organizado por los británicos en 1921, se convirtió en ministro de la Guerra, y usó su cargo para afirmar el control sobre un régimen fragmentado. En 1923 se hizo con el cargo de primer ministro y se dispuso a establecer un Estado autocrático fuerte, inicialmente siguiendo el modelo de la república turca de Atatürk, aunque en 1925 cambió de idea y optó por coronarse Sah y fundar su propia dinastía, la Palevi. Aun así, la nueva Persia debía ser un Estado-nación moderno, unificado y laico; y Teherán debía reflejar esta imagen deseada. Las murallas de la ciudad fueron derribadas definitivamente en la década de 1930, y la década siguiente se hicieron intentos de poner fin al sistema de *mahalleh*, mediante la adopción de un patrón de división zonal basado en gran parte en la segregación por clases. Tomó así forma un nuevo modelo urbano, con edificios modernos y bulevares diseñados por arquitectos europeos o formados en Europa. No obstante persistían muchos aspectos de la estructura urbana y la organización social antiguas, ahora yuxtapuestos a las realidades emergentes de la ciudad de los petrodólares.

El petróleo se convirtió en elemento central de la vida social, económica y espacial de Teherán. Dominado por el capital británico, el sector petrolífero se desarrolló con rapidez en la década de 1920 (la producción se cuadruplicó con creces en el transcurso de una década). Fue la nacionalización del sector petrolífero por el primer ministro Mohamed Mosadeq en 1951 la que provocó su derrocamiento dos años más tarde mediante un golpe de Estado instigado por la CIA. El derrocamiento del gobierno democrático, nacionalista y laico de Mosadeq permitió al hijo del Sah Reza, Mohammed Reza, consolidar su dominio autocrático, y después acelerar el proyecto de modernización. La época posterior al golpe, notablemente las décadas de 1960 y 1970, contempló un notable crecimiento económico, con tasas medias del 11 por 100 anual entre 1963-1972, que saltaron al 30 por 100 durante 1974 y 1975. La renta derivada del petróleo financió extensos programas de industrialización, educación nacional y desarrollo urbano, mientras que las reformas agrarias intensificaron las relaciones capitalistas en el campo, reduciendo el poder de los señores feudales y convirtiendo a los campesinos en pequeños propietarios o proletarios rurales, muchos de los cuales emigraron posteriormente a las ciudades. En el transcurso de este cambio histórico, los profesionales y los tecnócratas, la clase trabajadora y las mujeres ganaron relevancia a expensas de la estructura social y las formas de autoridad tradicionales: la clase feudal, los comerciantes del bazar, los *ulemas* y las instituciones islámicas en general.

Teherán se convirtió en la materialización espacial de este creciente proceso de acumulación. En la ciudad y en torno a ella proliferaban industrias, comercios, servicios y empresas extranjeras. Más que en lugar de producción, Teherán se convirtió en espacio de consumo siempre creciente, a medida que se adoptaban nuevos patrones de gasto y estilos de vida occidentales; aparecieron restaurantes, cafeterías y barrios exclusivos en zonas residenciales. El régimen del Sah intentaba reomodelar Teherán y con-

vertirla en una entidad descentralizada suburbana estilo Los Angeles. El primer Plan General de Teherán, diseñado por el arquitecto californiano Victor Gruen en 1963-1967, preveía una ciudad dividida en diez distritos grandes y muy independientes, de 500.000 habitantes, comunicados entre sí por una red de autovías y un sistema de transporte rápido. Este plan posmoderno, sin embargo, no tuvo en cuenta el impacto del «movimiento de los cercamientos» experimentado en Irán en las décadas de 1960 y 1970: el programa de reforma agraria había expulsado de hecho del campo a unos tres millones de campesinos sin tierra que veían a las ciudades, principalmente Teherán como los lugares donde recomenzar sus vidas. La migración del campo a la ciudad infló la población de la capital, contribuyendo a su práctica duplicación, de los 2,7 millones en 1965 a 4,6 en 1975.

Los recién llegados eran predominantemente pobres; pero fue el planeamiento urbano y la política de zonificación la que los convirtió en «marginales», *hasbiyenishinan*. El mercado libre del suelo y su alto precio, así como los problemas de coste y los restrictivos criterios de construcción establecidos por los urbanistas –por el tamaño de las parcelas y la forma de construcción– empujaron a los recién llegados a levantar viviendas de manera informal, fuera de los límites de la ciudad. Surgieron barrios deprimidos como Shabaz Yonoubi, Yavadieh, Naziabad y Bisem-e Nayafabad, ocupados principalmente por inmigrantes del campo. La oferta de vivienda era antes escasa: a mediados de la década de 1950, más de la mitad de las familias de Teherán vivían en casas alquiladas, y aproximadamente el 40 por 100, la mayoría inmigrantes rurales, vivían en una o dos habitaciones. En la década de 1970, hacían falta unas 200.000 viviendas nuevas al año para cubrir la demanda³. La escasez de la oferta no haría más que ampliar las zonas urbanas degradadas, los asentamientos chabolistas y las comunidades satélite alrededor de la ciudad.

El proceso de marginación se aceleró en los años posteriores a 1966, cuando la Disposición 100 de la Ley Municipal autorizó la demolición de construcciones ilegales dentro de los límites de la ciudad así como en las zonas colchón, *harim*, creadas en torno a esta. Se calcula que los habitantes de los superpobladas zonas urbanas degradadas y de los asentamientos informales llegaron a formar el 35 por 100 de la población de Teherán a finales de la década de 1970. Su origen rural y su procedencia étnica –eran principalmente azeríes y hablantes de otras lenguas túrquicas– marcaron su segregación social y cultural respecto a los ricos urbanos y occidentalizados, que los tachaban de *dabati* (rurales, atrasados), *amaleb* o *hammal* (jornaleros, inferiores). Hasta los nombres de sus comunidades llegaron a denotar menosprecio, reforzando su baja posición en la periferia de la vida urbana.

En vísperas de la revolución de 1979, Teherán –con una población de casi 5 millones de habitantes– mostraba una clara jerarquía de clase, no sólo

³ Datos de la Asociación Iraní de Asesores de Ingeniería, y *Middle East Economic Digest*, 1 de abril de 1983, p. 14.

expresada en aspectos económicos, sociales y culturales, sino también en la distribución espacial segregada de la ciudad. Al norte, en el extremo superior del escarpado paisaje en el que se sitúa Teherán, se situaban los barrios más opulentos –Darrous, Tajrish, Zafaraniyeh, Farmanieh–, incluidas las primeras comunidades valladas de Oriente Próximo; en la cumbre misma de la ciudad se ubicaba el palacio real de Niavaran. Las áreas centrales, de este a oeste, albergaban a las clases medias relativamente amplias: empleados públicos, profesionales liberales y propietarios de pequeños negocios. Al sur, los terrenos más bajos de la ciudad eran para los pobres, los nuevos inmigrantes rurales y los estratos más bajos de la clase trabajadora.

La distinción entre el norte adinerado y el sur pobre de Teherán –entre *bala-ye shahr*, la «ciudad alta», y *pain-e shahr*, la «ciudad baja»– estaba inequívocamente registrada en el lenguaje y en el imaginario popular. La línea divisoria entre las dos estaba formada por la calle Shahreza –hoy calle de la Revolución, *Khiaban-e Enqilab*– el epicentro de la geografía política de Teherán. «Línea verde» sociológica, la calle albergaba la Universidad de Teherán, docenas de librerías y grandes terminales de autobús que enlazaban Teherán con las provincias. Conectaba así a diversos grupos sociales con instituciones clave y con el flujo de conocimiento y noticias. Aquí fue donde las manifestaciones estudiantiles encendieron las primeras chispas de la revolución en 1979, antes de que se extendieran con rapidez por la ciudad y después al país en solo dos años. Fue aquí, también, donde la marcha silenciosa de cientos de miles de teheraníes en junio de 2009 marcó el nacimiento del movimiento verde que sacudió al estamento clerical, tres décadas después de la Revolución islámica.

Calles revolucionarias

La revolución de 1979 y la posterior guerra con Iraq (1980-1988) tuvieron dramáticas consecuencias sobre la ciudad. Aunque la estructura y la arquitectura prerrevolucionarias de Teherán permanecieron, a partir de entonces se superpuso a ellas una ideología revolucionaria, y se vieron remodeladas por las prácticas de un nuevo régimen y un cambio de ciudadanía. Teherán se convirtió en un extraordinario espacio de caos y contradicciones: la libertad coexistía con el control asfixiante, los principios igualitarios con la profunda discriminación; la promesa con la desesperación. Parecía como si la revolución hubiera inscrito su lógica en el tejido espacial y social de la ciudad, que entonces se expandió desbocada y arbitrariamente, con poca gestión y pocos servicios.

Una espectacular sensación de energía y optimismo se apoderó de los espacios públicos urbanos tras la caída del Sah. Las calles del centro, los parques públicos, los taxis, los autobuses y las colas de las panaderías se convirtieron en insólitos lugares de debate y discusión acerca del significado de la revolución. Ahora todos, incluidos los pobres marginados, deseaban reclamar la ciudad con su presencia física, vocal y simbólica. El fin de la di-

nastía Palevi había ido acompañado por un hundimiento general de la autoridad central: no había policía secreta, ni vigilantes municipales, ni siquiera guardias de tráfico. Muchos empresarios habían desertado de sus empresas; los gerentes habían dejado las fábricas; los terratenientes partido de sus grandes propiedades; los ricos abandonado sus casas, dejando atrás con las prisas propiedades de millones de dólares. Al final, unas 150.000 viviendas –palacios, hoteles, villas y bloques de apartamentos inacabados– fueron tomados por la *Bonyad-e Mostaz'afin*, la Fundación para los Desposeídos, una enorme organización benéfica que había sido la Fundación Palevi antes de ser nacionalizada en 1979. Por su parte, los campesinos sin tierra confiscaron grandes empresas agropecuarias, cientos de fábricas fueron tomadas por los trabajadores, y los funcionarios públicos empezaron a dirigir ministerios y departamentos. Incluso los desempleados, que en esencia carecían de instituciones a través de las cuales participar, tomaron el control de las calles regulando el tráfico. Los jóvenes revolucionarios y los recién establecidos *pasdaran* (Guardias revolucionarios) se hicieron cargo de la policía urbana. De hecho, fueron varias organizaciones de base, así como nuevas «instituciones revolucionarias» (*nabad-haa-ye enghelabi*) como los *pasdaran*, los voluntarios *basij* paramilitares y la Fundación de la Vivienda, los que rápidamente se movieron para llenar el vacío de poder.

En las ciudades, las clases populares lanzaron una espectacular toma de terrenos principalmente públicos, lo cual condujo a la rápida expansión de los centros urbanos iraníes, principalmente la capital. El área ocupada por Teherán se duplicó en sólo dos años, y siguió creciendo desde entonces; aproximadamente medio millón de hectáreas de terreno se urbanizaron de este modo entre 1979 y 1993. «Instituciones revolucionarias» como la Fundación de la Vivienda desempeñaron una función clave en la transferencia de propiedad. La abrumadora mayoría de las nuevas construcciones –el 75 por 100 en 1979-1982– se produjo fuera de los límites formales de la ciudad y sin autorización; casi todas fueron realizadas por individuos privados. Cientos de aldeas satélite en torno a la ciudad se convirtieron en ayuntamientos urbanos, y pasaron a formar parte del área metropolitana de Teherán⁴.

¿Por qué tanta expansión? En primer lugar, tras la caída del Sah, gran número de migrantes había acudido a Teherán a recoger los frutos de su revolución: trabajo, vivienda y dignidad. Miles de aldeanos acamparon en las principales plazas de Teherán para recibir su porción de «casas gratis» que el ayatolá Jorshahi había prometido a los *mustaz'afin*, los desposeídos. La retórica empleada por las autoridades islamistas reflejaba la intensa competencia entre ellas y las fuerzas laicas de izquierda acerca de quién podía movilizar políticamente a los pobres. Los pobres aprovecharon esta oportunidad discursiva para presentar sus reivindicaciones, sin profesar,

⁴ Véase Kaveh Ehsani, «Survival through Dispossession. Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», *Middle East Report*, 250, primavera de 2009.

sin embargo, demasiada fidelidad a ninguno de los bandos. En segundo lugar, además de los inmigrantes rurales, se produjo una afluencia de 2,5 millones de refugiados de la guerra Irán-Iraq y, desde mediados de la década de 1980, 2 millones de afganos. Estos factores se combinaron para hacer que la población urbana del país aumentase en un 72 por 100 entre 1976 y 1986, un crecimiento que se dio principalmente en Teherán. En la década de 1980, se calcula que hicieron falta 300.000 viviendas anuales en la capital para cubrir la demanda, y esto en condiciones en las que la inversión privada en el sector inmobiliario casi había desaparecido: el número total de casas construidas con licencia en 1982 fue sólo una décima parte del de 1979⁵. Reclamar terreno estatal o público u ocupar pisos vacíos fue para muchos una solución práctica a sus necesidades de vivienda. El propio Estado islámico también contribuyó a la expansión espacial de la ciudad: necesitado de ingresos durante la guerra, vendió terrenos públicos, a menudo por debajo de los precios de mercado, principalmente a funcionarios estatales de capas intermedias: notablemente a miembros de los nuevos organismos revolucionarios. Como canal para la movilidad social, la burocracia estatal había aumentado drásticamente de tamaño, pasando de 1,7 millones de funcionarios en 1976 a 3,5 millones en 1986⁶.

Mientras los recién llegados colonizaban las periferias de la ciudad, los vendedores ambulantes tomaban las aceras del centro. Proliferaron los puestos y quioscos de venta de libros, periódicos, cintas de música y grabaciones de discursos políticos, atendidos principalmente por jóvenes politizados y sin empleo, o estudiantes, llenando las calles del opulento distrito centro, en torno a la Universidad de Teherán. Muchos propietarios de puestos tomaban la electricidad de los postes cercanos, iluminando sus alrededores con luces de colores. Cada noche las aceras se convertían en mercadillos, con compradores y paseantes que hojeaban entre interrupciones, bromas, música y mucha política. Dos años después de la revolución, los vendedores políticos, los estudiantes que ocupaban viviendas y hoteles se enfrentaban a la ira del Tribunal Antivicio, los *pasdaran* o las brigadas de demolición. Pero los vendedores ordinarios siguieron multiplicándose, y persistieron a pesar de las periódicas medidas de fuerza. Estos vendedores tendían a ser inmigrantes rurales, refugiados de guerra, jóvenes desempleados iraníes y empleados estatales mal pagados. Ofreciendo su mercancía en los barrios pobres así como en vías públicas principales de tráfico denso, vendían casi todo tipo de artículos imaginables, desde pan duro y tarjetas de racionamiento de gasolina a equipos electrónicos y su propia fuerza física. Con escaso capital, y confiando en el espacio público como su principal activo, estos comerciantes subalternos alteraban la vida en las calles de Teherán.

⁵ *Ettelaat*, 11 Esfand 1363 (2 de marzo de 1984).

⁶ K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit.

La transformación desde arriba

Como resultado de estos enfrentamientos, y del populismo económico inicial de los revolucionarios islamistas, la década de 1980 aportó un cierto igualitarismo de clase. Muchos de los pobres y marginados prerrevolucionarios estaban ahora más integrados en la estructura social y espacial de la ciudad. En 1982, aproximadamente el 62 por 100 de los teheraníes eran propietarios de una vivienda, frente al 53 por 100 inmediatamente antes de la revolución⁷. De hecho, la propia lucha revolucionaria ya había reducido un poco la división social y cultural antes existente. Los ciudadanos pudientes de Teherán se habían manifestado codo con codo con los residentes humildes del sur; los hombres con las mujeres, los jóvenes con los viejos, los modernos con los tradicionales, los laicos con los religiosos.

Pero esta excepcional solidaridad y la «primavera de libertad» no duraron mucho. Las políticas populistas del nuevo régimen fueron unidas a una incansable exclusión política y religiosa de los seguidores laicos, progresistas y demócratas, a medida que el gobierno empezaba a islamizar la sociedad de arriba abajo. El programa de «revolución cultural» iniciado en 1980 cerró las universidades —semillero de las campañas contra el Sah— durante tres años, porque las autoridades pretendían reorganizar el sistema educativo de acuerdo con criterios islamizados y conformistas. Los lugares de trabajo, las fábricas, las oficinas, los bancos, los colegios y los hospitales fueron transformados para cumplir con las prescripciones morales y la segregación de sexos y obligados a instituir oraciones colectivas diarias. Carteles y lemas revolucionarios adornaban cada pared, y el constante estruendo de las declamaciones religiosas con altavoces implusó la llegada de un nuevo orden social. Los nombres y los símbolos occidentales desaparecieron de las calles de la ciudad, para ser sustituidos por pintadas, murales, carteles y panfletos políticos; los bares, los clubes nocturnos y el barrio de las prostitutas se desvanecieron por completo. La *sar-e kouche*, o subcultura callejera, en la que los jóvenes se reunían para charlar o pasar el tiempo, se perdió ante la regimentación de los espacios urbanos por los *pasdaran* y los vigilantes *bezbolá* de Jomeini, que patrullaban las calles con porras y pistolas para hacer cumplir los nuevos edictos morales. La guerra con Iraq, por su parte, había producido víctimas y mártires en casi todas las calles, cambiando drásticamente el paisaje simbólico de la ciudad a medida que se multiplicaban los nombres de calle que empezaban por *shabid* (mártir). Pero quizá nada fuese más irritante que la repentina desaparición de los colores vivos de los espacios públicos; el negro y el gris, materializado en el chador de las mujeres y en la barba de los hombres, dominaba ahora el paisaje visual de la ciudad.

Tras la revolución, por lo tanto, Teherán experimentó una drástica expansión física, una inmigración masiva y el deterioro de la infraestructura y los

⁷ Datos de la Asociación de Asesores de Ingeniería Iraníes.

servicios urbanos. Aunque poco había cambiado en lo que se refiere al establecimiento de una nueva arquitectura «islámica» duradera, se produjeron significativas transformaciones en el ámbito social y político, dando lugar a un orden espacial paradójico. Los grandes espacios y plazas públicos fueron prácticamente tomados por los vigilantes partidarios del régimen, que los convirtieron en los espacios cerrados o «interiores» de su «yo ideológico», a expensas de aquellos cuyos modos de vida y gustos no coincidían con los suyos⁸. Como consecuencia, los espacios privados y las viviendas se convirtieron para muchos en los lugares clave de comunicación, sociabilidad y ocio. Si bien las medidas redistributivas y la reducción del número de ricos ayudaron a reducir la brecha entre clases, profundas diferencias ideológicas y políticas dividían a los habitantes de Teherán. Los residentes pudientes y occidentalizados, que con el Sah habían dominado los principales lugares públicos de la ciudad, se vieron ahora empujados a los espacios cerrados de su hábitat privado; su lugar lo ocuparon las elites islamistas, los partidarios del régimen y familias de extracción baja y «tradicional».

Si las distinciones espaciales de clase y posición social disminuyeron, las discriminaciones por razón de género aumentaron. Directivos y trabajadores podían comer en la misma cantina, pero a hombres y mujeres se les impedía mezclarse en los mismos refectorios, bibliotecas y centros deportivos, porque las milicias *basij* humillaban constantemente a las mujeres por comportamiento inadecuado o por llevar incorrectamente el *hiyab*. Los espacios urbanos se volvieron aún más regimentados y masculinizados. Al mismo tiempo, la tendencia a dejar de vivir en casas tradicionales para ocupar pisos más baratos supuso mayor presión para las mujeres, porque mientras que la arquitectura tradicional más antigua había ofrecido espacios de intimidad y sociabilidad vecinal –patios, terrazas y azoteas– los nuevos apartamentos reforzaban la reclusión de las mujeres, obligadas a permanecer en el interior mientras los barrios eran colonizados por los vigilantes. Pero en una nueva paradoja, para muchas familias «tradicionales», excluidas por su posición social de los espacios públicos en la Teherán del Sah, la nueva ciudad «moralmente segura» facilitó la presencia activa: las mujeres de entornos conservadores pudieron emerger de los confines de su vivienda para salir al ámbito público⁹.

¿Postislamismo?

En la década de 1990, una nueva forma de pensamiento postislamista se unió a las políticas neoliberales para alterar de nuevo el perfil de la capital. El fin de la guerra contra Iraq en 1988, seguido un año después por la

⁸ Masserat Amir Ebrahimi, «Public and Private», *Pages*, 1, febrero de 2004.

⁹ Se puede obtener un buen análisis en Azam Khatam, «Houzeh-ye Hamegani va Fazaha-ye Omoumi dar Iran», *Andishe-ye Iranshahr*, 3, primavera de 2005, pp. 10-15. Véase también Kaveh Ehsani, «Municipality Matters: The Urbanization of Consciousness and Political Change in Tehran», *Middle East Report* 212, otoño de 1999, p. 26.

muerte del ayatolá Jomeini, inauguró una nueva fase en la vida de la República islámica. El gobierno tecnocrático y promercado del ayatolá Hashemi Rafsanyani, en el poder desde 1989 hasta 1997, tuvo por objetivo dejar atrás los años excepcionales de la revolución y la guerra, reduciendo la economía dirigida y sustituyendo el racionamiento por crecientes oportunidades de consumo. La reconstrucción de posguerra tuvo lugar bajo el auspicio de dos planes de desarrollo quinquenales. El primero (1989-1994) reveló los alarmantes problemas de desarrollo iraníes, como el rápido crecimiento de la población y la insuficiencia de las infraestructuras, mientras que el segundo (1994-1999) exigía la eficiencia en el planeamiento y la gestión urbanos, la autosuficiencia municipal mediante la introducción de un impuesto de capitación, y cierto grado de descentralización de la autoridad a través de los ayuntamientos¹⁰.

Rafsanyani consiguió que se nombrara a Golamhusein Karbaschi, ex estudiante de teología convertido en urbanista, como alcalde de Teherán en 1989, un cargo que conservó hasta 1998. Lo que le convirtió en el alcalde más duradero desde que se creó el cargo, a comienzos del siglo xx. Karbaschi eliminó de la ciudad el anterior carácter revolucionario y excluyente, transformándola en una metrópoli postislamista de pluralismo y mezcla, pero todavía receptiva a las sensibilidades religiosas. Los lemas revolucionarios fueron sustituidos por carteles comerciales y murales ordenados, mientras que la obligación de pintar tiendas y oficinas aclaró el ambiente gris de la ciudad. Tras una década de tristeza, vestigios de color vivo volvieron al campo de visión de los ciudadanos. En los bulevares se plantaron flores, mientras que 600 nuevos parques verdes y cientos de hectáreas de bosque plantados en los límites de la ciudad invocaban visiones de un paisaje público olmstediano en el que diversas clases, sexos y grupos culturales podían mezclarse en espacios moralmente seguros.

Docenas de centros comerciales y los grandes almacenes Shahrvand (Ciudadano) no sólo ofrecían un sistema de distribución más moderno y eficiente, sino que también servían de espacios vitales en los que niños y niñas así como hombres y mujeres jubilados podían relacionarse, en una época en la que la función tradicional de *maballehs* y *sar-e kouches* para forjar identidades de grupo descendía con rapidez. Con esta nueva infraestructura moderna, los jóvenes podían ahora ampliar sus horizontes más allá de los confines del *mahal*, para abarcar la *shahr*, la ciudad, en su totalidad. En grandes eventos como partidos de fútbol, campañas electorales o protestas masivas en la calle, las personas empezaron a actuar más como teheraníes que como residentes de barrios determinados. Pero junto con este proceso de nivelación espacial, las elites empezaron a reafirmar su distinción a través de la moda y otros símbolos de consumo.

¹⁰ Zahra Arabshahi, «Barrasi-ye Daraamad-e Sarane-ye Shahr-dariha-ye Kalan-e Shahrha-ye Keshvar, 1996-2002», *Faslname-ye Modiriyat-e Shabri*, 17, primavera de 2004, p. 71.

En un nuevo intento de promover espacios de ocio seguros, el ayuntamiento construyó unos 138 complejos culturales y 27 centros deportivos, y convirtió 13.000 parcelas vacantes en parques o zonas de juego infantil. Muchos de los centros culturales, como el Complejo Cultural Bahman –un antiguo matadero– se establecieron en el sur de Teherán, proporcionando arte, música, teatro y deportes para públicos ricos y pobres, tradicionales y modernizadores por igual. Los centros culturales reforzaron la enorme popularidad de la música clásica occidental e iraní entre los jóvenes. A mediados de la década de 1990, más del 75 por 100 de los asistentes a conciertos eran chicos y chicas, y el 65 por 100 de los visitantes eran mujeres, incluidas mujeres jóvenes de familias pobres y tradicionales¹¹.

El ayuntamiento también hizo esfuerzos por reducir la división sociocultural, si no la económica, entre norte y sur que había desfigurado la capital durante más de medio siglo. Aunque el norte de Teherán siguió recibiendo más atención –en 1998 su presupuesto era 72 veces superior al de 1990– también se efectuó una considerable inversión en el sur, donde el presupuesto se multiplicó por 47 en el mismo periodo. Las múltiples avenidas y arterias rápidas construidas por la administración de Karbaschi –el triple de las que habían existido en la historia de la ciudad– y el aumento de un 50 por 100 en los vehículos de transporte público redujeron la distancia espacial entre norte y sur¹².

¿Un giro neoliberal?

Pero la de 1990 fue también una década en la que aumentó la disparidad económica. La «reconstrucción económica» de Rafsanyani supuso la liberalización de los precios y del tipo de cambio, así como el recorte de prestaciones sociales y la privatización de las empresas estatales. En la práctica, el gobierno acabó vacilando entre las posturas neoliberales y las concesiones populistas, pero liberalizó muchos precios –de las tarifas de gas natural, gasolina, teléfono, correos, electricidad, bus y taxi– lo cual a su vez disparó una tasa de inflación oficial del 60 por 100 en 1994. Con la subida de precios, el descontento popular, en especial en los barrios urbanos pobres, volvió a aumentar¹³. Las protestas esporádicas en Teherán contra la subida de la tarifa de autobús y el precio del combustible terminaron en una revuelta de tres días en la comunidad informal de Islamshahr en abril de 1995, con el resultado de un muerto, docenas de heridos y cientos de detenidos. Por otro lado, la eliminación de poblados pobres y la demolición de construcciones ilegales –de acuerdo con lo publicado, solo en el verano de 1992

¹¹ Masserat Amir Ebrahimi, «Ta'sir-e Farhangsara-ye bahman bar Zendegehi-ye Ejtima'ii va Farhangui-ye Zana va Javanan-e Tehran», *Goftogu*, 9. otoño de 1995, pp. 17-25.

¹² K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit.

¹³ Sorba Behdad, «From Populism to Economic Liberalism: The Iranian Predicament», en Parvin Alizadeh (ed.), *The Economy of Iran: The Dilemma of an Islamic Republic*, Londres, 2000.

fueron derruidos más de 2.000 viviendas y negocios construidos sin licencia— causaron intenso resentimiento y descontento en Teherán y otras ciudades, como Shiraz, Mashhad, Arak y Joramabad¹⁴. En consecuencia, las autoridades se vieron obligadas a mezclar los derribos selectivos con la tolerancia de hecho de los asentamientos informales, o incluso la mejora de sus infraestructuras. A menudo los expulsados de un lugar acababan estableciéndose sin permiso en otros lugares, por lo general más distantes. Así, las comunidades informales de Teherán no dejaron de crecer, sino que por el contrario se extendieron a un ritmo inaudito, no dentro de la ciudad sino adyacentes a sus límites administrativos, mientras múltiples aldeas cercanas como Bagherabad o Akbarabad, al sur de Teherán, se transformaban en asentamientos urbanos de rentas bajas.

La rivalidad de facciones dentro del gobierno demostró ser otro freno para el programa liberalizador de Rafsanyani. La economía seguía paralizada: el PIB per cápita en 1996 seguía en el 73 por 100 del de 1977. No obstante, la forma de la economía iraní cambió significativamente en estos años. El sector estatal creció aún más, porque la privatización supuso vender acciones en gran medida a instituciones revolucionarias paraestatales como los *pasdaran*. Tal vez las reformas administrativas del gobierno tuvieron un alcance aun mayor. Como parte de esta reestructuración, muchas instituciones revolucionarias —marcadas por su énfasis en el compromiso islámico y no en su conocimiento experto— fueron situadas bajo la burocracia estatal. Una creciente clase de profesionales, muchos de ellos restos del reinado del Sah, se encargó de manejar la economía y la Administración estatal. En esta época de racionalización y privatización gradual, Teherán debió financiarse sola. Karbaschi eliminó todos los subsidios públicos en cuatro años; pero, temiendo una reacción política si gravaba con impuestos a los residentes de la ciudad, el alcalde recurrió al capital especulativo, cobrando tasas y gravámenes a comerciantes y promotores inmobiliarios a cambio de eximirlos de las normativas de zonificación y protegerlos de la presión política. Entre 1990 y 1998, el ayuntamiento recaudó unos 6.000 millones de dólares, que usó principalmente para financiar la renovación urbana¹⁵. Una buena parte de estos ingresos procedió de la venta de licencias que incumplían las reglamentaciones de zona (como el uso comercial de terrenos públicos o la venta de perfil paisajístico urbano, *tarakom*, que en principio es propiedad común).

Ningún recién llegado a Teherán en la década de 1990 podía dejar de percibir el brote de edificios altos, en especial en el norte rico, donde la tasa de beneficio de la propiedad inmobiliaria era mucho más elevada. Estos anticuados barrios privilegiados, con sus grandes villas y jardines exuberantes, junto con algunas aldeas pintorescas en el extremo de la ciudad, se perdieron

¹⁴ Citado en *Kar*, núm. 45, 22 Mehr 1371 (14 de octubre de 1993), p. 5.

¹⁵ K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit.

entre los complejos de pisos de lujo y sus aparcamientos. Estos barrios ya habían empezado a perder su uniformidad sociocultural prerrevolucionaria cuando los nuevos ricos y las nuevas elites islamistas –altos burócratas de los Guardias Revolucionarios o miembros de la judicatura– llevaron estilos más religiosos y tradicionales a estas áreas gentiles. De nuevo, la división espacial norte-sur de Teherán se reafirmó, esta vez en el perfil paisajístico de la ciudad: extravagantes rascacielos miraban desde arriba a los asentamientos horizontales en los terrenos agrícolas del sur, colonizados no solo por inmigrantes rurales y provinciales, sino también por teheraníes de clase trabajadora y media que ya no podían permitirse vivir dentro de los límites de la ciudad.

Otros fenómenos estaban remodelando la ciudad en la década de 1990. En primer lugar, se produjo una creciente informalización y fragmentación del trabajo, reforzada por la liberalización económica. Entre 1976 y 1996, el total de trabajadores en el sector privado aumentó un 37 por 100, pero el número de pequeñas empresas se triplicó. Mientras que el número de asalariados en el sector privado aumentó solo un 6,5 por 100, el de trabajadores autoempleados en el sector informal creció un 190 por 100¹⁶. Estos cambios dieron nueva forma a las luchas de la clase trabajadora en pro de la ciudadanía urbana: no tanto luchar por mejores salarios y condiciones, como por el consumo colectivo y las oportunidades de vida: vivienda, servicios urbanos, trabajo informal. Mientras que estos trabajadores asalariados y no asalariados aumentaban la escala y el número de los asentamientos informales, el capital especulativo estaba remodelando el sector inmobiliario legal de la ciudad. Por otro lado, las mujeres y los jóvenes intentaban afirmar su presencia, física y simbólicamente. De hecho, la visión de Teherán postislamista planteada por Karbaschi reflejaba y reproducía los deseos y las exigencias de millones de habitantes que rápidamente adquirirían una apariencia más urbana, más culta y más individualista.

Estas luchas por definir el espíritu de la ciudad profundizaron la rivalidad faccionaria dentro del Estado, entre los islamistas populistas de línea dura, por un lado, y los racionalizadores de libre mercado y modernizadores postislamistas, por otro. Había en juego verdaderos intereses creados. El control de Teherán por parte de los modernizadores postislamistas había restringido el acceso fácil de fuerzas poderosas como el ejército y los clérigos conservadores a los recursos de la ciudad –suelo, mezquitas y otras estructuras institucionales– así como las redes de mecenazgo y el sistema judicial. Los Shahrvand, grandes almacenes municipales, y el apoyo a la construcción de centros comerciales, por ejemplo, habían puesto en peligro el poder económico y político del bazar, que durante mucho tiempo constituyó un bastión de apoyo al régimen clerical, aunque ya había empezado también a modernizarse y diferenciarse¹⁷.

¹⁶ Sorba Behdad y Farhad Nomani, «What a Revolution! Thirty years of Social Class Reshuffling in Iran», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 1, 29, 2009.

¹⁷ Arang Keshavarzian, *Bazaar and State in Iran*, Cambridge, 2007.

Bajo la presidencia de Mohamed Jatami (1997-2005), Teherán se convirtió en una de las ciudades más vibrantes de la región, con una prensa relativamente libre y un vivaz paisaje político, modelado por nuevos movimientos sociales de jóvenes, estudiantes, mujeres e intelectuales. Este Teherán postislamista, con su pluralismo relativo y su aura seglar, parecía estructuralmente hostil a las virtudes revolucionarias asumidas por los defensores de la línea dura y sus partidarios entre los veteranos de guerra, los *pasdaran* y los *basiyis*. Éstos estaban decididos a luchar contra esta amenaza a su hegemonía y por sus derechos sobre recursos valiosos. Era necesario restaurar la «Teherán islamista».

¿Restauración?

Las fuerzas islamistas centraron su ira en la expansión del comportamiento, las ideas y la arquitectura «occidentales». Para reafirmar la identidad islámica de Teherán, en 1995 presentaron el proyecto de la «mezquita más grande del mundo», con un coste de 100 millones de dólares. En 1996, el Consejo Nacional de Cultura Pública y el Ministerio de la Vivienda analizaron una propuesta para desarrollar el sueño de «ciudad islámica», aunque nada de esto salió adelante. Más en concreto, los jueces conservadores metieron a Karbaschi entre rejas acusado de corrupción en 1998, el año posterior a la subida al poder de Jatami; de hecho, algunos alegan que el enérgico apoyo de Karbaschi a Jatami fue la causa de su caída. Una respuesta más estratégica la dio Said Emami, el conservador viceministro de Inteligencia, que orquestó el asesinato de docenas de intelectuales y políticos laicos a finales de la década de 1990. A mediados de esta década, Emami lanzó una campaña sistemática contra la denominada «invasión cultural» (*tabayom farhangi*), de la que la Teherán «desislamizada» era un rasgo alarmante. «Para mí –proclamaba Emami– el criterio fundamental no es la reconstrucción, sino los valores»¹⁸.

Pero el hombre que llevaría a cabo la histórica tarea de la restasuración fue Mahmud Ahmadineyad, alcalde de Teherán antes de convertirse en presidente del país en 2005. Firme aliado de los defensores de la línea dura en el ejército y los círculos de inteligencia, Ahmadineyad tuvo su oportunidad cuando el desencanto popular con el proyecto de «reforma» de Jatami permitió a los conservadores hacerse con el control del consejo municipal de Teherán en 2003; el consejo de quince miembros eligió entonces a Ahmadineyad alcalde en mayo de 2003. Una vez en el cargo, este empezó a invertir el curso de sus predecesores, alterando el paisaje sociocultural de Teherán, creando clientelas de barrio, y facilitando el acceso de sus aliados en el ejército y la inteligencia a los enormes recursos de la ciudad.

¹⁸ Autores anónimos, «Cheshm-andazha-ye Jonbesh-e Sabz», Teherán, 2010. Emami murió en prisión, en circunstancias algo turbias, en 1999.

Los carteles, las pancartas y los murales revolucionarios volvieron a los espacios públicos, y unas 400 fuentes de agua potable (*saqqa-khaneh*), recientemente construidas al estilo tradicional, salpicaron Teherán, cada una con imágenes de convecinos víctimas de la guerra. Ahmadineyad prometió revitalizar la memoria de los mártires *basiji* y *pasdaran* trasladando sus restos a docenas de localizaciones estratégicas de la ciudad. Los célebres complejos culturales de Teherán fueron convertidos en *tekyes*, lugares para actividades religiosas, o se quedaron sin financiación. Se erigió una nueva mezquita gigantesca frente al Teatro Municipal (Teatr-e Shahr), para doblegar a este emblema de la cultura moderna que se conservaba de la Teherán de alta sociedad del Sah¹⁹. Los vigilantes antivicio ampliaron el control de las mujeres y los jóvenes inconformistas en las calles de la capital.

Para establecer una clientela de base, efectuaron grandes donaciones a las mezquitas locales, y a los cantores religiosos y a los recitadores del Corán asociados con ellas, así como a los cada vez más numerosos *hey'ats*, reuniones religiosas improvisadas. Se ha publicado que unos 400 millones de dólares del presupuesto municipal, originalmente asignados a carreteras y otras construcciones, fueron a parar a mezquitas y *hey'ats*²⁰. También se dedicaron fondos a restaurar edificios controlados por los *basiji* o para ofrecer comida gratis a las multitudes que ayunaban durante el Ramadán. En su último año como alcalde, cuando Ahmadineyad fue animado por sus seguidores *basiji* y guardias a presentarse a la presidencia, en los distritos pobres de Teherán se volvieron a asfaltar las calles, aumentaron las becas escolares y se redujeron los atascos de tráfico. La financiación de estas y otras medidas populistas –por ejemplo, préstamos de 1.200 dólares a unas 12.000 parejas de recién casados– procedía de los Guardias de la Revolución, que para entonces se habían convertido en un enorme cuerpo militar y de inteligencia con extraordinario poder económico, que controlaba los aeropuertos y los puertos de mar, terrenos, fábricas y empresas comerciales, universidades y cientos de instituciones culturales²¹. A cambio de su financiación, el municipio concedió a los Guardias contratos de proyectos y favores legislativos, permitiéndoles incumplir los códigos de planificación o haciendo la vista gorda ante la ocupación de terrenos. La extensión del amiguismo, la corrupción y los gastos no contabilizados durante este periodo fue inaudita. El gobierno municipal de Ahmadineyad nunca presentó un presupuesto pormenorizado para demostrar cómo se gastaban los fondos; y tampoco presentó un informe financiero al consejo municipal²².

¹⁹ Véase Kasra Naji, *Ahmadinejad*, Londres, 2008, pp. 49-51.

²⁰ Mahmud Alizadeh Tabatabaai, «Vosul-e Bedehi-ye Dowlat beh Shahr-e Tehran», *Shahr-e Farda*, 5 Azar 1385 (26 de noviembre de 2006).

²¹ Véase K. Naji, *Ahmadinejad*, cit., pp. 54-55.

²² Entrevista con el actual alcalde de Teherán, Mohammed Baqer Qalibaf, realizada por Mohammad Reza Asadzadeh: «Difficult Year», en *Shahr*, número especial, Nowrooz 1387 (año nuevo persa de 2008). Véase también la página digital de *Baztaab*, 13 de mayo de 2005. De acuerdo con los informes, Qalibaf presentó 1.000 casos de irregularidades cometidas por el gobierno municipal cuando éste estaba dirigido por Ahmadineyad.

Ciertamente Ahmadineyad consiguió aumentar la influencia de las fuerzas conservadoras en Teherán, y establecer una clientela ideológica entre algunos segmentos de las clases trabajadoras. Pero los pobres y las clases medias de la ciudad siguieron siendo vulnerables a la creciente inflación, el desempleo y el precio ascendente de la vivienda. Más del 80 por 100 del presupuesto municipal entre 2004 y 2007 dependía aún del impuesto de capitación y la venta de licencias de construcción (*avarez*)²³. Con Ahmadineyad, y en respuesta a anteriores críticas, se concedían licencias para edificios más pequeños de 4-6 plantas, a pesar de que esto seguía incumpliendo los códigos municipales. Así, en lugar de sólo unos cuantos ricos bien conectados, muchos podían ahora comprar licencias para construir casas de varias plantas. Pero estas viviendas seguían estando muy por encima de los medios de las familias trabajadoras, gracias al abrumador ascenso de los precios inmobiliarios. El precio medio de las viviendas en Teherán se triplicó en la década de 1990, y en el mandato de Ahmadineyad volvió a triplicarse²⁴. En estas condiciones, el capital especulativo y las clases propietarias prosperaron, mientras que los trabajadores pobres y las clases medias tenían que dedicar «el esfuerzo de toda una vida» a obtener cobijo²⁵.

Mientras Ahmadineyad fue alcalde, el municipio de Teherán ayudó a consolidar la «clase del régimen» rentista sobre la que descansa el dominio de los partidarios de la línea dura. Esta clase representa una comunidad ideológica que comprende tanto segmentos de las capas pobres como de las capas ricas, cimentados por la dadivosidad estatal: ayudas, subvenciones selectivas, pagos preferenciales, sobornos, comisiones, etcétera. Muchos veteranos de guerra, *basijis*, operarios de clase trabajadora y miembros del enorme sector religioso –procedentes de mezquitas, santuarios, seminarios, escuelas o asociaciones culturales islamistas– comparten así los ingresos estatales derivados del petróleo con amigos ricos, contratistas y figuras de las instituciones revolucionarias. En 2005, cuando dejó el cargo de alcalde para convertirse en presidente, Ahmadineyad sencillamente amplió su visión a escala nacional, con recursos mucho mayores.

El consejo municipal eligió como sucesor a Mohammad Baqer Qalibaf, ex jefe de la policía nacional, y uno de los oponentes derrotados por Ahmadineyad en la contienda presidencial. Qalibaf se convirtió en un obstáculo para los intentos de Ahmadineyad de mantener su control, así como el de sus aliados, sobre los recursos de la capital. Describiéndose a sí mismo como «partidario del pueblo pero no populista», y presentándose como un

²³ D. Jalali, «Barrasi-ye Ravanhaa-ye Omdeh dar Budge-ye Shahrdari-ye Tehran: 1383-1386», *Eqtesad-e Sbabr*, 2, 2009, p. 105.

²⁴ K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit., p. 6.

²⁵ Esto de acuerdo con el propio Ahmadineyad, citado en *Babar*, 23 Farvardin 1389 (12 de abril de 2010). En 2008, más del 25 por 100 de los desempleados (373.000 personas) eran estudiantes universitarios; véase la página digital en persa de Jaras, 12 Tir 1389 (2 de julio de 2010).

moderado religioso pero un gestor duro y modernizador, Qalibaf continuó varios de los proyectos inacabados de Karbaschi: revitalizar los complejos culturales, construir carreteras, completar el sistema de metro de Teherán y acabar el proyecto de Torre de Milad (comunicaciones), retrasado desde los tiempos del Sah. El simbolismo religioso o revolucionario perdió fuerza: entre los cientos de nuevos nombres dados a las calles de Teherán, apenas ninguno tenía este tipo de connotaciones²⁶. Pero las continuas intrusiones del gobierno y los *pasdaran* en las prerrogativas del ayuntamiento debilitaron a las autoridades de gobierno de la ciudad²⁷. Esta tendencia se intensificaría tras el Movimiento Verde.

Los días de junio

El enfrentamiento electoral de 2009 entre Ahmadineyad y Mir Hussein Musavi transformó el rostro social y político de Teherán. Entusiastas de la «reforma», desde los ricos a las clases medias y trabajadoras –muchos de los cuales se habían negado a votar en las anteriores elecciones de 2005– utilizaron el calendario electoral y las disensiones internas en las elites en el poder para convertir sus años de descontento silencioso en una espectacular movilización abierta. Las mujeres y los jóvenes en especial se unieron con energía al activismo de base, organizando manifestaciones masivas con una atmósfera casi festiva. Las calles, los parques públicos, los colegios y las plazas de Teherán –en especial en el centro y al norte de la calle de la Revolución– se convirtieron en escenario de una campaña animada y desenvuelta. Pero el resultado de las elecciones –victoria de Ahmadineyad, en medio de innumerables pruebas de fraude– quebró las esperanzas de muchos, inspirando una profunda indignación moral que a su vez alimentó un amplio movimiento de protesta nunca visto en la historia de la República islámica.

El Movimiento Verde, que suponía un impulso postislamista de reclamar la ciudadanía dentro de un orden en general religioso y ético, articuló un viejo deseo popular de alcanzar una vida digna y libre de la vigilancia cotidiana, la corrupción y el gobierno arbitrario. En las semanas siguientes al 13 de junio, fecha en la que se anunciaron los resultados, la política en la calle se convirtió en su principal expresión, antes de que la violencia estatal lo sofocara. Los días pasaban con la policía y las milicias *basiji* batallando contra los manifestantes, mientras durante las noches reverberaban en el cielo los gritos de «Allah Akbar» y «muerte al dictador» desde los tejados. La mayoría de las manifestaciones verdes tuvieron lugar en el centro y en el centro-norte de Teherán, un ligero avance hacia el norte respecto al patrón de 1979, que había incluido al centro y al centro-sur. Como la ciudad se había expandido y las clases medias crecido, también había cam-

²⁶ Véanse por ejemplo las Resoluciones del Consejo Municipal de Teherán de 1 Esfand 1388 (20 de febrero de 2010), disponibles en la página digital del Consejo, www.shora.tehran.ir.

²⁷ M. A. Tabatabaai, «Nosul-e Bedehi-ye Dowlat beh Shahr-e Tehran», cit.

biado la geografía política. Las clases medias cultas desempeñaron una función clave en el Movimiento Verde, al igual que lo habían hecho en la revolución de 1979, mientras que los pobres marginales prefirieron mantenerse alejados del movimiento de protesta, esperando y observando, como habían hecho tres décadas antes. Pero las declaraciones de testigos sugieren que grupos de jóvenes de los distritos del sur también se unieron a las manifestaciones de los verdes.

La monumental marcha silenciosa organizada el 15 de junio de 2009, que llenó la calle de la Revolución y convergió en la Torre de Azadi, provocó un cambio radical en el modo de gobierno de Teherán. En una medida de seguridad extraordinaria, los Guardias de la Revolución asumieron el control total de la ciudad durante dos meses, desde el 15 de junio al 16 de agosto, mientras decenas de miles de agentes de seguridad y paramilitares eran estacionados en calles y plazas estratégicas. A las pocas semanas, había 4.000 manifestantes detenidos, al menos 70 muertos, los medios de comunicación reformistas habían sido cerrados, y la libre comunicación en la ciudad estaba prácticamente suspendida; a final de año, el número total de detenidos alcanzaba los 10.000²⁸. Una virulenta campaña propagandística en los medios de comunicación controlados por el Estado y juicios masivos de tipo estalinista a figuras de la oposición fueron el preludio de una vigilancia más sistemática en los espacios de la ciudad. En las vías públicas, en las universidades y las residencias estudiantiles, colocaron cientos de cámaras ocultas, mientras que las milicias *basiji* estaban muy ocupadas vigilando las actividades «sospechosas». Era como si la ciudad se hubiese descarriado y las autoridades sintieran el impulso de ponerla en su sitio, de «convertir» sus vistas y sonidos. Ordenaron establecer salas de oración y mezquitas en los parques públicos, y empezar a emitir por radio y televisión el *azan*, la llamada a la oración. En mayo de 2010, los residentes de Teherán contemplaron atónitos que varias estatuas de artistas, escritores y figuras históricas como Avicena habían desaparecido misteriosamente de las plazas y los parques públicos de la ciudad: robos flagrantes claramente perpetrados con grúas y maquinaria pesada, lo cual apuntaba a que este intento de desfigurar el cuerpo laico de la ciudad contaba con la aprobación oficial²⁹.

Si aumentar la seguridad fue la solución dada a corto plazo por el régimen contra la rebeldía de Teherán, a largo plazo optó por una importante ingeniería social. En abril de 2010, en una resolución extraordinaria que incumplía la legislación vigente, el gobierno autorizó al presidente y al vicepresidente hacerse cargo de Teherán, y de hecho de cualquier ciudad mayor de 5.000 habitantes. Los alcaldes debían seguir las órdenes del presidente. Estos movimientos prepararon el camino para tres cambios estructurales,

²⁸ De acuerdo con Sardar Fazli, un comandante *pasdaran*, citado en «Eteraf-e Sardar-e Sepah beh Dastgiri-ye Dah-hezar Nafar dar Sal-e Gozashteh», *Peyke Iran*, 18 Aban 1388 (9 de noviembre de 2010).

²⁹ Azadeh Asadi, «Dozdi-ye Seriali-ye Mojassameha-ye Tehran», *Ardio Farda*, 14 Ordibehesht 1389 (4 de mayo de 2010).

anunciados primero por Ahmadineyad en un discurso pronunciado el 12 de abril, y después seguidos por otras autoridades y líderes de la oración del viernes. En primer lugar, las autoridades planean reducir la capital: repatriar, de acuerdo con Ahamadineyad, a unos cinco millones de residentes en Teherán a aldeas y provincias. Aquellos que acepten voluntariamente el traslado recibirán préstamos y ayudas para adquirir tierra y vivienda³⁰. La segunda estrategia consiste en aumentar la población del país de 70 a 150 millones de personas, especialmente en áreas rurales, que en la actualidad aportan poco más del 30 por 100 del total, y se piensa que probablemente permanezcan leales al régimen islamista. Deben eliminarse las medidas de planificación familiar y de control de la población; al igual que en la década de 1980, se presentan ahora como «conspiraciones para mantener baja la población chií»³¹. Las familias con niños recién nacidos en las áreas rurales recibirán 1.000 dólares en metálico, complementados con pagos de 95 dólares anuales hasta que el niño cumpla los 18. Por último, las universidades, de las que ahora hay 25 en Teherán, deben ser reestructuradas, «indigenizadas», «islamizadas», y trasladadas fuera de la capital³².

Es demasiado pronto para determinar si estos planes tan ambiciosos —que un dirigente calificó de «medidas protectoras contra un terremoto inminente»— llegarán a materializarse³³. El general Franco consiguió reubicar la Universidad Autónoma de Barcelona a las afueras de la ciudad para evitar los levantamientos estudiantiles; pero un plan similar del Sah en 1978 para trasladar la militante Universidad de Aryamehr de Teherán a Isfahán fracasó, principalmente porque estudiantes y profesores se resistieron. Sea cual sea el resultado, el curso de acción de las autoridades indica que también ellas consideran que el orden urbano postislamista subvierte su modo de gobierno religioso-militar. Para gobernar, necesitan deshacer la ciudad.

Capital beligerante

Transcurridas tres décadas desde la Revolución islámica, Teherán sigue siendo una ciudad acuciada e indósita herida y sin embargo desafiante. Conserva aún el palimpsesto cultural y arquitectónico de tiempos del Sah, pero tiene por encima una delgada capa de ideología posrevolucionaria, alguna remodelación significativa y las huellas de la globalización. Más drásticamente, ha sido transformada desde abajo por el crecimiento de la población, la inmigración y el desarrollo informal. La mayoría de estos cambios no son peculiares de Teherán, por supuesto; son una característica de muchas otras

³⁰ *Babar*, 23 Farvardin 1389 (12 de abril de 2010).

³¹ De acuerdo con el ayatolá Mesbah Yazdi, mentor de Ahmadineyad, citado en *Mardomsalari*, 5 Tir 1389 (27 de junio de 2010).

³² *Tebran Enrooz*, 22 Farvardin 1389 (11 de abril de 2010).

³³ Palabras de Kamran Daneshjou, ministro de Ciencias: véase «Takeed-e Mojaddad bar Prozhe-ye Amniyyat-ye Khorouj-e Daneshgah-ha az Tehran». *Peyke Iran*, 28 Farvardin 1389 (17 de abril de 2010).

megaciudades del sur planetario. Pero la capital de Irán tiene sus propias particularidades. Hoy la ciudad es ciertamente menos cosmopolita que sus homólogas regionales. Al contrario que en El Cairo, Estambul o Dubai, el turismo extranjero prácticamente ha desaparecido; las comunidades occidentales han menguado, las minorías religiosas, disminuido; los refugiados afganos viven principalmente en zonas rurales. Pero Teherán no ha escapado de las influencias globalizadoras. En cierto sentido, «Occidente» está más presente hoy, a través de los nuevos medios, mercancías, estilos y de los más de tres millones de iraníes que viven en el extranjero, que hace tres décadas. El liberalismo económico, aun controlado por ocasionales brotes populistas, también forma, por supuesto, parte de la tendencia.

Pero Teherán sigue en buena medida libre de la violencia urbana que se ha apoderado de muchas ciudades del sur planetario en tiempos neoliberales. En ciudades como Río de Janeiro, Manila o Managua, el vacío dejado por la menguada presencia de las organizaciones socialistas o el Estado entre los pobres ha permitido que bandas delictivas o de narcotraficantes, en connivencia con policía corrupta, controlen los suburbios. En Teherán, en lugar de violencia social hay una violencia política extralegal que unas estructuras de poder semioficiales dirigen contra los ciudadanos. En lugar de los jefes narcos de las ciudades latinoamericanas, Teherán tiene los *pasadaran* y los *basiji*, que usan los ingresos derivados del petróleo estatal para emplear a jóvenes de la clase trabajadora con fines extralegales como reventar manifestaciones pacíficas, atacar a grupos de la oposición y vigilar las calles³⁴.

Más importante, Teherán carece de parangón en su confrontación política: en su dialéctica entre el modo de gobierno religioso-militar y una incansable resistencia popular. La Revolución islámica no ha conseguido remodelar y reestructurar Teherán de acuerdo con su ideología con la misma profundidad o con la misma intensidad con las que la Revolución francesa cambió París o la Revolución Rusa Moscú. Incluso hoy, Teherán se parece más a Madrid o incluso a Los Ángeles que a Qom, Riyad o El Cairo. Por supuesto, Teherán proyecta muchas expresiones de identidad religiosa. Los carteles religiosos, los retratos y las salas de oración son una característica de los despachos de gobierno y los espacios públicos; las instituciones chiíes de *tek-ye*, *hey'at* y *husseiniehe* han sido reinventadas y están bien financiadas; el *azan* suena estruendoso desde muchas mezquitas; las mujeres tienen que llevar *hi-yab* en público. Pero estos marcadores en gran medida oficiales más parecen imposiciones irritantes que signos de un orden religioso hegemónico.

En realidad, Teherán se ha resistido a convertirse en una «ciudad religiosa», en la que las claves arquitectónicas, visuales y auditivas de inspiración religiosa inculcasen a sus habitantes sensibilidades devotas. Una encuesta reciente demuestra que sólo el 12 por 100 de los jóvenes iraníes van a la

³⁴ En la violencia posterior a las elecciones de 2009, supuestamente algunos agentes *basiji* recibían motocicletas, y otros, 400 dólares por cada operación.

mezquita, y el 25 por 100 de los teheraníes nunca han ido a una³⁵. Los criterios de devoción pública y virtud moral se mantienen principalmente mediante coerción. Por ejemplo, el «programa de seguridad pública» impuesto en la primavera de 2007 para luchar contra lo que los conservadores denominan «OTAN cultural» tuvo como resultado la humillación pública de un millón de ciudadanos y la detención de 40.000 personas por la policía y por las milicias *basiji* en sólo cuatro meses. De los detenidos, más del 85 por 100 eran jóvenes entre 16 y 25 años³⁶. En junio de 2010, el gobierno anunció que enviaría 3.000 «propagandistas» religiosas (*mobballeq*) a 3.000 escuelas femeninas de Teherán para ponerlas en orden. Como si no bastase con predicar, poco después el poder judicial decretó penas de 75 azotes, hasta 60 días de cárcel y una multa de 50 dólares por laxitud con el *hiyab*³⁷. Por supuesto, muchas personas conservan sus propias formas íntimas de devoción, pero tienden a oponerse a la religión estatal. La reciente difusión de la religiosidad de tipo sufi y *New Age* entre algunos teheraníes adinerados refleja en gran medida una reacción a la islamización estatal y una subversión de ésta. En cierto sentido, significa una modernización de la esfera religiosa en la Teherán de hoy.

Porque paradójicamente, bajo la República islámica, Teherán –y por extensión todo el país– se ha modernizado. Esta modernidad muy torturada se expresa en elevadas tasas de alfabetización, creciente individualidad urbana, decadencia de los *maballeh*, ampliación de una moderna esfera pública, tendencia a vivir en pisos, y creciente autonomía y visibilidad de las mujeres en público. Estos cambios tienden a subvertir el dominio teocrático. Así, mientras que las autoridades islamistas imponen el *hiyab* a las mujeres, muchas responden convirtiéndolo en un símbolo de la moda; el régimen coacciona a los jóvenes para que se adhieran al islam oficial, pero ellos convierten los ritos religiosos en oportunidades para relacionarse; el gobierno insta a la población a ver sólo la televisión estatal, pero las antenas parabólicas brotan de las azoteas como malezas incontrolables. Es irónico pero no sorprendente que esta capital de las «virtudes morales» albergue en la actualidad 400.000 toxicómanos, 200.000 prostitutas y más de 4,5 millones de víctimas de la depresión³⁸. Un modo de gobierno que dedica tanta atención a la disciplina de los cuerpos de sus ciudadanos siempre correrá el riesgo de que disminuya su influencia en las acciones y las actitudes cotidianas de dichos ciudadanos. Tendrá que deshacer esta Teherán moderna –plural, contradictoria, viva, cambiante– o de lo contrario gobernar con porras, cámaras y controles policiales.

³⁵ «Only 12 per cent of young people ever go to mosques», *Shahzad News*, 4 de octubre de 2010.

³⁶ Azam Khatam, «Struggles over Defining the Moral City: The Problem Called Youth in Urban Iran», en Linda Herrera y Asef Bayat (eds.), *Being Young and Muslim. New Cultural Politics in the Global South and North*, Oxford, 2010, pp. 220-221. La expresión «OTAN cultural» fue notablemente desplegada por Payam Fazil-Nejad en un libro de 2009 que atacaba al movimiento reformista, al que consideraba parte de una conspiración occidental.

³⁷ *Radio Farda*, 23 de julio de 2010.

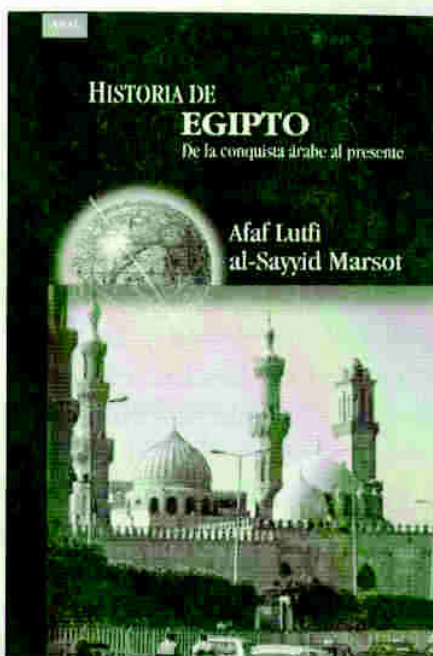
³⁸ Nazanin Kamdar, «Amarhaa-ye Takan-dahandeh az Paytakh-e Keshvar», *roozonline*, 1202, 7 Tir 1389 (29 de junio de 2010).

COLECCIÓN HISTORIA

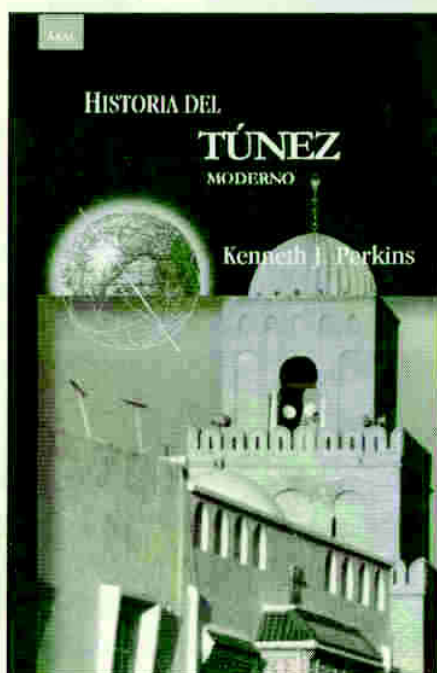
HISTORIA DE EGIPTO

**De la conquista árabe
al presente**

Afaf Lutfi al-Sayyid Marsot, profesora emérita de Historia en la Universidad de California (Los Ángeles), ayuda al lector a comprender la paradoja de la identidad egipcia: la separación de los egipcios de sus gobernantes y su identificación con una porción de tierra encerrada en unos límites fijados desde hace milenios.



ISBN: 978-84-460-2434-7
208 páginas



ISBN: 978-84-460-2355-5
320 páginas

HISTORIA DEL TÚNEZ MODERNO

El autor, Kenneth J. Perkins, profesor de Historia en la Universidad de Carolina del Sur, ofrece una detallada narración de la historia moderna de Túnez desde mediados del siglo XIX hasta el presente.

Este texto, muy documentado y escrito de manera amena, es imprescindible para quienes se interesen por la situación del norte de África y Oriente Medio.



akal

www.akal.com

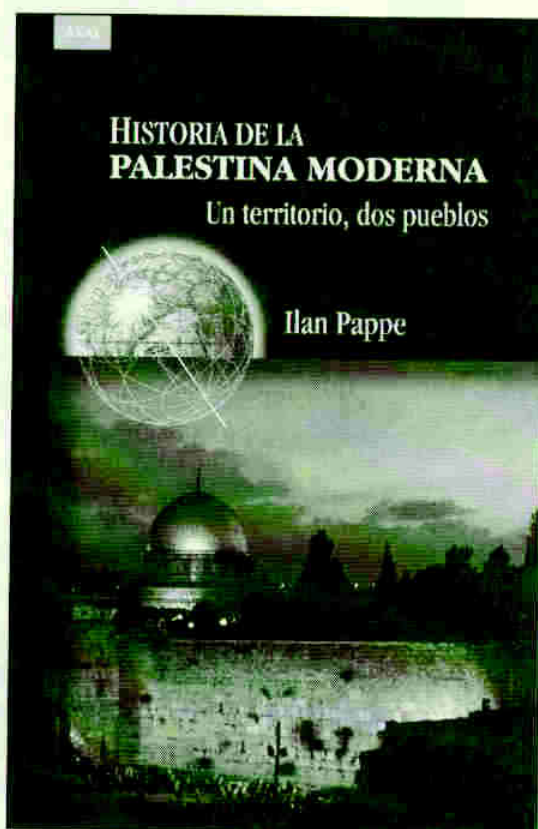
COLECCIÓN HISTORIA

HISTORIA DE LA PALESTINA MODERNA

Un territorio, dos pueblos

En este magistral estudio, Ilan Pappé aborda la historia de Palestina, una tierra habitada por dos pueblos con identidades nacionales distintas. El libro comienza en el periodo otomano, a principios del siglo XIX y traza un recorrido que va desde la llegada de los primeros sionistas al mandato británico, la creación del Estado de Israel y las subsiguientes guerras y conflictos. En el eje central de la obra están los que vivieron en esos tiempos –hombres y mujeres, niños, campesinos, obreros, judíos y árabes–.

Su libro es una contribución única a la historia de esta tierra conflictiva que todos los interesados en Oriente Medio deberían conocer.



ISBN: 978-84-460-2255-8

480 páginas



akal

www.akal.com

TIEMPO DE JUGAR

El elemento del juego ha constituido durante mucho tiempo un problema en la cultura moderna¹. Asociado bien con el pasado o con un futuro posible, ha sido contemplado frecuentemente como un anacronismo. La burguesía del siglo XIX, por ejemplo, relegaba el juego al pasado al identificarlo casi exclusivamente con los niños y situarlo en un ámbito cada vez más apartado de la «verdadera» vida social. La famosa ley que Ernst Haeckel enunció en 1866, «la ontogenia reproduce la filogenia», no es más que la manifestación de una tendencia de ese período consistente en trazar paralelos entre las vidas de los individuos y las de las especies. Relegar el jugar y los juegos al ámbito de la infancia sugeriría tal vez un paralelismo con la historia del ser humano, asociándolos a un estadio temprano en el desarrollo de la civilización. Cuando el pedagogo alemán del siglo XIX Friedrich Fröbel planteó que «el juego en este momento no es trivial, sino que es tremendamente serio y profundamente trascendente», sus palabras implicaban que en todos los otros momentos –en la vida tras de la niñez– es de hecho trivial². La única función que desempeñaba era la de preparación para la vida adulta. El jugar y los juegos debían ser educativos y constructivos, disponiendo a niños y niñas para los roles que habrían de desempeñar en el futuro lo que requiere juguetes claramente diferenciados para cada género.

Por otra parte, los moralistas burgueses contemplaron el mundo menos segregado del niño en las clases trabajadoras como una mezcla peligrosa. Pensaban que los trabajadores se comportaban ordinaria y groseramente disfrutando de juegos de azar altamente sospechosos, más que del tipo de juegos que habrían de serles de mayor provecho, a saber, el deporte organizado. En opinión de Johan Huizinga, sin embargo, «el antiguo factor del juego sufre una atrofia prácticamente completa» en el deporte moderno con su énfasis en la competición, el profesionalismo y el beneficio³. Huizinga perte-

¹ Una versión de este texto fue dado como conferencia en la Universidad de Groningen, por invitación de Eric de Bruyn, con quien estoy en deuda por muchas discusiones estimulantes.

² Citado en Maaïke Lauwaert, *The Place of Play Toys and Digital Circles*, Ámsterdam, 2009, p. 46.

³ J. Huizinga, *Homo Ludens. A Study of the Play Element in Culture*, Boston, 1955, p. 198.

neceía a un grupo de pensadores que, mirando nostálgicamente hacia el pasado o anunciando un futuro de nuevos juegos, criticaba la sociedad moderna por haber dejado de jugar. Aunque pueden haberse producido algunas iniciativas compensatorias al margen del deporte, para Huizinga, sin embargo, «se impone sobre nosotros la triste conclusión de que el elemento del juego en la cultura ha ido declinando progresivamente desde el siglo XVIII, cuando alcanzó su máximo esplendor. La civilización ha dejado de jugar»⁴.

Aunque la visión de Huizinga ha dominado durante largo tiempo los análisis culturales del juego, en los últimos años el avance de los «*game studies*» ha provocado algo parecido a un cambio de paradigma. El juego, ajeno durante tanto tiempo a la imagen que la sociedad moderna tenía de sí misma, se materializa en los videojuegos, que constituyen una industria mayor que Hollywood. ¿Señala esto la obsolescencia de las antiguas teorías del juego? Quizá el simple hecho de que estas teorías se vean ahora cargadas de tintes anacrónicos les conceda una importancia contemporánea: puede que apunten a nuevas direcciones a la hora de pensar y actuar más allá de las limitaciones de los juegos ya existentes.

Jugando con la belleza

Si la teoría entra en escena cuando el fenómeno comienza a perder su anterior carácter evidente, no debería de sorprendernos que la moderna teoría del juego se origine en el momento en que el instinto de juego ha comenzado a desvanecerse, de acuerdo con Huizinga. A pesar de que la decimoquinta carta de *La educación estética del hombre* de Friedrich Schiller no ofreció un diagnóstico del presente tan pesimista, su noción de juego ya fusionaba el pasado y el futuro —el culmen artístico de la Grecia antigua y la proyección futura de la humanidad gobernada por la fuerza de la razón— y consideraba el presente como una brecha que salvar. Schiller proponía un «instinto de juego» que sería la síntesis de dos impulsos existentes en una tensión dialéctica: el «instinto sensual», que busca la inmersión en una vida sensual y temporal, y el «instinto formal», que busca extraer las ideas intemporales de la plenitud de la vida. La belleza no puede ser ni pura vida ni pura forma, ni idea filosófica ni abstracción artística. La verdadera belleza solamente existe gracias al instinto de juego, por el cual el ser humano ejerce libremente sus facultades en un diálogo con el mundo de los sentidos. Únicamente, por lo tanto, en la unidad resultante de realidad y forma, de lo accidental y de lo necesario, del sufrimiento y la libertad, alcanza el ser humano su verdadera plenitud. Se trata de una estética de estilo kantiano. Tal como dice la tercera *Crítica* de Kant, es tarea de la belleza reconciliar la razón y los sentidos⁵. Pero, apartándose de

⁴ *Ibid.*, p. 206.

⁵ Véanse las cartas 12-15 en Friedrich Schiller, *On the Aesthetic Education of Man* (1794), New Haven, 1954.

Kant Schiller piensa que la belleza radica en el juego. «El objeto del instinto de juego, representado en términos generales, llevará entonces el nombre de *forma viva*; un término que sirve para describir todas las cualidades estéticas de los fenómenos y para lo que la gente suele llamar, en el sentido más amplio, *belleza*»⁶.

Al afirmar que el hombre solamente juega cuando es un hombre completo, y que solamente es un hombre completo cuando juega, Schiller reivindicaba que esta idea sustenta todo el peso del «arte estético» y del todavía más difícil «arte de la vida». Semejante proposición, alegaba, resultaba inesperada únicamente para los filósofos; había estado viva en las mentes y en el arte de los antiguos griegos. El texto de Schiller nos llama la atención sobre la necesidad de un proyecto de revolución estética que evite la violencia de las «artistas mecánicas» de la Revolución francesa, uniendo las *Gestalten* de la razón orgánicamente al mundo material y sensorial para no «dañar la variedad en la naturaleza». Es fácil ver que un proyecto tal, pensado para dotar a la transformación revolucionaria de la sociedad de una base sólida que permita llevarla a cabo, podría convertirse en una alternativa ideológica al cambio político; la «revolución estética» como sustituto de la política más que su realización.

En la antigüedad, el impulso de juego se hacía patente en los Juegos Olímpicos, que se aproximaban a la materialización del ideal:

No se incurrirá jamás en error alguno si buscamos el ideal de la belleza en la misma senda en que saciamos nuestro impulso de juego. Podemos comprender inmediatamente por qué la forma ideal de una Venus, de una Juno y de un Apolo ha de buscarse no en Roma, sino en Grecia, cuando contrastamos la población griega, deleitándose en las competiciones de boxeo sin derramamiento de sangre alguno, las carreras y la rivalidad intelectual en Olimpia, con el pueblo romano regodeándose en la agonía de un gladiador. Ahora la razón dicta que lo bello no debe solamente ser vida y forma, sino una forma viva, esto es, belleza, en la medida en que dicta al hombre la doble ley de la absoluta formalidad y realidad absoluta. La razón expresa también la determinación de que el hombre ha de *jugar solo con la belleza y de que él debe jugar solo con la belleza*⁷.

Para Schiller la vida de los dioses en el Monte Olimpo, tal y como se puede observar en el arte griego, era realmente la visión utópica de una verdadera vida estética de juego. No subyugado por las leyes de la naturaleza y la necesidad ni por una ley moral, el dios vivía una vida verdaderamente libre y despreocupada. Esculturas como la Juno Ludovisi pueden ayudarnos a hacernos una idea aproximada; eran quizá el verdadero reflejo de la más elevada forma de juego. Hubo entonces una distinción entre los juegos reales como parte del «arte de la vida» (Olimpia) y el juego soberano del

⁶ *Ibid.*, carta 15.

⁷ *Ibid.*

«arte estético» (el Olimpo). Pero, no obstante, Schiller culpaba a los griegos de ser capaces únicamente de concebir el triunfo del juego de una forma onírica o mítica: los griegos «desterraron al Olimpo lo que deberían haber preservado en la tierra». Schiller parecía exigir que el «arte de la vida» —la visión celestial del Olimpo— se hiciera real en la tierra. Esta materialización trascendería las limitaciones de las formas tales como las de los Juegos Olímpicos. Claramente Olimpia era solo un pobre sustituto del verdadero arte de la vida.

Schiller insistió en su romántico retorno a un pasado idealizado hasta el punto de casi convertirlo en un proyecto vanguardista; hizo tal hincapié en la interconexión entre las bellas artes y el arte de la vida que bien podríamos haber llegado a la conclusión de que los griegos fallaron en última instancia al proyectar sus más altos ideales en el monte Olimpo, y que nosotros deberíamos dar un paso más y bajar el Olimpo a la tierra. Aunque los Juegos Olímpicos ofrecen un ideal de juego/actividad muy superior a los juegos modernos, limitaron el impulso de juego al imponer normas bastante rígidas a la forma viva. Schiller introdujo con ello el *topos* de la fundamental insuficiencia de los juegos reales, de su traición al ideal del juego.

En 1838 August Cieszkowski propuso una primera crítica importante de la teoría de Schiller en su *Prolegomena zur Historiosophie*, que se posicionó como una síntesis filosófica de Schiller y Hegel. Cieszkowski exponía que Hegel se había equivocado al ubicar la filosofía (su propia filosofía) en la cima de la historia. Era cierto que la filosofía hegeliana representaba la culminación de la moderna era germano-cristiana, pero este era únicamente el segundo de los tres períodos que evolucionaban dialécticamente: todavía quedaba uno por venir. En la antigüedad clásica el arte había constituido la manifestación adecuada del *Geist*, en su calidad de primera reconciliación del Espíritu con la naturaleza; pero esta reconciliación era todavía superficial y accidental, inmediata. En la transición hacia la cultura cristiana, lo que en el antiguo reino de la belleza había sido relegado a un segundo plano pasó a ser puesto de relieve: la mediación, es decir, la reflexión. Por consiguiente, quedaba inaugurado el reinado de la filosofía y el poder del arte comenzó a entrar en declive. Éste, sostenía Cieszkowski, es el motivo por el que Schiller se equivocaba al pensar que la antigüedad clásica podía servir todavía como modelo. No podemos retroceder a un verdadero estado estético, pues hemos estado permanentemente contaminados por la reflexión. «La belleza se ha transmutado en la verdad, la vida artística de la humanidad ha sido absorbida en su idea filosófica»⁸.

No obstante, en el sistema tripartito de Cieszkowski la tesis (el arte clásico: lo concreto, la sensualidad) y la antítesis (la filosofía moderna: la abstracción, la reflexión) han de ser seguidos por la futura síntesis. Al oír esto los partidarios de la política radical, como el joven Marx, aguzaban el oído. Si

⁸ August Cieszkowski, *Prolegomena zur Historiosophie* [1838], Hamburgo, 1981, p. 91.

arte y filosofía son cada uno una síntesis diferente del ser y del pensamiento, estando dominado el arte por el ser y la filosofía por el pensamiento, entonces la tercera y más elevada síntesis subsumirá a ambos en el acto (*Tat*), o lo que es lo mismo: arte y filosofía se subsumirán en una nueva praxis que los materializará en un nivel más elevado⁹. De este modo Cieszkowski transforma la noción hegeliana del fin del arte, pues en su sentido más elevado el arte ha llegado a su fin, así como también lo ha hecho la filosofía, y ambos retornan transformados –como praxis vivida– en los actos de lo que es a la vez arte vivido y filosofía vivida. Aunque Cieszkowski no era ningún político radical, creía que las obras de socialistas utópicos como Saint-Simon o Fourier revelaban el comienzo de esta nueva era¹⁰.

A pesar de su crítica a Schiller, Cieszkowski recurre a un tema decididamente schilleriano cuando trata el estatus del arte en la tercera fase del Espíritu. Si la nueva praxis consistía en poner en práctica la filosofía que dominaba la segunda fase, entonces también anunciaría un retorno a la Grecia antigua al reemplazar la *künstliches Leben* [vida artificial] que dominaba el mundo germanocristiano por una verdadera *Kunstleben* [arte de la vida]¹¹. Este retorno, sin embargo, implicaría dar un paso adelante: la nueva cultura del *Tat* haría efectiva la reconciliación de la naturaleza con la razón al elevar y transformar aquella. La idea de Cieszkowski del acto es muy voluntarista, pues éste es una expresión de la voluntad y su resultado es la materialización práctica del pensamiento. Cieszkowski prestó poca atención al acto como un salto que produce *Tatsachen* [hechos] imprevistos por el pensamiento teórico. Aquí el discurso sobre el juego promovido por Schiller puede complementar y transformar el idealismo de Cieszkowski.

Cada hombre un rey loco

Tras la Segunda Guerra Mundial, atravesando y animando las prácticas de las vanguardias artísticas de las décadas de 1950 y 1960, reapareció bajo nuevas formas una dialéctica entre el concepto de Schiller de juego estético y la teoría del acto de Cieszkowski. En este período parecía que había llegado la hora de que el juego se despojara de sus características anacrónicas, cuando el lúdico futuro parecía que estaba a punto de convertirse en presente. En la década de 1960 se produjo un «giro lúdico», que contempló desde los «*happenings*» introducidos por artistas como Allan Kaprow a los eventos Fluxus. Conscientemente o no, esto llevó a una reactivación de la idea de Schiller de un arte radical de la vida, concebido en términos de juego, y en este contexto la tensión schilleriana entre el acto de jugar como ideal y la realidad de los juegos existentes resurgió de nuevas maneras. Cuando Kaprow ensalzó «el juego como inherentemente valioso, el juego despojado de la teo-

⁹ *Ibid.*, pp. 106-122.

¹⁰ *Ibid.*, p. 146.

¹¹ *Ibid.*, p. 144.

ría de juegos, es decir, de ganadores y perdedores», estaba solo describiendo parcialmente una práctica real. Las *performances* específicas o eventos eran y podían únicamente ser meras aproximaciones al ideal lúdico del «juego libre»¹². El *happening*, como en el caso del evento Fluxus, se considera en el mejor de los casos un desencuentro, la comprensión fallida cuyo significado yace en última instancia en su no-identidad con su propio ideal.

La Internacional Situacionista de los primeros años participó de lleno en este giro lúdico, a pesar de que Guy Debord y sus aliados se volvieron progresivamente críticos con estos matices idealistas neoschillerianos. En este contexto, Debord retomó la crítica de Cieszkowski. Mientras que conservadores como Huizinga lloraban el desvanecimiento del juego, los situacionistas buscaban reavivarlo y radicalizarlo. Pero también ellos miraron hacia el pasado, descubriendo modelos para el juego libre del futuro en las *précieuses* del siglo xvii o en el rey Luis II de Baviera y su fantástico castillo bávaro de Neuschwanstein¹³. En su onírica arquitectura Luis II había abandonado toda idea moderna de funcionalismo –el ataque al «ídolo de lo útil» es otro motivo schilleriano– y durante este proceso transformó toda su vida en un juego¹⁴. Trazando un arco desde Neuschwanstein a la «Nueva Babilonia» imaginada por Constant, cruzando el desierto del presente, las Internacionales Letrista y Situacionista propusieron a finales de la década de 1950 eficazmente un futuro en el que todo el mundo sería un Rey Loco. Esta sería la culminación de la «masificación» del *homo ludens*, tal y como Constant escribiría más adelante¹⁵.

Para Huizinga el juego y los juegos estaban íntimamente ligados a rituales «primitivos», incluyendo la creación consensuada de situaciones temporales no regidas por un comportamiento normal; el juego se distingue intrínsecamente de la vida cotidiana y contrasta netamente con la misma. Los situacionistas del entorno de Debord, por otra parte, no aceptaban esta oposición y sostenían que el juego libre estaba condenado a continuar siendo una ilusión en las presentes condiciones de la sociedad capitalista. Para que el *homo ludens* se convirtiera en una realidad histórica había que cambiar esas condiciones por medio de una auténtica revolución que transformaría la vida por completo. Roger Caillois puso gran cuidado a la hora de crear una clasificación de los juegos, diferenciando entre juegos de competición, de azar, de vértigo y de imitación¹⁶. Pero los situacionistas no se dieron por satisfechos con ampliar una o más de estas categorías y más que centrarse en los juegos establecidos intentaron liberar el *juego como tal*, con normas morales y, por lo tanto, no constreñido por lo establecido y las formalidades. Debord reivindicó orgullo-

¹² Allan Kaprow, «The Education of the Un-Artist, Part II», *Essays on the Blurring of Art and Life*, Berkeley, 1993, p. 121.

¹³ Véase Guy Debord y Gil Wolman, «Pourquoi le lettrisme?» y G. Debord, «L'architecture et le jeu», ambos en *Guy Debord présente Pollatch (1954-1957)*, Paris, 1996, pp. 179 y 157.

¹⁴ F. Schiller, *On the Aesthetic Education of Man*, cit., carta 2.

¹⁵ Nieuwenhuys Constant, «Definitie's [sic]», *New Babylon*, La Haya, 1974, p. 29.

¹⁶ Roger Caillois, *Man, Play and Games* [1958], Urbana/Chicago, 2001.

samente que la *deriva* anunciaba una cultura futura del juego libre, en la que el «elemento del juego» ya no estaba contenido en juegos definidos con sus reglas arbitrarias, sino que se apoderaría de la cultura, convirtiéndose en sus cimientos y siendo sus normas las de una vida libre.

Ante la retórica lúdica de los primeros años de la década de 1960, los situacionistas –firmemente controlados por la facción debordiana desde 1962– se fueron volviendo más y más recelosos del manifiesto placer de jugar, al mismo tiempo que sometían los posibles medios para llevar a cabo una transformación revolucionaria de la sociedad a un intenso escrutinio. ¿Contribuyeron realmente las *derivas* o las «situaciones construidas» como el laberinto proyectado para el Stedelijk Museum de Amsterdam a la creación de una nueva vida?¹⁷. ¿No se arriesgaban a convertirse en sustitutos de las metas cuyo alcance se posponía continuamente? *Le grand jeu* era, a fin de cuentas, historia en sí mismo, y el sujeto histórico «no puede ser más que la autoproducción de lo vivo: personas vivas volviéndose dueñas y poseedoras de su propio mundo histórico y de sus propias, y totalmente conscientes, aventuras»¹⁸. Como tal este *vivant* se convierte en el sujeto colectivo de la historia, la clase proletaria revolucionaria. La revolución habría de ser el movimiento decisivo en el juego dialéctico de la historia: un juego que afirma el tiempo, el tiempo histórico y sus «saltos cualitativos, sus decisiones irreversibles y sus oportunidades únicas en la vida»¹⁹.

Automatización para el pueblo

A diferencia del *grand jeu* de la historia, el peligro de los *happenings* y eventos particulares era que se arriesgaban a sugerir que la sociedad podía avanzar sin ningún esfuerzo hacia un estado lúdico, un triunfo del «instinto de juego» de Schiller en forma de un «arte de la vida» bucólico que no requeriría una revolución. En el seno de la primera Internacional Situacionista se fue haciendo progresivamente claro que la posición de Constant era similar. En 1959, calificaba a los situacionistas de «*explorateurs spécialisés du jeu et du loisir*» [exploradores especializados en el juego y el ocio] y en otro texto añadía: «la reducción del trabajo necesario para la producción, a través de la aplicación de la automatización, creará una necesidad de ocio, una diversidad de comportamientos y un cambio en la naturaleza de este último»²⁰. Si hasta ahora no había habido una base histórica para

¹⁷ Las negociaciones entre los Situacionistas y el museo Stedelijk fracasaron a principios de 1960.

¹⁸ G. Debord, *La société du spectacle* [1967], París, 1992, p. 70.

¹⁹ Internacional Situacionista, *La véritable scission dans l'Internationale* [1972], París, 1998, p. 47.

²⁰ N. Constant, «Le grand jeu à venir» [1957], en *Guy Debord présente Potlatch*, cit., p. 289; N. Constant, «Une autre ville pour une autre vie», *Internationale Situationniste* 3, diciembre de 1959, p. 39. El discurso posterior a la Segunda Guerra Mundial sobre la automatización había sido prefigurado a mediados del siglo XIX, cuando distintos autores prometían a sus lectores burgueses un luminoso futuro proletario libre, gracias a la tecnología.

plantear la imagen de un hombre libre que ya no tendría que luchar por su existencia, el desarrollo tecnológico crearía finalmente una cultura en la que «todo motivo para la agresión habría sido eliminado» y «la actividad se tornaría creación». Estos procesos necesitarían de la construcción de la «Nueva Babilonia», su gigantesca construcción utópica para un futuro *homo ludens* liberado de la necesidad de trabajar.

Aunque la Nueva Babilonia se desarrolló en un principio dentro de la Internacional Situacionista, hubo diferencias irreconciliables entre Constant y Debord, ya que el primero defendía una revolución exclusivamente cultural tomando como partida el completo triunfo del capitalismo. En cierta medida, el joven Debord compartía el entusiasmo de Constant por la automatización, sosteniendo en un texto de 1957 que la perspectiva situacionista del juego «está obviamente ligada al continuo y veloz incremento del tiempo libre resultante del nivel alcanzado por las fuerzas productivas de nuestra era»²¹. Pero en la década de 1960, en una conversación con *Socialisme ou Barbarie* y en particular con Daniel Blanchard, que escribía bajo el seudónimo de Pierre Canjuers, Debord criticaría lo que él percibía como una dependencia de las proyecciones de futuro de «la automatización realmente existente». Mientras que Constant y otros tendían a presentar la automatización como una liberación del trabajo, Debord y Canjuers sostenían que en la automatización los trabajadores son dominados por la maquinaria y que lo que se necesitaba era:

el desarrollo de nuevas tecnologías diseñadas para asegurar el dominio de los trabajadores sobre las máquinas. Esta transformación radical del significado del trabajo conduciría a una serie de consecuencias, la principal de las cuales sería indudablemente el desplazamiento del interés central de la vida del ocio pasivo al nuevo tipo de actividad productiva²².

No era por lo tanto una cuestión de dar por sentado el crecimiento del «ocio» y de llenarlo con juego, o de que «especialistas» situacionistas concibieran nuevas formas de que la gente pasara el tiempo.

Para Debord, el problema no era tanto que el trabajo hubiera de ser abolido en favor del juego, sino por el contrario que debía formar parte de un continuo de actividades humanas que asumirían la forma del juego. Aunque la transformación del trabajo «no significa que de la noche a la mañana todas las actividades productivas se vayan a convertir por sí mismas en algo tremendamente interesante», el objetivo debería de ser «trabajar para hacer que lo fueran, a través de la continua y general reconversión tanto de los fines como de los medios del trabajo industrial». En tal sociedad, «to-

²¹ G. Debord, «Rapport sur la construction des situations et sur les conditions de l'organisation et de l'action de la tendance Situationniste Internationale» (1957) en *Textes et documents situationnistes (1957-1960)*, París, 2004, p. 18.

²² G. Debord y P. Canjuers, «Preliminaries Toward Defining a Unitary Revolutionary Programme» (1960), *Situationist International Anthology*, Berkeley, 1981.

das las actividades tenderán a unir la vida anteriormente separada en ocio y trabajo en un flujo único pero infinitamente diversificado. La producción y el consumo se fundirán y serán reemplazados por el uso creativo de los bienes de la sociedad²³. Irónicamente, las últimas frases, que tratan de describir más una alternativa al capitalismo que una nueva fase en su desarrollo, son tal vez lo más cerca que Debord ha estado de describir lo que ha venido a denominarse posfordismo.

Hoy en día el juego se ha convertido en un componente clave del trabajo en las «industrias creativas». La publicidad de Googleplex, la sede de Google en California, hace hincapié en la presencia de mesas de ping-pong y otros elementos de «diversión». Las transformaciones fundamentales del capitalismo avanzado desde la década de 1960 parecen hacerse eco del giro lúdico del arte, cuando los avances que reconfiguraron el arte como actividad lúdica se integraron en la cultura popular en formas simplificadas y mercantilizadas. Finalmente, tal y como sostienen Luc Boltanski y Eve Chiapello, el énfasis en «la creatividad, la capacidad de reacción y la flexibilidad» se filtraron en los discursos empresariales de la década de 1990, a medida que el capitalismo se iba apropiando de distintos elementos radicales²⁴. No obstante, esto no significa que debemos condenar –a la manera de Peter Bürger– las neovanguardias en su totalidad. Una reciente «reinterpretación» de una pieza de Kaprow de la década de 1960 sugiere una explicación más compleja que la de la completa asimilación.

En la retrospectiva de Kaprow organizada por el Van Abbemuseum en 2007 un espacio contenía una nueva versión de la obra *Push and Pull. A Furniture comedy for Hans Hofmann* de 1963. La obra original, hecha para una exposición de antiguos alumnos de Hofmann, consistía en dos habitaciones amuebladas que los visitantes podían reorganizar. La nueva versión consistía en un espacio con grandes pelotas de colores sobre las que sentarse para ver los vídeos. Las pelotas rodaban a veces hacia el siguiente espacio, que recibía el nombre de «agencia para la Acción». Se trataba de una oficina en la que uno podía encontrar, por ejemplo, instrucciones fotocopiadas para realizar *happenings*. Con su apariencia neutra de oficina y su aura de estética administrativa, con su guiño a Googleplex al usar los balones de colores, este espacio resultaba particularmente inapropiado y discordante. Pero quizá esta versión prácticamente empresarial de la obra de Kaprow sea una apropiada actualización de la misma, que tiene en cuenta tanto la importancia histórica ya pasada de moda y el potencial histórico que todavía contiene, encapsulado en las instrucciones para realizar *happenings* y apuntando indirectamente hacia un juego libre que se encuentra lejos de agotar sus posibilidades en cualquier materialización.

²³ *Ibid.*

²⁴ Luc Boltanski y Eve Chiapello, *The New Spirit of Capitalism*, Londres y Nueva York, 2005, pp. 3-101 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 13», Ediciones Akal, 2003].

Controladores de juegos

Como entorno de trabajo casi lúdico, Googleplex ejemplifica la integración contemporánea del juego en las «máquinas algorítmicas», una integración que va más allá de los videojuegos²⁵. El juego se convierte en juego reglado; la «teoría de juegos» elaborada después de la Segunda Guerra Mundial, relacionada con la cibernética y la investigación militar, ha vencido al neovanguardista «juego libre», aunque a veces la «teoría de juegos» se disfraza de «juego libre». A finales de la década de 1940 y durante la de 1950 teóricos de la cibernética como Norbert Wiener no solo analizaron la comunicación entre humanos, entre máquinas y entre humanos y máquinas como procesos fundamentalmente homólogos, sino que también plantearon la comunicación como una forma de control y viceversa²⁶. No es una simple coincidencia que la teoría de juegos moderna se haya formalizado en el contexto de la investigación cibernética. Si bien los situacionistas reivindicaban nuevas formas de juego que no pudieran ser contenidas en ningún conjunto fijo de reglas, la teoría de juegos dependía enormemente de éstas así como de las permutaciones de un limitado grupo de opciones y del análisis y desarrollo de estrategias tributarias de la retroalimentación verificada en este campo circunscrito, la cual se producía por morde las iniciativas tomadas por un oponente que podía ser humano o no. Wiener observó que «existen agencias públicas decididas a aplicarla (la teoría de juegos) con fines ofensivos y defensivos militares o cuasi militares»²⁷. El desarrollo de simuladores de vuelo y combate se convertiría en un elemento clave de este proyecto, cuyos derivados «civiles» contribuirían a transformar la tecnología y la cultura.

Constant, que había leído a Wiener, definía el ordenador como el «esclavo» de la nueva sociedad. En 1968 una maqueta final de la Nueva Babilonia incluía luces intermitentes y altavoces, que si bien tenían que ser operados manualmente, sugerían un entorno definido por la interacción entre humanos y la más moderna tecnología. Dos años antes se había creado en Rotterdam un «espacio de prueba» a tamaño real de la Nueva Babilonia con habitaciones que incluían un espacio para gatear, un «sonorium», un gran andamiaje de metal, un laberinto de puertas (adaptación de la idea de los situacionistas para el Stedelijk Museum en 1959) y un «odoratorium». Constant y su equipo, preocupados por conocer las impresiones de la gente sobre su trabajo, pusieron a disposición del público una pared en la que se podían escribir comentarios y una mesa con cuestionarios y teléfonos que podían grabar comentarios hablados. En este entorno realmente tecnocrático el juego era una cuestión de planificación. Cuando en 1973 Constant recordaba su experimento, enfatizaba la necesidad de ofrecerle

²⁵ Alexander Galloway, *Gaming Essays on Algorithmic Culture*, Minneapolis, 2006.

²⁶ Véase, por ejemplo, Norbert Wiener, *The Human Use of Human Beings. Cybernetics and Society*, Boston, 1950, pp. 16-18.

²⁷ *Ibid.*, p. 181.

algo que hacer al sujeto del futuro desligado del trabajo, que únicamente podía ser la exploración de un entorno dinámico y en perpetuo cambio. Al final, la versión despolitizada del juego situacionista de Constant fracasó frente al control cibernético²⁸.

La segunda mitad de la década de 1960 trajo consigo una creciente oposición a la cibernética como discurso dominante, aunque el carácter a largo plazo de gran parte de los grandes proyectos de «arte y tecnología» inspirados por la cibernética hizo que acabaran por concretarse en torno a 1970-1971, cuando el clima cultural les era hostil²⁹. En 1964 y 1965 Debord y los situacionistas lanzaron una campaña contra el cibernético Abraham A. Moles, que representaba todo aquello contra lo que había que luchar: una cultura de especialistas del control, que ajustaban y perfeccionaban el sistema mediante una interactividad organizada³⁰. Aunque Constant y los situacionistas escandinavos expulsados eran partidarios de la evolución, su enfoque corría el riesgo de ser cómplice de la cibernética empresarial y fue por ello por lo que Debord impulsó la idea de un salto revolucionario que trascendiera el sistema actual, una iniciativa no contemplada dentro del juego, sino completamente fuera del campo de juego, fuera del tablero.

Inspirándose en Foucault, y desviándose de su camino, Deleuze comparó célebremente las «sociedades disciplinarias» del siglo XIX y de principios del siglo XX con la formación más reciente que denominó –partiendo de Burroughs– «la sociedad de control». En dicha sociedad, que depende decisivamente de la tecnología de la información, la automatización más que simplemente haber abolido el trabajo lo ha transformado. Jugamos mientras trabajamos y viceversa. Si la relación entre juego y disciplina es de latente o activo antagonismo, el juego y el control se alían con facilidad. El juego exige una participación activa, no la sumisión pasiva; se nos requiere constantemente que interactuemos, que nos impliquemos, en la política y en las tiendas *online*, en los museos y en el puesto de trabajo. La teoría de juegos se ha recubierto a sí misma de la retórica del juego libre, prometiendo el liberado tiempo de juego en la interacción de los juegos cibernéticos.

A pesar de que ya hace mucho tiempo que el discurso de la cibernética se ha visto relegado al olvido, la sociedad de control contemporánea es cibernética en acción. No es la teoría y la praxis del juego situacionista la que ha modelado la sociedad, sino la teoría de juegos que se desarrolló en el campo de la cibernética. Esta había estado vinculada desde un principio a

²⁸ Mark Wigley, *Constant's New Babylon. The Hyper-Architecture of Desire*, Rotterdam, 1998, pp. 63-65.

²⁹ Véanse dos reseñas altamente críticas en *Artforum* de la exposición de 1971 *Art & Technology* en el Los Angeles County Museum of Art, «Corporate Art» de Jack Burnham y la mordaz «The Multimillion Dollar Art Boondoggle» de Max Kozloff en *Artforum* X, nº 2, Octubre de 1971, pp. 66-76.

³⁰ Véase *inter alia* «Correspondance avec un cybernéticien», en *Internationale Situationniste* 9, agosto de 1964, pp. 44-48.

cuestiones de estrategia militar y a los avances de la tecnología que ofrecía nuevas formas de simular o jugar conflictos militares. Por ejemplo, el Cathode Ray Tube Amusement Device [Aparato recreativo de tubo de rayos catódicos], un primer precursor del videojuego patentado en 1948, simulaba ataques con misiles y se basaba en las pantallas de radares de la Segunda Guerra Mundial. El nexo entre juego y guerra continuó siendo una característica constante a medida que la popularidad del videojuego fue creciendo exponencialmente, y se vio todavía más fortalecida por la expansión del uso doméstico de los ordenadores y de los grandes avances en el potencia de procesamiento. Ahora los límites entre el comportamiento en la guerra y los juegos de rol se van difuminando progresivamente. Los aviones no tripulados que atacan pequeñas poblaciones en Yemen, Pakistán y otras partes se controlan con un *joystick* desde búnkeres muy lejanos al campo de batalla, que para parte de los combatientes solamente existe como imágenes digitales. En la videoproyección de dos canales *Immersion* de 2009, Harun Farocki explora estas conexiones, investigando el software que permite revivir los sucesos de combate a los soldados estadounidenses traumatizados: la simulación de la guerra sirve tanto para el entrenamiento como para la terapia.

No es solamente crucial ir más allá de los análisis de los «juegos realmente existentes» que afirman su horizonte; es igualmente importante ir más allá de las celebraciones abstractas de lo lúdico. Al contrario de lo que afirmaba Constant, el juego no es progresista *per se*, ni mucho menos revolucionario. Existen demasiados «*explorateurs spécialisés du jeu et des loisirs*». Hay también demasiadas personas y productos denominados «*game changers*» [innovadores], aunque ese devaluado término sugiera lo que se necesita y lo que su uso y abuso parece diseñado a evitar. ¿Cómo se pueden sacar a relucir los antagonismos tan bien manejados por los juegos de control, con sus continuas adaptaciones y ajustes? ¿Cómo desbaratar «el nexo entre participación y control» que, tal y como sostiene Marina Vishmidt, «se extiende en la naturaleza del trabajo contemporáneo, transformado por décadas de liberalización y flexibilización de horarios, sin mencionar el avance hegemónico de las “industrias creativas” en un panorama en el que la participación y la explotación no se pueden separar práctica ni teóricamente?». Vishmidt señala que

el aumento del empleo autónomo y de los contratos por obra en los escalones más bajos del sector servicios [...] asegura que la explotación se fragmente e individualice tanto como las propias condiciones de trabajo y que el antagonismo entre las metas de los trabajadores y el capital se convierta en algo tremendamente abstracto, disolviéndose en la pérdida absoluta de sentido³¹.

Si bien la crítica materialista es justamente sospechosa de muchas de las afirmaciones efectuadas sobre el capitalismo contemporáneo camuflado

³¹ Marina Vishmidt, «Once Again on the Idea of Systems», conferencia pronunciada en la Künstlerhaus Stuttgart el 22 de mayo de 2009.

bajo nombres como posfordismo o trabajo inmaterial, tanto en su versión festiva como crítica, sería un error desdeñarla como una mera ilusión. Es relativamente fácil minimizar las afirmaciones realizadas sobre la importancia de la creatividad y del juego en la producción posfordista, pero tales constructos ideológicos existen en una compleja relación con las cambiantes condiciones económicas y sociales. Un spot televisivo de un operador de teléfono e Internet alemán muestra a trabajadores de oficina y directivos escapándose del lugar de trabajo y disfrutando de unas vacaciones al aire libre, gracias a que pueden acceder a su correo electrónico sin ningún problema. El mensaje está claro: el trabajo se convierte en juego. ¿O es al revés? El «tiempo libre» u ocio siempre había estado dedicado a que los trabajadores recuperaran fuerzas o se mantuvieran en forma. Ahora, a medida que los límites se van difuminando, la gente navega por Internet en la oficina y trabaja a «su ritmo», integrándose completa y más pacíficamente que nunca en roles hechos a su medida, en los que posibilidades interactivas abiertas enmascaran una dirección general predeterminada.

Mientras que el número de puestos de trabajo en la industria decrece en Occidente, nociones ideológicas como la de la «industria creativa» sugieren la posibilidad de una nueva ola de acumulación; pero tal y como defiende Gopal Balakrishnan, es posible que presenciemos una redistribución neoliberal de la riqueza de quienes menos tienen a quienes más poseen en una economía progresivamente estacionaria³². En este contexto, el discurso de la creatividad y de lo lúdico legitima desigualdades salariales sin precedente entre los más desfavorecidos y los más exitosos «jugadores» globales, cuyas rentas y bonos supuestamente reflejan sus habilidades únicas y extremadamente originales. Por otro lado, existe un ejército de «trabajadores creativos» en la reserva que viven con una menor seguridad y, en la mayoría de los casos, con un menor salario que los trabajadores tradicionales. Son la vanguardia de la autoexploración, el brazo de la balanza mal pagado que contrarresta a los pocos que cobran sueldos excesivos. Debido a que la importancia que se le concede a la creatividad y a lo lúdico es la herramienta perfecta para legitimar una muy creciente desigualdad en una economía estacionaria o en proceso de contracción, no deberíamos esperar que los trastornos recientes señalen el final de tal discurso.

El juego de la historia

El juego ha llegado al presente; pero, ¿qué clase de juego y al presente de quién? A pesar de sus diferencias, Constant y Debord estaban de acuerdo en que era necesaria una concepción y una práctica de la historia diferentes. La clase dirigente no debería ya imponer la historia a la mayoría de la gente; más bien, la vida debería convertirse en historia. Tal y como expre-

³² Gopal Balakrishnan, «Speculations on the Stationary State», *NLR* 59, septiembre-octubre 2009 [ed. cast. «Especulaciones sobre el estado estacionario», *NLR* 59, noviembre-diciembre 2009].

saba Debord, la «autoproducción del vivir» era el proceso mediante el cual «la gente se convertiría en dueña y señora de su propio mundo histórico», consciente del juego histórico. De un modo más utópico, Constant señalaba algo similar: la vida ha de convertirse en una serie de actos lúdicos que generarán otros actos³³. Libre de las constricciones de las normas convencionales y del racionado salario de supervivencia, el juego —en su calidad de «arte de la vida» por excelencia— se convierte en historia viva.

La estrategia llegó a jugar un papel progresivamente prominente en la vida y obra de Debord, quien en 1974 planteó que los teóricos importantes ya no eran fundamentalmente Hegel, Marx y Lautréamont, sino Tucídides, Maquiavelo y Clausewitz³⁴. Este giro estratégico se manifestó en su Juego de Guerra, creado originalmente a finales de la década de 1960 y fabricado en una edición limitada una década más tarde. Este juego apareció en una época en la que los videojuegos estaban realizando serias incursiones en la cultura popular, definiendo incluso la estructura de las grandes películas comerciales. Pero más que analizar el giro cibernético del espectáculo, Debord fabricó un desafiante y anacrónico juego de mesa. A pesar de las transformaciones fundamentales de la guerra en el siglo xx, el Juego de Guerra de Debord tiene sus orígenes en el tablero de *Kriegsspiel* fabricado por el oficial prusiano Georg Leopold von Reisswitz en 1812; Debord sostuvo en otra sede que su juego reflejaba en última instancia la guerra prenapoleónica del siglo xviii³⁵. Jugar al Juego de Guerra es una experiencia extraña. Al no tratarse de un juego de mesa particularmente entretenido, se convierte en un juego histórico de una manera diferente. Si no lo percibimos meramente como un síntoma de retirada, como una huida de la historia a través del historicismo, diríamos que funciona de una manera diferente a los juegos «normales» de éxito. Revisar movimientos y estrategias en un marco arcaico se convierte en un juego con la historia.

Los grupos Class Wargames y Radical Software han creado sus propias versiones del juego y organizado partidas públicas. En una película disponible en Internet sobre el Juego de Guerra, Class Wargames expone que «el juego de guerra es la manifestación lúdica de la guerra de clases». Imitando el reclamo de los spots publicitarios y de los anuncios, la voz en *off* exhorta al espectador a «ser como Napoleón» y afirma que cada jugador del Juego de Guerra debería de estudiar la estrategia que Federico el Grande empleó durante la Guerra de los Siete Años, revistiendo una gran importancia para las luchas en la «sociedad de la información» la relevancia que el monarca otorgó al mantenimiento de buenas líneas de comunicación». De hecho, la importancia que Debord concedía a éstas puede leerse como el inconfundible y actualizado elemento «cibernético» del juego.

³³ Véase J. L. Locher, «Inleidings», *New Babylon*, cit.

³⁴ G. Debord, carta a Eduardo Rothc, 21 de febrero de 1974, *Correspondance*, vol. 5, París, 2005, p. 127.

³⁵ G. Debord, carta a Gérard Lebovici, 24 de mayo de 1976, *Correspondance*, cit., p. 351.

Pero quizá los anticuados elementos que Debord introduce en la sociedad cibernética del control sean más valiosos que el ingrediente «contemporáneo». La versión digital del juego creada por el Radical Software Group enfatiza su alteridad, pues claramente no podría ser más diferente tanto de los juegos de tiro o, tal y como señala Alexander Galloway miembro del mismo, de los «juegos de estrategia en tiempo real» y de los «videojuegos de enjambre»³⁶. Con sus múltiples actores y su multiplicidad de acontecimientos desarrollándose en tiempo real, esos juegos no podrían distar más de las secuencias de corte ajedrecístico del juego de Debord, que se desarrollan en una temporalidad abstracta y regidas por dos comandantes que van cambiando de sitio las tropas de la historia. En una época de multitudes en enjambre y de una búsqueda de nuevas formas de acción política, este tipo de juego parece irrelevante y, sin embargo, el interés en el juego de guerra de Debord ha sido importante en los últimos años.

El motivo de ello radica parcialmente en que jugar a este anacrónico juego de estrategia sugiere que los propios anacronismos pueden contener un potencial estratégico. Si el objetivo consiste en ir más allá del presente, en crear una serie de acontecimientos cuya lógica rompa el horizonte de la situación social actual, entonces las intervenciones anacrónicas en el presente son vitales. Bajo este punto de vista, la historia de las luchas tras 1968 ha estado marcada por la búsqueda de anacronismos más precisos y más agudos, en pro de iniciativas que puedan tener un efecto real, por muy marginal o impredecible que este resulte, en el juego multiactoral de la historia.

³⁶ A. Galloway, conferencia en Mediamatic, Ámsterdam, 25 de octubre de 2007.



M.^a Ángeles Cea D'Ancona
Miguel S. Valles Martínez

Xenofobias y xenofilias en clave biográfica

SIGLO
XXI



ISBN: 978-84-323-1450-6
640 páginas

Xenofobias y xenofilias en clave biográfica

María Ángeles Cea D'Ancona y Miguel S. Valles Martínez consiguen, con la lectura de su texto, que avancemos en la comprensión de una realidad en la que todos somos protagonistas: la convivencia entre autóctonos y foráneos. Para ello, aportan materiales complementarios a los datos de encuestas, estadísticas, noticias e imágenes sobre la inmigración en la España de comienzos del siglo XXI: entrevistas individuales de corte biográfico acerca de la emigración española de ayer y las formas de ser extranjero e inmigrante en la España actual. Éstas, desde las perspectivas de diferentes generaciones de españoles y de inmigrantes, ofrecen un panorama insólito de esta realidad.

SOBRE LAS CONTRADICCIONES DE MAO*

La aparición de China como el motor económico mundial ha desplazado hacia el este el centro del mercado global. Los índices de crecimiento de la República Popular China son la envidia de las élites de todas partes, sus productos circulan incluso por el más pequeño de los mercados callejeros andinos, sus dirigentes son cortejados por gobiernos fuertes y débiles. Estos acontecimientos han desencadenado una interminable discusión sobre el país y su futuro. Las corrientes dominantes en los medios de comunicación se preocupan principalmente por el grado en que Pekín está atendiendo a las necesidades económicas de Washington, mientras que los miembros de los *think tanks* se preocupan porque China, tarde o temprano, prepare un desafío sistemático a la sabiduría política de Occidente. Mientras tanto, el debate académico normalmente se centra en la naturaleza y la mecánica exactas del capitalismo contemporáneo en China. Los optimistas del intelecto sostienen que su esencia está determinada por el continuado ejercicio del poder por el persistente Partido Comunista de China y consideran el giro hacia el mercado de China como una versión de la Nueva Política Económica de los bolcheviques; en momentos de mayor delirio, sostienen que los dirigentes chinos utilizarán su nueva fuerza económica para construir un socialismo más puro que el de cualquier intento anterior, basado en el desarrollo adecuado de las fuerzas productivas y no en las comunas de poca monta del pasado. Otros, por el contrario, sostienen que un nombre más acertado para el partido gobernante no necesitaría siquiera del cambio de siglas: comunista puede reemplazarse fácilmente por capitalista. Una tercera perspectiva insiste en que el futuro chino simplemente es imprevisible; es demasiado pronto para pronosticarlo con alguna certeza.

Mientras tanto también se producen enconados debates sobre el pasado revolucionario del país. China no ha sido la excepción a una tendencia más amplia que acompañó a la victoria global del sistema estadounidense, a tenor de la cual las historias eran rescritas, la monarquía y la religión se contemplaban una vez más de forma positiva y cualquier idea sobre un cam-

* Rebecca E. Karl, *Mao Zedong and China in the Twentieth-Century World*, Duke University Press, Durham, 2010, 216 pp.

bio radical era despreciada por completo. Mao Zedong ha sido parte central de este proceso. En la propia República Popular China la escuela de los tabloides ha producido libros de memorias, suministradas por doctores, secretarios, etc., de Mao; todos ellos muy en la tradición china de la «historia salvaje», del chismorreo, como también se la conoce. En Occidente, Jung Chang y Jon Halliday –la primera una guardia roja cuyos padres comunistas lo pasaron mal durante la Revolución Cultural, el segundo un antiguo y ciego defensor del pensamiento de Kim Il Sung– salieron a la palestra hace cinco años con *Mao. The Unknown Story*. Este trabajo se centraba en las notorias imperfecciones (políticas y sexuales) de Mao, exagerándolas hasta alturas fantásticas y proponiendo criterios morales para dirigentes políticos que los autores nunca aplicarían a un Roosevelt o un Kennedy. El resultado de diez años de investigación financiada, por un enorme anticipo de la operación anglo-estadounidense de Bertelsmann, es este tendencioso y en parte fabricado relato, presentado por los conglomerados editoriales y mediáticos de todo el mundo como una obra de inigualable erudición; *The Guardian* la promocionó por todo lo alto como «el libro que conmocionó al mundo». La obra, que retrata al Gran Timonel como un monstruo peor que Hitler, Stalin o cualquier otro, fue proyectada para acabar con Mao de una vez por todas.

Sin embargo, los estudiosos se mostraron en general despectivos con el culebrón de Chang-Halliday. Una parte de su contenido había sido escrito por lo menos dos décadas antes y muchas de sus «desconocidas» revelaciones, cuando no se basaban por completo en chismorreos, tampoco estaban documentadas ni comprobadas. Gran parte del material fue obtenido de los archivos de los oponentes de Mao en Taiwán y Moscú, y por ello resulta difícil tomarlo en serio. Lo mismo sucede con la utilización de entrevistas a celebridades con un limitado conocimiento de Mao y todavía menor de China, siendo Lech Walesa uno de los muchos entrevistados. Irónicamente, el estilo sensacionalista, de denuncia, recuerda el lenguaje que el propio Mao desplegó contra sus oponentes durante la Revolución Cultural. Después han llegado nuevas contribuciones a la literatura de la demonización, incluyendo *Mao's Great Famine* (2010) de Frank Dikötter. El mejor antídoto hasta la fecha es una colección editada por Gregor Benton y Lin Chun, *Was Mao Really a Monster?* (2010), que reúne medidas respuestas de reconocidos intelectuales de Estados Unidos, Gran Bretaña y China.

¿Y el propio Mao? Sus imágenes están en venta, son populares en China y no solo entre los turistas; sus ideas sobre la guerra prolongada se utilizan frecuentemente en el «marketing de guerrillas». Su destino, como el del Che, parece ser ahora el de una preciada mercancía; todo lo que falta es un equivalente chino de los *Diarios de motocicleta*. (Quizá sin que nosotros lo sepamos, Zhang Yimou está trabajando en *El nadador pensativo*). La nueva e importante biografía de Rebecca Karl intenta contextualizar a Mao dentro de la historia de su tiempo, pretendiendo restaurar un cierto grado de cordura en la discusión sobre su vida y su papel, con todos sus defectos, como el padre de la China moderna; y simultáneamente también

pretende rescatar la historia de la Revolución china de sus detractores en Occidente y en su propio país. Su modelo es la condensada biografía intelectual de Lenin, como teórico y hombre de acción, que realizó Luckács. El relato erudito y ameno de Karl está lejos de ser acrítico, pero ella insiste en que el ascenso de Mao, del maoísmo y del «pensamiento Mao Zedong» no puede entenderse sin tener en cuenta el mundo del siglo xx en que aparecieron y sin tomar en cuenta el papel desempeñado por los imperialismos que presidieron el destino de China durante la primera mitad del mismo. Presentar a Mao como un monstruo sin raíces o un amoral patán del campo es una grotesca distorsión de la historia china. Karl refleja el triunfo del maoísmo y discute sus repercusiones con una claridad meridiana, basada en una investigación meticulosa y en la obstinación de los hechos. Ninguna reescritura de la historia los hará desaparecer.

Hijo de un campesino acaudalado de la provincia de Hunan, posteriormente el lugar de su célebre investigación sobre el movimiento campesino local. Mao y sus dos hermanos más jóvenes probaron el sabor de la vida de los campesinos mientras transportaban estiércol para abonar los campos de arroz de su padre. El padre era un grosero semianalfabeto por el que Mao, desde una edad temprana, no sentía ni agrado ni respeto. Su madre, de un carácter muy diferente, era una mujer decidida que inculcó a sus tres hijos la idea de mejorar el mundo por medio de la acción. Solamente Mao fue enviado a la escuela, donde se empapó de los clásicos confucianos aprendiéndolos de memoria, un sistema educativo común en muchas partes de Asia entonces e incluso ahora. Pero no fue hasta mediados de 1911, año en que se trasladó a Changsha, la capital de la provincia, cuando su pueblerina visión del mundo empezó a cambiar.

La Revolución de octubre de 1911 destronó a la dinastía Manchú, y Sun Yat-sen proclamó la república en China. Pero el país permanecía fragmentado; fuera de las grandes ciudades, los señores de la guerra dominaban el panorama. A finales de 1916 la tentativa de Yuan Shikai de auparse al trono y disolver la república fue derrotada. El efecto sobre los intelectuales y los estudiantes fue electrizante, radicalizando a muchos y a Mao entre ellos. En la Cuarta Escuela Provincial, un instituto para formación de maestros, fue donde por primera vez encontró a intelectuales que estaban relacionados con las filosofías políticas occidentales. La Nueva Sociedad de Estudios del Pueblo amplió su universo intelectual y su círculo de amigos, muchos de los cuales se convertirían más tarde en militantes del Partido Comunista de China. Teniendo ya un amplio conocimiento de los clásicos chinos, especialmente los novelistas y poetas, Mao se dirigió hacia el liberalismo a través de la filosofía occidental. Estuvo muy influenciado por su profesor favorito, Yang Changji, un graduado en filosofía en Edimburgo que posteriormente había estudiado a Kant en Heidelberg. Cuando Mao se graduó en 1918, Yang había recibido la oferta de una cátedra de filosofía en Beida (la universidad de Pekín). Se llevó con él a Mao. La agitación intelectual que se había apoderado del país desde 1911 había dado pocas muestras de calmarse; las disputas entre diferentes corrientes filosóficas dominaban la vida cultural de las

ciudades. Cai Hesen, un amigo íntimo de Mao, había acabado en París desde donde mandaba largas cartas describiendo el impacto en Europa de la Revolución rusa, subrayando los vínculos entre teoría y práctica, textos que contribuyeron a la radicalización de Mao.

Mao consiguió un empleo en la biblioteca de Beida. Aquí conoció a los profesores Chen Duxiu y Li Dazhao, los editores de *Nueva Juventud*, una publicación literario-filosófica ampliamente leída que defendía la ciencia, la democracia y el internacionalismo mientras sistemáticamente realizaba una severa crítica de las ideas confucianas y de la servidumbre que alentaban. Los dos hombres habían traducido al chino algunos de los escritos de Lenin y Kautsky y estaban avanzando claramente en una dirección radical. La publicación defendía a los bolcheviques y los comparaba favorablemente con algunos de los revolucionarios republicanos locales de 1911. Aquí fue donde Mao publicó en 1917 su primer texto sobre la importancia de la educación física, y fue a través de los círculos de estudio de Chen y Li como se hizo comunista. A pesar de los esfuerzos de Mao por impresionarles, según Karl, «la única persona en la que causó una profunda impresión fue en la hija del profesor Yang, Yang Kaihui, que más tarde se convirtió en su primera mujer y madre de varios de sus hijos». También fue aquí donde Mao desarrolló su característico estilo literario, a menudo conciso y agudo, algunas veces lírico, que tendría un profundo impacto en las luchas que luego protagonizaría. Aunque mucho más poético que Lenin, el talento de Mao como ensayista y panfletista era similar al del líder bolchevique.

Mao ya no estaba en Pekín cuando en 1919 comenzó el movimiento del 4 de Mayo. A principios de aquél año su madre había enfermado gravemente y había regresado a Changsha. Aquí obtuvo empleo como maestro y creó la *Revista del Río Xiang*, inconfundiblemente modelada sobre *Nueva Juventud*. Su tono era marcadamente antiimperialista. Se mostraba crítica con los débiles dirigentes del país y sus mordaces polémicas a menudo daban en el blanco provocando el cierre de la revista por parte del hombre fuerte de la provincia. Karl señala que los comentarios más llamativos que realizó para la *Revista* se referían al suicidio de una mujer de la zona, la señorita Zhao, en protesta contra un matrimonio forzoso. Mao describía la condición de la mujer en la sociedad como de «violación diaria», defendía su emancipación y sostenía que sólo se podía producir después de una remodelación total de la sociedad china; una perspectiva que compartía Lu Xun que, respondiendo a la tormenta causada por la puesta en escena en Shangai de la obra de Ibsen *Casa de muñecas*, planteaba la pregunta: si una Nora china tuviera que abandonar el hogar, ¿dónde encontraría refugio?

En julio de 1921, sin que nadie más que los implicados lo supieran, se creó en Shangái el Partido Comunista chino, una fusión de las células que existían en diferentes partes del país; doce delegados representaban a cincuenta y siete comunistas. Chen Duxiu y Li Dazhao no pudieron asistir, pero fueron citados como cofundadores. Mao representaba a la minúscula célula de Hunan que incluía a su mujer. El miembro de la Comintern que

asistió y les aconsejó fue Henk Sneevliet, conocido por el seudónimo de Maring, un comprometido comunista holandés que había desempeñado un importante papel en la organización de los sindicatos en Holanda y que en 1912 se había trasladado a las Indias holandesas asistiendo a la creación de lo que más tarde sería el Partido Comunista de Indonesia. La fundación del Partido Comunista de China en Shanghái tuvo poco impacto inmediato, pero los camaradas regresaron a sus lugares determinados a reclutar trabajadores e intelectuales para el nuevo partido. Mao se consideraba ahora como un revolucionario profesional, un soldado raso al servicio del Partido y de la revolución.

El siguiente año y medio lo pasó realizando actividades sindicales entre los mineros del carbón, los ferroviarios y los trabajadores de artes gráficas en Hunan, antes de ser convocado en Shanghái para unirse al Comité Central del Partido. En 1924, la Comintern –ignorando a la propia dirección del Partido– ordenó al Partido Comunista de China unirse al KMT de Sun Yat-sen. Mao fue enviado a Cantón para trabajar con los nacionalistas, abandonando a su mujer y a dos hijos pequeños en Changsha. Los ruegos de ésta fueron en vano. Mao dejó a su mujer una carta en verso:

Diciendo adiós, me embarco en mi viaje.
 Las desoladas miradas que cruzamos empeoran las cosas...
 De aquí en adelante donde quiera que vaya estaré solo,
 te ruego que cortes las enredadas ataduras de la emoción.
 Soy un viajero sin raíces
 y no tengo nada más que ver con el susurro de los amantes.

Karl se muestra perspicaz sobre la disyuntiva entre la teoría comunista y la práctica de la cuestión de la mujer. Aunque el programa del Partido Comunista de China defendía la liberación de la mujer, una vez dentro del Partido se las destinaba mayoritariamente a tareas menores y maternas. Para muchos el Partido se convirtió en el sustituto de la familia. La familia de Yang estaba radicalizada, pero la mayor parte de las mujeres que se unieron al Partido Comunista de China «fueron formalmente desheredadas por sus familias». Esto hizo más graves las decepciones dentro del Partido. China no era especial en este aspecto: una situación similar existía en Europa y en otros lugares.

En 1925 el estallido de pequeños levantamientos campesinos y una gran oleada de huelgas en las ciudades colocó a los comunistas chinos frente a una elección inmediata: luchar solos y ofrecer un liderazgo político creíble a la nueva oleada de luchas, o domeñarlas continuando el trabajo dentro y bajo el «ala izquierda» del KMT. En esta etapa la Comintern había insistido en que los comunistas subordinaran estrechos intereses de clase a favor de un frente unido con el KMT contra los señores de la guerra, el bandolerismo y en defensa de la democracia burguesa. Borodin, un alto agente de la Comintern (cuyo carácter queda bien reflejado en *Los conquistadores* de André Malraux) había dicho medio en broma a los dirigentes del Partido Co-

comunista de China que se vieran a sí mismos como «mozos» al servicio de la burguesía nacional. Moscú aportó dinero y estableció lazos militares con los nacionalistas, un rumbo que se iba a mostrar desastrosamente equivocado cuando el KMT se volvió en contra de sus aliados comunistas en 1927.

Aceptando la estrategia de la Comintern, Chen Duxiu, el secretario general del Partido, actuó en contra de sus propios instintos políticos. No tenía la confianza en sí mismo o la fortaleza política para oponerse a Moscú, escribiendo más tarde sobre su propia debilidad: «Yo, que no tenía firmeza de carácter, no podía mantener con insistencia mi propuesta. Respeté la disciplina internacional y a la mayoría del Comité Central». ¿Podía algún otro dirigente haber actuado de manera diferente? La tragedia del nacimiento del Partido Comunista de China fue que nunca tuvo el tiempo necesario para desarrollar su propia política, en un momento crítico para la historia del país. Incluso antes de que la Tercera Internacional —creada en Moscú en 1919, en contra de la opinión de la clarividente Rosa Luxemburg— se viera transformada en un burdo instrumento de la política exterior soviética, ya estaba fuertemente dominada por los victoriosos bolcheviques. Pero el prestigio internacional del que disfrutaban entre los oprimidos no podía sustituir a su conocimiento superficial de Asia. Tristemente, gran parte de lo que escribieron y dijeron fue recibido con una reverencial deferencia, a pesar de la situación concreta de los diferentes países.

Más tarde, y en relación con la debacle china de 1927, Trotsky describiría a la Tercera Internacional como la «primera burocracia de la revolución, que se eleva a sí misma por encima de los pueblos sublevados y lleva a cabo su propia política “revolucionaria” en vez de la política de la revolución». Que la Revolución china de 1925-1927 hubiera podido tener éxito sin la interferencia de la Comintern sigue siendo una interesante hipótesis. De haberlo hecho, el país habría estado unido contra el imperialismo japonés, lo que hubiera hecho más difícil, si no imposible, sostener la ocupación japonesa. Esto hubiera tenido consecuencias de largo alcance no solo para el lejano Oriente.

Las masacres de Shanghái de 1927, instigadas por el nuevo líder supremo del KMT, Chiang Kai-shek, condujeron a la liquidación virtual de los comunistas locales y de los sindicatos afines de la ciudad. Política y militarmente desarmado por la Comintern y por su propia debilidad, el Partido Comunista de China se vio empujado a un repentino cambio de marcha por Moscú, ansioso por salvar la situación en parte por razones internas. La cuestión china se había mezclado en las luchas de facciones que enfrentaban a Stalin/Bujarin con Trotsky y la Oposición de Izquierdas y Stalin necesitaba desesperadamente una victoria. Pero las insurrecciones que siguieron en Cantón y Changsha fueron fácilmente aplastadas por un KMT unido; realmente, las espantosas brutalidades cometidas en la capital de Hunan fueron perpetradas por el «ala izquierda» nacionalista. La derrota del Partido Comunista de China fue total. Moscú ordenó otro cambio de liderazgo. Chen Duxiu ya había sido destituido. Su sucesor, Li Lisan, fue de-

sechado a favor del títere de Moscú, Wang Ming. Duró cuatro años. El resultado total de la política de la Comintern desde 1922 está claro: desde 1927-1932, como Liu Shaoqi informó al congreso del Partido en 1945, los revolucionarios habían perdido más del 90 por 100 de sus militantes.

Como señala Karl, «desde la muy sombría perspectiva de 1927, todo parecía perdido». Por ello, ¿cómo consiguió el Partido Comunista de China, fustigado por sucesivas derrotas y al borde de la extinción, tener éxito en liberar a todo el país, unirlo por primera vez en siglo y medio, y transformar su estructura económica y social en poco más de veinte años? La victoria comunista de 1949 fue el resultado de políticas militares y sociales que fueron puestas en marcha después de las derrotas de la década de 1920, y que marcaron una clara ruptura con prácticas pasadas. Karl describe la huida de los cuadros comunistas del terror blanco de Chiang en 1927 y las experiencias de Mao a partir de entonces en rechazar a los ejércitos del KMT mediante la guerra de guerrillas. En 1930, después de meses de un duro y combativo viaje, el embrionario Ejército Rojo se estableció en Jiangxi, formando lo que se llamó el Soviet de Jiangxi. Aquí el Partido Comunista de China desarrolló campañas de alfabetización entre los campesinos y les alentó para reorganizar sus pueblos y para que ellos mismos redistribuyeran la tierra. La política del Partido tenía que estar enraizada en «un meticuloso análisis de los ritmos y las estructuras de la vida diaria de los campesinos», en palabras que utiliza Karl para describir el «Informe Xunwu» escrito por Mao en 1930.

Asediado por las fuerzas del KMT, el Partido Comunista de China decidió abandonar Jiangxi en 1934, comenzando la famosa Larga Marcha a Yunán durante la cual, en la Conferencia de Zunyi, el grupo de Mao se hizo con el poder dentro del Partido, lo que le permitió desempeñar un papel decisivo para reorganizarlo. La nueva dirección tomó dos decisiones clave: la primera, iniciar un movimiento hacia el campo para reconstruirse y recuperarse; la segunda, ignorar a Moscú en la práctica mientras se mostraba de acuerdo en la teoría. Una primera prueba de este alejamiento de Moscú se había producido antes de la Conferencia de Zunyi cuando la Comintern, embarcada en su tercer periodo de ultraizquierdismo, proclamó que una «nueva y gran marea revolucionaria» estaba de camino. La palabra rusa *pod'em* indicaba «levantamiento» o «avance». Después de mucho reflexionar y discutir, Zhou Enlai la tradujo al chino como *gao-chao* o «marea creciente». Mao, de un modo poético, respondió en enero de 1930 con un panfleto, *Una sola chispa puede comenzar el fuego en la pradera*, en donde interpretaba como sigue la frase de la Comintern:

Es como un barco lejano en el horizonte cuya punta del mástil ya puede verse desde la playa; es como el sol de la mañana en el Este cuyos relucientes rayos son visibles desde una elevada montaña, es como un niño esperando nacer, moviéndose sin descanso en el vientre de su madre.

El mensaje era evidente. No iba a pasar nada de manera inmediata, pero la pasividad frente a la derrota tampoco era una opción. A partir de enton-

ces serían los campesinos pobres los que reabastecerían al Partido, y de sus filas se crearían tres poderosas ramas del Ejército Rojo. Aparte del hecho de que no había otra solución, esta larga gestación permitió a Mao y a sus camaradas desarrollar mecanismos de apoyo en el campo que se mantenían durante mucho tiempo. Como ya se ha sostenido en las páginas de esta revista, estos vínculos explican y diferencian la trayectoria del comunismo chino de la de su homólogo ruso.

Una China unificada había sido el gran premio que esperaba a los nacionalistas y a sus amigos del exterior, pero la invasión japonesa de 1937 y la subsiguiente brutal ocupación había dejado al descubierto la debilidad del nacionalismo ortodoxo. Un KMT corrupto y colaboracionista se había desacreditado a sí mismo, con Chiang comparando favorablemente a los invasores japoneses con los comunistas: los primeros eran una enfermedad que tenía remedio, los segundos un cáncer que tenía que ser destruido. A partir de 1941, los ejércitos nacionalistas empezaron a sufrir un sangría de soldados y oficiales ante el avance de los ejércitos y las guerrillas comunistas bajo el mando político-militar unificado de Mao Zedong, Zhu De y Peng Dehuai. La estrategia que Mao había expuesto en textos como «Sobre la guerra de guerrillas» (1937) y «Sobre la guerra prolongada» (1938) estaba cosechando recompensas. A partir de 1946, Chiang Kai-shek y el núcleo central de su desmoralizado ejército fueron empujados hacia el sur hasta que, a finales de 1949, huyeron a Taiwán llevándose las reservas del país y otros muchos tesoros que habían saqueado de los museos y sótanos de la Ciudad Prohibida. Después de dos décadas en el campo, los comunistas regresaron a las ciudades para ser recibidos como libertadores por grandes multitudes en Pekín, Shanghái y Cantón.

Como señala Karl, el país que heredó el Partido Comunista de China había sido arruinado primero por los japoneses y después por la guerra civil: el comercio había sido destruido, la moneda carecía de valor y se extendía una economía de trueque. «Partes de la intelectualidad urbana y de las elites tecnológicamente competentes habían huido con el KMT, dejando las ciudades sin administración y las instituciones sin dirección». El deterioro y la derrota del viejo orden había dejado tras de sí un país desolado y un desempleo masivo en las ciudades. La tarea a la que se enfrentaban Mao y sus camaradas era enorme. Ninguna teoría, por sofisticada que sea, puede ofrecer un catálogo de soluciones para afrontar una crisis como esa. El Partido-ejército construido por Mao y el grupo que le rodeaba contribuyó enormemente a restaurar una apariencia de orden a principios de la década de 1950. La ayuda del exterior era limitada: la propia Unión Soviética estaba en ruinas aunque después de la primera visita de Mao a Moscú, en 1949-1950, de mala gana proporcionó asistencia y especialistas.

En Washington, Truman y más tarde los hermanos Dulles asumieron irreflexivamente que la victoria de Mao había fortalecido el monolito comunista y que a partir de entonces, China sería poco más que el apéndice de Stalin. Pero antes de que se dieran cuenta de su error, intentaron una cos-

tosa y arriesgada política de contención. Con la cobertura de Naciones Unidas, el general MacArthur se trasladó a Corea para impedir que los comunistas tomaran el poder sobre toda la península, que había sido liberada del dominio colonial japonés en 1945. Los comunistas fueron empujados hacia el norte y miles de civiles masacrados en el proceso. Cuando se desencadenó la guerra abierta en 1950, los dirigentes chinos fueron en ayuda de los asediados coreanos del norte. Su ayuda fue decisiva. Dirigidos por Peng Dehuai, un brillante estratega militar, la fuerza expedicionaria china hizo retroceder a los estadounidenses hacia el sur, asegurando las fronteras de la República Popular China. Sin embargo, las bases militares estadounidenses permanecieron en Corea del Sur para proteger a sus clientes, mientras Corea del Norte sobrevivió, mutando lentamente en una cierta clase de Ruritania estalinista.

Karl proporciona relatos admirablemente concisos de las principales tensiones y debates que se produjeron durante el periodo maoísta: la oposición entre burocracia y revolución, los desacuerdos sobre los caminos del desarrollo, las relaciones entre el Partido, el ejército y las masas. El pensamiento político siempre está en el centro de la discusión. Lo que diferenciaba por completo a la teoría maoísta de la ortodoxia estalinista podría resumirse así: la conciencia revolucionaria de las masas unida a la actividad de masas equivale a la autoemancipación y a la transformación social. Esta teoría se derivaba del contacto diario con el pueblo durante la guerra prolongada contra Japón y el KMT. La «línea de masas», como sostenía Mao, privilegiaba a «las masas» a la hora de pulir y definir la teoría. La consecuencia era que las masas podían superar todos los obstáculos, lo que estaba bien en relación a la guerra, aunque en este caso la derrota del KMT hubiera sido impensable sin la invasión japonesa, pero, ¿era posible esa práctica en tiempos de paz? ¿Puede la actividad de las masas anular los problemas planteados por estructuras socioeconómicas materiales como una base industrial débil? Karl rechaza la acusación de «voluntarismo» que muchos críticos –favorables y desfavorables– han presentado contra el maoísmo, prefiriendo recalcar la manera en que el pensamiento de Mao «invirtió las determinaciones» del marxismo ortodoxo. Pero aquí es donde sus argumentos se muestran más débiles, como revela la posterior evolución de China.

El Gran Salto Adelante que condujo a la hambruna de 1959-1961 y a la muerte de entre 15 y 20 millones de campesinos fue ciertamente consecuencia del voluntarismo. En un esfuerzo en pos de la autosuficiencia, las áreas rurales fueron parcialmente industrializadas de manera irregular y descoordinada, mientras que la exhortación de Mao para superar a Estados Unidos y Gran Bretaña en la producción de acero hizo surgir una erupción de hornos en los patios traseros de las casas, que retiró enormes cantidades de mano de obra de los campos. Las espantosas consecuencias no fueron intencionadas, a diferencia de las hambrunas en Irlanda y Bengala durante la época colonial británica, pero eso no era consuelo para las familias de aquellos que perecieron. Mao quedó impresionado cuando finalmente conoció la magnitud del desastre, pero era demasiado tarde para hacer algo. ¿Cómo fueron Mao

y sus colegas tan fácilmente engañados por falsas estadísticas, enviadas por acomodaticios burócratas del Partido en el campo para mostrar que el Gran Salto estaba marchando bien? Karl dice que «el maoísmo horrorosamente fuera de control estaba en la raíz de los problemas», pero el proceso mediante el cual se produjo tal resultado queda sin explorar.

Una de las tragedias del comunismo mundial fue que la mayor parte de los partidos que generó alcanzaron su mayoría de edad y se convirtieron en organizaciones de masas durante las décadas de 1930 y 1940. Para entonces, las tradiciones iniciales de discrepancia y debate dentro del partido bolchevique habían quedado suprimidas y la mayor parte de los que participaron en ellas –incluyendo al 90 por 100 de aquellos que habían estado con Lenin en el Comité central– habían sido brutalmente exterminados. El modelo que empapó a los nuevos comunistas fue el que encontraron en Moscú: una dictadura social del Partido/burocracia que era el amo de toda la vida pública y que estaba sostenida por redes institucionalizadas de represión. Este fue el sistema que levantaron cuando llegaron al poder o incluso el que funcionó dentro de los partidos activos en el mundo capitalista y colonial. El sofocamiento del debate debilitó tanto al Partido como al Estado. Karl documenta ejemplos dentro del Partido Comunista de China, incluso antes de que tomara el poder, tales como la campaña de Rectificación del Partido de 1941-1942 a la que considera como «los comienzos del culto a Mao». En la década de 1950 se produjeron repetidos intentos de arrancar de raíz a los «contrarrevolucionarios», especialmente con la Campaña Antiderechista de 1957-1958. Sin embargo, la dirección posrevolucionaria china evitó en gran parte las purgas al estilo estalinista y los asesinatos en masa de sus propios cuadros y militantes. Como señala Karl, «a diferencia de las purgas estalinistas, donde una llamada a la puerta después de medianoche anunciaba el fin, en la China maoísta, el fin llegaba con palabras, periódicos y carteles en las paredes». Una razón de esta diferencia era que la mayor parte de los serviles dirigentes pro-Comintern ya habían sido destituidos, el último de ellos derrotado por un choque armado anterior a la Larga Marcha.

La versión de Mao de la estructura estalinista se basaba supuestamente en la voluntad popular colectiva puesta en pie por la revolución. ¿Pero cuánto tiempo pueden semejantes estructuras sobrevivir sin mediaciones, sin instituciones representativas a través de las cuales se puedan discutir y votar las diferentes interpretaciones de la voluntad popular? Esto no tiene nada que ver con la imitación de Occidente, sino con el hecho de que se trata en realidad del método más eficaz y menos doloroso para poner a la gente en contacto con sus dirigentes por medio de representantes elegidos que son plenamente responsables y pueden ser destituidos por los electores en cualquier momento. Si hubiera existido semejante sistema, la hambruna no se hubiera producido y los hornos en los patios traseros podrían haber sido desmantelados poco después de que hubiera empezado el experimento. ¿Qué habría podido decir la «voluntad popular» sobre las montañas de cadáveres que decoraron los campos después de la hambruna de masas?

Cuando finalmente los dirigentes del Partido se reunieron en Lushan a finales de 1959 para discutir la tragedia que se estaba produciendo, todos ellos incluyendo a Mao, adoptaron una actitud autocrítica. Pero fue su viejo camarada de Hunan, Peng Dehuai, el que se enfrentó a Mao por sus métodos de mando que habían aislado al Partido del pueblo. Por ello fue despojado de todos sus cargos y exiliado; Lin Biao le sustituyó como ministro de Defensa. Sin embargo, un resultado importante de la calamidad –pronto exacerbado por la ruptura chino-soviética– fue que la dirección del Partido marginó de hecho a Mao. Su venganza llegó en 1966 cuando, con su estilo característico, apeló a la juventud del país para «bombardear la sede del Partido» con la crítica, para «crear el mayor desorden bajo el cielo» y así «restaurar el orden». La Gran Revolución Cultural Proletaria fue una asombrosa demostración de la «línea de masas». Mao se convirtió en el dios-emperador del movimiento con Lin Biao como su leal secretario; el Pequeño Libro Rojo se convirtió en catecismo único del movimiento.

El objetivo principal era recuperar el poder, aunque Karl también destaca el impulso antiburocrático que había detrás así como «el intento de apoderarse de la política; del poder de la cultura y del discurso de masas para la revolución». Mao había desechado su responsabilidad para sostener y asegurar la estructura política de China y permitió que su juicio fuera sustituido por las pasiones, urgencias y triunfos de la lucha por el poder. En el proceso, él y sus seguidores deshumanizaron a sus oponentes: exceptuando a Zhou Enlai y Lin Biao, los antiguos dirigentes del Partido fueron denunciados como «seguidores del camino capitalista»; Liu Shaoqi fue maltratado, Peng Zhen, el una vez poderoso alcalde de Pekín, y otros muchos fueron públicamente denigrados frente a grandes multitudes; Deng Xiaoping fue enviado a arreglar tractores en la zona rural de Jiangxi. Niños histéricos se enfrentaron a sus padres y les denunciaron como traidores; maestros y profesores fueron humillados, las universidades cerraron, se destruyeron públicamente antiguos tesoros y Mao regresó al timón.

Los ejemplos de la militancia ciega y del fanatismo de la Revolución cultural son demasiado numerosos como para reflejarlos, pero sus aspectos contradictorios quedan normalmente minimizados. Cuando entrevisté a algunos antiguos guardias rojos en Hong Kong, ellos describieron cómo se habían sentido liberados y pronto habían abandonado el Pequeño Libro Rojo para leer, escribir y hacer circular textos críticos que desafiaban a Mao y encontraban su labor insuficiente. El mandar a los habitantes de las ciudades al campo sin duda dio a esta generación una idea de cómo vivía y trabajaba allí la gente común. Karl recalca el efecto estimulante sobre miles de jóvenes de esta recién descubierta movilidad que tendría un profundo impacto, como posteriormente revelaron películas y novelas.

Pero en el verano de 1967 Mao llamó al ejército para restaurar el orden, realizando un cambio radical de postura cuando el levantamiento revolucionario empezó a suponer una amenaza para el propio Partido Comunista de China. Los años finales de Mao estuvieron marcados por un conjun-

to de acontecimientos que señalaban un giro a favor de los «seguidores de la senda capitalista» en casa y de los «tigres de papel» en el exterior: acercamiento a Washington y visita de Nixon en 1972, seguida en 1974 por el regreso de Deng Xiaoping —el gato con muchas vidas— a la vida política. Estos años allanaron el camino para la gran transformación que iba a producirse tras la muerte de Mao. Karl finaliza explorando el destino del legado de Mao, aclamado por la ideología del Partido pero revocado en la práctica política y económica. Observa que «solamente repudiando el maoísmo y todo lo que Mao representó es posible para los actuales dirigentes del Partido Comunista conservar a Mao como la hoja de parra de su legitimidad». Uno de los méritos del libro de Karl es que permite una seria discusión de todos estos temas. Será interesante ver cómo se recibe la obra en China, donde la postura oficial es que los logros de Mao superaron con mucho a sus errores; en una proporción de 70/30 de acuerdo con el informe oficial del Comité Central en 1981. Según avanza el capitalismo chino, creando cada vez más disparidades económicas y sociales, quizá alguna de las ideas de Mao puedan ser desplegadas de nuevo por las masas insurgentes cuando intenten de nuevo asaltar los cielos.

EL ESPECTRO DE LA ANALOGÍA*

La imaginación del mundo occidental sobre el tiempo histórico parece actualmente arrastrarse entre los augurios de irreversibilidad y las narrativas de una persistente repetición, centrándose unas veces en el inminente colapso ecológico, otras en un nuevo Gran Juego que vuelve sobre geopolíticas anteriores, y otras más sobre el grado en que la actual crisis económica volverá a repetir la secuencia de 1929-1933. Las así llamadas «lecciones de la historia» tienden a proporcionar poca orientación, sirviendo como mucho como un conjunto de señales de advertencia. Pero a pesar de todas las condenas y celebraciones de la amnesia posmoderna, la cuestión de las identidades y de las diferencias entre el pasado y el presente –y de su relevancia para la práctica política y la investigación histórica– permanece presente en el orden del día.

El acostumbrado análisis erudito de Luciano Canfora sobre la utilización política de los paradigmas de la historia –es decir, de la analogía como bisagra entre la política y la historia– proporciona muchos e importantes elementos para replantearse esta cuestión. Autor de numerosas obras de investigación sobre la Grecia Antigua y Roma, Canfora es posiblemente el más destacado historiador comunista de Italia, adentrándose regularmente en el terreno de la polémica pública. En el mundo anglosajón es conocido principalmente por su *Democracy in Europe* (traducción inglesa de 2006), que se convirtió en objeto de una sostenida controversia cuando su previsto editor alemán la rechazó, debido a su supuesta calumnia de los logros del liberalismo de la Alemania occidental y a su indulgencia para con el estalinismo y las «democracias socialistas» del Pacto de Varsovia (véase Dylan Riley, «¿El triunfo de la libertad?» *NLR* 56). En los últimos años ha publicado un conjunto de ensayos cortos en el que lleva al oficio de historiador a ocuparse de acontecimientos contemporáneos; *Esportare la libertà* (2007), por ejemplo, examinaba el abismo existente entre la retórica desplegada y las realidades ocasionadas por Estados que afirman estar «exportando la libertad», desde Atenas y Esparta hasta la invasión estadounidense de Iraq.

* Luciano Canfora, *L'uso politico dei paradigmi storici*, Bari, Laterza, 2010, 140 pp.

En *L'uso politico dei paradigmi storici*, Canfora dirige su atención a la cuestión de la analogía y su lugar en la historiografía y en el pensamiento político. Su aproximación contrasta con una tendencia contemporánea que considera la analogía como un recurso figurativo que ahoga la singularidad y la novedad, reforzando los prejuicios estandarizados de la doxa. El predominio de categorías filosóficas como inmanencia y «el acontecimiento» a partir de finales la década de 1960 es una dimensión importante de esta perspectiva antianalógica en gran parte inspirada en Spinoza, como evidencian los escritos de Gilles Deleuze y Antonio Negri. También se podría recordar las objeciones desde dentro de la tradición del pensamiento dialéctico a la clase de «pensamiento visual» asociado con el razonamiento analógico: en el volumen III de *El capital*, por ejemplo, Marx advirtió contra la engañosa y meramente «formal analogía» entre las economías agrícolas de la antigüedad y la agricultura capitalista, «que resulta completamente ilusoria en todos los puntos esenciales para una persona familiarizada con el modo de producción capitalista».

Contra este amplio frente de críticos, Canfora defiende con firmeza la capacidad de la analogía para impulsar transformaciones en la escala y en el ámbito de la investigación histórica, al tiempo que subraya su relatividad. Aunque semejantes paralelismos pueden en ocasiones actuar como señuelos que alejan de la reflexión serena, Canfora los considera como «puentes decisivos entre lo conocido y lo desconocido»; entre identidad y diferencia, entre la abstracción lógica y experiencia vivida. Cita al historiador alemán del medievo Josef Engel, quien en un ensayo de 1956 declaraba que «todo juicio histórico es un juicio analógico». Realmente, la analogía es un componente inextricable de cualquier cognición que busque entender y juzgar fenómenos que no son objetos de percepción directa. Es una respuesta al problema de cómo algo distante y que ha sucedido hace mucho es concebible para nosotros, aquí y ahora. En la práctica del historiador, este es un proceso de dos vías en el que paradigmas pasados son traspuestos al presente, de la misma manera en que el presente sirve de marco móvil a través del cual podemos capturar el pasado.

Sin embargo, los recursos de la analogía para arrojar luz no pueden separarse nítidamente de sus efectos ideológicos. Aquí, el método del historiador entrelaza su estatus como ciudadano de su tiempo y como participante en las luchas de ese tiempo. Para Canfora, la comprensión histórica es una cuestión de toma de partido: «nuestro juicio sobre hechos históricos, especialmente si se expresa sobre su gestación, está determinado por nuestro entendimiento de ellos: un entendimiento que se produce precisamente a través de la analogía en la que sumergimos dichos hechos». La analogía supone una calibración del grado de identidad y diferencia entre ahora y entonces; una mala analogía puede oscurecer la singularidad del presente al subsumirlo bajo algún pasado paradigmático, o distorsionar los contornos de la historia por medio de la retroproyección del presente.

La obra de la que nos ocupamos es una edición revisada y ampliada de una colección de ensayos, cinco de los cuales aparecieron originalmente

en italiano en 1982 como *Analogia e storia*; junto a un sexto, fueron publicados en Francia en el bicentenario de la Revolución francesa bajo el título *La tolérance et la vertu*, que resaltaba la preocupación de Canfora por la utilización política de paradigmas históricos que se inauguró en 1789. De hecho, la cuestión de cómo concebir histórica y políticamente las revoluciones está en el centro del libro. En el prefacio, Canfora explica en detalle cómo se han alterado las circunstancias desde la composición de la mayoría de los ensayos: la victoria de Occidente en la Guerra Fría trajo consigo no solo una nueva valoración triunfalista de la experiencia soviética —los años desde 1917 a 1989 catalogados ahora como un «paréntesis negativo»— sino también una revaluación analógica del predecesor francés de la Revolución de Octubre. En la medida en que las analogías albergan juicios (políticos), las luchas sobre el significado histórico son también luchas de analogías.

Tal como era de esperar, habida cuenta de su formación como clasicista, Canfora comienza con Tucídides sus exploraciones de la «analogía como forma de entendimiento histórico». El «descubrimiento» ateniense de la Guerra del Peloponeso, 431-404 antes de nuestra era, sirve como una especie de momento inaugural y punto de referencia. Donde anteriormente solamente se percibían conflictos diferenciados, Tucídides vio una unidad subyacente en las Guerras Arquidámica y de Decelia, que desveló «excavando» —como señala Canfora— en la previa ascensión imperial de Atenas y las consiguientes fricciones con Esparta. Fue Tucídides quien identificó lo que Canfora glosa como la «inextricabilidad del hecho y del sujeto»; éste último «encuentra» la periodización correcta y pone nombre a los acontecimientos históricos a través de una comparación analógica entre acontecimientos similares pero hasta entonces diferentes.

Para el historiador prusiano Johann Gustav Droysen, la analogía era el «sustituto», en la disciplina histórica, de la aproximación experimental en las ciencias naturales. Enfrentadas a la oscuridad del pasado al que solamente se puede acceder indirectamente, las analogías proporcionan rayos de luz —*Aufklärung*, normalmente traducido como Ilustración— que se originan en procesos similares, pero mejor conocidos, que se han producido en condiciones comparables. Escribiendo en la década de 1840, Droysen estaba siguiendo la estela de Kant quien, reflexionando sobre la imposibilidad del conocimiento objetivo en la teología, ya había argumentado sobre el carácter indispensable de la analogía cuando se llega a materias más allá o por encima de la percepción de los sentidos y que solamente pueden ser comprendidas relacionamente. Como decía Kant en los *Prolegomena*, la analogía «no significa (como habitualmente se entiende) una similitud imperfecta de dos cosas, sino una perfecta similitud de relaciones entre cosas bien distintas». Droysen puso este conocimiento relacional a funcionar en términos históricos concretos cuando describió la resistencia militar de los alemanes a los eslavos en la Edad Media; ya que las fuentes reales sobre cómo los primeros «hicieron retroceder a los últimos» al otro lado del Saale, del Elba y después del Oder, eran escasas, sugirió que el

proceso podía ser entendido por analogía con el uso que hacía Roma de las colonias militares o por la construcción de fortines cosacos en Turquestán en el siglo XVIII.

Esto es lo que el historiador francés Paul Veyne, en su obra *Comment on écrit l'histoire* (1971), denominó «retrodicción». Para Canfora, «desde una sola retrodicción analógica o de una particular inducción estadística a la gran visión de síntesis de toda una era, la intuición analógica es el medio y al mismo tiempo el destino del pensamiento histórico». Si pretendemos comprender, lo que equivale a juzgar y totalizar, no podemos hacerlo sin conceptos contemporáneos que «interfieren creativamente» con el pasado, aunque la investigación histórica debería atenuar la afirmación inicial de similitud con un inventario de diferencias, particularidades y novedades. En varias ocasiones Canfora invoca la muy debatida máxima de Droysen de que «el helenismo es la edad moderna del mundo pagano», como ejemplo de una analogía cuya generalidad, aparentemente falta de rigor científico, en realidad permitió un verdadero progreso en la investigación histórica. De nuevo, la observación es inseparable del observador: Canfora señala que la temprana *Geschichte Alexanders des Grossen* (1833) de Droysen evidencia paralelismos entre Macedonia y Prusia, cada una de ellas vistas como «una fuerza de unificación nacional» que «reemplazó formas político-estatales previas». En la segunda edición de 1887, después de la unificación bajo la égida de Prusia, la analogía surge todavía con más fuerza; Droysen considera el reinado de Filipo de Macedonia a través del prisma de las reformas del barón vom Stein y de las «guerras de liberación» antinapoléonicas, que a su vez había descrito en su *Vorlesungen über die Freiheitskriege* de 1846.

Canfora pone el descubrimiento-invencción del helenismo por Droysen en contacto con la *Erlebnis* de Wilhelm Dilthey, la experiencia vivida, como un ingrediente necesario de la comprensión histórica. En palabras de Canfora, aquí la analogía es «el vástago del encuentro entre el hecho en consideración y la acumulación –tan grande como sea posible– en la consciencia del historiador de acontecimientos similares que se hicieron conscientes y se volvieron operativos en el momento de la interpretación». Pero la hermenéutica de Dilthey de la razón histórica encuentra sus límites en una antinomia entre el entendimiento de acontecimientos singulares y la comprensión de su conexión dinámica. Después de haber explorado las dimensiones epistemológicas de la analogía, Canfora subraya la importancia para el historiador de esas analogías «intencionadas»; esas identificaciones forzadas –su ejemplo es la concepción del Numenio de Platón como un «Moisés ático»– que proporcionaron las bases de la comprensión histórica. Muchas de estas analogías metafóricas son imperfectas y necesariamente propensas a una parcialidad de perspectiva. Podemos recordar la observación de John Maynard Keynes de que Lenin era «un Mahoma, no un Bismarck», o algunos de los ejemplos señalados por Canfora: la visión del historiador emigrado Mikhail Rostovtsev de la Revolución de 1917 como una repetición de la crisis romana del siglo III, producida por el conflicto entre estratos urbanos

civilizados y una alianza de campesinos y soldados, o más tarde en la década de 1920 la afín condena de Yuli Martov del «pretorianismo militar» de los bolcheviques. Pero Canfora subraya la importancia de aventurar semejantes paralelismos citando al matemático francés René Thom: «o bien una analogía es verdadera, y por ello estéril, o es audaz y por ello puede ser fértil. Solamente arriesgándose al error uno puede encontrar algo nuevo».

En su segundo capítulo Canfora diferencia entre «macroanalogías» y «microanalogías». Las primeras amplían el alcance de la visión histórica para incluir fases o acontecimientos, hasta entonces separados, dentro de un proceso más amplio. La síntesis de Tucídides de las Guerras Arquidámica y de Decelia en la Guerra del Peloponeso es de nuevo un ejemplo pionero, pero Canfora también cita concepciones de la Primera y Segunda Guerra Mundial como un único «ciclo de guerra-paz-guerra». (En otro lugar del libro cita la observación de Moses Finley, en la introducción a un volumen de Tucídides a finales de la década de 1960 y principios de la siguiente, de que la unidad sustancial entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial podía ayudar a los lectores contemporáneos a apreciar el diagnóstico de Tucídides; «y viceversa», añade Canfora). La macroanalogía es un elemento clave en la política de periodización, que impulsa, por ejemplo, la perspectiva de François Furet de una Revolución francesa extendida que va desde el Juramento del Juego de Pelota hasta la caída del Segundo Imperio. Consideraciones similares se aplican a recientes debates sobre la «extensión» del siglo xx, pero también sobre la afirmación de Alain Badiou, en *La hipótesis comunista*, de que la difícil situación actual de la política revolucionaria recuerda en gran medida a la que se encontró el joven Marx.

Pero como advierte Canfora, las macroanalogías se enfrentan a problemas de escala: si ampliamos nuestro punto de vista a una cósmica *longue durée* las circunstancias históricas específicas se irán reduciendo a la insignificancia; sin embargo, si nos mantenemos demasiado cerca de hechos diferenciados hace que la comprensión sustancial quede perdida. Para Canfora el problema al afrontar microanalogías está representado en la parábola de Borges, «Del rigor de la ciencia», en la que los cartógrafos de un imperio ficticio crean un mapa «a la misma escala que el imperio y que coincidía con él punto por punto». Partidario de las formas de microanalogía practicadas por algunos representantes de la Escuela de los Annales –tomando, por ejemplo, la vida de un pueblo medieval como indicativa de una realidad más amplia– Canfora señala que semejante procedimiento es de hecho un proceso de metonimia, que implica un salto inductivo, analógico que salva a su practicante del absurdo borgiano. Pero el exceso tanto en la dirección macro como micro –el último para Canfora es la tendencia de la desencantada historia posmoderna– se arriesgan a disolver el *sentido* de la investigación y el juicio histórico. También se podría añadir que se arriesgan a despolitizar la historia por completo. Regresando de nuevo a Tucídides, Canfora concluye que la narración de una *erga* particular –acontecimientos que constituyen los «átomos de la historia»– tiene que ser subsumida por una «narrativa orientada» del proceso en el que ellos participan, el *polemos*.

Pero el tipo de analogía que quizá más preocupa a Canfora es lo que en su tercer capítulo denomina la «analogía de diagnóstico». (Su taxonomía es un tanto vaga, pero se supone que es una especie de macroanalogía, dentro de la clase más amplia de analogías intencionales). La analogía de diagnóstico –la más directamente política de las variedades que identifica– parece ser especialmente necesaria para las tres grandes revoluciones: la francesa, la rusa y la china. Aquí la cuestión de la analogía no se encuentra solamente en el centro de la relación entre la historia de las revoluciones y los compromisos políticos revolucionarios, sino que es parte integral de las concepciones de la historia que apuntalan a las propias revoluciones; pensemos en la anécdota de Lenin bailando en la nieve para señalar el día en que la Revolución rusa ya duraba un día más que la Comuna de París. Desde luego, quizá el más famoso de semejantes paralelismos es la invocación del Termidor que hace Trotsky respecto al estalinismo. Aquí los propios compromisos ideológicos de Canfora quedan patentes cuando la acepta, refundiéndola para dar a entender que «a pesar de todo, incluso después del giro estalinista, los cambios estructurales, sociales y económicos introducidos por la revolución quedaron a salvo». Continúa para «emitir un juicio –ciertamente sin entusiasmo– parcialmente positivo del fenómeno estalinista, como una estabilización sobre la derecha de la revolución». (En una vena similar, en otros lugares, la desestalinización se vincula con la *damnatio memoriae* del emperador del siglo IV Licinio, y la retirada del cuerpo de Stalin del mausoleo de la Plaza Roja se juzga como «trágica» y «extrema»).

El enredo entre revolución y analogía es particularmente complejo e intenso, ya que la primera –la Revolución francesa *in primis*, pero también la rusa y la china– aparece como una especie de singularidad, una novedad radical, aunque también como una extraña mezcla de hecho y arquetipo, un modelo y una referencia para revoluciones futuras. Incluso se podría decir que hay una analogía en las propias cosas y que la tarea del historiador es excavarla; esta analogía *in rebus* es especialmente evidente en esas revoluciones, posteriores a 1789, que explícitamente hacen llamamientos a favor de momentos, consignas y prácticas de rebeliones anteriores. Pero la autonomía relativa del dominio político también arroja con frecuencia invariantes aparentemente transhistóricas –el papel del carisma, las dinámicas de las luchas por el poder, la ascensión y caída de dirigentes y grupos, etc.– que hacen que el tirón del pensamiento analógico sea especialmente fuerte.

Canfora pregunta «si no son las revoluciones los acontecimientos más concebibles analógicamente, pero por esa misma razón, aquellos cuya imagen historiográfica es la menos satisfactoria»: las revoluciones también se vuelven opacas por las analogías, de tal manera que tanto los historiadores como los políticos revolucionarios encuentran especialmente difícil separar sus diferencias y repeticiones. Para Canfora, un buen político es aquél que puede abandonar una analogía una vez que ha perdido su poder para iluminar el presente. A la inversa, la persistencia de una analogía puede in-

dicar que «los términos de la cuestión, los antagonistas, no las *dramatis personae* sino las fuerzas, siguen siendo las mismas». Canfora señala aquí la recurrencia de la categoría de fascismo, tanto aplicada a regímenes contemporáneos al de Mussolini —en Alemania, España y Europa oriental— como utilizada después de 1945. En el caso de De Gaulle, la analogía sufrió sucesivas modificaciones: su ascenso al poder fue inicialmente vinculado por algunos a un *coup d'état* fascista, después comparado más juiciosamente con esa gran figura analógica francesa, el bonapartismo, hasta convertirse ella misma en la forma del gaullismo, en un modelo histórico posible con el que se pueden comparar proyectos políticos contemporáneos.

Canfora dedica un capítulo a un hábil inventario y disección de las diferentes analogías que actúan en la obra de François Furet, *Penser la Révolution française*, en la que el destino final de la Revolución rusa se describe como un «boomerang» que regresa para golpear en el «origen» francés. Canfora efectúa una crítica inmanente de la historia antijacobina y anticomunista revisionista de Furet, aunque como historiador le concede el valor que tiene. En concreto, enfatiza las ambigüedades presentes en los usos que hace Furet de la periodización. Siguiendo las tesis de Tocqueville sobre la subyacente continuidad por debajo del destello de los acontecimientos, Furet considera la Revolución francesa como una larga revolución que en varios aspectos se extendió hasta bien entrado el siglo xx. Pero también reduce la Revolución rusa a su fase estalinista, ella misma capturada por analogía con el terror jacobino; y como señala Canfora, Furet no dice nada del terror blanco, «mucho más sistemático y despiadado que el producido por el Comité de Salud Pública». El propio Canfora también opta por la tesis de la larga revolución, pero en un sentido que invierte la valencia de los juicios de Furet, enfatizando la duración requerida para que se realicen los ideales revolucionarios en un nuevo orden político, estatal, social y ético, y la relativa inevitabilidad de una fase coercitiva:

[...] todo orden nuevo, resultado de una subversión de las relaciones sociales y de los valores tradicionales, pronto se revela como violento y recurre a la autoafirmación mediante la fuerza y la coacción, porque para la mayoría de la gente el viejo orden no puede dejar de mostrarse y a menudo —más allá del interés por su conservación— *continúa* mostrándose como un orden *natural* de las cosas. El proceso por el cual un orden nuevo llega a ser interiorizado hasta el punto en que reemplaza, en la conciencia común, a los viejos valores es inmensamente largo.

Pero una vez que este proceso ha sido puesto en marcha crea una espiral, a medida que los valores del nuevo orden son aceptados como naturales incluso por sus víctimas. Por ello, en la perspectiva de Canfora, a lo largo de todo el siglo xix, los reaccionarios atacaron no los principios de 1789 sino los excesos y crímenes de 1793.

Aunque Canfora es penetrante y esclarecedor sobre el papel de la analogía en las luchas por el legado de las revoluciones, se vuelve menos con-

vincente cuando se traslada a la problemática que ocupa el capítulo final del libro: la antinomia entre la igualdad revolucionaria y las libertades, virtudes y tolerancias liberales. La discusión se centra, en primer lugar, sobre los usos de la analogía en el conflicto de la Guerra Fría entre el capitalismo real y el socialismo realmente existente, y en segundo lugar, en el contraste entre el virtuoso político igualitario y el tolerante filántropo liberal. Intentando arrojar luz sobre la trayectoria del bloque oriental, Canfora echa por la borda tanto la demasiado amplia categoría de «totalitarismo» como el recurso apologetico mecanicista de la necesidad histórica; toma prestado el término del disidente soviético Vladimir Kormer, *diophilia*, para esta patología en concreto. Ensayo la idea de que el movimiento obrero tiene con la URSS la misma relación que tenían los simpatizantes jacobinos en Europa con la Restauración; pero ahí la argumentación de alguna manera empieza a divagar y cambia hacia el Imperio liberal y sus contradicciones a medida que Canfora se dedica a socavar cualquier idea reconfortante sobre un orden liberal mundial benevolente. Señala que la extensión del sufragio universal fue de la mano con la degradación del parlamento en un instrumento manipulado por poderes sin responsabilidades, y que «el imperio aleja pero no extirpa sus contradicciones», limitándose a exportarlas a su periferia. Trazando una analogía con la posición de los habitantes de las *polis* atenienses, Canfora señala que las clases trabajadoras de los países capitalistas avanzados recibieron ventajas imperiales del mundo colonial, y así fueron persuadidas para apoyar la continuación del sistema.

En el ensayo final, Canfora establece una dicotomía entre las figuras del político y del «filántropo», que mantienen concepciones fundamentalmente divergentes sobre la relación entre realidad y acción. El político combina la firme convicción con una estimación realista de lo que se puede esperar de los seres humanos. El filántropo adopta la visión utópica de que la naturaleza humana siempre está abierta a la mejora. Precisamente porque su mirada se posa sobre los obstáculos inmediatos para la realización de la virtud, el político tiende a subordinar los sufrimientos presentes a la ardua construcción de su proyecto político. Su realismo virtuoso puede verse así atacado como un fanatismo: «se necesita mucha fe para masacrar a millones de personas (por ejemplo, kulaks u opositores) y todavía seguir creyendo que uno está trabajando a favor de la felicidad humana». Pero el tolerante testimonio del filántropo contra las coacciones e instrumentalizaciones políticas está él mismo cargado de peligro, ya que niega la necesidad del juicio y de la estrategia política en favor de una reconfortante inocencia. Ambas figuras son paradójicas e inestables, pero finalmente Canfora se pone del lado del político, «que puede entender, aunque a menudo no comparta, las razones del filántropo, mientras que este último, como el utópico, rechazan por principio las razones del político».

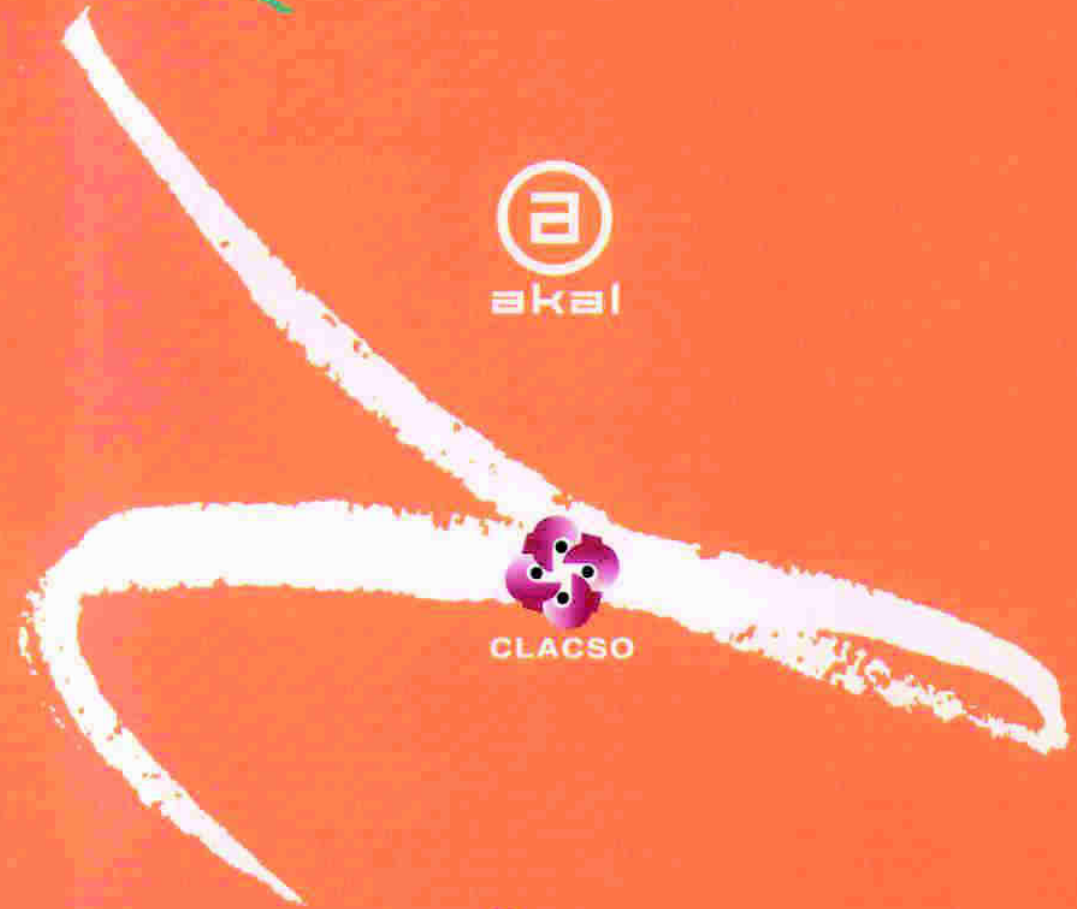
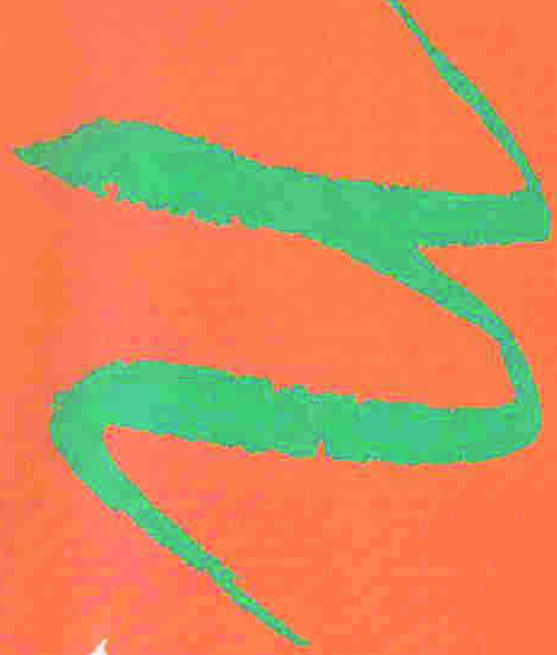
Aunque provocativos hasta el final, los ensayos de la última parte de *L'uso politico dei paradigmi storici* sufren de su carácter un tanto esquemático. El problema de la evaluación histórica de sociedades posrevolucionarias permanece frustrantemente esquivo en el relato de Canfora, que arroja

poca luz sobre el carácter real de tales Estados y ofrece pocas analogías sobre el destino de la URSS (aunque en otras partes del libro compara las relaciones de Moscú con sus satélites del Pacto de Varsovia con las que mantenía Atenas con sus aliados). Similarmente, la yuxtaposición del político y del filántropo, formulada en términos de principios absolutos –tolerancia y virtud, libertad e igualdad–, descansa en una utilización demasiado mecanicista de las relaciones entre los principios políticos y las estrategias y mediaciones utilitarias del poder. Canfora dice que «aquellos que han optado por esos principios no pueden razonablemente abandonarlos a causa de sus efectos, sino solamente mediante una crítica radical que pondría en cuestión y rechazaría esos mismos principios». Pero esto solo tiene sentido si aceptamos la «*cliofílica*» perspectiva por la cual los principios y los efectos están atados por una cierta clase de causalidad inmanente.

Además, la oposición que establece Canfora entre un posiblemente hipócrita «filántropo» liberal y un político virtuoso parece inconsistente con alguna de las primeras tesis del libro. En un momento subraya el hecho de que, a diferencia de los utópicos o los moralistas, historiadores como Tucídides y políticos como Lenin tendieron a tratar a la humanidad como más o menos estática, y por ello a tener una estimación realista de su probable comportamiento, queriendo significar también el cálculo de la clase de coacción necesaria para hacer realidad la revolución. Pero la caracterización posterior que hace Canfora del político como conducido por el *telos* de la igualdad parece exigir precisamente semejante utilización utópica de la posibilidad de transformar a la humanidad. Si la naturaleza humana es inmutable, podemos preguntarnos, ¿cómo se puede justificar la subordinación de la política a la realización de un fin que requiere una subversión fundamental no solo de las relaciones sociales sino de los propios seres humanos?

Para Canfora una posible rectificación de la abstracción esquemática de los capítulos concluyentes del libro podría haber consistido en aproximarse a estas cuestiones no desde el ángulo de un filósofo de la política, sino desde lo que con precisión llama el «observatorio antinatural» de la historia. Esto podía haber producido un fructífero giro desde los personajes inmateriales del político y el filántropo a analogías sacadas de las biografías de aquellos que, para bien o para mal, han representado los principios de acción, como por ejemplo, el retrato de Toussaint de C.L.R. James, el relato de Deutscher sobre Stalin, o la propia interpretación de Julio César que hace Canfora. También hubiera sido interesante que hubiera abordado trabajos posteriores, como por ejemplo *The Furies* de Arno Mayer (2000), que traza paralelismos entre la violencia posrevolucionaria en Francia y Rusia. Finalmente, quizá haya que lamentar que Canfora dejara estos ensayos en gran medida inalterados desde su redacción en la década de 1980. Hay un dejo de anacronismo en gran parte de la discusión, aunque también hay mucho que permanece válido hoy en día, como su observación de que «la periferia ya no es un mundo distante», sino que es visible en las crecientes poblaciones de las grandes ciudades del mundo.

En una coda a *L'uso politico dei paradigmi storici*, Canfora cavila sobre reflexiones historiográficas del clasicista Arnaldo Momigliano y sobre la política del oficio de historiador. De acuerdo con Momigliano, en el mundo antiguo no se enseñaba historia, ni en la Atenas de Pericles ni en la Roma de Tácito. Su irónica explicación era que esa disciplina no era suficientemente importante, o quizá no suficientemente difícil. El diagnóstico de Canfora invierte respetuosamente estas conclusiones: la historia es una «atormentada y problemática vocación», porque el historiador «subsiste en relación al poder, ya sea como su antagonista o su instrumento». *L'uso politico dei paradigmi storici* proporciona muchas oportunidades para reflexionar sobre las implicaciones políticas de la tarea del historiador, y para luchar con el significado de la identidad y la diferencia del pasado con el presente.



akal



CLACSO



15,00 €

ISSN 1575-9776



66

www.akal.com

Esta revista ha sido impresa en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.